

[LA VOZ DE LOS MÁRTIRES]
COAUTORES DEL ÉXITO DE LIBRERÍA
Locos por Jesús

Oraciones DE FUEGO

**Ocho mujeres en la
iglesia clandestina
y la historia
de su fe costosa.**

Prólogo por
Gracia Burnham



Corazones
de
Fuego

Corazones de Fuego

*Ocho mujeres en la iglesia clandestina
y la historia de su fe costosa.*

*Prólogo por
Gracia Burnham*

Hearts of Fire

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

Índice

Prólogo por Gracia Burnham	9
Agradecimientos	11
<i>Introducción:</i>	
corazones que arden con valor y convicción	13
<i>Adela:</i>	
esperanza en medio del horror	17
<i>Púrnima:</i>	
una niña encarcelada, un alma liberada	59
<i>Aida:</i>	
una voz para los que no tienen voz	93
<i>Sabina:</i>	
una testigo del amor de Cristo	127
<i>Tara:</i>	
corriendo siempre en la vida	181
<i>Ling:</i>	
en la escuela del sufrimiento	219
<i>Gladys:</i>	
toda una vida de perdón	263
<i>Mai:</i>	
de regreso a Vietnam... a predicar el evangelio	291
Notas	327

*Dedicado a
Sabina Wurmbrand
una voz de los mártires*

Prólogo

Me siento muy honrada que me hayan pedido escribir el prólogo para un libro como éste. La verdad no me incluiría en el grupo de estas fieles y valientes mujeres de fe.

A medida que leía sus increíbles historias de valor recibido por Dios, pude identificarme con muchos de sus sentimientos. Durante el año que mi esposo Martín y yo pasamos en cautiverio en poder de los terroristas, Abu Sayyaf, en las selvas de filipinas, (mayo de 2001 a junio de 2002), también me sentí desesperanzada y deseando morir. Estaba hambrienta y sin hogar. Pero en mi caso sabía, que tan pronto fuera liberada, regresaría a la vida de relativa comodidad. Ahora me siento aquí en los Estados Unidos de América en una hermosa casa con comida abundante y con un grupo de personas a mi alrededor que son un apoyo, mientras que estas mujeres siguen soportando penalidades como buenas soldados de Cristo.

Por eso cuando tomo un baño de agua caliente, oro agradecida: lo hago cuando me maquillo y me peino alistándome para ir a hablar a algún lugar; cuando hago diligencias para mis hijos; cuando leo algún mensaje alentador al pasar frente a una iglesia. Agradecida, oro por los que no tienen los “beneficios” que tengo; por los que están sufriendo por ser creyentes en Jesús; por quienes piensan que están solos y sin embargo permanecen fieles en su fe.

Hago por ellos la misma petición que hacía por mí en la jungla: “Señor, permíteles sentir que estás cerca de ellos.

Ayúdales a permanecer fieles a medida que esta situación empeora. Muéstrales una luz de tu bondad para que sepan que no están solos. Y al final sé que te vamos a encontrar, Señor”.

¡Espero que al leer este libro usted pueda rendirse de nuevo al Señor y permitirle que Él lo utilice como mejor le parezca, aún si ello implica renunciar a su libertad y su comodidad! Vendrá el día cuando quizá seamos apaleados, incluso asesinados por seguir a Cristo. Llenémonos de valor con el ejemplo de estas sencillas mujeres.

Dios no nos prueba más allá de lo que podemos soportar. Nos dará juntamente con la prueba una vía de escape (proveyendo todo lo que necesitamos) para que podamos sobrellevarla. He decidido creer que Dios hace bien todas las cosas, el ser humano no. Hemos convertido nuestro hermoso mundo en un caos. Si algo bueno hay en esta vida, ello proviene de Dios; Él es soberano y tiene un plan para cada cosa y cada persona. Esperamos con paciencia el momento cuando, de acuerdo a su plan y en su tiempo, Él hará nuevas todas las cosas.

Hasta entonces, que Dios nos dé la gracia para vivir para Él tal como lo están haciendo estas mujeres. Él es digno de que le sirvamos.

Gracia Burnham

Misión Nuevas Tribus

Autora del libro: "En Presencia de mis Enemigos"

Agradecimientos

Al comienzo, cuando asumimos este proyecto para *La Voz de los Mártires*, sabíamos que sería trabajo para todo un equipo. En primer lugar, necesitábamos cristianas que estuvieran dispuestas a contar sus testimonios. Sin ellas no habría libro. A ellas les expresamos nuestra gratitud con todo el corazón.

Recolectar la información para cada capítulo (a excepción del capítulo dedicado a Sabina Wurnbrand), demandó la utilización de cierto número de miembros del personal de campo, además en algunos casos utilizamos traductores. Tuvimos que encontrar lugares secretos de reunión y tener en cuenta ciertas medidas de seguridad para reunir más de la mitad de los relatos. Sobra decir que no podríamos haber realizado este proyecto sin el apoyo del personal de *La Voz de los Mártires* y sus colaboradores. Debido a los riesgos actuales no podemos mencionar la mayoría de estas personas. Pero deseamos expresar nuestro agradecimiento a todos los que nos ayudaron en cada uno de los países donde viajamos.

También expresamos nuestro agradecimiento a Tom White, director de *La Voz de los Mártires*, quien nos ayudó dirigiendo el proceso creativo y participó en la recolección de la información sobre los casos de Aida y Mai. El liderazgo y la visión de Tom, al convertirse en una voz para la iglesia que hoy es perseguida, siguen siendo invaluable para ponernos en contacto con dichas fuentes.

Corazones de Fuego

Todd Nettleton y Sue Ann Jones, junto con el personal de *La Voz de los Mártires*, ayudaron a escribir y a editar los relatos. Los dos fueron una ayuda tremenda. ¡Muchas gracias!.

No siempre es fácil realizar proyectos que tienen que ver con persecución y con algunas de las realidades más difíciles y dolorosas de nuestra fe. Pero Greg Daniel y el equipo de *W. Publishing Group* han demostrado una vez más su compromiso para publicar estas increíbles historias de tenacidad y valor en el frente de batalla. ¡Gracias por hacer que *Corazones de Fuego* cobrara vida!.

Y una palabra especial de agradecimiento a Jordan y Elena, quienes gustosamente “renunciaron” a papá y mamá muchas noches y fines de semana y durante nuestros viajes al exterior. Le pedimos a Dios que estas historias se conviertan en parte del fundamento de su fe.

Steve & Ginny Cleary

Introducción

Corazones que arden con valor y convicción

¡Secuestrado! ¡Golpeado! ¡Encarcelado! En muchas partes del mundo ser cristiano equivale a sufrir todas estas situaciones. Y en esas áreas, las mujeres cristianas afrontan un reto adicional; el estigma social de ser menospreciadas como una clase inferior, no aptas para el liderazgo, propiedad de los hombres y sometidas a su control y dirección.

Corazones de Fuego es la compilación de las historias de ocho mujeres quienes, a pesar de sus circunstancias, han demostrado increíble valor, convicción y amor por Jesucristo y su Iglesia. Se han convertido en líderes en los más difíciles escenarios y han demostrado extraordinaria valentía y tenacidad negándose a retroceder ante las necesidades y oportunidades que enfrentaron. Irónicamente, sólo en el sufrimiento han tenido igual derecho con los hombres y, en algunos casos, han sufrido aún más.

Cuando por primera vez pensamos hacer un libro de testimonios de mujeres cristianas perseguidas por su fe, nos enfrentamos a ciertos retos. En primer lugar y por sobre todo, quisimos que los testimonios fueran lo más actuales posibles. Esto hizo que viajáramos a cada nación en donde residen actualmente estas mujeres, y en donde, en muchos casos, todavía siguen enfrentando graves peligros. También quisimos presentar ejemplos de mujeres que no solamente

soportaron tiempos de sufrimiento personal, sino que demostraron cualidades de liderazgo en el ministerio. Finalmente, más allá de los dramáticos relatos de dolor y sufrimiento, quisimos mostrar ejemplos inspiradores de firme esperanza y la forma como estas mujeres, aún en los más oscuros momentos y en los lugares de mayor prueba, encontraron maneras de hacer brillar el amor de Cristo en sus vidas.

Es importante notar que las mujeres destacadas en *Corazones de Fuego* son sólo un pequeño ejemplo de muchas que en el mundo enfrentan situaciones similares. Escogimos mujeres que representarían una gran variedad de regiones donde los cristianos son perseguidos; y seleccionamos aquellas con las cuales podíamos reunirnos personalmente, generalmente las que entrevistamos nos dijeron que otras eran mejores candidatas con historias más dramáticas. Ninguna quiso señalarse a sí misma como un ejemplo particular de heroísmo cristiano.

Las historias representan una asombrosa diversidad. Mientras que algunas de estas mujeres pasaron años en cautiverio, otras no, pero soportaron otro tipo de penalidades. Sus edades difieren ampliamente y provienen de muchos trasfondos diferentes: cristiano, islámico, hindú o ateo. Pero más asombrosas fueron sus similitudes: una fuerte motivación y una profunda convicción que impulsa a cada mujer más allá de las expectativas y debilidades humanas.

Nuestra oración es que después de leer *Corazones de Fuego* usted tenga una convicción más fuerte y una dirección más estable al tratar con las dificultades de la vida. Si estos increíbles testimonios sólo le causan asombro, nuestro propósito habrá fracasado, pero si puede encontrar similitudes con su propia vida, y si estos ejemplos de extraordinario valor lo fortalecen, habremos logrado nuestro objetivo y el de las mujeres que tan gustosamente compartieron sus historias con nosotros.

Cuando asumimos el proyecto planeamos incluir un corto devocional al final de cada capítulo. Sin embargo, después

de compilar las historias nos dimos cuenta que no era necesario, en cada testimonio hay joyas de fe y fortaleza. Confiamos que estas cualidades sean como una chispa en su ser que le hagan vivir la experiencia de *Corazones de Fuego*.

Adela: esperanza en medio del horror

Indonesia

5:00 p.m., lunes 10 de enero de 2000

Bajo la sombra de las palmeras, Adela reunió a unos cincuenta niños. Con voz fuerte empezó a cantar: “Adelante soldados de Cristo”. Pero mientras cantaban podía ver el miedo en sus ojos.

“Yo no quiero morir”, gimió uno de los chicos que aún no llegaba a los diez años de edad.

“No vamos a morir. Ven, tómanos de la mano”, le dijo Adela inclinándose sobre él y hablándole al oído para que pudiera escucharla en medio de las demás voces.

El chiquillo, asustado, se unió de mala gana. Cantaron otra canción y otra vez entrelazaron sus manos temblorosas. Adela estaba procurando evitar que se oyera el bullicio—los gritos de terror— que llegaba desde menos de una milla de distancia.

Sabía que debía evitar que los niños empezaran a llorar, especialmente los mayores. Si alguno de ellos comenzaba a gemir, aquello se convertiría en histeria colectiva. Admiraba su valentía. Aún los otros padres que se habían reuni-

do en grupos, alrededor de los niños, parecían obtener fortaleza de sus hijos más pequeños.

Mientras el canto continuaba, Adela miró al grupo de niños y fijó su atención en sus dos hijos. Cristina ya tenía nueve años y Cristiano siete. Seré valiente, se dijo a sí misma. Lo sería por sus niños, por todos los niños. Su confianza estaba firmemente arraigada en Cristo. Se preocupaba por ellos, especialmente por Cristiano, su pequeño, a quien llamaba "Anto". Era de muy tierna edad y de menor estatura que los niños de su misma edad.

Adela oró en silencio implorando la protección de Dios y otra vez se sintió agradecida de haber cogido su Biblia cuando tuvo que huir de su hogar. La abrió y la hojeó cuidadosamente hasta encontrar un pasaje familiar que leyó en voz alta: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"¹. Luego fue al final de su Biblia en donde tenía escritas numerosas canciones y cantó con los niños otro coro.

Mientras cantaban, algunos de los chicos comenzaron a quejarse de hambre y de sed. Habían estado en la colina desde el medio día y ahora hasta el hermoso espectáculo del sol en el atardecer. Los ocasos eran especialmente hermosos aquí, en la isla indonesia de Dodi, pero hoy el crepúsculo era un siniestro preludio de las tinieblas que se cernían sobre la aldea.

De repente los gritos de Metú interrumpieron abruptamente el canto de los niños.

"¡Corre! Adela, ¡corre!"

Adela corrió a lo alto de la colina procurando ver en la penumbra de la tarde. Escasamente pudo observar las siluetas de hombres que trepaban por el empinado sendero. Otra vez se escuchó la angustiada voz de Metú:

"¡Llévate los niños, Adela! ¡Rápido!, "tienen que meterse en la jungla!"

Adela sintió un frío intenso y se quedó paralizada al escuchar el trepidar del fuego y ver el humo que se elevaba ha-

cia el cielo oscuro. ¡Le habían prendido fuego a toda la aldea! Todas las casas, incluyendo la suya, se convertirían en cenizas...

Estaba angustiada por la decisión que debía tomar. ¿Debía ayudar a Metú en su ascenso por el terraplén o debía correr donde los niños? Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. De la misma manera la vida de una persona puede pasar por su mente en tan sólo un instante. El pasado y el futuro de Adela se cruzaban ahora en su mente. Dos hijos maravillosos... un esposo amoroso... Había tenido una buena vida.

Volvió donde los niños y se dio vuelta para mirar a Metú por última vez. En un instante recordó a un atrevido jovenzuelo de diecisiete años que, sin ser invitado, se había sentado con terquedad en la cabaña de su madre ...

"Ahora sólo Dios puede separarlos"

Julio de 1989

"Mamá, ¡él parece un mico!" –murmuró Adela mientras observaba por la puerta de la cocina al joven que estaba esperando en la sala.

Su madre no dio importancia al comentario. Adela podía ser demasiado joven para casarse, pero por lo menos podía mostrar un poco de respeto y agradecimiento por la firme determinación del joven.

Llegaba todos los días a la casa aproximadamente a la misma hora. Adela no sabía si sentirse halagada o molesta cuando, cada día, Metú aparecía confiadamente en la cabaña y repetía la misma petición. En realidad ella ya le había respondido muchas veces, pero Metú rehusaba aceptar la respuesta o sencillamente aparentaba no escucharla.

"No quiero casarme, soy demasiado joven. Y aunque quisiera, ¡no quiero casarme con usted!" –insistió Adela. Ella también tenía diecisiete años y su belleza ya era evidente. Pero no tenía interés en comenzar una relación, aunque ciertamente tenía suficientes oportunidades de hacerlo.

Metú no discutió ni se mostró ofendido por el impetuoso comentario. Se sentó pacientemente y otra vez le explicó a Adela que ella debía ser su esposa. “Ese es el plan de Dios, aunque digas que parezco un mico”.

La chica rió entre dientes cuando vio la sonrisa de su madre. Sin desanimarse, Metú repitió su petición.

“Entonces, ¿te casas conmigo?”

Adela sabía que no había caso en responderle, de modo que se sentó allí preguntándose cuándo se marcharía su obstinado pretendiente. Finalmente, Metú se levantó y se dispuso a salir, pero antes de hacerlo se quitó su chaqueta, la dobló y la puso sobre el regazo de Adela.

“Como no me respondes –dijo–, mi chaqueta esperará la respuesta”.

La joven no pudo menos que sentirse halagada por aquel gesto juvenil pero sincero. Después de todo, Metú no parecía tan mal...

Tres meses más tarde se casaron.

Fue una boda tradicional, de acuerdo con las costumbres locales. Comenzó temprano en una soleada tarde de octubre y se prolongó hasta la noche. Se sirvieron dos comidas completas a los habitantes de toda la aldea quienes llegaron para presenciar el feliz acontecimiento. Todo aquello pasaba como un destello por la mente de Adela mientras luchaba con sentimientos intermitentes de ansiedad, preocupada otra vez por ser demasiado joven y pensando que su matrimonio era un terrible error. Era la primera en casarse entre siete hermanos. ¿Cómo podría entender su nueva obligación como esposa? Sólo las palabras que el pastor le dijo, después de la ceremonia, le dieron un poco de consuelo: “Adela, ahora sólo Dios puede separarte de Metú”.

Un mes después de la boda quedó embarazada, y aunque el embarazo fue normal, el parto fue difícil y el bebé nació muerto. Adela y Metú estaban desconsolados.

Adela: esperanza en medio del horror

Pero cinco meses más tarde, Adela quedó en cinta de nuevo. En esta ocasión el bebé nació tres meses antes de lo normal y no se esperaba que viviera. Los amigos que llegaban la consolaban y la animaban a “ser fuerte cuando el bebé muriera”.

“¡Mi bebé no va a morir!” –respondía ella con obstinación. En su corazón estaba plenamente convencida, negándose a aceptar la opinión de su familia y sus vecinos. No estaba dispuesta a perder otro hijo.

Con sumo cuidado acostó su bebé recién nacida sobre una almohada y, en voz baja y suave, le habló a su pequeña mientras oraba a Dios: “¿Por qué llegaste antes de tiempo, Cristina? –le dijo en un suave susurro–. No estuviste el tiempo necesario en mi vientre, sin embargo estás aquí. Aunque eres tan pequeñita, Metú y yo te queremos mucho, yo sé que Dios te protegerá”.

Ante el asombro de su familia y de los aldeanos, Cristina se desarrolló hasta ser una niña saludable a la cual, dos años y medio después, se le unió su hermanito Cristiano.

Adela y Metú no podían estar más felices. Poco después que nació Cristiano, se mudaron a su propia casa. Era una casa sencilla de tres habitaciones hecha en su mayor parte de bambú y con piso en tierra. Era humilde pero era suya. Tal vez cuando los niños fueran mayores podrían tener una casa más grande. Eso era algo en lo que habría que pensar. Por ahora se sentían felices de haber salido de la casa de los padres de su esposo.

Casi todas las familias en la aldea de Metú eran cristianas y ayudaban con entusiasmo en los programas juveniles de la iglesia. Habían más de cincuenta niños con edades similares a las de Cristina y Cristiano, y Adela disfrutaba leyéndoles las mismas historias bíblicas emocionantes que alguna vez le leía a ella su abuelo. Parecía como si estuviera haciendo ahora el mismo trabajo de su abuelo, predicar el evangelio, aunque sólo fuera a los niños de su vecindario.

La inminente "Yijad" o "guerra santa"

La vida transcurría con pocos problemas para Adela y sus compañeros de aldea, hasta que sus vecinos musulmanes les hicieron la primera visita "oficial".

Aunque en ese momento no se dio cuenta de ello, la pesadilla comenzó realmente a las 3:00 p.m. del 9 de septiembre de 1999, un día que no olvidaría jamás.

Al escuchar el bullicio de una agitación cercana, se apresuró a salir y de inmediato vio ante sus ojos una bandera. Con letras bien grandes tenía escritas las palabras "*Cinti Damai*", que significan: "Amor y Paz". Rodeaban la bandera treinta hombres, mujeres y niños de una aldea musulmana llamada Dahma.

"Habitantes de Dodi", proclamó un hombre de piel morena y edad madura, "somos sus vecinos y debemos comprometernos con ustedes a vivir en paz". No había equipo de amplificación de sonido pero su vozarrón lo escuchaba sin dificultad toda la concurrencia. Permaneció en la plataforma de madera del lugar de reuniones. No debía existir incompreensión ni peleas entre las aldeas musulmanas y cristianas, dijo. Todos debían vivir en paz.

Adela y las demás personas que se habían congregado junto a la plataforma pensaron que esto era raro teniendo en cuenta que no habían ocurrido confrontaciones anteriores, pero les extendieron su mano en muestra de amistad a sus visitantes, quienes permanecieron allí el resto de la tarde.

Después, en la noche, cuando Metú regresó de su trabajo en las minas, Adela le contó lo que había ocurrido.

"Pero, ¿qué en cuanto al rumor?" -preguntó Metú.

Un extraño rumor había estado circulando el cual anunciaba que el noveno día, del noveno mes de 1999, sería un momento negro para los cristianos de la isla de Dodi. Sin embargo, Metú y Adela lo habían desechado como eso, como sólo un rumor. Ahora, al considerar la visita de los musul-

manes, estuvieron de acuerdo en que al parecer no existía ninguna amenaza. En realidad habían disfrutado de un buen ambiente mientras los niños jugaban juntos.

Pasaron casi cuatro meses durante los cuales no hubo ningún incidente ni causa de sospecha alguna, y los residentes de Dodi asumieron que el rumor era infundado, hasta exactamente después de Navidad, cuando un joven comerciante llamado Yulpio, regresó a la aldea después de un fallido intento por salir de la isla. Al verlo regresar tan pronto, los aldeanos le preguntaron que le había ocurrido.

“No me dejaron salir” –les dijo.

“¿Quiénes? ¿Y por qué?” –interrogó uno de los vecinos mientras la expectativa aumentaba.

“Un grupo de musulmanes me detuvo sin ningún motivo, –explicó Yulpio–. Al principio sólo me dijeron que no viajara ahora, que era demasiado riesgoso. Yo protesté y les dije que necesitaba salir de la isla para traer más provisiones, pero eso no pareció importarles. Se sintieron agraviados y parecían ofendidos por el hecho de ser cristiano. Reconocí a algunos de los hombres como integrantes del grupo que nos visitó para proclamar lo que ellos llamaron paz. No quería más problemas, de modo que di la vuelta y regresé a casa”.

Adela, Metú y muchos otros comenzaron a cavilar sobre lo ocurrido a Yulpio, repasando los acontecimientos del 9 de septiembre. Pero sin tener pruebas del peligro inminente, era poco lo que podían hacer. Entonces el 10 de enero, lo que tanto temieron, azotó la aldea como una furiosa tormenta.

Cerca del medio día descansaba Adela con Cristiano, su pequeño, quien estaba un poco enfermo, cuando se hizo el alboroto entre los vecinos. Corrió hacia afuera y pudo observar las columnas de humo que se elevaban en la distancia. Una aldea cristiana vecina había sido incendiada. Luego vinieron los gritos de pánico. Debían huir de sus hogares. Tres mil musulmanes armados estaban en camino y había poca esperanza de poder detener su inminente “*Yijad*”².

Adela regresó apresurada llamando a gritos a Cristina y Anto, pero ninguno de los dos respondió. Su corazón latía con desespero mientras corría de un lado a otro buscando y llamando a sus dos pequeños. Finalmente, alguien le dijo que los habían visto dirigiéndose a la cima de la colina, alejándose de la aldea. Corrió adentro otra vez y apurada agarró unas pocas cosas. Cuando se dirigía hacia la puerta, vio su Biblia sobre la mesa... la cogió y huyó.

"Mamá, ¿vamos a morir?"

6:00 p.m., lunes 10 de enero de 2000

Metú y los demás hombres de la aldea habían detenido los atacantes musulmanes por casi cuatro horas, pero éstos eran muchos y estaban bien armados con machetes, antorchas y armas de fuego.

Ahora todo el pueblo ardía en llamas y los gritos de "¡Alá Akbar! ¡Alá Akbar! (Alá es grande) se escuchaban por todos lados. Metú y los otros hombres huyeron frenéticos por el resbaloso terraplén confiando en que los guerreros *Yijad* se conformaran con la destrucción de la aldea. Pero por el contrario, un sentimiento de sadismo parecía haberse apoderado, y pronto empezaron a ascender la colina, disparando rabiosamente sus rifles en la dirección en que huían los cristianos.

Metú y Adela reunieron rápidamente a los niños y sus madres cuando todos empezaron a huir en diferentes direcciones. Procurando evitar el fuego de los rifles, se arrojaron al suelo en medio de la tupida maleza, gateando tan rápido como podían, internándose en la jungla. Pero la extenuante jornada sobre manos y rodillas se hizo más difícil cuando comenzó a caer una intensa lluvia, convirtiendo el suelo limpio en un extenso lodazal ó barrizal.

Después de gatear por casi dos horas a través de la densa jungla, llegaron a una barraca abandonada a la orilla de una plantación de cocos. Estaba hecha de madera y tenía tres paredes y un techo. La habían utilizado los campesinos como abrigo del sofocante calor de la tarde durante el

Adela: esperanza en medio del horror

tiempo de cosecha. Esperaban que ahora les sirviera de escondite para su cansada familia. Estaban tan exhaustos que les era imposible seguir avanzando.

Cristina y Cristiano se durmieron casi inmediatamente cuando Adela los acostó en una estera de bambú que encontraron en la desierta construcción. Como el resto de la familia, los niños estaban empapados y cubiertos de barro. Y aunque la deteriorada estructura proveía algún abrigo, el techo estaba lleno de huecos por donde gruesos chorros de lluvia penetraban y caían sobre los pequeños.

Adela no pudo aguantar más. Como la lluvia, sus lágrimas corrieron abundantes por su rostro mientras se desahogaba llorando.

Cuando se pudo controlar, abrazo a Metú durante un breve y sombrío período de oración. Luego se sentaron juntos en silencio, cada uno con su propia madre.

Al amanecer, Cristina y su hermanito despertaron y poco a poco comprendieron que lo que pensaron era una simple pesadilla durante el sueño, era en efecto realidad. Por algunos momentos se sentaron silenciosos mirando a los adultos. Sus ojitos abiertos imploraban una palabra de consuelo, pero un silencio de muerte ensombrecía la atemorizada familia, y ninguno atinó a decir algo.

Al fin Cristiano se quejó: "Mamita, tengo hambre".

Los ojos de Adela se dilataron procurando contener las lágrimas, pero en el momento en que cogió al pequeño en su regazo, lloró sin control.

"Por favor, no llores así Adela -imploró Metú. Yo iré a buscar comida". Procuró consolarla, pero sabía que ella había llegado a su límite. El corazón de su esposa se partía al observar impotente el sufrimiento de sus preciosos hijos.

Metú iba a regresar a la aldea destruída en busca de comida. Adela le imploró que no lo hiciera, pero sabía que su esposo tendría que hacer algo. No podían permanecer en la barraca sin agua ni alimentos.

El tiempo parecía pasar en cámara lenta después de la partida de Metú. Un profundo temor se apoderó de Adela. Incapaz de vencer su ansiedad, volvió a internar a su familia en la jungla. Finalmente encontraron a otros aldeanos escondidos a la orilla de un sembrado de maíz. Adela guió a Cristina, a Anto y a las madres por entre las ordenadas hileras de maíz. Algunos comenzaron a coger las mazorcas. Por lo menos tendrían algo de comer, pensó para sí Adela.

Unas cuantas horas después, Metú se reunió de nuevo con los miembros de su familia a quienes les llevó doce latas de Coca-Cola. Fue todo lo que pudo encontrar. Pero cuando los chicos se disponían a destapar las latas, se escuchó el sonido de disparos a través de todo el maizal. Nadie sabía de dónde provenían de modo que se arrojaron al suelo sin saber a dónde correr. Al fin Cristina alzó la vista y mirando a Adela le preguntó:

“Mamá, ¿vamos a morir?”

Sí, vamos a morir, fue el rápido pensamiento que cruzó por la mente de Adela, pero sabía que tenía que ser valiente por sus hijos. Los atrajo hacia ella y les aseguró que todo estaría bien. Pero sabía que sus palabras de consuelo no podían reemplazar la aterradora realidad de la situación. Supo entonces lo que tenía que hacer; iba a tener la conversación más difícil que pudiera hacer con sus hijos, sin tener otra opción. Tenía que decirles...

“Cristina y Anto, por favor, mírenme y escúchenme bien. Si esa gente del Yijad nos coge, les van a pedir que se conviertan en musulmanes. Si ustedes dicen que no, los matarán”. Adela miró a sus hijos directamente a los ojos. Sabía que sólo había una respuesta correcta, pero, ¿cómo esperar que niños tan pequeños se comportaran con tanta valentía?

Ambos chicos respondieron con sencillez:

“Nosotros queremos seguir a Jesús”.

Sin pensarlo dos veces, Adela abrió la Biblia en el pasaje que continuamente estuvo en su mente desde que salió de su hogar. Su abuelo se lo leyó tantas veces cuando era niña,

Adela: esperanza en medio del horror

que prácticamente se grabó en su corazón. Era el Salmo 23. Les dijo a sus hijos que repitieran sus palabras a medida que ella lo leía:

“El Señor es mi pastor, nada me faltará...”

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo...” Continuó leyendo hasta que los dos se aprendieron el Salmo de memoria. Ambos se mostraban tan valientes, pero Adela se preguntaba si de verdad entenderían la gravedad de la situación.

Con el dorso de la mano se limpió las lágrimas que ya se formaban en sus ojos, y preguntó:

“Cristina, ¿tienes miedo de que te maten si dices que eres cristiana?”

Cristina acercó su carita a la de su madre, la miró a los ojos, y con voz suave respondió:

“Mamá, por favor, no te preocupes, no tengo miedo de morir”.

Cuando cesaron los disparos, quienes estaban en el maizal finalmente se dispersaron. Adela, Metú y su familia se metieron a la jungla a través de la cual caminaron cansados por dos días más. Caminaban bien en la oscuridad de la noche y dormían sólo unas pocas horas para luego levantarse al amanecer. En cierto lugar, Metú se reunió con otros vecinos de la aldea y supo por ellos que algunos cristianos habían sido asesinados. Preocupado por sus seres queridos, los internó más en la jungla.

Todos estaban exhaustos. Finalmente Metú y Adela se dieron cuenta que no podían forzar a los niños a ir más allá. Aunque tenían una pequeña cantidad de agua fresca de coco, el hambre se hacía más intensa y Adela lloraba cada vez que los niños le pedían comida. También se habían reunido con el padre y el hermano de Metú.

Llegaron a lo que Metú pensó que sería un buen lugar para descansar y recogieron algunas hojas secas de palma para que los niños se sentaran. Al escuchar el murmullo de

un arrollo debajo de la barranca, él y su hermano decidieron aventurarse a bajar para ver si podían encontrar algo de comer.

A su tierna edad, Anto no podía comprender por qué no habían tenido comida los últimos días y dijo que quería comer arroz con pescado.

“Tu padre volverá y tal vez traiga algo de pescado para comer”, le dijo Adela procurando animarlo. Pero sabía que era poco probable que Metú encontrara alimentos, entonces lo atrajo hacia ella y empezó a cantar un coro mientras lo arrullaba con ternura.

La poderosa sangre de Jesús

Habían pasado menos de diez minutos cuando escuchó los gritos de Metú. Al principio, Adela pensó que era locura de su esposo gritar así sabiendo que los guerreros Yijad estaban cerca. Entonces se dio cuenta que Metú ya había sido rodeado y que gritaba para que ella y el resto de su familia huyeran. Y otra vez escuchó las palabras que habían helado su corazón pocos días antes:

“¡Corre, Adela! ¡Corre!”

Antes de que Metú pudiera gritar otra vez, Adela escuchó el sonido producido por un arma automática. Inmediatamente se levantó pero, teniendo aún a su pequeño Anto abrazado a su cuello, tropezó. Se dio vuelta justo a tiempo para ver a Cristina corriendo hacia el lugar de donde provenían los gritos de su padre. Tomó aire para gritarle con todas sus fuerzas pero era demasiado tarde. Ya habían sido rodeados por varios hombres vestidos con largas túnicas blancas.

Anto estaba en el suelo en el lugar donde ella lo había dejado. Cuando trató de ponerse en pie, uno de los hombres esgrimió su machete y con la parte plana del mismo lo golpeó en su espalda. Adela gritó con toda la fuerza de sus pulmones y se arrojó sobre su hijo para proteger su cuerpo de otro golpe. Pudo ver la cara del niño palideciendo de

temor y entrando en pánico, pero sus esfuerzos para ayudarlo fueron inútiles cuando uno de los hombres la agarró por su negra cabellera y con facilidad la levantó en el aire.

A la fuerza la recostaron contra las varas de bambú mientras presionaban un ensangrentado machete contra su cuello. Se dio cuenta de sus intenciones cuando empezaron a desgarrar sus ropas. La Biblia que todavía apretaba entre sus manos cayó al suelo tan fácilmente como sus vestidos. Cerró sus ojos y oró en silencio por su familia y le imploró a Dios que la librara de ser violada.

Escuchó entonces los gritos de su madre, de su suegra y de su precioso Anto y supo que los estaban masacrando los depravados fanáticos asesinos que los habían expulsado de sus hogares. Era demasiado para soportarlo. A punto de desmayarse cayó de rodillas al ver que quienes habían atacado a su familia se dirigían ahora hacia ella. La sangre goteaba del filo de sus machetes. Sangre de su hijito Anto.

“¡Oh, Dios mío!”, gimió, no sabiendo cómo podría seguir resistiendo. Uno de los hombres se quitó su turbante lleno de sudor y lo anudó en la cabeza de Adela. En él estaban escritas las palabras “Alá Akbar” (Alá es grande). Con la última gota de fuerzas que le quedaba, gritó: “¡La sangre de Jesús es todopoderosa!”

“¡Es una cristiana! ¡Un cerdo! ¡Un cerdo apestoso! Violémosla y acabemos con ella” –dijo uno de los hombres con desprecio.

Un grupo grande de rabiosos musulmanes la rodeó y discutían qué hacer con ella. Hablaban en su dialecto local sin saber que Adela podía entender todo lo que decían.

Procurando ocultar sus lágrimas, oró en silencio: “Señor, por favor ayúdales a darse cuenta de lo que están haciendo. Es algo tan perverso... por favor ayúdales a entender. No saben lo que hacen. Es algo inhumano...” Mientras oraba, y en medio de la conmoción a su alrededor, alguien en voz muy baja preguntó:

“Adela, ¿eres tú?”

Adela levantó la vista y pudo ver a uno de los hombres de su aldea que había sido capturado por los Yijad. Su nombre era Hans.

A Hans también lo habían desnudado y herido, y sangraba copiosamente. El corazón de Adela se desgarró aún más desesperanzado. Estaba segura que no terminaría viva aquel día. Le preguntó al hombre si había visto a Metú o a Cristina. Con un movimiento de cabeza, le respondió que no.

Uno de los hombres abrigó los brazos de Adela con su ropa pero no le permitieron vestirse. Miró su Biblia en el suelo. La habían despedazado.

A los dos cautivos los obligaron a ascender por el empinado sendero hacia una montaña, mientras punzaban con machetes las partes más vulnerables de sus cuerpos golpeados. A medida que el sendero se estrechaba, Adela miró hacia abajo del cerro dándose cuenta de la altura a la cual se encontraba y lo fácil que le sería saltar. Sabía que probablemente la matarían si saltaba, pero estaría bien. “*¡Ayúdame, Señor! Por favor, ayúdame*”, imploraba continuamente. Resistiendo la tentación de saltar, llegó finalmente a la cima de la montaña en donde estaban reunidos alrededor de mil guerreros Yijad. Eran de diferentes edades, algunos escasamente eran adolescentes, pero todos estaban vestidos exactamente de la misma manera: con largas túnicas blancas y un turbante ceñido fuertemente en sus cabezas.

Amenazándolos con su rifle, uno de los soldados obligó a Adela y a Hans a permanecer uno tras del otro. El soldado era de mediana edad y fornido. Puso su rifle a un lado y lentamente sacó su machete de la cubierta. Adela miró a su alrededor y se dio cuenta que ella y Hans eran sólo dos cristianos en un mar de túnicas blancas. Cerró sus ojos y pensaba esperanzada que ya todo iba a terminar.

En segundos sintió la tibieza de la sangre corriendo por su rostro y su cuerpo. “La sangre de Jesús es todopoderosa”, gritó una y otra vez. Hans también gritó con ella. Podía escuchar las voces coléricas de otros hombres gritando y

cantando en la distancia. No se atrevió a abrir sus ojos. Pensó que si los mantenía cerrados durante suficiente tiempo podría abrirlos en la otra orilla, en el cielo. Pero tras esperar lo que a ella le pareció fueron horas, no pudo evitar hacerlo y los abrió. Frente a ella yacía el cuerpo mutilado de Hans.

Siete sencillas palabras

Adela estaba cubierta de sangre, pero no podía asegurar si era suya o de Hans. Su dolor era intenso debido a los muchos golpes recibidos de los musulmanes, pero no parecía tener ninguna herida abierta en su cuerpo. Su voz se había tornado débil, pero se las arregló para repetir las palabras: "La sangre de Jesús es Todopoderosa". Sabía que de alguna manera Dios la estaba protegiendo. Debía estar muerta. Habían pasado cinco horas desde que le rasgaron sus ropas y comenzaron a golpearla. Ya sabía que Anto, su madre, su suegra y Hans estaban muertos, y suponía que los demás también. Pero ella todavía estaba viva y debía haber una razón para ello. En medio de los terribles ataques, Adela vislumbró una pequeña luz de esperanza.

Los guerreros Yijad recogieron sus armas y dijeron que era tiempo de salir y que ella sería su guía. La ubicaron de primera en la fila y los guió en el descenso por un camino que serpenteaba hacia el lado opuesto de la montaña. Adela no tenía idea de hacia dónde se dirigían. Sencillamente caminó en un estado semiconsciente y trató de borrar de su memoria los sonidos de la brutal ejecución de Hans y la imagen de su cuerpo mutilado. No satisfechos con haberlo cortado en pedazos, los hombres apilaron sobre él hojas secas de palma de coco, les rociaron gasolina y prendieron fuego.

Cuando llegaron al pie de la montaña ya no la necesitaban como guía. Los hombres la empujaron en dirección a Dahma, su aldea, tirando continuamente de su larga cabellera, mofándose y frotando contra su cuerpo desnudo la parte plana de sus machetes. En cada ataque se mantuvo gritando, "¡la Sangre de Jesús es Todopoderosa!" A veces alguno de los hombres golpeaba salvajemente con un machete la parte

posterior de su cabeza, lanzándola al suelo como una muñeca de trapo, mientras procuraba protegerse con sus manos. Sentía como si mil agujas se le hubieran incrustado en su cráneo, pero cuando retiraba las manos de su cabeza se asombraba al descubrir que no estaba sangrando.

La lucha interior contra el odio

El valor de Adela se acrecentó a medida que se dio cuenta que Dios estaba guardando milagrosamente su vida. Pero, ¿por qué? No podía comprender por qué estaba todavía respirando cuando tantos otros habían sido cruelmente asesinados. Aún sus captores mostraban un semblante confuso y pensaba si no se estarían preguntando también por qué una indefensa mujer había podido sobrevivir a sus repetidos ataques. Lo que más los enfurecía es que continuaba invocando la sangre de Jesús.

Finalmente, uno de ellos la detuvo, hizo un pequeño manojo de hojas de tabaco, les prendió fuego y a la fuerza se las introdujo en la boca. Sus ojos se abrieron aterrorizados cuando las hojas encendidas se acercaban a su boca. Trató de resistirse pero no había manera de que pudiera superar los fuertes brazos de su verdugo. Convencido de que había callado finalmente a la "infiel", el hombre sonrió a los demás satisfecho. Pero tan pronto quitó sus manos de la boca de Adela, ésta escupió las hojas y dijo con convicción: "La sangre de Jesús es Todopoderosa". Estas siete sencillas palabras habían llegado a ser más y más reales a medida que su infernal pesadilla continuaba.

El sol se ocultó y la luz de la luna llena alumbró su camino hacia Dahma. Adela podía ver las luces de los hogares y las siluetas de los niños corriendo y jugando. Recordó la visión de su propia aldea y los niños jugaban en las noches tal como lo hacían los chiquillos que ahora observaba.

El grupo se detuvo y los hombres le ordenaron vestirse otra vez. Dos jóvenes que no superarían los veinte años de edad, armados con pistolas fueron encargados de vigilarla

mientras los demás entraban a la aldea. Adela les preguntó si sabían qué le había ocurrido a su hija.

“¡Sí, –respondió uno de ellos con mofa–, nosotros la matamos!”

Adela tuvo la impresión de que mentían, pero pudo ver el odio en sus ojos. También sintió crecer el rencor en su interior y oró a Dios para que lo arrancara de allí.

Un poco después la llevaron a la aldea en donde otra vez fue objeto de burlas y torturas. Los guerreros eran brutales pero ella fue fuerte. Si era su hora de morir aún a manos de los soldados Yijad, estaba lista. Una vez más se dio cuenta que era la única rehén visible. No se atrevía a imaginarse cuántos de los demás cristianos habían sido asesinados. En ese momento no supo que era peor, si morir o permanecer cautiva de estos fanáticos. A pesar de su tormento, cada vez que un soldado dio rienda suelta a su crueldad sobre su cuerpo, Adela continuó proclamando en voz alta: “La sangre de Jesús es Todopoderosa”.

La desnudaron otra vez frente al comandante Yijad. Tres mujeres la llevaron a un cuarto trasero en donde la bañaron con agua fría en una bañera metálica. “Por favor, permítanme bañarme a mí misma” – suplicó, pero no se lo permitieron. Cuando repitió la súplica las mujeres la golpearon. Después del baño le dieron una camiseta y un par de pantalones cortos, viejos y llenos de agujeros. Sus propios vestidos pertenecieron a “un cerdo inmundo”, le dijeron las mujeres, por lo tanto había que quemarlos.

“¿Dónde se esconden los cristianos?”

Asignaron a once hombres para interrogarla mientras que otros treinta la rodeaban. Pudo reconocer a algunos de los líderes como los hombres que habían ido a la aldea el pasado 9 de septiembre con su bandera y cantando: “Paz a la isla de Dodi”. El hombre que la interrogaba era el mismo que había hablado tan confiado sobre la plataforma el día de la visita. Adela pudo sentir el odio creciendo de nuevo al darse cuenta que la misma gente que había ido para ofrecer

un pacto de “paz”, regresó después para atacarla y matarla con su familia incluyendo a su pequeño Anto. Mientras la sujetaban con firmeza en una silla de madera en el centro de la habitación, se preguntó cuál sería realmente su definición de *paz*.

“¿Dónde están escondidos los otros cristianos?” –preguntó con calma el hombre alto y flaco.

“No se lo diré. Aunque me maten, no se lo diré” –respondió Adela con firmeza.

Sabía dónde probablemente se escondían muchos de ellos y lo que les pasaría si ella hablaba.

“No les haremos nada. Sólo queremos saber dónde están escondidos. ¿No quieres regresar a tu casa?” –insistió el hombre.

Adela se sentó en silencio negándose a responder sus preguntas. El interrogatorio continuó por otros treinta minutos, al final de los cuales la abofetearon nuevamente. Le acercaron un plato de comida pero rehusó comer. Sin darse por vencidos, dos de los hombres le abrieron la boca por la fuerza y comenzaron a introducirle comida. Ella la arrojó de su boca aunque no había probado bocado durante los últimos tres días.

La noticia de la negativa de Adela de hablar o comer llegó rápidamente a Dahma y muchos se reunieron frente al comando gritando:

“Déjenla por nuestra cuenta y la pondremos por el suelo. ¡La cortaremos en pedacitos!”

Al escuchar sus voces rabiosas, sintió odio y temor al mismo tiempo. Finalmente un hombre anciano, conocido como Saboom Sabar, entró a la habitación. No parecía motivado por la misma furia de la cual estaban poseídos los demás. Se arrodilló al lado de su asiento y le preguntó si le podría decir dónde se escondían los otros cristianos.

“No, no puedo”, y su temor desapareció y las lágrimas comenzaron a fluir. Sabar se levantó y le dijo al comandante:

“Será mucho mejor que esta chica venga conmigo. Si permanece aquí un minuto más la matarán”.

Un grupo de hombres continuó gritando y amenazándola mientras la conducían a la casa de Sabar. Prometieron esperar afuera el momento oportuno para atacarla. Pero Sabar le dijo:

“Estarás segura aquí. Puedes dormir en mi cuarto de huéspedes”.

Al entrar en el cuarto, que estaba modestamente amoblado, cerró rápidamente la puerta tras sí y se sentó sobre la cama de paja. Las lágrimas comenzaron a brotar al recordar a su precioso hijito Anto.

“¿Cree que Él puede salvarlos de esto?”

Al día siguiente, un grupo de soldados uniformados entró en la aldea. Inmediatamente los llevaron a la casa de Sabar a reunirse con Adela. Su pregunta era la misma de los demás: “¿Dónde están escondidos los otros cristianos?”

De nuevo Adela se negó a responder. Le permitieron volver a su cuarto pero desde allí podía escuchar la conversación a través de la delgada pared. Los soldados tenían un sólo objetivo: encontrar a los otros cristianos y decidieron que Adela debía ir con ellos como su “guía”. Estaba aterrada, pero había tomado en su corazón la determinación de morir antes que delatar a sus compañeros.

Luego, en la tarde, tres de las esposas de la aldea le trajeron algo de comida pero otra vez ella se negó a comer. Cuando comenzaron a hablar entre ellas se dio cuenta que las conocía. Venían de otra aldea y eran cristianas por nacimiento. Sin embargo, se habían casado con musulmanes que las habían persuadido a convertirse. Una de ellas, llamada Umi, comenzó a criticar perversamente a Adela.

“Es culpa tuya que tu madre y tu hijo estén muertos” –le increpó. Te negaste a convertirte al islam y ahora estás sufriendo las consecuencias. Quieres creer en Jesús, pero, ¿piensas que Él los puede salvar de esto?”

“¡Cállate, Umi! No hables más así” –le ordenó una de las otras mujeres. ¿Piensas que Mahoma nos salvará a *nosotras*?” Adela pudo ver la ternura en los ojos de la mujer, y antes que se fuera se levantó y la abrazó. La mujer comenzó a llorar y murmuró en su oído: “Tal vez algún día yo regrese a Cristo”.

No podía decir si la mujer estaba haciendo una declaración o preguntando si eso era posible. Adela miró su rostro afligido y le dijo con delicadeza:

“Si realmente quieres regresar al Señor, Él te ayudará a hacerlo”.

Al llegar la noche, regresaron los soldados, habían decidido que tenían que atrapar a todos los cristianos de la isla y que Adela era la persona indicada para ayudarlos a encontrar a los demás. Una vez que los encontraran, los quemarían a todos. No dejarían vivo a ninguno. Adela sabía que no había nada que ella pudiera hacer para detener el perverso plan, de modo que permaneció encerrada bajo llave en su cuarto, orando y pidiendo fortaleza. Si la habían escogido como guía, negarse a cooperar con ellos significaría la muerte.

Algunos hombres comenzaron a regocijarse frente a la casa de Sabar y Adela se las arregló para ver entre rendijas la causa del alboroto. Los guerreros habían atrapado a otra familia cristiana. Asesinaron al esposo y llevaban a la mujer y tres hijos hacia Dahma. Oyó decir que el nombre de la mujer era Rosa. Sintió que su corazón aceleró sus latidos y regresó a su cama. Ella conocía bien a esta familia. Uno de sus niños era de la misma edad de Anto, su hijito, que acostumbraban jugar en su casa casi todos los días.

Casi a la media noche regresó Sabar a su cuarto con rostro congestionado:

“Adela, ¿qué vamos a hacer? Los soldados exigen que vayas con ellos”.

Adela se asombró de que el hombre dijera “qué *vamos a hacer*”. Sabar casi parecía identificarse con su sufrimiento.

Adela: esperanza en medio del horror

Su bondad ofrecía un pequeño oasis de consuelo en medio de todo este odio que la rodeaba. Pero ella sabía que no tenía alternativa.

“Dígame que me pueden disparar aquí, en este mismo lugar, que no voy a ir con ellos”.

“¿Por qué estás tan temerosa de ellos?” –preguntó Sabar.

“Porque sé cuáles son sus planes. Los oí hablar y no voy a participar con ellos ayudándoles a matar a nadie” –respondió.

Sabar salió del cuarto. Adela pasó otra noche sin dormir y otra vez se negó a ingerir alimento. En las horas anteriores al amanecer, llegaron más informes. Habían asesinado a otra familia... más mujeres y niños capturados... y encontraron a una niña pequeña. Adela continuó preguntándose si podría tener información sobre su hijita, si era una de las nuevas cautivas. Pensó que si mataban a Cristina sería mejor para ella. Era un pensamiento terrible pero temía lo que los viles soldados le podrían hacer a su dulce e inocente pequeña.

Cristina

A las cuatro de la madrugada Adela todavía estaba despierta clamando a Dios:

“Señor, ¿por qué no me permites morir?”

Las lágrimas corrían por su rostro mientras repetía la misma pregunta:

“¿Por qué, Señor? ¿Por qué?”

Las inexorables amenazas continuaban afuera de la casa. Un hombre casi tuvo éxito en apuñalarla cuando metió la punta de su machete por entre las rendijas de la pared de su habitación. Dos de las esposas que la visitaron el día anterior también regresaron a suplicarle que comiera. Otra vez se negó. Permaneció en su cuarto y pudo dormir un poco durante la quietud de la mañana, pero la mayor parte del tiempo se arrimaba a la pared y lloraba. Continuó oran-

do por Metú y los demás miembros de su familia, pero en especial oraba por Cristina.

Entonces, llegaron las noticias.

“¡Adela! ¡Adela! –llamó Sabar entrando rápidamente a la habitación. Afuera hay unos hombres que dicen haber capturado a tu hija Cristina”.

Era un riesgo... un tremendo riesgo, pero tenía que cerciorarse. ¿Realmente estaría viva Cristina o sería un cruel engaño para sacarla de la casa de Sabar? Había sólo una forma de averiguarlo.

Viajaron en bote, a la aldea de Salubi, seis soldados Yijad, Adela, Sabar (quien por petición de Adela había accedido a viajar con ellos) y una joven cautiva de nombre Maksi. Esta última era amiga de Anto y tenía sólo siete años de edad. Adela cogió a la pequeña y la abrazó fuertemente. Lloró mientras apartaba el cabello enredado que caía sobre el rostro de la pequeña. Era una rostro familiar, una amiga de la familia.

Se sentó junto a Maksi, la abrazó y acarició su cabecita durante la corta jornada a Salubi. La chiquilla le traía muchos recuerdos de Anto. Pero el apacible momento terminó cuando vieron a los soldados esperando en la orilla. Éstos la sacaron del bote de un tirón, y su trato brutal, fresco todavía en su memoria, continuó.

Al ver los malignos ataques de los Yijad a Adela, Maksi estaba aterrorizada, gritó fuertemente y su cuerpo entró en una incontrolable convulsión. Al escuchar los lamentos de su joven amiga, Adela otra vez proclamó: “La sangre de Jesús es todopoderosa”. Ahora sintió temor de que el viaje a Salubi no tuviera nada que ver con Cristina. La esperanza se le desvaneció rápidamente a medida que las palizas continuaron. Sabar comenzó a gritar a los hombres suplicándoles que cesaran de golpearla. Encontró la manera de arrancarla de las manos de sus captores y le ayudó a entrar a una casa grande ubicada junto a la orilla, en donde retenían a otros prisioneros. Luego le dijo que tenía que salir.

Adela: esperanza en medio del horror

“No hay nada más que pueda hacer por ti. Si continuó interfiriendo me matarán a mí también. Lo siento”.

Había otras mujeres en la casa temblando al oír continuamente los horribles cantos de los hombres que estaban afuera continuaron. Adela había ocultado su rostro entre sus manos para llorar, cuando oyó pasos de alguien que se acercaba. Levantó la vista para ver. ¡Era Cristina!

La niña se arrojó a los brazos de su madre y lloró.

“¡Mamita! ¡Mamita!”

Se abrazaron y Cristina continuó luchando por dar salida a sus palabras.

“Lo siento tanto, mamita... Lo siento... Lo siento mucho. Mataron a la abuela. Y vi su cuerpo, mamita... yo vi a Anto... ¡lo mataron a él también! ¡Ay, mamita!”

“Lo sé, Cristina, sé que ellos los mataron”.

El recuerdo era todavía demasiado doloroso y Adela comenzó a llorar descontrolada. Cristina no sabía qué decir, de modo que besaba a su madre... una y otra vez.

Esperando una respuesta que nunca llegó

La sexta noche de cautiverio los Yijad reunieron a Adela y a seis de sus compañeros y les dijeron que a la mañana siguiente tendrían que convertirse al islamismo.

“Jamás seré musulmana” –respondió Adela.

“Está bien, no tiene que hacerlo, pero si no lo hace, si alguno de ustedes se niega a hacerlo, los mataremos a todos –replicó el comandante–, y la culpa será sólo de ustedes”.

Los cristianos cautivos acordaron tener una reunión esa noche. Fue la primera vez que les permitieron reunirse como grupo desde el día de los ataques. Se abrazaron unos a otros y habían lágrimas en sus ojos. Sabían que tenían que decidir lo que iban a hacer. ¿Aceptaban convertirse al Islamismo o se unían a la lista de mártires cristianos?

“Podemos repetir sus palabras, podemos decir sus oraciones, Dios conoce nuestros corazones, Él no nos juzgará” –dijo al final uno de los hombres.

“¿Y cómo podemos hacerlo? Hemos resistido todo este tiempo. ¿Vamos a permitir que este sea un esfuerzo en vano?”

“¿Y qué pasará con nuestros hijos? ¿Estamos dispuestos a ver que los ejecuten ante nuestros ojos?”

“¿Querrá Dios que todos muramos aquí en esta aldea musulmana?”

La discusión continuaba indefinidamente mientras Adela reflexionaba sobre la difícil situación. En cuanto a ella, le era fácil negarse a la conversión; sabía que su fe le daría fuerzas para resistir hasta el final. ¿Pero era justo que sus acciones determinaran el destino de los otros, incluyendo a Cristina? El dilema la torturaba mientras le imploraba a Dios una respuesta, pero ésta no llegó.

A la mañana siguiente reunieron a los cristianos en el patio

“¿Ya hicieron su decisión? ¿Se van a convertir o quieren morir?” –interrogó uno de los guerreros Yijad.

Ninguno se atrevía a ser el primero en responder. Los niños de menor edad se negaron a hablar, congelados en un estado de temor y de lucha interior por permanecer fieles a su fe. El comandante se mostró cada vez más agitado por su obstinado silencio y ordeno a gritos a sus subordinados en su lengua nativa. Los soldados regresaron con docenas de cucharas y en un extraño ritual comenzaron a mezclar lodo y a forzar a los cristianos a ingerirlo. El comandante abofeteó a Adela cuando ella escupió el lodo de su boca.

“¡Cómetelo! ¡Cómetelo ya!” –le gritaba.

Adela se rebeló.

Luego trajeron una manguera y rociaron a cada uno de los prisioneros con agua en un “bautismo islámico” mientras

los musulmanes cantaban pasajes del Corán. Cuando terminaron, danzaron como ebrios y dispararon sus rifles al aire celebrando su supuesta victoria al haber convertido a los cristianos al Islam. Éstos permanecieron de pie juntos, silenciosos y confundidos, observando a los soldados que continuaban la vana celebración.

Pero sintieron el impacto cuando vieron a algunos soldados transportando galones de gasolina hacia donde estaba el grupo reunido. Un oficial distinguido y muy bien vestido caminó delante de los demás. Adela lo reconoció como un líder de la isla de Java. Sin dudarle un instante, ordenó con toda calma a sus oficiales que encerraran al grupo de cristianos bajo llave en una de las casas y que la rociaran con gasolina.

Los aterrorizados creyentes fueron llevados a empellones a una de las chozas en donde comenzaron a gritar y se abrazaron alrededor de los niños pequeños. No tenían miedo de morir por Cristo. Cada uno de ellos lo había demostrado, una y otra vez, durante su cautiverio. Pero el pensamiento de ser quemados vivos y tener que observar a sus hijos en las llamas, era demasiado para soportarlo. Al unísono se arrodillaron clamando a Dios que los salvara de tan terrible muerte.

Mientras oraban se suscitó una discusión afuera entre los soldados. Debatían si debían o no quemar a los cristianos. Uno de ellos argumentaba que los prisioneros se habían convertido al Islam y podrían ser útiles en la Yijad. Pronto todos estuvieron de acuerdo. Si los cautivos estaban dispuestos a participar en la Yijad, ello confirmaría su compromiso con Alá, y les perdonarían la vida.

El precio de la rebelión

Al oír las discusiones, Adela y los demás prisioneros quedaron en un estado de conmoción. No era esa la respuesta que esperaban. Pero tenían que tomar una decisión. Si los cautivos de más edad convenían en ir con los soldados en la próxima Yijad, todos salvarían su vida, de lo contrario, regarían gasolina en la choza y los quemarían a todos. Los

cristianos se arrodillaron temblorosos mirándose una vez más unos a otros en busca de aliento y preguntándose quién hablaría primero. El comandante entró abruptamente en la choza anunciando las buenas nuevas.

“Los que tengan edad suficiente para portar un machete, vengan con nosotros en la Yijad. ¡Va a ser muy divertido!”

Adela sintió mucho enojo al escuchar la mofa maligna que hacían de los cautivos. Sintiendo un arranque de valor se puso en pie. El comandante sonrió pensando que tenía su primera voluntaria. Pero ella se dirigió a los otros cautivos y les dijo:

“No vaya ninguno de ustedes con ellos, si nos van a matar, es mejor que lo hagan aquí, por lo menos aquí estamos todos juntos”.

El comandante enfurecido por el desafío la agarró por un brazo.

“¿Qué estás diciendo?”

Adela repitió:

“No nos uniremos a la Yijad. Ahora, por favor, salga de aquí”.

El hombre sacudió con violencia el brazo de Adela, mirándola directamente a los ojos, no tenía necesidad de hablar; sus ojos comunicaban su ira perfectamente. Pero Adela creía que Dios los salvaría, aunque pensaba también que tendrían que pagar un precio por su abierta rebelión. Cuando el comandante dio la espalda y salió rápidamente de la habitación, los otros prisioneros, aunque admiraron su tenacidad, se preguntaron si no habría sellado también su destino.

Fue un milagro que los soldados también salieran y sacaran a los cautivos de la choza.

Pasaron dos semanas y Adela continuaba bajo constante amenaza. Los musulmanes eran conscientes que ella había influenciado a los demás prisioneros y creían que debían

eliminarla. Poco a poco estaba recuperando su fuerza física, ahora que había comenzado a comer ante la insistencia de Cristina.

Los líderes militares entraban y salían de la aldea diariamente para discutir lo que debían hacer con los cautivos. Dudaban que su conversión al Islam hubiera sido sincera y argumentaban que debieron haberlos quemado en la choza tal como lo habían planeado antes y conservar así su aldea libre de contaminación. Como un último esfuerzo para confirmar la conversión de los rehenes, decidieron que circuncidarían a todas las mujeres.

Algunas estaban aterrorizadas y comenzaron a llorar histéricamente. Su oposición confirmó las sospechas del comandante de la aldea, insistió en que debían ejecutarlos. Otros todavía pensaban que los cristianos serían útiles si los conservaban vivos, de modo que decidieron que por ahora los dejarían vivir. No obstante, tomaron a todas las niñas que no habían llegado a la adolescencia, incluyendo a Cristina, y sin misericordia las circuncidaron. El dolor fue demasiado agudo y Cristina, lloró por largo rato. El odio de Adela se agitó otra vez y tuvo que luchar para controlar la ira que hervía en su interior. Su propia prueba era difícil de soportar más allá de lo imaginable, pero tener que observar el sufrimiento de su hijita fue extremadamente peor. Sintió odio hacia cada uno de los musulmanes, excepto hacia Sabar. Ella sabía que el odio es un cáncer del alma y que el único antídoto para éste es el perdón. Pero en esas momentos el perdón parecía demasiado lejano, casi como una imposibilidad. Todo lo que pudo hacer fue orar.

Transcurrieron otras seis semanas sin amenaza directa de ejecución, pero Adela permanecía sumamente preocupada. Podía darse cuenta de la manera en que los hombres musulmanes la miraban; algunos ya habían intentado violarla. Podía sentir cómo aumentaba su lujuria a medida que pasaban los días y cavilaba por cuánto tiempo más podría defenderse de ellos. Incluso el comandante de la aldea le

había hecho insinuaciones impropias. Anhelaba el consuelo de Metú, y se preguntaba si aún estaría vivo.

Metú

Inesperadamente, una mañana un pequeño grupo de oficiales del gobierno vino en bote a Salubi. Venían para investigar acusaciones que los cristianos eran retenidos como rehenes en la aldea, un cargo que los soldados musulmanes negaron con vehemencia. Sin embargo Nahor, el hombre propietario del bote, era cristiano y había escuchado que a una mujer creyente, llamada Adela, la estaban reteniendo por la fuerza. Después de descargar a sus pasajeros, se dedicó a buscarla.

“¿Eres tú Adela?” –le preguntó, cuando alguien se la señaló.

“¿Quién es usted?” –respondió Adela con sospecha. Escasamente había pronunciado esas palabras cuando Nahor la abrazó y comenzó a llorar.

“Sé todo acerca de tu situación aquí” –le dijo.

“¿Qué? ¿Cómo me conoce?”

“Metú me lo contó”

Adela no podía creer lo que escuchaba. ¡Metú estaba vivo! Por primera vez en más de seis semanas volvió a sentir alegría y hasta pudo sonreír.

“¿Metú está vivo?” –preguntó para asegurarse de que no había oído mal.

“Sí, por supuesto que está vivo. ¿Te gustaría escribirle una nota?” –le preguntó Nahor.

La idea de escribirle a Metú emocionó a Adela. ¡Cuánto había anhelado hacer contacto con él! Pero sabía que ahora habían cosas más urgentes para hacer.

“Sí, me encantaría escribirle a Metú, pero tengo algo que debo hacer primero. ¡Rápido, déme algo con qué escribir y un pedazo de papel!

Adela: esperanza en medio del horror

Se sentó y comenzó a escribir con prontitud los nombres de todos los cautivos. Todavía estaba escribiendo la lista, cuando vio que el comandante se aproximaba.

“Rápido, llévese esto Nahor, y por favor, ¡tenga cuidado!”

Le dio al hombre un abrazo y se escabulló lamentando no haberle podido escribir a Metú. Cuánto anhelaba contarle todas las cosas... lo mucho que lo amaba y cuánto lo extrañaba... lo valiente que había sido Cristina. Pero no había tiempo suficiente se sentía obligada a informar sobre los otros prisioneros. Sin duda alguna sus familias estarían preocupadas también. Ahora esperaba que nadie la hubiera visto hablando con Nahor.

“¿Qué estabas escribiendo?” –inquirió el comandante.

Se puso furioso cuando supo que Adela no sólo había hablado con el dueño del bote, sino que también le había entregado una nota.

“¿Enviaste una carta?”

“No, no envié una carta” –respondió Adela.

“¿Qué fue entonces lo que escribiste?” –pronunció furioso y en voz baja sus palabras mientras acercaba un cuchillo al cuello de Adela.

Con firmeza Adela le respondió:

“Sencillamente escribí los nombres de todos los que ustedes tienen cautivos aquí”.

“¿Que hiciste qué?”

El comandante estaba muy alterado. Adela pensó que seguramente hundiría el cuchillo en su garganta, pero por primera vez no tuvo miedo. Había logrado hacer lo que ella creía que era su deber y tuvo noticia de que Metú estaba vivo. Había sido para ella un buen día; uno que aún el desalmado comandante no podía echar a perder.

“Les acabo de asegurar a los funcionarios del gobierno que a nadie estamos reteniendo aquí contra su voluntad.

Firmé un compromiso y ahora tú les das una lista de 'prisioneros'... ¡Cerdo! ¡Vas a pagar por esto!"

El hombre cumplió lo prometido. La golpearon brutalmente esa tarde y en muchas otras ocasiones después.

En menos de dos meses la aldea de Salubi volvió a estar bajo investigación. La lista de prisioneros que Adela entregó a Nahor días antes, circuló en las oficinas del gobierno y entre los parientes de los cautivos, incluyendo a su esposo. A ella le llegó noticia que "Metú viene con funcionarios del gobierno para recogerte junto a Cristina".

Adela entró como en éxtasis. Ella y su hijita habían sobrevivido a una pesadilla infernal inimaginable y ahora iban a regresar a su hogar. Sus espíritus se reanimaron y descubrió que había vuelto a sonreír. Pero Cristina no parecía muy convencida.

"¿De verdad vamos a volver a casa? –preguntaba con escepticismo-. ¿Vamos a estar con papito? ¿Qué tal si nos impiden ir?"

Adela sentía la ansiedad en la voz de Cristina y sabía que sus preguntas eran sensatas. Abrazó a su valiente hija mientras cavilaba qué complot podrían usar sus captores para evitar su liberación. Al día siguiente tuvo la respuesta.

"No puedo ir contigo"

A juntas y Cristina las obligaron a permanecer de pie frente a todos los demás prisioneros. El comandante, dirigiéndose a los cristianos, dijo:

"Pronto llevaremos a Cristina y Adela a Dahama para que se reúna con su esposo".

La noticia de la llegada de Metú se había regado entre los cautivos con gran antelación. Ellos conocían a Adela. Si le permitían partir, no descansaría un momento hasta que los otros cautivos fueran liberados también; Adela sería su salvavidas hacia la libertad.

Adela: esperanza en medio del horror

Entonces el comandante continuó con una amenaza que ya era familiar:

“A ellas les preguntarán si quieren permanecer aquí con ustedes o irse con Metú; Si cualquiera de ellas decide irse con Metú, los mataremos a todos ustedes”.

Cuando el comandante dio vuelta y caminó para alejarse, se agachó frente a una niña que no tendría más de cinco años. Sacando su cuchillo de la cubierta acercó la punta al cuello de la temblorosa pequeña y perversamente agregó:

“¡Aun a ti!”

Los creyentes permanecieron de pie con su vista fija en Adela. ¿Cómo podría tomar esa decisión?, se preguntaban entre ellos. También cavilaban lo que harían si estuvieran en la encrucijada en que ella se encontraba. Adela sabía que nadie la culparía a ella o a Cristina si escogían irse con Metú. Pero antes que pudiera dar cualquier respuesta, el hombre dijo:

“¡Vamos!”

¿Y ahora...? Adela no tenía idea si Metú ya las estaba esperando. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. Necesitaba tiempo para orar y reflexionar si el comandante cumpliría realmente la amenaza de asesinarlos a todos, o si no era más que una amenaza. ¿Cómo podía darle la espalda a Metú? Pero, también, ¿cómo podía tomar una decisión que podría significar la muerte de todos los demás prisioneros?

Antes de que pudiera saberlo, la llevaron a un cuarto en donde estaba sentado Metú con funcionarios oficiales. Cuando entraban, el comandante susurró a oídos de Adela:

“Recuerda que si cualquiera de las dos regresa con él, mataré a los otros prisioneros. Y no solamente a ellos. Mataré también a Metú”.

Estas frías palabras hicieron que un hielo recorriera todo su cuerpo y que desechara la idea de que sólo eran amenazas.

Ahora podía ver la angustia en los ojos de su esposo. ¡Cuánto había anhelado él estar nuevamente con su esposa y su hijita! Los últimos tres meses debían haberle parecido toda una vida, pero ahora estaba esperanzado. Él también era un hombre de determinación y Adela sabía que seguramente se había prometido a sí mismo no salir de ese lugar sin ellas. Todo cuanto podía hacer ella era orar pidiendo fortaleza.

Un funcionario se presentó a sí mismo como el señor Said, y sin más preámbulos, preguntó:

“Adela, ¿quieres irte con Metú o permanecer en Salubi?”

Ella ya conocía la pregunta palabra por palabra. Y tenía instrucciones precisas sobre cómo debía responderla. Trató de hablar pero sus labios se movieron silenciosos. El señor Said la repitió un poco más fuerte:

“Adela, ¿quieres irte con Metú o permanecer en Salubi?”

Adela miró directamente a Metú quien se preguntaba por qué ella tardaba tanto en responder.

“Metú... –las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras sus propias palabras la hirieron– ¡no puedo ir contigo!”

Metú saltó de su silla para correr hasta Adela y preguntarle por qué, pero el señor Said lo contuvo impidiéndole hablar. Inmediatamente le hizo la misma pregunta a Cristina. Adela todavía lloraba al mirar a su hija, insegura de lo que respondería. No había tenido tiempo para hablar con ella y ahora estaba convencida de que los Yijad matarían a los otros cautivos y a Metú si alguna de las dos decidía regresar con él. Pero, ¿cómo esperar que su hijita de tan sólo nueve años de edad pudiera entender el riesgo de aceptar irse con su padre?

“No puedo irme contigo, Papito, lo siento...” –gimió Cristina procurando desesperadamente disculparse con él y explicar la situación.

El señor Said los interrumpió con rudeza.

Adela: esperanza en medio del horror

“Entonces, hemos terminado. No hablaremos otra palabra acerca de este asunto. ¿Entendido?”

Cinco minutos les dieron a Adela y a Cristina para estar con su padre, sometidos a estricta supervisión y con instrucciones de no hablar en voz baja entre ellos. Desobedeciendo esas órdenes, Adela habló de esta manera rogando a Dios no ser escuchada por los soldados.

“Metú, tuve que responderte de esta manera. Ellos habían amenazado matar a los otros si nos vamos contigo. Por favor no me odies. Mientras viva jamás perderé la esperanza. Yo sé que un día nos vamos a reunir otra vez”.

Metú miró a su linda esposa, vio el dolor reflejado en sus ojos y admiró su coraje. No quedaba nada que decir. Tan sólo miró a su familia y sencillamente dijo: “Entiendo”.

Aferrándose a la esperanza

La reunión terminó tan rápido como había comenzado, Adela y Cristina fueron llevadas otra vez al cuarto donde estaban antes. Adela quiso darse vuelta para darle una última mirada a Metú, pero el comandante la agarró primero y arrió el cañón de su rifle en su costado.

“No vuelvas a mirarlo, –gruñó–. Es un hijo de Jesús. ¡No es más que un cerdo!”

Con sus esperanzas destrozadas, se preguntaba que le depararía ahora el futuro. Todo lo que podía hacer era llorar.

Durante las semanas siguientes se aferró a la esperanza de que algún día se reuniría con Metú. Ese pensamiento mitigaba el infinito dolor de su cautiverio, le proporcionaba algo a lo cual aferrarse, aunque ello fuera un sueño distante.

Luego, el 10 de abril, su sueño se convirtió en pesadilla...

“Adela, –comenzó diciendo el comandante–. Ya he decidido lo que voy a hacer contigo. Tú me has causado muchos problemas, eres una alborotadora. He decidido permitir que

uno de mis hombres se case contigo. Tal vez él sea capaz de controlarte”.

Adela no lo podía creer.

“¡No puedo casarme con nadie! ¡Ya estoy casada con Metú!”

“Ya te dije que Metú no es un hombre, es un cerdo. No reconozco tu matrimonio con él, y si te niegas a casarte con el hombre que te escogí, le permitiré a *todos* que te posean”.

El hombre no aceptó ninguna discusión. Adela supo, por la decidida expresión de su rostro, que hablaba en serio. No había escapatoria.

Fue donde las demás mujeres cautivas y les imploró que la ayudaran. Sabía que era poco lo que podrían hacer, pero esperaba que por lo menos la apoyaran protestando por el forzado matrimonio. Pero éstas permanecieron silenciosas, temiendo por sus propias vidas. Finalmente una de ellas le dijo:

“Si no te casas con uno de ellos, nos violarán y nos matarán a todas”.

Adela estaba desconsolada. Se había esforzado tanto por apoyar a estas mujeres y ahora se sentía traicionada. Comenzó a sollozar.

“¿Cómo pueden convertirme en algo así como un mueble que se vende para salvarse ustedes?”

Las otras la abrazaron mientras se disculpaban y lloraban juntas. Sabían que no sería la última vez que alguna de ellas sería forzada a casarse.

Cuando la obligaron a ella y a Cristina a ir con Almin, su nuevo esposo, pensó que su situación ya no podría empeorar más, pero *sí* empeoró. Pocos meses después quedó embarazada.

Una nueva vida

Para el mes de octubre el estado emocional de Adela hizo crisis. Sentía como si su vida estuviera en una espiral que descendía incontrolable hacia un pozo sin fondo. Estos

monstruos habían asesinado a su hijo y su madre, y a ella la habían golpeado sin misericordia tantas veces que ya no las podía contar. Ahora creía que le habían quitado aún la esperanza de reunirse con Metú. El odio que había comenzado aquel día terrible cuando fue capturada, crecía más rápido que la nueva vida que había en su interior. Lloraba mientras buscaba alguna luz de esperanza pero no la encontró. Ni siquiera podía amar la inocente criatura que crecía en su vientre. Para ella era sólo un recordatorio de todo lo que ellos le habían arrebatado.

“No dejaré que me quiten nada más” –decidió.

Esperó hasta estar sola. Luego cogió el cuchillo de la cocina. Era difícil creer que las cosas habían llegado tan lejos. Se preguntó por qué su vida había sido librada tan sólo para sufrir tan tremenda desesperación. Sabía que Dios la había librado, pero pensó que ya no podría seguir viviendo. Puso lentamente el cuchillo sobre su vientre, cerró sus ojos y le pidió a Dios que la perdonara.

“¡Mamá, no hagas eso! –gritó Cristina entrando a la habitación y arrancando el cuchillo de las manos de su madre. Adela explotó en llanto y se derrumbó sobre el piso. Ahora Cristina lloraba también al lado de su madre.

“¿Qué haces, mamá? No puedes hacer eso a ti misma. El bebé no ha hecho nada malo, es una criatura inocente”.

Adela estaba destrozada. Durante horas lloró mientras las palabras de Cristina resonaban en su corazón y en su alma. Le imploró a Dios que la perdonara mientras confesaba su rencor por quienes la habían mantenido en cautiverio. Se dio cuenta que su resentimiento estuvo a punto de destruir una vida inocente, lo mismo que los guerreros Yijad habían hecho con ella. Esa era la cruda realidad, y aunque no sentía un perdón inmediato para quienes la habían lastimado, sabía que tenía que estar dispuesta a permitir que la gracia de Dios obrara en ella. Su rencor había bloqueado el poder sanador del amor de Dios que ahora comenzaba a experimentar.

Adela empezó a acariciar su vientre y a hablarle a la criaturita que había en ella. Creyendo que era una niña, la llamó Sara.

“Sara, por favor, perdóname. Perdona los pecados de tu madre. Tú no has hecho nada malo. Eres lo bueno que puede venir de una situación tan mala como esta. Te amo”.

Una nube negra parecía disiparse a medida que continuaba orando y hablándole a Sara. Antes había considerado a la bebé que esperaba como otra enemiga, como la hija del asesino de su propio hijo. Ahora se daba cuenta que era *Tu evisiva* hija y una creación de Dios. Un nexo instantáneo se estableció cuando abrazó a sus dos hijas.

Al día siguiente tomó una hoja de papel para comunicarse con Metú. Tenía que decirle todo lo que había ocurrido y suplicar su perdón. Incluso si él ya no la consideraba más como su esposa, ella sabría entender y no guardaría ningún sentimiento en su contra. Lo amaba y ansiaba reunirse con él. Al escribir, sus lágrimas se mezclaron con la tinta y produjeron borrones en la carta. Se preguntaba si él sería capaz de leerla. Cuando terminó, se dio cuenta que había escrito seis páginas. Para Adela esta era la carta de amor más dolorosa e importante que hubiese escrito. La dobló con cuidado y la escondió mientras oraba por una oportunidad para enviársela a Metú.

El 24 de diciembre, todos los cautivos fueron obligados a trabajar en la plantación de cocos. Era un trabajo difícil, especialmente para Adela, porque estaba en su sexto mes. Pero se dieron cuenta que era el día previo a Navidad y cada uno de ellos rememoró recuerdos de Navidades pasadas. Esa noche, cuando Adela comenzó a cantar la melodía “Noche de Paz”, los demás la acompañaron. Pronto todos estaban cantando la canción mientras los guardias severos escuchaban intrigados. Cada quien sabía los riesgos que implicaban cantar la canción tradicional de la Navidad que habla de Cristo. Probablemente serían golpeados, pero a ninguno pareció importarle, la alegría de cantarla, bien valía el precio del castigo.

Tarde, en la noche, cantaron otra vez e hicieron reminiscencia de sus familias. Sus cuerpos permanecían cautivos pero sus almas eran liberadas a medida que continuaban elevaban su canto a los cielos.

La mañana siguiente lloraron lágrimas de tristeza y de alegría, lamentando su cautiverio pero mirando hacia el futuro en espera de momentos más felices. Jamás olvidarían la Navidad que pasaron juntos en los campos.

El 18 de marzo nació Sara.

Cristina pensó que ahora que la bebé había nacido era tiempo de decirle a su madre lo que tenía en mente.

“Tienes que tratar de escapar, mamá. Tú y Sara tienen que irse. Si no se van, todos moriremos aquí”.

“No puedo dejarte, Cristina. No te voy a dejar nunca” –le aseguró Adela a su hija.

“Mamá, escúchame: *Tienes evisiva* que irte, –suplicó la obstinada chiquilla–. Almén nunca nos permitirá salir a las dos juntas. Pero si tú y Sara se van, de seguro él pensará que regresarás. Pero no puedes hacerlo. Tienes que reunirte con Papito. Él volverá por mí, esa es nuestra única esperanza”.

Adela sabía que su hija tenía razón, pero no tenía idea de cómo poner en práctica dicha idea. Ni siquiera sabía si Metú la aceptaría otra vez. Y ahora estaba Sara. Sencillamente no tenía el valor de planear su escape cuando aún subsistían tantas incógnitas.

Luego, en abril, vino la respuesta.

Adela había llevado consigo la carta que le escribiera a Metú, durante unos seis meses, orando y esperando una oportunidad para enviársela. Una tarde, cuando varios niños visitaban la aldea, llegó la ocasión. Ella conocía a una de las niñas y se acercó al lugar donde jugaban. Rápidamente le entregó la carta y le hizo prometer que se la entregaría a Metú. La chica sencillamente asintió y recibió la carta.

Adela volvió a casa implorando que la nota llegara a su destino... que su esposo la perdonara... y que todavía la siguiera amando. Cada día atisbaba en la aldea esperando ansiosa que la niña regresara en una segunda visita. Pocos días después, su espera terminó.

“¿Pudiste ver a Metú? ¿Le entregaste la carta? –interrogó rápidamente a la chica.

“¡Sí, y él también me dio esto para usted!”

Se asombró cuando la niña le entregó la nota. Metú le había escrito aún antes de recibir su carta. Por el sobre descolorido y arrugado pudo darse cuenta que él la había llevado en su bolsillo por algún tiempo, tal como ella había hecho con la suya.

Pensó leerla de inmediato pero cambió de opinión. ¿Qué tal que Metú hubiera llegado a odiarla? ¿Que se hubiera casado con otra mujer? Sus emociones estuvieron por un momento como en una montaña rusa, arriba y abajo, mientras corría a su habitación para abrir el sobre. Su corazón casi se detiene cuando fijó sus ojos en las palabras:

“Adela, tú puedes haber tenido diez hijos, de diez hombres diferentes, pero todavía sigues siendo mi esposa. ¿No recuerdas lo que el pastor te dijo? Sólo Dios puede separarnos ahora. Te amo”.

Metú

Ya tenía su respuesta. Ahora a planear el escape.

Escape y rescate

Escasamente dos meses después, el 18 de junio, Almin le dio su permiso a Adela para visitar algunos parientes en una isla cercana. Con Sara fuertemente agarrada, cogió a Cristina para abordar el pequeño ferry que la llevaría a su destino, pero Almin detuvo a Cristina.

“Ella se queda” –dijo.

Adela le suplicó a Almin que permitiera a su hija ir con ella, pero el hombre se negó.

Adela: esperanza en medio del horror

“No voy a ir sin Cristina” –insistió ella, pero Almín no cedió. Sabía que su “esposa” se le escaparía si la chica iba con ella.

Pero ocurrió tal como Cristina lo planeó. Ésta besó a su madre y le susurró al oído:

“¡Mamá, por favor! Prométeme que Sara y tu irán hasta donde está Papito. Por favor, te lo suplico. Yo estaré bien”.

Adela abrazó más fuerte a su hija preguntándose cómo podía dejarla sola. Pero su súplica llegaba directo a su corazón. La besó y le dijo adiós mientras cavilaba cómo podía ser tan valiente su pequeña. Sabía que no la volvería a ver durante algún tiempo, o tal vez nunca más.

Se recostó sobre la baranda del barco observando la silueta de Cristina que desaparecía lentamente en la distancia. Abrazó a Sara y comenzó a llorar una vez más mientras se preguntaba si estaría tomando la decisión correcta. No tenía ninguna intención de visitar a sus lejanos parientes. Tenía que recorrer con rapidez el camino que la llevaría hasta Metú antes de que Almín se diera cuenta de que había escapado. Entonces, de alguna manera tendría que recuperar a Cristina.

Le tomó una semana llegar al lugar donde estaba Metú. La jornada fue larga y difícil, Adela evitó hacer contacto antes con Metú, temiendo que Almín descubriera lo que estaba ocurriendo.

Sosteniendo a Sara en sus brazos, se sentó silenciosa sobre una cama en el cuarto trasero de la casa de huéspedes y allí esperó ansiosa. “¿Me querrá de veras Metú?” –continuó preguntándose. “¿Y qué va a pasar con Sara?”

Aunque estaba en ese momento libre, todavía se sentía cautiva. Peor aún, se sentía como una traidora. Se había casado con otro hombre y había dejado a su hija Cristina sola. ¿Cómo podría Metú perdonarla? Una y otra vez cuestionó sus decisiones y llorando se quedó dormida.

Se despertó abruptamente ante el ruido de los pasos de Metú entrando a la casa. Se sentó en la cama temblorosa, luego tomó en sus brazos a la niña que aún dormía y se puso de pie. De repente se convenció de que había cometido una terrible equivocación y sintió el urgente deseo de salir corriendo de la casa. No pensó a dónde podría ir, tan sólo correría, no se atrevía a enfrentar a su esposo.

Pero antes de que pudiera llegar a la puerta, entró Metú. Sin ninguna pausa, en un instante cruzó la habitación y levantó en alto a su esposa en un feliz abrazo. Luego miró a la niña que ésta sostenía en sus brazos y sonrió:

“De modo que ella es *nuestra* nueva hija” —dijo.

Adela lloró, pero esta vez de felicidad, celebrando la reunión con su esposo tan largamente esperada. Quería retenerlo allí y seguir disfrutando de la protección de sus brazos alrededor de su cuello. Pero sabía que Metú tenía que partir. Que no descansaría hasta haber rescatado a Cristina.

Esperó día tras día sin oír ni una palabra acerca de Metú o de su hija. *¿Qué tal si ya habían asesinado a Cristina? ¿Estaría muerto Metú? ¿Tendría ella la culpa?* Luchaba con las punzantes preguntas que sin descanso atormentaban su mente y clamaba a Dios por su seguridad.

Adela halló consuelo en los pasajes familiares que había extrañado durante sus dieciocho meses de cautiverio. Recordó cómo habían despedazado su Biblia en la jungla los guerreros Yijad. Abrió su nueva Biblia en Filipenses 4: 13, y tal como era su costumbre, leyó en voz alta: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Recordó que la última vez que leyó estas palabras fue en la colina cerca de la aldea, el mismo día que los atacaron. Toda una vida había pasado desde entonces en tan sólo dieciocho meses, durante los cuales fue y regresó del infierno. Sabía que su pesadilla estaba lejos de haber terminado. No podía dejar de pensar en Cristina, y seguía preguntándose si no significaba una traición el haber dejado sola a su propia hija.

Transcurrieron dos semanas antes de que Adela tuviera información que Metú ya estaba con Cristina y que en cualquier momento llegaría para reunir de nuevo a la familia. Derramó lágrimas de alegría mientras agradecía a Dios que Metú hubiera podido rescatar a Cristina. Pero ahora tenía otra preocupación: ¿Qué tan lejos iría Almín para tratar de recuperarla?

Epílogo

Cuando entrevistamos a Adela, tanto ella como Metú estaban estudiando en un instituto bíblico secreto para ser evangelistas. Aunque habían transcurrido varios meses desde su escape, su familia y ella seguían huyendo para eludir a Almín quien, con la ayuda de muchos musulmanes, continuaba tratando de encontrarlos. En más de dos ocasiones estuvo a punto de ser capturada.

Tras su liberación, Adela tuvo que lidiar con dos asuntos importantes. El primero era algo que en un principio pensó que jamás podría hacer: perdonar a los soldados Yijad. Sabía que como cristiana tenía que hacerlo. El difícil proceso había empezado en realidad con su embarazo, cuando Cristina le recordó que la bebé que llevaba en su vientre no había hecho nada malo. Que la pequeña Sara era inocente. Sabía que podía repetir las palabras "Los perdono", pero era necesario que salieran del corazón, el lugar donde ocurre realmente el perdón.

Durante los meses posteriores a su escape, pasó mucho tiempo en oración. Oraba por la salvación de quienes la lastimaron a ella y a su familia. Consideraba que su oración era clave para poder perdonarlos de corazón.

El segundo asunto era un reto similar: tenía que perdonarse a *sí misma*. Debido a su forzado matrimonio con Almín, con frecuencia la agobiaba el sentir que era una traidora. Fue triste que otros cristianos le confirmaron su auto acusación; la idea torturó continuamente su alma, produciéndole mucha ansiedad, especialmente durante su huída. En

ocasiones llegó a creer que Metú y otros amigos cristianos la rechazarían por causa de su matrimonio obligado. A veces este conflicto interior le causó más problemas que el mismo abuso físico que había tenido que soportar.

Cuando Adela salió de su cautiverio, una pareja de misioneros amigos de Metú, que apoyaron su causa en la nación y en el exterior, le ayudaron a superar este complejo de culpa. Cuando ella se acercó al esposo, el Señor habló a su espíritu y las primeras palabras que salieron de su boca fueron:

“Adela, tú *no eres* una traidora”.

Al escuchar sus palabras, Adela se conmovió y lloró abundantemente; aquel día se perdonó a sí misma.

Tanto ella como Metú continuaron trabajando para conseguir la liberación de sus compañeros de cautiverio. Ella siente sobre su espíritu la carga que algunas de las personas mencionadas en estas páginas todavía siguen cautivas.

Por ellas pide nuestras oraciones.

Púrñima: una niña encarcelada, un alma liberada

Bután

Marzo 1 de 1993

Era una noche especialmente fría y la hora avanzada cuando la policía arrestó al grupo de creyentes y los encerró en la oficina del administrador del distrito. Púrñima, la niña de sólo trece años de edad, temblaba junto con los demás cuando los obligaron a permanecer de pié en el recinto durante el interrogatorio. Los funcionarios los bombardeaban con las mismas preguntas:

“¿Por qué quiere ser cristiano? ¿De dónde proviene su sustento? Este es un país budista y ustedes nos han deshonrado aceptando esta religión foránea. ¿Por qué quieren poner a su propia gente en contra de ustedes?”

Uno por uno de los treinta y cinco creyentes durante la noche larga y fría, fueron interrogados. Habían alrededor de veinticinco oficiales, la mayoría de los cuales eran altos e intimidantes. Púrñima retrocedió atemorizada cuando uno de ellos abofeteó a un hermano cristiano que estaba cerca de ella. Algunos en el grupo lloraron, otros trataron de predicar. La pequeña Púrñima permaneció de pie frente a los hombres que la superaban en estatura y oró pidiendo suficiente valor para enfrentar el amenazador interrogatorio.

“¿Quién les dio permiso para celebrar la Navidad en la aldea de Purta? Esto es Bután. ¡No está permitido celebrar Navidad en este país! Esta es su última oportunidad: o bien regresan al Budismo o se van de Bután”.

El oficial hablaba ahora directamente a Purnima y ella sintió el impacto de su ultimátum.

“¿Entienden? No se les permite permanecer aquí y practicar esta religión extranjera. ¿Entonces...?”

Purnima no dudó un instante que el oficial hablaba en serio. Era una cuestión de honor obligar a los cristianos a retractarse, o denunciarlos públicamente como traidores y forzarlos a salir del país. A ella ya la habían echado de su hogar y de su aldea. No tenía idea a dónde debía ir, pero sí sabía lo que debía hacer.

“¡Yo no voy a negar a Cristo! No deseo salir de mi país, y no abandonaré a Cristo. Él es el único que me puede salvar a mí o a usted”.

Podía sentir el temblor en su cuerpo mientras le hablaba desafiante al oficial que había enrojecido por el disgusto, pero su corazón estaba firme y en ese momento supo que su destino estaba decidido. Les dieron oficialmente a ella y a los demás cinco días para salir de Bután. Se les dijo que fueran a Nepal.

Cinco días...

Menos de una semana antes había dejado Purnima la vida que siempre conoció. La noticia de la amenaza de los oficiales se había esparcido rápidamente en toda la zona, y su hermana y su cuñado ya habían salido temiendo por sus vidas. Ahora que los cristianos eran calificados de traidores, algunos de los aldeanos lo tomaron como una licencia para atacarlos.

Había sólo una cosa que Purnima tenía que hacer antes de salir, necesitaba volver a ver a su mamá. Había pasado poco más de un año desde que sus padres la echaron de la casa. Ahora se encontraba tratando de volver furtivamente.

Confiando en que la noticia de su inminente partida les hubiera llegado ya, oró para que sus padres estuvieran dispuestos a ver a su pequeña niña por última vez.

Con la complicidad de la oscuridad de la noche, anduvo su camino de regreso a la casa donde había crecido, el hogar de donde había sido obligada a salir a la tierna edad de doce años...

Una recuperación milagrosa

Púrnima había crecido en una pequeña aldea budista enclavada en las verdes colinas de la zona oriental de Bután. Su padre era el hechicero local que con frecuencia oficiaba rituales y realizaba sacrificios de animales para expulsar los espíritus malignos que amenazaban su comunidad.

Su familia, compuesta por ocho miembros, no era ni rica ni pobre de acuerdo a las normas locales, pero sí tenían una casa grande y una estrecha relación entre ellos. Sival, quien está casado con Maya, su hermana mayor, también vivía con ellos. Púrnima probablemente hubiera crecido como cualquiera otra de las chicas de su aldea si Maya no se hubiera recuperado tan milagrosamente de su enfermedad.

Durante tres años observó una y otra vez a su padre sacrificando pollos en su altar, tocando un tambor y llamando a los espíritus para que sanaran a su hija. Después de los rituales, Púrnima se sentaba al lado de la cama de Maya esperando que se mejorara, pero no ocurrió. Tenía unos días buenos y otros malos. Pero un dolor incesante en el estómago la afligía, y los dolores de cabeza la obligaban frecuentemente a permanecer en cama, a veces por varios días.

Al ver sufrir a su hermana, Púrnima le preguntaba a su madre:

“¿Por qué los espíritus están tan enojados? ¿Por qué no dan resultado los sacrificios?” Pero nunca obtenía una respuesta.

Ahora, después de tantos años de dolorosa enfermedad, Maya estaba totalmente recuperada. No más dolor... no más zumbidos en su cabeza. Sus padres estaban felices que su hija se sintiera tan bien, pero lo que no les agradaba era la afirmación de Maya de que fue Jesús quien la sanó.

“¿Cómo puedes decir esas cosas? ¿Cómo puedes deshonorar así tu familia y tu comunidad? –exclamó su padre. Nosotros somos budistas y no voy a escuchar ni una palabra más acerca de ese Dios extraño, ¿entiendes? ¡Ni una palabra más!”

Estaba furioso, y lo que es peor, tenía miedo de lo que pensarían sus vecinos en la aldea si se enteraban. De hecho temía aún por su propia vida.

Pero ni Maya ni Sival podían negar su nueva fe. Cuando uno de los amigos de Sival supo que Maya estaba enferma, le confesó que era cristiano en secreto y le dio una Biblia. También le dijo que creía que Jesús podía sanar a Maya. Y en efecto Jesús lo hizo. A partir de entonces su fe creció rápidamente a medida que leían su Biblia juntos.

“Si insisten en ser cristianos no pueden permanecer aquí”, les dijo el padre de Púrnima a Sival y a Maya esa última noche. “Los aldeanos jamás lo permitirán. Nos echarán a nosotros también y su nueva religión traerá desgracia y calamidad a toda la familia”.

A Púrnima se le partía el corazón al ver que echaban a su hermana y su cuñado de la casa. Sin embargo, a pesar de su tierna edad de diez años, entendía bien que lo que su padre decía era verdad. Ella sabía que los aldeanos jamás aceptarían la nueva religión y no podía hacer nada, pero se asombraba de la repentina recuperación de Maya y de la nueva actitud que brillaba en su cara, aún mientras empacaba sus cosas para salir del único hogar que había tenido. El hecho de que Maya tenía seis meses de embarazo hacía las cosas todavía más difíciles.

Cuando salieron, el ambiente en el hogar era como si alguien hubiera muerto. La madre de Púrnima estaba deprimida.

mida y su padre parecía confundido por lo que había ocurrido en su familia. Ella quiso hablar con su madre acerca de Maya, pero a ninguna de las dos le permitieron mencionar siquiera su nombre. Y a nadie se le permitió visitar a la pareja en el lugar de su exilio; una pequeña choza de bambú a unas cuantas millas de distancia en una aldea vecina.

Pero cuando Púrnama oyó que Maya había dado a luz un bebé varoncito, no pudo soportar más. Se maravilló ante el hecho que su hermana hubiera dado a luz un bebé sano y saludable, y todavía le era imposible sacudirse la curiosidad que constantemente le hacía pensar en la asombrosa curación de su hermana. Trataba de imaginar cómo luciría su sobrinito.

Candentes preguntas invadían su mente con persistencia: *“¿Qué clase de Dios sanaría a alguien sin pedir nada a cambio? ¿Qué encontraron Maya y Sival en esta religión que les dio el valor de enfrentarse a sus familias y a la sociedad, aún hasta el punto de hacerse expulsar de su hogar?”*

Estas preguntas hicieron que Púrnama se dirigiera a hurtadillas pero confiada a casa de su hermana en esta primera y cautelosa visita. Caminado por entre los sembrados, escondiéndose tras los árboles y manteniéndose fuera de la vista de la gente, logró cubrir la distancia que la había separado de su hermana durante varias semanas. Cuando Maya abrió la puerta de su patética choza y encontró allí a su pequeña hermana, se fundió con ella en un estrecho abrazo bañadas ambas por un mar de lágrimas.

Púrnama comenzó a escaparse regularmente para visitar a Maya. Nunca podía demorarse demasiado y a veces salía otra vez tras un breve periodo de sólo quince minutos. Pero cada vez que iba, su hermana le leía una historia de la Biblia que ella escuchaba con atención absorbiendo cada uno de los detalles. La historia de Moisés fue la que más la fascinó. No tanto por los asombrosos poderes con los cuales Dios obró a través de él, sino por el hecho que también había sido forzado a salir de su hogar, y finalmente se con-

virtió en el mensajero de Dios, a pesar de su dificultad para hablar. Si ella fuera cristiana, imaginaba que le gustaría ser como Moisés.

Al año siguiente, Maya dio a luz una niña a la cual llamó Ester, y las visitas de su hermanita se hicieron entonces más frecuentes. Para la joven Púrnima escabullirse secretamente de la aldea para visitar a su hermana exiliada y a sus pequeños sobrinos llegó a ser toda una aventura. Razonaba que aún si era descubierta no tendría mayor problema, pues después de todo ella no era más que una chiquilla.

Pero su madre no veía las cosas de la misma manera.

“Púrnima, tanto tu padre como yo sabemos lo que has estado haciendo –le dijo un día-. Ya perdí una hija y no quiero perder otra. ¿Me entiendes?”

La chica movió su cabeza asintiendo mientras su madre seguía explicando que el Cristianismo era una religión foránea y para una clase social más baja.

“Eso no es para nuestra aldea o para nuestro país. Maya fue embaucada por Sival y su amigo” –concluyó su madre.

Atraída hacia Dios de manera inexplicable

Pero Púrnima disfrutaba el tiempo que pasaba con su hermana y las visitas secretas continuaron. El día de Navidad, Maya y Sival le permitieron estar con ellos en la pequeña confraternidad que se había formado durante los dieciocho meses anteriores. Durante las muchas visitas a casa de su hermana, en su corazón se habían plantado firmemente semillas de fe. Cuando escuchó el sermón acerca del nacimiento de Cristo, que había nacido de una virgen para venir a traer salvación, se sintió inexplicablemente atraída a pedirle a Dios que entrara a su corazón.

Durante varios días guardó el secreto de que había aceptado a Cristo hasta que, en una de las visitas a Maya, le dijo que deseaba ser bautizada. Maya se sintió inmensamente feliz al oír la decisión de su hermana, pero en su interior se preocupó por la manera en que le daría la

noticia a sus padres. Tres semanas después, en una soleada mañana de Domingo, fue bautizada Púrnima, quien salió de las aguas bautismales con una profunda convicción.

“Maya, ahora sé lo que debo hacer. Les daré a mamita y papito la noticia. No la puedo mantener más en secreto. ¡Quiero que todo el mundo sepa que ahora vivo para Cristo y no me importa lo que la gente diga o haga!”

Pero Púrnima, eres muy joven, tienes sólo doce años y sabes también lo que ellos harán. ¿Estás realmente lista para eso? Yo tengo a Sival, de modo que fue un poco más fácil para mí salir del hogar. Tal vez deberías esperar para darles la noticia y continuar orando”.

La chica fue inflexible.

“No puedo hacer eso, Maya. Ahora entiendo todas las cosas que he estado escuchando, las que me has contado de la Biblia. Nunca antes me he sentido de esta manera y sé que es algo real, tal como me has dicho. ¿Cómo podría callarme y no decirles a mamita y papito? Además te tengo a ti...”

Maya se derrumbó ante tal comentario y abrazó a su hermana:

“Por supuesto, me tienes siempre. ¿Quieres que vaya contigo?”

“No, —respondió Púrnima—. Es demasiado peligroso que te acerques a la aldea. No te preocupes, estaré bien”.

Con emociones encontradas, vio Maya partir a su pequeña hermana hacia la casa paterna. No podía creer la audacia de la jovencita, y aunque le preocupaba la reacción que tendrían sus padres, se sintió tremendamente orgullosa de ella por la confianza que demostraba. “*Tal vez el Señor tiene planes especiales para ella*”, —pensó.

La chica llegó a su hogar y,—con la inocencia de sus doce años, sencillamente soltó abruptamente la noticia.

“Mamá, ¡soy cristiana!”

Estas palabras dejaron fría a su madre:

“Seguro que estás haciendo un chiste, –dijo recelosa–. Eres demasiado joven para ser cristiana. Además ya te dije que no quiero perder a otra hija”.

Pero Púrnima confirmó con seguridad su decisión.

“Mamá, no quiero tener que salir como tuvo que hacerlo Maya, quiero estar aquí, pero he decidido convertirme en cristiana y nada me puede hacer cambiar de parecer”.

La obligaron a irse esa misma noche.

Cuando salió con sus escasas pertenencias, para hacer el recorrido ya familiar hacia la casa de su hermana, pudo escuchar tras ella el llanto de su madre. Sabía que ella amaba a sus dos hijas, pero sus padres estaban temerosos de lo que la gente de la aldea pudiera hacerles. Antes, Púrnima tenía miedo también, pero mientras caminaba en la oscuridad, tomó la decisión de desechar su temor.

Desde entonces vivió con Maya y Sival y disfrutó la estadía con la familia de su hermana, pero la situación desmejoró y al final luchaban por sobrevivir. Entonces comenzaron los arrestos en la Navidad de 1992, exactamente un año después de su conversión al cristianismo.

El temor de la policía de la aldea acerca del aumento del número de cristianos en el área creció, y así fue como comenzó su presión sobre los creyentes. Los cristianos habían soportado diez interrogatorios a lo largo de otras tantas semanas, y en cada ocasión las autoridades habían tratado de persuadirlos u obligarlos a negar a Cristo y regresar a sus raíces budistas. Los hombres fueron abofeteados y golpeados; algunos de ellos los retuvieron durante una semana o más en grandes centros de detención en donde los golpearon con mucha mayor crueldad. A las mujeres detenidas las humillaron y las acusaron de prostitución. En respuesta algunos miembros de su grupo aceptaron negar a Cristo, pero en el caso de la pequeña, lo único que lograron fue aumentar su aferrada fe.

Ahora, en cuanto a Púrnima, a Maya, su hermana mayor, a su cuñado Sival, y los amigos de aldeas vecinas que regularmente tenían confraternidad con ellos, la última orden de las autoridades era sencilla pero desgarradora: debían “salir de Bután”.

“¿Cómo puede ser tan valiente?”

Continuando a través de los campos, Púrnima divisó las luces que se filtraban por las ventanas de la casa de sus padres, la que había sido *su* hogar. Cavilaba sobre lo que le diría a su madre si es que ella le permitía entrar. No habían hablado ni se habían visto desde la noche en que la echaron de casa. Ahora, obligada a salir del país, se preguntaba si la vería otra vez.

Al aproximarse silenciosa a la puerta, decidió que sencillamente entraría.

“¿Mamá? Mamá, soy yo”.

“¡Púrnima! –Su madre la estrechó fuertemente–. Dime por favor que has venido para quedarte. Dime que ya no eres cristiana”.

Púrnima permaneció silenciosa por unos instantes. Podía darse cuenta de la condición emocional de su madre que aún derramaba lágrimas. No quería causarle más infelicidad pero tenía que decírselo.

“Mamá, tengo que salir de Bután. La policía no me permite vivir más aquí. Lo siento mucho”.

La mujer miró a su hijita y envidió su valentía. Era tan joven e inocente.

“Hija, no tienes ni catorce años todavía. ¿Cómo puedes ser tan valiente? ¿Cómo puedes abandonar tu país?”

Ahora Púrnima lloraba también.

“No estoy abandonando mi país, Mamá, –dijo entre sollozos–. Mi país me ha abandonado”.

Sabía lo mucho que su madre la amaba y que jamás quiso obligarla a salir de la casa. Pero todo el mundo tenía miedo. Miedo de los cristianos, miedo de la navidad y miedo de Cristo. No podía dejar de preguntarse por qué todos estaban tan asustados.

“Toma ésto, –su padre le entregó un pequeño fajo de billetes–, y por favor ten mucho cuidado. Miró los ojos llorosos de su hija, le dio un fuerte abrazo y salió de la habitación.

Púrnima permaneció con su madre unos minutos más procurando memorizar cada uno de los rasgos de su querida cara, el tono de su voz, la forma en que parpadeaba y sonreía; su madre era tan hermosa y ella no sabía cuándo la vería de nuevo o si no la volvería a ver. Se abrazaron por última vez y luego partió perdiéndose de vista entre los campos.

La mañana siguiente se reunió con otros ocho cristianos de su grupo a quienes también forzaron a salir del país. El gobierno les proporcionó un bus para llevarlos de su aldea de Purtah a la frontera. De ahí en adelante tendrían que viajar por su cuenta.

“¿Quién será el guía?” –se preguntaron entre ellos intentando aliviar su ansiedad. Ninguno se había aventurado antes a salir de su comunidad local y ninguno tenía la menor idea de dónde debían dirigirse.

El bus se detuvo a corta distancia después de haber pasado la frontera y los nueve refugiados se bajaron. El vehículo desapareció en medio de una nube de humo que el mismo producía. Era su último contacto con Bután; ahora éste se desvanecía. Se les dijo solamente que caminaran en esa dirección a través de las colinas de la India para llegar a Nepal.

Atrapada por los sueños

Los creyentes viajaron a pie durante tres días sin ningún incidente pero cada día estaban más exhaustos a medida que cruzaban el montañoso terreno. Al encontrar en el ca-

mino un árbol grande de tamaño poco común, John, quien se había convertido en su líder no oficial, sugirió que acamparan allí durante un día, o algo así, para recuperar fuerzas. No había prisa, pero la realidad de su disyuntiva estaba empezando a crearla y Púrnima se ponía cada día más nerviosa. No quería que los demás lo supieran pero ella había comenzado a llorar en las noches, y desde que salieron de la aldea, sueños muy vívidos con su madre empezaron a atormentarla. Seguro que esta noche no sería diferente.

Marzo 8, cumpleaños de Púrnima. Púrnima se arrimó a su mamá mientras miraba hacia el cielo en esa noche clara. Les encantaba observar juntas las estrellas, imaginando que formaban diferentes figuras. Siendo la hija menor podía pasar más tiempo con su madre y nunca se sintió más segura que cuando las dos estaban juntas a solas.

“Entonces, ¿qué hará ahora mi niña que hoy cumple años y ya es una mujer crecida?” –dijo su madre bromeando.

“¿Crecida? ¿Cómo así que crecida? Tan sólo tengo catorce años”, dijo la chica intentando reír. A menudo se sentía atrapada entre su espíritu juvenil y las responsabilidades de ser una adulta, pero esa noche era tan sólo la niñita de su madre.

Su alegría duró poco y terminó abruptamente cuando divisó a cuatro oficiales que se acercaban a ellas a través del campo. Curiosamente su madre pareció no notarlos.

Antes de que pudiera escapar, los cuatro hombres ya la habían rodeado. Uno de ellos la agarró con tal fuerza y hundió tan fuerte los dedos en su brazo que sintió un hormigueo en la mano debido a la interrupción del flujo normal de sangre.

“¡Suélteme! Me está haciendo daño.” –suplicó.

No hubo respuesta. Lentamente la alejaban del lado de su madre y de su hogar. Ambos parecían desvanecerse en la distancia.

“¡Mamá! ¡Mamá! –La voz de Púrnima resonó en dirección a su hogar–. “¡Por favor ayúdame! ¡Haz que se detengan!”

Pero fue inútil. Su madre permaneció sentada en su silla en silencio, como si nada estuviera ocurriendo...

Despertó abruptamente y respiró profundo mientras su mente volvía a la realidad. Podía sentir la sal que alrededor de su boca habían dejado las lágrimas. Se preguntaba si algún día se acostumbraría a este intenso sentimiento de soledad.

La noche era negra y la luna sólo dejaba ver un angosto ribete proyectando débiles sombras de las ramas del árbol que se extendían sobre su cabeza. Cuando su cuerpo empezó a temblar de frío, se acomodó la delgada chaqueta sobre sus hombros. Recostada sobre el suéter enrollado que le servía de almohada escrutó las estrellas en medio de la oscuridad. Estaba asombrada de lo atemorizante que puede ser el silencio de la noche.

¿Realmente es hoy mi cumpleaños? se preguntó a sí misma. Procuró recordar qué día del mes era exactamente, pero fue inútil. Los acontecimientos de la última semana habían ocurrido tan rápido que había perdido la secuencia de los días. Aunque eso ahora no tenía importancia.

Se preguntaba si podría sobrevivir los días, las semanas, aún los años por venir. Lo único que sabía con seguridad era que estaba terriblemente nostálgica. Mientras se esforzaba por dormir, pensó otra vez en el dulce rostro de su madre y en la calidez de su contacto.

Golpeada, sangrante... y quebrantada

“¡Párate! ¡Párate y entrega tu dinero y no te mataremos!”

Púrnima despertó por las voces fuertes y rudas y por el impacto de una pesada bota golpeándola en un costado.

“¡Dije que te pares!”

Sintió el dolor en su cuerpo mientras el desconocido atacante la pateaba otra vez. No podía decir cuántos hombres los estaban atacando, pero eran varios los bandidos.

Púrnima: una niña encarcelada, un alma liberada

Los fuertes gritos de sus compañeros de viaje le indicaron que también estaban sufriendo la ruda acción de los ladrones. El pequeño grupo no opuso resistencia. Púrnima procuró protegerse mientras la pateaban y golpeaban repetidamente. Un temor paralizante invadió su cuerpo, pero de repente un versículo de la Biblia le llegó a su mente. Pensó que éste era del evangelio de Mateo: "No teman a aquel que puede matar el cuerpo".¹

Matar el cuerpo, se repetía a sí misma, orando que no fuera este su inmediato destino. Su mente fue rápida en recordar el fajo de billetes que su padre le había dado. Mientras la chusma continuaba el alboroto y saqueaba sus escasas posesiones, se esforzó por agarrar el dinero escondido entre sus pertenencias, antes de que los ladrones lo descubrieran. Su mano encontró lo que buscaba justamente antes de recibir otro doloroso golpe en la espalda, que la dejó sin respiración por un momento. Ella clamó fuerte a Dios mientras usaba sus brazos como escudo para protegerse, e intentó girar fuera del alcance de la bota que continuaba golpeando su cuerpo.

Cuando los ilegales aterrizaron lo suficiente a los cansados refugiados y confiscaron todas sus pertenencias, hicieron parar en fila a cuatro de ellos incluyéndola a ella. Ninguno se atrevió a pronunciar una palabra en frente de sus atacantes. Había doce de éstos últimos, cada uno con su rostro cubierto por un colorido pañuelo. Púrnima miró a los compañeros que estaban a su lado. Todos estaban aterrizados. Sabían que los ladrones no tendrían ningún inconveniente en dispararles allí mismo.

"No deben informar de esto a la policía –les advirtió uno de ellos mientras esgrimía descuidado una pistola frente a los atacados–. Si lo hacen, volveremos y los mataremos a todos".

Su dedo continuaba en el gatillo de la pistola que seguía apuntando al rostro de sus víctimas para dar más fuerza a sus palabras. Púrnima cerró sus ojos temiendo escuchar el

primer disparo. Cuando los abrió, los ladrones habían desaparecido.

Los heridos se reunieron como pudieron e hicieron inventario del daño que habían sufrido. Aunque estaban agradecidos con Dios por guardar sus vidas, todos estaban golpeados y sangrantes, y rápido se dieron cuenta que no les habían dejado nada. Los ladrones se habían llevado todo, incluyendo su ropa extra. Nunca se imaginaron que su jornada hacia Nepal incluiría tales peligros.

El siguiente día por la mañana, John logró hacer parar a un vehículo agrícola grande que halaba un gran remolque. Al saber que éste se dirigía a Nepal, le suplicó al conductor:

“¿Podría llevarnos, por favor? No podemos permanecer aquí. Este sitio es demasiado peligroso”.

“¿Tienen dinero? –preguntó el anciano conductor, bajándose del vehículo ante la perspectiva de hacerse a unos cuantos dólares extra.

John le explicó que los habían robado la noche anterior y que habían perdido literalmente todo lo que tenían.

“Por favor, algunos de nuestro grupo escasamente pueden caminar después de la paliza que recibieron”.

Pero aún después de haber visto sus heridas, el conductor del vehículo se negó a llevarlos si no recibía un beneficio económico.

John y los demás se dieron vuelta desanimados por perder la oportunidad de viajar en un automotor, cuando Púrnima habló:

“Yo tengo algo de dinero”.

Los demás la miraron asombrados, preguntándose cómo era posible que conservara dinero después de lo que les había ocurrido. Los ladrones habían sido en extremo meticulosos en su requisa.

“Digamos que lo escondí bastante bien”, dijo sonriendo mientras le pagaba al conductor. La más joven de los nueve

refugiados se había convertido en su heroína y todos la abrazaron y la colmaron de besos cuando subieron al remolque. No sería la última vez que su naturaleza lista y generosa les sería de utilidad.

Los rayos mañaneros del sol reanimaron a los miembros del pequeño grupo de cristianos y les ayudó a recuperarse de los rigores de la noche fría pasada en campo húmedo y al descubierto. Mientras que algunos aprovecharon la oportunidad para dormir un poco, los pensamientos de Púrnima volaron otra vez hacia su madre y por primera vez empezó a cuestionarse si había tomado la decisión correcta. Tal vez debió haber mantenido su fe en secreto, tal como Maya se lo sugirió una vez. Abrió la Biblia que Sival le regaló después del bautismo y recordó darle gracias a Dios porque los ladrones no le habían encontrado utilidad alguna.

Al hojearla, encontró Púrnima rápidamente sus pasajes favoritos. Los había leído centenares de veces y los había marcado para poder encontrarlos con mayor facilidad. Desde sus primeras visitas a Maya, las historias bíblicas que le leía le habían fascinado. Recordó a María y José huyendo hacia Egipto; a David y la manera en que escapó de las manos del rey Saúl y recordó su personaje favorito: Moisés, quien también huyó a Egipto. Estas historias la llenaron de ánimo para enfrentar otro día. Aferrándose a su Biblia, se sintió en buena compañía.

Refugiados reunidos

Al caer la tarde, el conductor se detuvo en el poblado indú de Asón, les dijo a sus pasajeros que necesitaba comprar combustible y recoger algunas provisiones. Les anunció que disponían de unas cuantas horas antes de partir otra vez. Aprovechando la oportunidad que tanto necesitaban de estirar sus piernas, Púrnima y los demás comenzaron a caminar por el pueblo y finalmente se encontraron con un pastor local.

Éste era originario de Bután y se asombró al escuchar su historia y su disposición a salir y dejar todo atrás por Cris-

to. Púrnima lo impresionó de manera especial. Llamó a John aparte y le preguntó que edad tenía la chica.

“No estoy seguro... tal vez trece o catorce” –respondió.

“¿Viaja con algún miembro de su familia?” –inquirió el pastor.

“No, la familia de su hermana también se dirige a Nepal, pero ellos salieron antes que nosotros. No sabemos dónde están”.

El pastor no pudo menos que sentir compasión por la joven. Le preguntó a John si debería invitar a Púrnima a venir a su casa para vivir con su familia. John estuvo de acuerdo en que era una buena idea. Él también estaba preocupado por ella. Animó al pastor para que le hiciera la invitación a la chica personalmente.

Púrnima accedió a ir a vivir con el pastor y su esposa. Fue de mucho consuelo hacer parte de una familia otra vez. Pero no era su familia y continuamente oró a Dios pidiéndole que la reuniera con Maya nuevamente. No sabía cómo sería posible que eso ocurriera, tan sólo oraba para que ocurriera.

Habían pasado tres meses cuando el pastor invitó a Púrnima a ir con ellos a una conferencia cristiana en otro poblado fuera de Asón. Aceptó con alegría sin saber que su cuñado Sival también asistiría.

Estaba emocionada de volver a ver a Sival y rápidamente decidió que volvería a Nepal con él, decisión que entristeció al pastor y a su esposa.

“¿Estás segura que quieres irte, Púrnima? –preguntó el pastor. ¿Sabes lo difícil que será la vida para ti en Nepal? Allí te obligarán a vivir en un campo de refugiados” –añadió.

Púrnima escuchó su amable argumento sabiendo que tenía razón. El pastor y su esposa la habían tratado como a su propia hija y sería duro dejarlos. Pero ya lo había decidido.

Púrnima: una niña encarcelada, un alma liberada

“Sí, estoy segura” –le respondió–. Quiero estar con mi propia familia. Aprecio toda su bondad pero creo que esta es la voluntad de Dios para mí”.

Ella y Sival llegaron al campo de refugiados en la frontera norte de Nepal en una noche nublada y oscura, de modo que no pudo ver de inmediato los detalles de su nuevo hogar. Lo que le importó fue ver a Maya otra vez. Las hermanas se confundieron en un estrecho abrazo llenas de felicidad. Después, Púrnima se durmió rápidamente en una de las livianas camas de bambú.

“¡Púrnima, despierta!” La pequeña Ester se acercó a la cabeza de su tía, riendo y aplaudiendo en la choza congestionada. Cuando abrió sus ojos la primera cosa que notó fue la destartalada estructura de bambú cubierta con tela plástica gruesa. Ese era el “techo” de su cabaña. Cuando se incorporó pudo escuchar el bullicio de centenares de personas a la entrada de la covacha. El hacinamiento y la situación de extrema pobreza de los millares de familias que vivían allí se hizo evidente. Mientras más detalles conocía del campamento, mayor se hacía su desesperanza.

Maya, feliz de tener a su hermana consigo, procuraba reanimar su espíritu.

“Escúchame, Púrnima, –le dijo a su pequeña hermana. Yo sé que este lugar apesta, pero la mano de Dios está siempre sobre nosotros, no importa el lugar donde estemos. Él debe tener un trabajo que nosotros debemos hacer aquí. Piensa tan sólo en toda la gente aquí que nunca ha oído hablar de Cristo. Y tú sabes que la gente siempre se siente atraída hacia ti. Ellos escuchan cuando tú les hablas de Dios, tal vez porque no están acostumbrados a ver a una predicadora tan joven y tan linda como tú”.

Púrnima se ruborizó y dejó escapar una sonrisa.

“Supongo que sí, –dijo–. ¿Pero cuánto tiempo piensas que vamos a estar aquí? ¿Es realmente el plan de Dios que nunca regresemos al hogar?”

Maya no tenía una respuesta pero atrajo a su hermana y la abrazó con ternura. Quería ser fuerte por Púrnima, pero la verdad era que a menudo ella también se hacía las mismas preguntas.

Al paso de las semanas, la joven descubrió lo que podía y lo que no podía hacer en la vida en el campo. *Puedes* tratar de obtener un "permiso de salida" cuando vayas a salir del campo hacia las aldeas vecinas. *No puedes* decirles a las autoridades que vas a predicar el evangelio y a distribuir tratados. *No puedes* realizar reuniones grandes con los otros cristianos en el campo; reúnete en grupos pequeños y en las "casas iglesia". *Puedes* aprovechar las clases de idiomas que se ofrecen, etc. El campo de refugiados tenía cultura y vida propias que eran muy diferentes a cualquier cosa que Púrnima hubiera esperado.

La pasión de comunicar el evangelio

Para Púrnima, el punto máximo de la vida en el campo era el ferviente crecimiento de la iglesia que estaba ocurriendo entre los miles de refugiados. Disfrutaba la seguridad de la familia de Cristo y las estrechas relaciones que había desarrollado. Muchas veces ella y sus amigos se escabullían en grupos pequeños, no detectados, para visitar a otros cristianos en las aldeas y campos vecinos; aprovechaban estas oportunidades para practicar su nuevo idioma mientras predicaban. Púrnima se sentía muy contenta durante estas aventuras a medida que continuaba descubriendo los dones que poseía en el campo de la música y su creciente pasión por los perdidos. Mitigada por su pasión de compartir el evangelio, casi podía olvidar la infelicidad de la vida en el campo de refugiados.

Púrnima y sus amigos continuaron estas expediciones fuera del campo para hablar del evangelio hasta el año siguiente cuando los atraparon. El grupo se había puesto de acuerdo una fresca mañana de domingo en el mes de agosto para realizar un viaje de dos horas a casa de Hona; ella había oído hablar de los entusiastas cristianos que había en el campo de refugiados e invitó a un grupo de ellos para

que fueran a tener comunión en su hogar, y para salir a evangelizar a la plaza de mercado. Púrnima y los demás creyentes aceptaron gustosos.

Once de ellos salieron en silencio en grupos pequeños de dos y tres y así se escabulleron furtivamente del campo para encontrarse en el camino una milla más adelante. Llevaban sus Biblias, unos cuantos tratados y una guitarra. Estaban emocionados ante la perspectiva de predicar en una nueva aldea a personas que quizá jamás habían oído el evangelio. Pero sabían que tendrían que moverse rápidamente y regresar al campo al llegar la noche.

Hacia el medio día llegaron al hogar de Hona y, después de tener compañerismo por algunas horas, salieron para el lugar del mercado público. Escasamente habían alcanzado a cantar algunas canciones cuando fueron abordados por cinco agentes de policía:

“Vengan con nosotros” –les ordenaron.

Los asustados creyentes no tuvieron otra opción que seguir a los oficiales y pronto se encontraron frente a un severo capitán:

“¿De dónde son ustedes? –interrogó-. ¿Quién les permitió salir del campamento? ¿Quién les dio permiso de esparcir su religión en Nepal?”

“Ustedes no tienen derechos aquí”

Todo el día esperaron en la cárcel húmeda y sucia en donde el capitán los interrogó individualmente, primero a los hombres y luego a las mujeres. El cansancio de Púrnima aumentaba y, pensando que todo esto no era más que un malentendido, decidió enfrentar al oficial:

“No hemos hecho nada malo. ¿Por qué nos están reteniendo aquí? Por favor déjenos marchar. Tenemos que regresar al campo antes que se haga de noche”.

“¡No! –gritó el capitán-. Esta noche la pasarán ustedes con nosotros y mañana tienen una invitación del comandante del distrito”.

Púrnima tembló al ver lo complacido que se mostraba el capitán de haberlos arrestado y de retenerlos allí. Ella y las otras tres mujeres fueron encerradas bajo llave en una celda pequeña y asquerosa en donde apretujadas y clamaron a Dios fervientemente toda la noche pidiendo su protección. Ellas sabían que podría ser peligroso predicar el evangelio en Nepal, pero eran tantas las personas que nunca habían escuchado el evangelio y que estaban aceptándolo complacidas, que la recompensa era digna de correr el riesgo.

La mañana siguiente la policía reunió a los once cristianos otra vez.

“Si tienen algo de dinero, deben comprar algo para su almuerzo” –les dijo uno de los oficiales–. Vamos a dar una larga caminata”.

Púrnima intercambió una mirada interrogadora con sus amigos, pero decidieron no preocuparse demasiado. De seguro hoy se arreglarían las cosas en la oficina del comandante de distrito.

Durante todo el día caminaron a través de la jungla once cristianos y nueve policías con sus armas de fuego. *Supongo que debemos parecer bastante peligrosos*, reflexionó Púrnima mirando las armas. Sus músculos estaban rígidos y se rebelaban contra el escabroso terreno. Al no tener dinero, ni ella ni sus compañeros tuvieron comida ni agua, excepto cuando cruzaban algún arrollo.

Ya había anochecido, cuando llegaron finalmente al comando del distrito. Púrnima estaba exhausta, tenía frío y hambre, pero todavía se sentía con ánimo y con fe que Dios estaba con ellos, y confiaba que pronto regresarían al hogar. Pero sus esperanzas se desvanecieron tan pronto empezó el interrogatorio. Cinco oficiales se sentaron tras una gruesa mesa de madera en el cuarto de interrogatorios débilmente iluminado y desde allí gruñían con preguntas en una oleada de ira:

Púrnima: una niña encarcelada, un alma liberada

“¿Quién les dio permiso para predicar en el mercado de Japa? ¿Quién los está sosteniendo? ¿De dónde obtienen sus materiales? ¡Ustedes son puercos refugiados! No tienen derechos aquí”.

Cualquiera que trataba de responder la furiosa embestida recibía bofetadas o patadas, pero a los que *no* respondían, también los abofeteaban y pateaban. Las preguntas y las golpizas siguieron durante horas hasta que otro oficial entró y dijo:

¡Suficiente! No más por esta noche. Dénles algo de comer y mañana continuamos”

La situación en esta celda era peor que la anterior. El olor era inmundado. El piso de cemento estaba húmedo y no había ni un recipiente para utilizar como letrina.

En la mañana Púrnima y las otras mujeres esperaron recelosas. Los oficiales comenzaron a sacar a los prisioneros uno por uno para interrogarlos. El comandante de distrito le dijo a Púrnima que tenía pruebas de que ella y sus amigos habían destruido un templo budista y habían insultado a sus dioses.

“¡No, eso no es cierto! –dijo Púrnima con incredulidad. El oficial la cacheteó con fuerza.

“¡Mentirosa insolente! –gritó–. Dinos la verdad y te daremos una sentencia benigna. Pero si continúas mintiendo, vas a ir a la prisión federal por un tiempo muy pero muy largo”.

Púrnima empezaba a entrar en pánico, pero se mantuvo firme. Una y otra vez la cachetearon y patearon hasta que al cabo de un tiempo se sintió en un estado de surrealismo, mientras la crueldad humana la invadía. Con excepción de los atracadores ese primer día en la India, no había conocido realmente que los hombres pudieran ser así de perversos. Pero durante los siguientes veintiocho días, iría a recibir una dura educación. Sería una lección bien difícil para una niña de quince años de edad.

Los largos días de interrogatorios se prolongaron, pues el propósito de los oficiales era quebrantar el espíritu de Púrnima y sus amigos. La rutina era siempre la misma, excepto que nunca sabían a quién llamarían primero para la ronda diaria de interrogatorios y palizas.

Pregunta, respuesta incorrecta, bofetada. Otra pregunta, otra respuesta incorrecta, otra bofetada. Y así transcurrían los interrogatorios, día tras día.

En su celda, Púrnima y las otras mujeres cantaban en voz baja y oraban mucho durante las noches, procurando darse ánimo las unas a las otras con palabras esperanzadoras.

“Aguanten en el interrogatorio. Todo esto acabará pronto y nos iremos a casa” –susurraban en la oscuridad.

Casa... hogar... son ahora términos muy relativos, pensó Púrnima con ironía.

El aura de la paz de Dios

En el campo, Púrnima pensaba continuamente en sus padres y en lo mucho que extrañaba su hogar en Bután. Pero ahora echaba de menos a su hermana y su choza, sórdida y pequeña, en el congestionado campo de refugiados, mucho más de lo que hubiera podido imaginar. Se preguntaba qué estarían haciendo sus sobrinitos y se preocupaba de cómo estaría Maya. ¿Habría recibido noticias de lo que a ella le estaba ocurriendo?

“Ah, Maya, siento tanto causarte tantos problemas. Tú te vas a volver loca”, pensó Púrnima.

En efecto, algunos cristianos en el campo de refugiados, incluyendo el pastor de la comunidad, *habían* escuchado rumores sobre el arresto del grupo. Incluso viajaron al centro de detención en donde retenían a Púrnima y a los demás, en donde recibieron una paliza y luego los echaron. A los once cristianos encarcelados les informaron lo que estaba ocurriendo y se sintieron abatidos por los ataques que tuvieron que sufrir sus amigos sin que mediara ninguna provocación

El día veinticinco de su encarcelamiento, uno de los guardias vino temprano donde Púrnama. El comandante del distrito la esperaba en el cuarto de interrogatorios ya familiar, listo para dar rienda suelta a su crueldad. De nuevo comenzaron las preguntas:

“¿Quién te dijo que predicaras? Tú eres muy joven. Quizá no es culpa tuya. De seguro alguien te presionó a adoptar esta religión con la promesa de darte dinero. ¿Quién te está ayudando? Si me dices quién es, no te vamos a golpear más. Y tal vez puedas volver al campo”.

Para Púrnama los siguientes minutos parecieron una eternidad. Cansada y decaída físicamente por la falta de alimento –a los prisioneros sólo les daban arroz, dos veces al día– y por sentirse sucia, pues no les permitían bañarse, sintió la paz de Dios en su interior durante esas sesiones. Sumergirse en la presencia de Cristo le ayudaba inmensamente, a la vez que oraba a Dios pidiendo perdón para quienes la atormentaba, y fortaleza para enfrentar lo que viniera después.

“¡Responde a mis preguntas!” –le gritó el comandante.

Púrnama hizo acopio de todo su coraje y se dispuso a esperar una bofetada. Sabía que su respuesta no sería del agrado del oficial.

“¡Yo no acepté a Cristo por dinero o por ayuda de ninguna clase! Lo acepté porque mi hermana estuvo enferma durante tres años, y cuando aceptó a Cristo fue sanada milagrosamente. He visto muchos milagros y tengo paz y alegría. No hay otra razón”.

Frustrado, el comandante acercó su rostro al de ella por escasos centímetros. Ella sintió su aliento, vio la ira en sus ojos y tuvo miedo, pero trató de no retroceder.

“¡Mientes! –le gritó el comandante en su cara–. Yo sé que estás escondiendo algo. No me estás diciendo la verdad. Ahora tendrás que ir a prisión por un largo tiempo. ¿Estás lista para eso?”

Antes que la chica pudiera contestar, le propino una bofetada tan fuerte que la hizo caer sobre su silla.

“¡Llévenla a la celda otra vez!” –ordenó.

Las compañeras de celda de Púrnima se quedaron sin aliento cuando vieron su cara golpeada que ya comenzaba a hincharse debido al fuerte golpe.

“No se preocupen –trató de mentir Púrnima mientras sus lágrimas estaban por salir de sus ojos–. No es tan doloroso como parece”.

Las mujeres sabían que era todo lo contrario, pues ellas también habían recibido ya su parte de humillación de los descorazonados oficiales. Consolaron a su compañera lo mejor que pudieron lamentaron que los oficiales se negaran a creer su historia. A la policía le era imposible creer que Púrnima y sus amigos no recibieran ayuda financiera de extranjeros. Estaban convencidos que las Biblias y los tratados tenían que venir de fuera de Nepal, porque el cristianismo era una religión foránea. Se negaban a aceptar que los nativos la difundieran sin el incentivo o la promesa del beneficio personal.

Los días siguientes pasaron en calma mientras Púrnima y los demás se preguntaban cuál sería su destino. La oración y el canto en voz baja les ayudaban a apaciguar sus mentes y a pasar el tiempo, pero Púrnima tenía un sentimiento de incomodidad debido a la falta de interacción con sus captores. *¿Qué estarían haciendo? ¿Por qué no los dejaban marchar?*

“Qué bienaventurada soy”

Finalmente, temprano, en la mañana del martes 20 de septiembre, reunieron el grupo otra vez en la oficina del comandante de distrito. Púrnima sabía que algo ocurría porque hasta entonces a las mujeres las habían separado de los hombres. Poco se había dicho antes de alinear a los refugiados a quienes esposaron sin ningún preámbulo y obligaron a marchar por la plaza del pueblo hasta la casa

oficial. Púrñima estaba tan alborozada de volver a ver brillar el sol aunque fuera por un breve momento, que no se preocupó de lo que les esperaba.

El recinto estaba lleno, el grupo fue escoltado hasta el frente y ubicado cerca de su abogado. En el lado opuesto del salón, el abogado del gobierno indicó que presentaría cargos contra los once detenidos. Irónicamente, mientras se daba lectura a los supuestos cargos –una lista que incluía la destrucción de templos budistas y haber matado vacas sagradas– Púrñima se sintió esperanzada. Tal vez este sería el día de su vindicación y les permitirían salir en libertad. De seguro el juez se daría cuenta que eran inocentes.

Su abogado defensor hizo un alegato convincente, pero el fiscal obviamente tenía un libreto que debía seguir y su principal propósito parecía ser el de convertir este caso de los cristianos en un ejemplo y sentar un precedente. Esto se hizo evidente con el paso de las horas y al acercarse la noche.

Eran casi las diez de la noche, cuando el juez tomó su decisión y leyó la sentencia al grupo de agotados creyentes. Púrñima se puso de pie junto con los otros prisioneros cuando mencionaron sus nombres. Su cuerpo sintió un sacudón cuando anunció severamente que debían permanecer en una prisión federal por espacio de tres años.

¡Tres años! Las palabras hacían eco en la mente de Púrñima.

Le había prometido a Dios que sería fiel sin importar a dónde la enviara: fuera del hogar... o fuera de Bután... o a un campo de refugiados. Pero, ¿a prisión? Esto era más de lo que la chica de quince años de edad podía soportar. Cerró sus ojos y otra vez buscó consuelo en las historias bíblicas que había memorizado. Se imaginaba a Jesús sentado en el monte instruyendo a sus discípulos, y sintió renacer su ánimo cuando las familiares palabras de Jesús inundaron su mente: *“Bienaventurados los que padecen persecu-*

ción... porque de ellos es el reino de los cielos... bienaventurados los que padecen persecución... bienaventurados los que..."

Se detuvo al asimilar la verdad :

*"Yo soy bienaventurada..."*²

Era difícil pensar que una condena a prisión fuera una bendición. El espíritu y el alma de Púrnima aceptaron el hecho antes de que su mente lo hiciera. Pero en los días siguientes esta promesa llegó a ser la fuente y el fundamento de la fortaleza de los prisioneros, y juntos la repetían una y otra vez.

Ahora los encadenaron de dos en dos y los sacaron de la sala judicial para iniciar otra ardua jornada a través de la jungla. La prisión estaba ubicada en lo alto de una colina a muchos kilómetros de distancia. A medida que la mente de Púrnima repasaba las incidencias del juicio, llegaba a estar más convencida de la intervención de Dios en lo que les estaba ocurriendo. Los habían acusado falsamente e iban camino a prisión por la causa de Cristo. Este conocimiento le proporcionó consuelo y se sintió privilegiada de ser llamada a sufrir por Cristo. Al caminar en la jungla con sus diez amigos, supo otra vez que estaba en buena compañía.

"Bienvenidas al infierno"

Llegaron a la prisión a las tres de la madrugada. A la luz de la luna, Púrnima pudo observar el alto muro que rodeaba todo el complejo carcelario y las inmensas puertas exteriores que crujieron siniestramente al abrirse para permitirles la entrada. El lugar tenía un ambiente sombrío y aferrador, y parecía que en algún tiempo hubiese sido una gran fortaleza, pero ahora se encontraba en grave estado de deterioro. Al entrar y cruzar el gran patio rumbo a las edificaciones interiores, Púrnima le echó una última mirada a las puertas que se cerraban tras ellos. El fuerte crujido metálico resonó en toda la prisión que ahora era su nuevo hogar.

A Púrnima y las otras mujeres les dieron delgadas colchonetas de paja y las introdujeron en sus celdas. Estaban en completa oscuridad, pero gradualmente sus ojos pudieron determinar las siluetas de otras mujeres durmiendo en el suelo. Desde el piso una voz macabra las saludó:

“¡Bienvenidas al infierno!”

Ansiosa, cavilaba quiénes serían sus compañeras de celda. ¿Qué crímenes habrían cometido? ¿Serían violentas? ¿Congeniarían con ella? Estas preguntas sin respuesta le producían temor. Encontró un sitio disponible junto a la pared exterior y se acuclilló allí haciendo de su cuerpo un apretado montón. Estaba exhausta pero se sentía demasiado asustada como para dormir.

A las pocas horas, un pequeño rayo de sol penetró por entre los barrotes de las reducidas ventanas en lo alto de la pared y les permitió a Púrnima y a sus compañeras observar su entorno. La celda no era grande y no habían demasiadas prisioneras. Habían otras cinco personas en su celda, y al parecer cada mujer defendía su propio espacio, manteniendo sus pocas pertenencias en el piso junto a ellas. El baño, si es que así podía llamarse, lo formaba una protuberancia de cemento adyacente a la pared exterior. Existía un sumidero mohoso pero no había jabón, ni agua caliente, ni puerta. También un hoyo en el piso de cemento excavado, que a Púrnima le pareció –a juzgar por el hedor– que jamás lo habían limpiado. La hediondez que emanaba del hueco llenaba toda la celda.

Las paredes de concreto de la prisión estaban manchadas con capas de pintura que a través de los años llegaron a ser más mugre que color. El piso era frío, húmedo e inmundito. Una pequeña ventana interior ubicada a nivel de los ojos permitía a los prisioneros mirar fuera, hacia el patio y el bloque mucho más grande de las celdas de los hombres que se levantaba en el lado opuesto. Al fondo, al otro lado del patio, había un corredor desde el cual los guardias de la prisión podían ejercer vigilancia, aunque Púrnima no había visto guardias allí todavía.

Tulasa era la auto nombrada líder de la celda.

“¿Por qué las trajeron aquí? –preguntó bruscamente mirando directamente a Púrnima. Tú eres muy jovencita para estar encerrada, ¿no crees?”

“No sé si seré muy joven –replicó ésta– pero estamos aquí por ser cristianas”.

“¿Cristianas?” –Tulasa casi escupe la palabra– ¿Por qué las han de encerrar por ser cristianas? La estupidez no es un delito”.

Las demás se unieron a sus carcajadas. Se presentó a sí misma, pero no había calidez en sus palabras.

“Por ahí dicen que asesiné a mi suegra” –gruñó. Voy a estar aquí por un largo tiempo, ¡de modo que cuidense!”

Púrnima no pudo evitar mirar fijamente a la mujer aunque se sentía intimidada por sus ásperas palabras. Pero sospechó que de algún modo detrás de esa fría fachada existía en Tulasa un alma amable y solícita, y desde ese momento oró para que Dios le diera una oportunidad de descubrirlo.

Tulasa regresó a su esquina en la celda, soltando un torrente de obscenidades. Púrnima notó que la mujer tenía gran provisión de cobijas y otros elementos personales, una indicación de que llevaba allí ya algún tiempo y que había recibido algunas cosas de amigos o de familiares. De otro lado, las recién llegadas habían venido con nada, excepto lo que tenían encima. Esa primera mañana se amontonaron y oraron juntas, comprometiéndose a comenzar cada mañana en oración y a ayunar todos los viernes.

A las nuevas reclusas les proporcionaron utensilios básicos de cocina y cada día recibían dos raciones de comida, generalmente arroz y papas. Ocasionalmente les daban una pequeña suma de dinero para que compraran elementos personales.

Las cristianas pronto descubrieron que adaptarse a la vida de la prisión era en algunos aspectos muy similar a adaptarse a la rutina en el campo de refugiados. Aprender las

reglas, mantenerse alejadas de problemas y cuidarse la espalda. La gran diferencia, desde luego, era la carencia total de libertad y la negativa de los guardias a intervenir cuando inevitablemente ocurrían problemas.

Pero Púrnima pensaba que por lo menos aquí no tenían que enfrentar diariamente ni los interrogatorios ni las palizas y podían disfrutar tranquilas sus momentos de compañerismo, a pesar de las incesantes burlas de las demás reclusas y de su sucio vocabulario. El mayor temor de Púrnima lo causaban las insinuaciones de índole sexual de los guardias, las cuales comenzaron poco después de su llegada.

Los primeros meses pasaron lentos y durmió poco. Pronto supo por qué las otras reclusas no habían establecido su "hogar" junto a la pared exterior: hacía mucho frío allí. Su salud empezó a declinar con la llegada del invierno, pues no tenía ni ropa adecuada ni siquiera una sola cobija. Lentamente su visión optimista fue dando paso a un sentimiento interior de desesperación. Al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, se preocupó por su vulnerabilidad ante el debilitamiento de su fe. Otra vez se preguntó si habría cometido un terrible error. Las pesadillas relacionadas con su hogar y su madre volvieron, haciendo sus noches aún más insupportables. Estaba a punto de darse por vencida.

Una noche escuchó gritos que provenían del bloque de celdas de los hombres, que decían:

“¡Agárralo! ¡Agárralo y termina con él!”

Era común que ocurrieran peleas en las celdas de los hombres, pero esta vez un intenso frío recorrió su cuerpo cuando oyó que la voz decía:

“¡Termina con él! ¡Un cristiano muerto no puede orar ni cantar!”

Púrnima supo entonces que las amenazas eran reales. Tulasá le había dicho que habían asesinado a alguien en las celdas de los hombres poco antes de que su grupo llega-

ra. Sabiendo que era uno de sus compañeros cristianos quien enfrentaba la muerte a manos de los otros reclusos, Púrnima llamó frenética a algún guardia pero ninguno llegó. Gimiendo se dejó caer en su cama a orar. Y en ese momento se dio cuenta que era mucho más duro para sus hermanos estar amontonados en una celda con más de doscientos hombres, muchos de ellos criminales violentos, que para ella, que compartía el espacio con pocas compañeras. Se dio cuenta lo sumergida que estaba en su propia auto compasión mientras al otro lado del patio a uno de sus amigos lo estaban golpeando o tal vez asesinando.

“Querido Dios –oró–, no permitas que lo asesinen, no lo dejes morir”.

Después lloró, y en esta ocasión no por ella sino por todos ellos.

La víctima del ataque en el bloque de celdas masculinas fue un hermano llamado Ashok; escasamente sobrevivió. Púrnima buscó maneras de ser testimonio a las otras mujeres que había en su celda, en agradecimiento por la recuperación del hombre y decidida a desviar su atención de sí misma. Sabía que tenía que permanecer activa de alguna manera si es que esperaba sobrevivir los tres años que duraba su sentencia. En las recientes semanas había permitido que no sólo su cuerpo estuviera encarcelado, sino también su espíritu, y esa situación tenía que cambiar.

“Muéstrame lo que debo hacer, Señor” –oró. Soy libre para servirte, sin importar las circunstancias”.

El regalo de Navidad

Un hombre conocido como “el Tío” se había convertido en huésped permanente de la prisión federal. Había pasado allí un largo período y rondaba por la prisión con tal libertad que los recién llegados generalmente pensaban que era parte del personal de administración, pero no lo era. Semanalmente hacía una ronda por todas las celdas preguntando a los reclusos si deseaban que él les comprara algo en el mercado.

Púrnima: una niña encarcelada, un alma liberada

“Buenos días, Púrnima, –saludó el hombre. ¿En que te puedo servir hoy? ¿O vas a guardar todo tu dinero hasta que salgas libre? ¿Para qué lo estás ahorrando? ¿De qué te sirve si no lo gastas?”

Justo, mientras el hombre hablaba, se le ocurrió una idea a Púrnima.

“¡Eso es cierto! Eso es lo que voy a hacer. ¡Gracias Tío!”

Rápidamente le entregó al Tío todo el dinero que había estado ahorrando y a través de los barrotes de la celda le secreteó las instrucciones de lo que debía comprar. Mirándolo mientras se alejaba, oró para que el hombre le comprara exactamente lo que ella había encargado. El Tío pensó que la chica se había vuelto loca cuando escuchó su pedido, pero replicó con dulzura:

“¿Cómo puedo negarle algo a esta inocente criatura?”

Cuando regresó, en la tarde, aquel mismo día, puso el paquete en las manos ansiosas de la chica.

“Todo está ahí, –le aseguró. Pero todavía pienso que estás loca. La prisión enloquece, tú sabes”.

Púrnima le dio las gracias sonriendo y estiró su mano entre las rejas para estrechar la del Tío. Luego empezó la preparación mientras las demás miraban. Después de un tiempo, incapaces de ocultar más su curiosidad se le acercaron a preguntarle qué era lo que estaba haciendo, pero ella las ignoró y sencillamente continuó con su labor. Le tomó el resto de la tarde pero estaba decidida a hacer las cosas bien. Finalmente, cuando acabó la preparación se dirigió a las demás y les anunció:

“Desde que llegué aquí decidí ahorrar el poco dinero que nos daba la prisión. No sabía para qué hasta esta mañana cuando supe en lo que lo iba a invertir. Le pedí al “Tío” que me comprara los mejores pollos y las mejores legumbres que pudiera encontrar. Y ahora lo he preparado todo, ¡para ustedes!”

Pasmadas, en silencio, las demás mujeres miraron asombradas. Tulasas la miró con ojos bien abiertos y con suspiración esperando ver dónde estaba la "trampa", y por qué Púrnima, a quien ella jamás le había hablado una palabra amable, hacía tal cosa.

"¿De qué hablas? ¿En dónde está el truco?" -preguntó con sarcasmo.

"Tan sólo quiero compartir esta comida con ustedes, Tulasas; con todas mis compañeras. No hay ningún truco. Es mi regalo para ustedes; de modo que, ¡a comer!"

Esa noche las reclusas en la celda de mujeres tuvieron la mejor comida que pudieran recordar. Aún los guardias iban a figonear. La voz corrió rápidamente en la prisión: ¡Púrnima había preparado una fiesta!

La noche siguiente Tulasas dejó su esquina para ir a sentarse en la de Púrnima.

"¿Por qué hiciste esa comida para nosotras? -preguntó con sinceridad y cortesía por primera vez en su presencia-. No hemos hecho otra cosa que burlarnos de ti y de tus compañeras desde que llegaron aquí. Y además era *tu* dinero, después de todo. Obviamente podías usarlo comprando algo para ti misma, de modo que ¿por qué lo gastaste en nosotras?"

La mujer sencillamente no podía entender tal gesto de amabilidad. Pensó que Púrnima era, o muy tonta, o muy viva, y ella quería descubrir cuál de las dos cosas era la correcta.

"Tulasas, -comenzó diciendo Púrnima, con una sonrisa en su cara-, ¿has oído hablar de la *Navidad...*?"

De esta manera comenzó a desarrollarse una inverosímil amistad entre una asesina convicta y una predicadora adolescente. Púrnima le contó a Tulasas la historia de cómo había aceptado a Cristo durante un culto de Navidad casi tres años antes. En su manera dulce pero entusiasta le habló durante los meses siguientes acerca de Cristo, e increíble-

mente las dos llegaron a ser buenas amigas. De cierta manera la mujer le traía a Púrnima el recuerdo de su madre y se sentía animada por la compañía de una mujer mayor. Aunque no sabía lo que le deparaba el futuro, resolvió enfrentarlo con valentía. Reconoció su debilidad, pero se negó a dejarse encarcelar por ella. Enfrentaría el reto y el resto se lo dejaría al Señor, tal como lo hizo Moisés.

Epílogo

Púrnima fue liberada junto con los demás cristianos después de catorce meses y seis días. La noticia de su encarcelamiento había llegado al campo de refugiados y finalmente se difundió por todo el mundo. Toda una gama de líderes cristianos internacionales enviaron peticiones al gobierno de Nepal pidiendo su liberación.

“Sabemos que ustedes están reteniendo a once cristianos en una prisión federal, y uno de ellos es tan sólo una niña” –le protestaron al rey nepalés.

A Púrnima y a los otros les informaron después que su liberación fue una bendición mayor de lo que pensaban. Las autoridades tenían la intención de mantenerlos en prisión durante siete años (la sentencia para quien inducía a otro a convertirse al cristianismo).

Ante la sorpresa de los oficiales inmediatamente después de su liberación, los cristianos pidieron una reunión con sus anteriores compañeros de prisión. Tras tres meses de encarcelamiento, los creyentes habían comenzado a recibir ayuda de sus familias. Ahora obsequiaron a sus antiguos compañeros de celda las pocas pertenencias que habían adquirido y algo de dinero que Púrnima había ahorrado para una ocasión especial. Y les recordaron que ellos habían sido perseguidos por causa de su fe en Jesucristo. Algunos de los otros prisioneros se habían convertido al cristianismo y fueron animados a “mantener la fe”. Los once liberados prometieron recordarlos en sus oraciones y a los demás.

Algo interesante fue que uno de los hombres que había participado en la golpiza al hermano Ashok, pasó al frente y dijo:

“Una luz brillante entró a nuestra prisión, pero ahora se nos va”.

Al momento de partir, Púrnima abrazó por última vez a Tulasa, convertida ahora en Cristiana. (La mujer fue liberada tiempo después cuando su pena le fue conmutada. Ahora es una líder activa en la iglesia.)

Desde la primera vez que Maya le leyó la historia bíblica, había admirado a Moisés. Lo habían desterrado de su tierra y aunque se sentía incompetente al hablar, Dios lo utilizó en una forma poderosa. De manera similar, Púrnima, que a menudo se sentía incompetente debido a su edad, se convirtió en algo así como una celebridad en todo Nepal. Con frecuencia la invitan a dar su testimonio en iglesias de la zona circundante con el campo de refugiados en donde todavía vive con Maya, Sival y su sobrino y sobrina

Ora constantemente y le pide a Dios que le permita algún día regresar a Bután, su tierra, para volver a ver a su madre y para predicar el evangelio.

Aida: una voz para los que no tienen voz

Rusia
julio de 1968

Ella no quería un abogado. Aida Mikhailovna Skripnikova no necesitaba un vocero; por lo menos no uno que le asignara el gobierno soviético. Quería hablar por sí misma para exponer su caso ante el juez. Sentada en el banquillo de los acusados en el salón judicial con paneles de madera, miró en un cuadro la severa figura de Lenin, el "padre" del sistema que la mantenía cautiva.

El fiscal era contrario a la idea. No quería que la acusada hablara por sí misma; significaba darle demasiada libertad. Señaló que la acusada había estado reclusa en una institución para enfermos mentales. ¿Cómo podría conducir su propia defensa?

El juez se puso finalmente de su lado y su abogado defensor abandonó el recinto judicial. Esta no era la primera vez que Aida comparecía en una corte, ni la primera vez que era acusada por practicar su fe cristiana. Si el juez la encontraba culpable y la enviaba a un campo de trabajo forzado, tampoco sería la primera vez. No, todas estas cosas las había tenido que soportar antes. Lo diferente de esta ocasión era que no tenía un defensor pasivo aprobado por el gobier-

no. Esta era la primera vez que podía hablar por sí misma y defender su caso con claridad en nombre de todos los creyentes de su patria.

Los cargos eran muchos, el juez leyó cada uno de ellos en voz alta de una manera acusadora que helaba la sangre. Fue acusada de vivir en Leningrado sin el permiso de residencia apropiado (el que tenía había sido anulado). La acusaban también de ser miembro de un grupo religioso no registrado y de distribuir ilegalmente materiales cristianos impresos.

La calumnia contra la verdad

En el fondo de la mayoría de los cargos más importantes había una sola palabra: *calumnia*. La fiscalía argumentó que Aída había reunido y distribuido "falsa" información acerca de cristianos arrestados, juzgados y encarcelados en la Unión Soviética. Para el gobierno lo más cobarde era que ella había pasado los reportes a extranjeros, permitiendo que llegara a otros países información dañina para la Unión Soviética.

Así como la fiscalía enfocaba su atención en una sola palabra, de esta forma sería su defensa. Ésta descansaría en la palabra *verdad*. Si la información que ella había pasado era cierta —razonó—, entonces no podía haber sido calumniosa. Planeaba demostrarle a la corte que sus reportes eran completamente veraces.

Cuando el juez terminó de leer la lista de acusaciones, Aida supo por primera vez cuan intensa había sido la vigilancia que la policía ejerció sobre ella. Tuvo noticias de la señora Jursmar, la sueca bonita que había entrado al país para recibir información de ella. El gobierno sabía cuándo y dónde se habían encontrado. Habían confiscado la agenda de la señora Jursmar la cual contenía referencias de la reunión con Aida. El juez incluso leyó con un tono sarcástico den una lista de cada uno de los elementos y las publicaciones que le había pasado a su amiga.

“La señora Jursmar trató de sacar fuera del país la literatura que recibió de sus manos –comenzó diciendo el juez–, pero en el momento de la inspección aduanera, fue descubierta e inmediatamente confiscada”.

Levantó la vista de sus notas y con una sonrisa de triunfo en su cara miró a la acusada.

Tenían conocimiento también de David, otro amigo cristiano extranjero, y de la copia de una revista cristiana *The Herald of Salvation* (El Herald de Salvación), que Aída le había enviado. Sabían que había ido a otra área para reunirse con su hermana a quien le entregó revistas que posteriormente hicieron llegar a otros cristianos de la iglesia clandestina. La policía parecía conocer a cada persona con quien se reunió y cada pedazo de papel que les entregó.

Aída se preguntó con calma qué más información habrían interceptado y en consecuencia cuáles otros prisioneros cristianos eran todavía desconocidos debido a que sus mensajes habían sido interceptados antes de conocerlos en el exterior.

A medida que leía, el juez expresó repetidamente una misma frase. Según la acusación Aída había distribuido “deliberadamente afirmaciones falsas y calumniosas contra la Unión Soviética y el orden social”.

Una silenciosa confianza

Aída se sentó sola y en silencio en el banquillo de los acusados. Se sentía incómoda en el tosco asiento de madera. Pensó que estaría nerviosa e insegura, pero, por el contrario, experimentó una fuerte confianza y la presencia de Cristo en aquel recinto. Jesús les dijo a sus discípulos que no se preocuparan por lo que habrían de decir cuando se enfrentaran a reyes o a jueces, por lo que su preocupación se desvaneció.

Cuando la policía la interrogó, el juez dijo, al continuar la lectura de los cargos, que ella no había admitió su culpabilidad, pero si haber enviado materiales cristianos. En su

apartamento habían encontrado copias de los documentos que envió fuera, dijo la policía, tratando de vincularlos con el caso. Aída les respondió que los documentos no contenían calumnias, sino que “reflejaban con exactitud la situación de la iglesia en el país”.

Finalmente el juez terminó la lectura de las acusaciones y mirando la con severidad Aída, le preguntó:

“Acusada, ¿entiende los cargos en su contra?”

Confiada, Aída lo miró directamente a los ojos mientras respondía lacónica a su pregunta:

“Sí”.

“¿Se declara culpable?”

“No”, –respondió con voz calmada y firme.

El juez volvió a mirar sus notas y anunció que el juicio comenzaba de inmediato. El primer testigo sería la misma acusada.

Una familia atormentada por la aflicción

Cuando se convirtió en discípula de Jesucristo a la edad de veintiún años, Aída no tenía idea de que la senda por la cual la llevaría su Maestro la conduciría a un tribunal. Había nacido en una familia cristiana y sabía desde edad temprana quién era Jesús. Pero su familia fue atormentada por la aflicción cuando, en el año 1942, arrestaron a su padre por negarse a prestar el servicio militar. Se le había prometido un certificado eximiéndolo del servicio, pero éste nunca llegó. En cambio, lo ejecutaron dejando a Aída, quien entonces sólo tenía dos años de edad, sin siquiera un recuerdo de él.

Su madre quedó sola para criar a sus hijos en una pequeña comunidad de Siberia, lo hizo con trabajo duro y oración. Regularmente les leía a sus hijos pasajes de las Sagradas Escrituras y, a pesar del riesgo de arresto y persecución, los llevaba a reuniones de cristianos que se congregaban en secreto en cada uno de sus hogares. A veces su tío

se quedaba afuera de la reunión para avisar cualquier señal que la policía o los soldados pudieran dejar. Aída recuerda con claridad el domingo en que la policía irrumpió en una de esas reuniones en su hogar. Cuando salieron se llevaron a su tío y a otros dos cristianos esposados y presentando cargos criminales contra ellos.

Para tristeza suya, cuando sólo tenía once años, murió, su madre. Uno de los recuerdos más vívidos que conservaba de ella era su preocupación que cuando sus hijos crecieran abandonaran la fe en Cristo. Pero, a pesar de sus esfuerzos, Aída abandonó su fe. No fue tanto una decisión deliberada hacerlo, sino que sencillamente se apartó, perdió el interés. Una hermana mayor la estaba criando y, en medio de sus luchas y ajetreos, dejaron de asistir a las reuniones de la iglesia. En el colegio les enseñaron que no existe Dios, por eso lentamente la mención lo de Él desapareció de su hogar.

Renace la fe

Cuando tenía diecinueve años se mudó a Leningrado (hoy San Petersburgo). Su hermano Víctor, cinco años mayor, terminó su servicio en las fuerzas navales establecieron allí, de modo que ella se mudó para estar cerca de él. Un día el tema de la religión surgió en la conversación. Aída dijo:

“No sé al fin si existe Dios o no”.

La emotividad de la respuesta de su hermano la sorprendió:

“¿Qué es lo que te pasa? –la recriminó. ¡Yo jamás lo he dudado! Sé que sí hay Dios”.

Aída deseaba tener la certeza de su hermano, pero necesitaba pruebas.

Poco después de la conversación con él pasó por una librería que vendía libros viejos. Le había oído decir a alguien que allí a veces vendían Biblias. Casi por capricho entró y preguntó por una. La empleada le dijo que sus Biblias eran muy escasas y que en ese momento no tenían ninguna.

Cuando salió otro cliente la siguió fuera del local y le ofreció venderle un Nuevo Testamento por quince rublos.

La suma era casi todo lo que tenía, sin embargo se lo dio al hombre en pago del viejo libro. El hermano de Aída estaba emocionado por su compra, especialmente porque le llegaba en un tiempo de gran necesidad. Le habían diagnosticado cáncer y sus médicos le dijeron que era fatal. Víctor le pidió a su hermana que fuera a la reunión de oración y les hiciera saber a sus amigos su estado de salud.

Aída lo hizo así, sus amigos empezaron a visitarle regularmente y a darle ánimo. Pudo ver cómo el espíritu de su hermano cobraba vida mientras la enfermedad llevaba su cuerpo hacia la muerte. Estaba asombrada al ver que su fe en Cristo se hacía más fuerte mientras su cuerpo se debilitaba. Anhelaba tener la fe y la certeza de él. Lo vio enfrentar la muerte no con preocupación o temor sino con una profunda certeza de que iba a su hogar eterno.

Víctor murió cuatro meses después del diagnóstico. Al estar al lado de su lecho de muerte, mientras la vida se le escapaba, tuvo el sentir que su hermano deseaba asegurarse de no estar diciéndole adiós sino que la vería después.

Aída quería tener la misma seguridad y confianza. La vida de Víctor, lo mismo que su muerte, respondió muchas de sus preguntas. Posteriormente discutió las demás con algunos de sus amigos del grupo de oración. Finalmente, llegó a una decisión clara: por fe sería discípula de Cristo.

Fue una decisión que resultó ser muy costosa, pero jamás lamentó.

Intercambio de literatura y de la Palabra de Dios

“¿Desea dar a la corte una explicación de los cargos en su contra?” -le preguntó el juez.

“Sí señor”, -respondió Aida sabiendo que sería el mismo juez quien haría el interrogatorio inicial. En este juicio él sería acusador, jurado y juez.

“Admito los hechos en cuanto a distribuir literatura y en cuanto a las personas que la recibieron, tal como lo mencionan los cargos”.

A petición del juez, Aída mencionó cada una de las personas a las cuales entregó los materiales, tal como lo describía la acusación. Ridiculizó con sutileza el hecho que la acusación llamara revista a los folletos que no tenían más de dos o tres páginas de extensión, pero admitió haberlos dado a otras personas, incluso a extranjeros.

“¿Todo lo demás en la acusación es correcto?” –inquirió el juez cuando ella terminó.

“Sí, –replicó Aída–. Todos los hechos acerca de la distribución de literatura son correctos. Pero ésta no contiene declaraciones deliberadamente falsas y calumniosas contra el estado soviético y contra el orden social. No constituye, por lo tanto, un crimen de acuerdo con el artículo 190/1, además la distribución de literatura, en sí misma, tampoco es un crimen. Por lo tanto no me declaro culpable”.

En vez de refutar de frente su declaración, el juez preguntó acerca de la señora Swede, la sueca a quien ella le había dado materiales, incluyendo transcripciones de los juicios de dos cristianos en cortes soviéticas. Aída se negó a decir dónde la conoció, mencionando el hecho como “un asunto privado”.

Al escuchar la forma en que presentaba su caso, el fiscal se incorporó cavilando que quizá la joven cristiana le presentaría una resistencia mayor de la que esperaba.

De mala gana suministró Aída detalles. Ella y la señora Jursmar tenían un amigo común en Suecia, aquel hombre había concertado la entrevista. La señora Jursmar había traído cincuenta Nuevos Testamentos que Aída había planeado entregar a miembros de la iglesia clandestina, lo cual habría hecho si la policía no los hubiera confiscado. A cambio, ella le dio a la señora Jursmar la literatura, incluyendo algunas cartas y las transcripciones de los juicios, para que

última las llevara a su empleador, la Misión Eslávica. Allí iban a ser reproducidos y distribuidos en todo el mundo.

“¿Por qué le dio a la señora Jursmar copias del *Herald of Salvation* y de *Fraternal Leaflet* 5 así como las transcripciones de los juicios en Moscú y Ryazán, y cartas de Khorev y Makhovitsky?” –preguntó el juez irritado.

“Para que pudiera leerlos y conocer acerca de la vida de nuestra iglesia –respondió Aída como un hecho cierto–. El Heraldo de Salvación es mi revista favorita y *Fraternal Leaflet* habla acerca de la vida de nuestra iglesia. Los juicios han llegado a ser tan comunes en ella que para conocer las iglesias en Rusia es necesario saber de los juicios a los cuales son sometidos sus miembros”.

En efecto, para quienes decidían seguir a Cristo de una manera integral, los juicios se convertían en una parte de la vida en la Unión Soviética que tenían que aceptar. Arrestos, palizas y encarcelamientos hacían parte del costo de seguir a Cristo aquí, las revistas de la iglesia clandestina aceptaban este hecho y lo difundían ampliamente.

El juez no podía creer que Aída confiara tal secreto y tan importante información a una mujer que escasamente conocía.

“La amistad entre los creyentes se desarrolla de una manera más sencilla –trató de explicar Aída–. Puedo ir aun pueblo extraño, conocer a creyentes que no había visto nunca antes y en pocos minutos llegar a tener una estrecha amistad con ellos. Los creyentes somos una gran familia, nos interesamos los unos por los otros en todo lugar”.

El fiscal comenzó a intercalar sus preguntas mientras el juez interrogaba sobre las direcciones del exterior en el directorio de la acusada. Quería saber si había escrito a todas ellas.

“A algunas –respondió Aída. Luego, con un poco de acidez, agregó:

Aída: una voz para los que no tienen voz

“No conozco ninguna ley que prohíba a los ciudadanos soviéticos tener correspondencia con amigos del extranjero”.

Algunos creyentes que habían llegado para observar el juicio, disimularon sus sonrisas al ver que el fiscal se sintió impresionado por el inteligente comentario de su amiga. Luego comenzó a leer cada nombre escrito en el directorio de la acusada.

Una osadía especial por el evangelio

Aída no fue conformista en su trabajo en la línea de vanguardia de la iglesia soviética. Cuando aceptó a Cristo, era una mujer joven de tan sólo veintiún años, llena de entusiasmo por Jesús, su nuevo y mejor Amigo, y deseosa de hablarle a todo mundo de Él.

Su decisión ocurrió cuando en la iglesia bautista de la Unión Soviética se estaba produciendo un avivamiento.

“Por un tiempo la fe estaba decreciendo –relató más tarde– pero de repente vino un despertamiento. Lo que pasó fue bastante milagroso: vi a los muertos –espiritualmente– levantarse otra vez y a los débiles demostrar que eran capaces de grandes hazañas. Llegué a conocer la grandeza de la humildad y la paciencia; la grandeza de la lucha de la iglesia. Este avivamiento avivó mi espíritu también, de ahí en adelante ya no fui capaz de permanecer inactiva”.

Sus nuevos amigos del grupo de oración de Víctor, la animaron a ser testigo de Cristo. Había observado cómo imprimían tarjetas con textos bíblicos y con mensajes instando a los lectores a “arrepentirse y creer las Buenas Nuevas”. Ubicaban éstas tarjetas en los buzones de correo, lo que causó bastante conmoción en Leningrado, hasta el punto de merecer el cubrimiento por parte de los periódicos locales.

Desde el primer día de su caminar cristiano, Aída demostró poseer una osadía y un celo especiales por compartir su fe con otras personas. Pocos meses después de su conver-

sión cristiana, ideó una manera especial de hacer esta invitación. El 1 de enero de 1962 compró una cantidad de tarjetas postales con una pintura del artista Claude Lorrain, la cual mostraba un amanecer en un puerto. Durante varios días trabajó en sus momentos libres escribiendo a mano un sencillo mensaje en cada una de ellas:

FELIZ AÑO NUEVO 1962!

Un deseo de año nuevo

“Nuestros días pasan volando
Uno tras otro, sin que se noten
La aflicción y la tristeza desaparecen
Se las lleva la vida...
Este mundo, la tierra, son tan transitorios
Todo en ellos se acaba.
La vida es importante. ¡No confíes en la buena suerte!
¿Qué respuesta le darás a tu Creador?
¿Qué te espera, mi amigo, más allá de la tumba?
Responde esta pregunta mientras aún tienes luz.
Tal vez mañana ante Dios,
Comparecerás para responder por todos tus actos.
Piensa bien acerca de esto,
Porque no estás en esta tierra eternamente.
¡Tal vez mañana, y para siempre,
Romperás tus vínculos con este mundo!
¡Busca a Dios mientras puede ser hallado!”

El poema de las postales concluía con una sencilla invitación. La misma que ella había visto antes en las tarjetas escritas por sus amigos: “¡Arrepiéntanse y crean las Buenas Nuevas!”

Cuando terminó de escribir todas las tarjetas, se arropó bien para protegerse del viento helado y salió. La jovencita de cabellos negros comenzó a distribuir las en la gran plaza ubicada frente al Museo de Historia de la Religión y el Ateís-

Aída: una voz para los que no tienen voz

mo. Se movió con presteza entregándolas a los transeúntes mientras les expresaba un saludo de año nuevo.

Ya casi se le habían agotado las postales, cuando una mano fuerte la cogió por el brazo:

“¿Qué es ésto? –le preguntaba un hombre con mirada de enojo agitando la tarjeta frente a su rostro.

“Una postal de año nuevo” –le respondió, tratando de alejarse. Parecía muy pequeña junto a él se puso tensa cuando la siguió apretando. Éste miró a su alrededor y llamó al oficial de policía que estaba parado en la esquina.

“No necesitamos ésto aquí” –le dijo con los dientes apretados, sin soltarla hasta que el policía la agarró por el otro brazo y empezó a empujarla hacia su vehículo.

Una prueba de lo que vendría

Esta fue la primera visita forzada de Aída al local de la estación policial. Allí la retuvieron durante varias horas y después la liberaron, pero no antes que la policía le abriera un archivo a su nombre y registrara toda la información referente a su “tarjeta de evangelismo”. La chica se sentó calmada y respondió las preguntas asombrada por la confianza que sentía. Sabía que Dios estaba con ella y no había razón para sentir temor de las autoridades. Se preguntaba si alguien le habría hablado al oficial del amor de Cristo hacia él.

La policía reportó el incidente tanto a su empleador como a las residencias donde ella vivía. Su primer roce con el sistema judicial ocurrió en abril de ese año, cuando algunos individuos, llamados “Camaradas de la Corte”, conocieron la evidencia que había contra ella. Aída se sentó en un banquillo frente a los “Camaradas” que decidirían su destino.

Llevaron “acusadores” escogidos entre la gente de la comunidad local para hablar contra ella. Un hombre aparentemente temblando de ira gritaba:

“No quiero respirar el mismo aire que ella respira, no quiero caminar por donde camina”.

Otros testigos afirmaban que Víctor había muerto porque la iglesia bautista no le permitió buscar atención médica (acusación bastante extraña, pensó Aída, siendo que Víctor murió en un hospital). Las afirmaciones de su acusador también la sorprendieron de otras maneras. ¿La acusación no era por distribuir tarjetas cristianas? ¿Qué tenía ésto que ver con su hermano? Aída procuró seguir hablando en su defensa y aún la viuda de Víctor intentó hablar, pero los iracundos asistentes a la sala las hicieron callar. Hacia el final de la audiencia de ese día, el público asistente demandó que enviaran su caso a una corte de mayor jerarquía en donde le aplicarían una pena mayor.

“¡A la Corte del Pueblo! ¡A la Corte del Pueblo!” –gritaban.

Aída se preguntaba cómo fue que unas pocas y sencillas tarjetas postales engendraron tal odio entre la turba.

Los tres oficiales, Camaradas de la Corte, anularon su permiso de residencia en Leningrado y la expulsaron de su empleo. Después de la declaración de los testigos, los espectadores del juicio pensaron que la sentencia no había sido suficientemente severa. Rodearon a la chica haciendo un alboroto y demandando una pena más rígida. Los guardias tuvieron que escoltarla por para que pudiera salir por la puerta posterior del edificio.

La decisión de la corte no fue ejecutada durante varios meses para darle a la policía más tiempo para vigilar y coleccionar pruebas suficientes contra la joven cristiana; no pruebas de actividades criminales sino de su trabajo cristiano. Aída continuó viviendo en Leningrado, trabajando en diferentes lugares donde le era posible. Su vida se había hecho más difícil, pero todas esas dificultades eran sólo el comienzo de lo que vendría después.

"Ustedes se niegan a acatar nuestras leyes"

El juicio y el interrogatorio siguieron su curso. El juez y el fiscal continuaron fustigando a la acusada por sus contactos en el exterior, y por cada ápice de información que había intercambiado con ellas.

El día siguiente ahondaron en el tema de las publicaciones cristianas que había distribuido. El juez tomó una de las revistas de entre el montón de pruebas acumuladas y la hojeó lentamente buscando los párrafos que había marcado con anterioridad. Al encontrar lo que según él eran las secciones que más incriminaban a la acusada, comenzó a leer en voz alta línea tras línea. Al final de cada frase dirigía su mirada Aída como retándola a explicar o probar el contenido del texto.

El juez hizo preguntas acerca de las diferentes denominaciones cristianas y señaló que algunas realizaban sus reuniones sin sufrir persecución.

"No sé de la persecución a creyentes de otras denominaciones

–replicó acusada con cierto fastidio–. Yo escribo acerca de la persecución a los creyentes de la iglesia cristiana evangélica bautista".

El fiscal protestó que cualquier persona fuera del país que leyera dicha literatura sería inducida a pensar que todos los cristianos en la Unión Soviética sufrían persecución. Retomó la palabra después del juez y continuó leyendo las revistas y fustigandola Aída por cada frase que en ellas encontraba objetable. Señaló un comentario en una de las revistas el cual afirmaba que los niños cristianos sufrían persecución en el sistema de las escuelas soviéticas. Refutó esa acusación afirmando que "las escuelas lo único que están haciendo es tratando de reparar el daño hecho por padres fanáticos que envenenan a sus hijos con supersticiones estúpidas".

“La ley prohíbe la imposición de creencias religiosas a los menores de edad” –dijo, levantando la vista para asegurarse que el juez la estuviera escuchando atentamente.

“Pero la ley no prohíbe la imposición del ateísmo” –replicó la acusada.

“El ateísmo no es una religión. El niño crece y cuando ya es mayor debe definir por sí mismo su actitud hacia las diversas creencias. El ateísmo no es una imposición”.

“Entonces, ¿qué le dice una a un niño? –preguntó Aída mirando al juez y al fiscal-. ¿Que a uno le prohíben, por ley, decir que Dios existe, pero que le permiten decir que no hay Dios?”

Nadie respondió; el juez cambió de tema sabiendo que no tenía respuesta, le exigió a la acusada que “no se desviara del punto principal de la acusación”.

El fiscal continuó leyendo más comentarios en otra de las revistas.

“¿Sabe usted que una comunidad religiosa se tiene que registrar?” –le preguntó a la acusada.

“Sí, lo sé”.

Y también sabía que al hacerlo una iglesia se ponía bajo el control del gobierno comunista; uno que niega la existencia misma del Dios a quien ésta sirve.

“Su comunidad no se ha registrado, por lo tanto tiene prohibido realizar reuniones, sin que esto signifique que haya persecución contra los creyentes en nuestro país” –añadió el fiscal con un tono de maestro impaciente que le lee a un alumno de preescolar.

“Nuestra comunidad solicitó el registro” –replicó con calma-. Hicimos la solicitud, pero nos fue negada”.

“Se les negó porque ustedes se niegan a acatar la ley”.

“¿Cuáles leyes son las que no acatamos?” –preguntó.

“Están solicitando la creación de escuelas dominicales y quieren organizar actividades para niños menores”.

“No recuerdo que nuestra comunidad haya solicitado una escuela dominical, –replicó–. Y de acuerdo con la ley, los padres pueden criar a sus hijos como lo deseen”.

“¡No, no pueden! –interrumpió el fiscal. Está prohibido por la ley involucrar a niños menores en sociedades religiosas; usted se niega a acatar nuestras leyes”.

“De acuerdo con la constitución, tenemos la libertad de creencia religiosa. La definición implica una confesión de fe, –respondió. Ello significa que es posible hablarle a todo el mundo acerca de Dios. Eso es profesar la creencia de uno libremente. ¿No es así?”

Aquí estaba presentando Aida la esencia, la médula de su caso. La constitución soviética decía que las personas eran libres de creer lo que quisieran y de practicar esas creencias. No obstante, los líderes soviéticos temían las creencias cristianas; querían que todos confiaran y dependieran solamente del Partido Comunista. Razonaban que borrando las creencias religiosas la gente creería con mayor entusiasmo.

Tampoco esta vez tuvo el juez una respuesta para la pregunta. De modo que una vez más cambió de tema y preguntó si el contenido de la literatura era cierto, ¿por qué lo entregaba en forma tan secreta?

“Porque quienes nos siguen no les gusta cuando el hecho que sean conocidos como nuestro perseguidores– respondió, pareciendo cada vez más un abogado entrenado en estas lides y no una simple obrera de una factoría–. Sé que en la literatura que le entregué a la señora Jursmar no habían afirmaciones deliberadamente falsas. En el *Heraldo de Salvación* y en “Fraternal Leaflets” (*Hojas de Fraternidad*) se describe la situación de los creyentes tal como es en la realidad. Estoy de acuerdo con usted en que no es muy atractiva, pero es la vida real y tenemos que hablar de ella. Cuando le entregaba esa literatura a la señora Jursmar, yo era cons-

ciente de que ese acto me podría llevar a la cárcel, Y lo comprendía, pero eso no cambia la verdad que la literatura expresa”.

El fiscal revisó sus notas y se sentó. Finalmente el interrogatorio directo terminó. Pero no el juicio. Ahora venían los testigos. Primero pasaron a testificar sus vecinos Anatoli y Ala Lavrenteva. Tanto el juez como el fiscal los asediaron a base de preguntas:

“¿Había hablado Aída de su fe? ¿Les entregó alguna literatura? ¿Tenía un receptor de televisión o de radio? ¿Vivía de acuerdo con sus ingresos? ¿Cómo se vestía? ¿Qué cocinaba?”

Ni Anatoli ni Alla testificarían que Aída era una criminal.

“¿Aida mantenía buenas relaciones con todo el mundo –dijo Anatoli–. De ella sólo se puede decir cosas buenas”.

Llamaron a otro vecino para testificar y le hicieron más preguntas respecto a la forma de vestir de la acusada, de su comportamiento y de su empleo.

Finalmente llamaron a una compañera creyente, Marya Akimovna Skurlova, al estrado de los testigos. Esta amiga conocía a Aida desde hacía cinco años. Las dos habían adorado y orado juntas, y cuando Aida salió de prisión, después de un año de reclusión, Marya le proporcionó un lugar donde vivir.

Ahora Marya admitió haber ayudado a la acusada.

“¿Dice usted que Aida fue despedida de su empleo porque es cristiana? –preguntó el juez– Entonces, ¿por qué no la han despedido a usted? De seguro porque usted trabaja”.

“Porque no me ha llegado mi turno” –respondió la mujer con sencillez.

En su testimonio admitió también que al apartamento que compartía con Aida llegaron algunos extranjeros, pero que no sabía qué les había dado ella, si es que les había dado algo.

Aída preguntó a su amiga acerca de la persecución a los creyentes cristianos y ella respondió citando los nombres de quienes habían sido interrogados o habían sufrido el registro de sus casas por parte de la policía, y de quienes fueron arrestados.

“Sé que a algunos los multaron –dijo Marya. Sukovitsyn, por ejemplo, fue multado...”

“¿Por qué lo multaron?” –interrumpió el fiscal.

“Porque estaba orando”.

“¿En dónde estaba orando?”

“Estaba dirigiendo la oración en el apartamento de Lucas. Había una reunión allí”.

“¡Eso es! –dijo el fiscal casi con un grito de triunfo. Estaban celebrando una reunión en un lugar no autorizado. Ustedes tienen una casa de oración. ¡Vayan allá y oren!”

Posteriormente, el fiscal interrumpió de nuevo cuando Marya estaba testificando que la habían multado por asistir a una reunión cristiana.

“¿Dónde se llevó a cabo la reunión?” –interrogó.

“En el bosque”.

“Está prohibido celebrar un culto religioso en un lugar público. Por eso fue multada” –dijo moviendo su cabeza y mirando al juez con una sonrisa de satisfacción.

“No había nadie más en el bosque; estábamos solos. Celebramos nuestra reunión y nos fuimos, pero después detuvieron a alguien en la plataforma cuando ya nos habíamos ido a casa”.

Marya mencionó otros casos en que la policía molestó y estorbó a los cristianos. Luego pusieron fin a su testimonio.

La testigo final en el caso fue Yekaterina Andreyevna Boiko, amiga de Aída y compañera creyente. Ella la identificó como su amiga y testificó que era “buena y amable”.

Yekaterina declaró que la policía fue a su apartamento y preguntó por ella. Los agentes manifestaron con vehemencia que Aida era una espía y la urgieron a ella y a los demás vecinos que informaran a la policía si la veían en el edificio.

Su testimonio fue abiertamente hostil a la fiscalía. A veces sus respuestas fueron de una sola palabra, otras veces se sentaba silenciosa sin haber respondido las preguntas.

“¿Qué sabía usted de la visita de la turista sueca a la acusada Skripnikova” –interrogó el fiscal.

“No sabía nada al respecto. Vine a saber al día siguiente cuando la policía preguntó por Aida. Un agente dijo que a una extranjera le habían decomisado cierta literatura y que fue ella quien se la suministró”.

El fiscal le preguntó por su nivel de educación, el cual terminó al llegar al décimo grado.

“¿Por qué no siguió estudiando?”

“Quería estudiar en la facultad de medicina –respondió Yekaterina–, pero en mi hoja de vida anotaron que era creyente y miembro de los bautistas independientes, de modo que no pude ingresar. Me hubiesen expulsado de todos modos”.

“¿Y ni siquiera trató? –Un cierto gesto de mofa manchó la sonrisa del fiscal mientras hacía la pregunta.

“Sabía por la experiencia de otras personas que de cualquier manera me impedirían estudiar allí”.

Cuando le llegó el turno a Aída para interrogar a la testigo, miró a su amiga. Comenzó con preguntas generales y luego se enfocó en el tratamiento que el Estado Soviético daba a los creyentes cristianos. Le preguntó por determinados creyentes a quienes la policía había multado, y Yekaterina los enumeró suministrando detalles sobre cada caso.

“¿Por qué celebran reuniones de oración en el bosque? – interrumpió el juez. Ustedes tienen una casa para reuniones en Poklonnaya Hill. ¿Por qué no van allá? Su comunidad no está registrada. Ustedes están realizando reuniones de oración en un lugar no autorizado, perturbando así el orden público. Por eso es que los multan”.

“Nosotros solicitamos el registro. Nuestra reunión en el bosque no perturba a nadie en Lavriki.

El fiscal le preguntó si se consideraba a sí misma una ciudadana leal obligada a obedecer las leyes de su país.

“Obedezco la ley” –insistió Yekaterina.

“Ustedes se están reuniendo en el bosque y en el hogar de Lucas, y su comunidad no está registrada. De modo que *no* están obedeciendo la ley” –insistió el fiscal.

“Las reuniones de oración en su apartamento no van contra la ley”. Aquí estaba citando con toda confianza a Lenin quien afirmó que las leyes contra las creencias son “vergonzosas”.

Como no deseaba discutir contra una afirmación de uno de los fundadores del comunismo, el fiscal abruptamente relevó a la testigo.

El punto crítico

Aida había procurado practicar su fe cristiana dentro de los límites de las leyes soviéticas. Durante sus primeros meses como creyente asistió regularmente a la casa iglesia que estaba registrada y aprobada por el gobierno soviético. Se sentía feliz y complacida de adorar allí con sus compañeros creyentes, sin estar consciente de las políticas al interior de la misma.

A medida que continuó ministrando y adorando, las restricciones comenzaron a volverse contra ella. Se comprometió en un estudio bíblico con los jóvenes de las reuniones, pero le advirtieron que no dejara que los líderes de la iglesia se enteraran de ello. Las leyes comunistas prohibían

“inculcar supersticiones” a menores de dieciocho años de edad; a los líderes de la iglesia registrada parecía preocuparles más la ley comunista que las almas de los perdidos.

Aida recordó entonces la casa iglesia a donde había asistido con su madre. Recordaba cómo se sentía la presencia de Dios allí y el hecho que los niños y los jóvenes eran bienvenidos a las reuniones y entrenados en los caminos de Dios. No le parecía correcto que a los jóvenes se les impidiera escuchar el evangelio, tampoco estaba de acuerdo cómo enseñaban las Sagradas Escrituras.

El punto esencial emergió cuando Aida comenzó a trabajar a favor de los cristianos que estaban encarcelados por su fe. En un comienzo, su visión era compartir la información y desarrollar una cadena de oración y de apoyo para ellos. Los líderes de las iglesias registradas tenían las listas de quienes estaban en prisión, pero las trataban como secretos de estado, no como información que otros cristianos necesitaban conocer.

Para Aida esta era *exactamente* la información que debían conocer *otras* personas. ¿Cómo podían los cristianos dentro de la Unión Soviética y en el resto del mundo, orar y dar apoyo a estos hermanos y hermanas en Cristo que estaban en prisión, si ni siquiera tenían noticias de sus sufrimientos?

Aida trabajó para que se corriera la voz, esfuerzo que la puso en conflicto con los líderes de las iglesias registradas.

“En pocas palabras, el asunto crítico era que las autoridades trataban de mantener controlada a la iglesia desde adentro, utilizando a sus propios ministros —declaró después—. Querían introducir prohibiciones que suprimieran la vida espiritual de la iglesia, para la década del 60 tuvieron bastante éxito en ese aspecto”.

La posición de los líderes se oponía directamente a sus esfuerzos de difundir información acerca de los creyentes encarcelados. De modo que tuvo que hacer frente a una disyuntiva: permanecer en la iglesia registrada y trabajar

por protegerse a sí misma, o unirse a la iglesia clandestina y luchar para proteger a sus hermanos y hermanas en prisión. La influencia de la iglesia registrada era real. Después de todo, era el grupo al cual su hermano había pertenecido antes de su muerte y tenía muchos amigos allí.

Pero Aída rehusó escoger la pasividad. Se negó claramente a seguir los líderes que estaban más preocupados por tener la aprobación del gobierno que por sus hermanos cristianos prisioneros. De modo que arrojó todo el peso de su personalidad y de su duro trabajo dentro de la iglesia clandestina, conociendo el precio que posiblemente pagaría por su decisión.

El 4 de junio de 1962 apareció un artículo en *Smena*, un periódico que servía como vocero del gobierno soviético. El artículo cuyo título era "No sea un cadáver entre los vivos", buscaba desacreditar a los creyentes en general, y a la iglesia clandestina en particular. La política del gobierno decía que no hay Dios, y el articulista se mofaba y ridiculizaba a quienes seguían a un imaginario Mesías.

Cuando Aída lo leyó, comenzó a redactar una réplica, una defensa de su fe y de todos los que la profesaban. La remitió a *Smena*, pero desde luego no se la publicaron. El asunto habría terminado ahí, pero ella mostró el artículo y la respuesta que había escrito a sus compañeros creyentes. Éstos, impresionados, le pidieron una copia. Entonces algunos cristianos vinieron desde Ucrania a visitarla y también le pidieron copias para llevar a sus hogares. Pronto se estaban imprimiendo centenares de copias que se entregaban personalmente entre los creyentes de toda la Unión soviética. Los miembros de la iglesia clandestina se sentían alarmados al leer un ataque a su fe, pero luego se animaban al leer la atrevida y bien articulada respuesta de una de sus compañeras creyentes. Aída pasó ahora a estar en la vanguardia de la *zamizdat*, una nueva práctica de auto publicación y comunicación. Los funcionarios del gobierno sencillamente no podían vigilar todos los mimeógrafos, todas las fotocopadoras y las imprentas que habían en el país.

Por causa de sus escritos, el nombre de Aida Skripnikova llegó a ser conocido por millares de creyentes que jamás había visto, también se hizo bien popular en otras esferas: entre los jefes de la policía secreta.

Los elementos de fondo

Otros testigos estaban programados también para declarar en el juicio de Aida pero finalmente no aparecieron. Sin embargo el juez dictaminó que de todas maneras el juicio continuaría.

Un tanto frustrada, se quejó que la corte había empleado más tiempo inquiriendo sobre lo que hacía en el hogar, sobre su forma de vestir e incluso de cocinar, que en considerar los asuntos esenciales de su caso.

“Le pido a la corte que ponga más atención a los elementos de fondo del caso” –dijo–. Por ejemplo, me gustaría explicar por qué no está registrada nuestra comunidad. Para empezar, díganme, por favor, ¿cuáles son las leyes que hemos quebrantado y que han motivado la negativa de nuestro registro?”

“Acusada –replicó el juez con displicencia–, es la corte la que la interroga a *usted*, no usted a la corte”.

Al ver la actitud rencillosa del juez, el fiscal agregó:

“No entiendo qué es lo que pide la acusada”.

Aida dio un profundo respiro y tras una pausa volvió a la carga:

“Lo que estoy pidiendo es que la corte preste más atención a las preguntas esenciales de la acusación, y que los asuntos secundarios no oscurezcan los aspectos vitales del caso que tiene a su consideración. Esa es mi primera petición. La segunda es que la corte determine la fecha exacta en que fue confiscado mi permiso de residencia».

El juez preguntó por qué era tan importante esa información. Aída le explicó que el juicio había revelado que la poli-

cía recabó información para utilizar como pruebas contra ella mucho antes que su permiso hubiera expirado.

“Si me están juzgando por un permiso de residencia expirado y no por causa de mis actividades cristianas, ¿entonces por qué me estaban investigando *antes de que mi permiso de residencia expirara?*” –preguntó.

“Puedo decirles por qué iniciaron un proceso contra mí –continuó diciendo Aida–. En la casa de oración abordé en dos ocasiones a extranjeros y les pedí que me suministraran una Biblia. Estas dos peticiones llegaron a conocimiento de las autoridades”.

“El asunto este del permiso de residencia no tiene nada que ver con el caso –dijo el juez–. El cargo contra usted es haber difundido de manera deliberada afirmaciones falsas y calumniosas contra el estado soviético y contra el orden social”.

“Pero el asunto de mi empleo y del permiso de residencia ha recibido mucha atención durante los procedimientos judiciales” –volvió a fustigar Aida.

“Estos asuntos interesan a la corte no porque sean el motivo de la acusación, sino porque ésta desea hacer una valoración de su personalidad. Quizá le parezca extraño a usted por qué se inquiera incluso sobre su carácter. Este tribunal tiene que saber qué tipo de persona es al dictar una sentencia la corte tiene en cuenta la personalidad del acusado”

Ella replicó que si la corte deseaba realmente conocer su carácter, se hacía más importante conocer los verdaderos hechos de su historia. Su última petición al juez fue que llamara a declarar al último testigo: la señora Jursmar, la sueca, a quien ella le había entregado la literatura.

“La agenda de esta dama ha sido utilizada como una prueba contra mí –razonó–, pero para comprenderla con exactitud debemos tenerla aquí para que ella misma explique sus notas.

El juez fingió que consideraba su petición pidiéndole al fiscal su opinión, pero luego dictaminó:

“Después de consultarla, la corte ha decidido denegar la petición de la acusada”

Hubo unas cuantas preguntas finales y luego se dieron por finalizadas las diligencias de ese día. Tan sólo quedaban pendientes los alegatos finales. Para el fiscal sería una oportunidad para defender el sistema soviético, para explicar que en efecto los cristianos tenían libertad de creencia si estaban dispuestos a guiarse por la ley.

Para Aida sería su última oportunidad de hablar en su propio nombre y en el de otros hermanos y hermanas de la iglesia. Sentía sobré si el peso de la tarea y conocía el riesgo de ser encarcelada de nuevo, pero a la vez sentía la fortaleza que su Padre celestial le daba.

Un intento de re-educación

Que la enviaran a prisión no era una amenaza liviana para ella, ya había estado allí antes. Después que los Camaradas de la Corte anularon su permiso de residencia en Leningrado, en 1963, estuvo algún tiempo visitando a su hermana en Ucrania en donde la impresión la tenacidad y audacia de los creyentes. Regresó a Leningrado con una renovada determinación. La policía la buscaba pero entró a la ciudad y se ingenió la manera de evitar la captura. Sin el permiso de residencia podían arrestarla en cualquier momento, sin embargo continuó su trabajo cristiano.

Aida y sus amigos continuaron reuniéndose en el bosque, fuera de la ciudad, para evitar que los detuvieran. Pero fue precisamente allí, en la floresta, donde ocurrió su primer arresto formal en 1965. Tenía entonces veinticinco años de edad.

“La policía llegó y empezó a cazarnos como a animales” – declaró un testigo posteriormente–. Nos empujaban y nos agarraban por el cabello. Detuvieron a varias personas;

algunas las multaron y a otras las encarcelaron por dos semanas”.

Aída fue una de las arrestadas. La policía puso en marcha un juicio contra ella, que no tenía nada que ver con religión. Aunque la arrestaron fuera de los límites de la ciudad, la acusaron de no tener un permiso apropiado de residencia en Leningrado.

Durante el juicio que se realizó en un pequeño recinto en el edificio judicial Rayón, no se le permitieron siquiera hablar. Fue obvio que el juicio era sólo una fachada, un intento por mostrar justicia donde realmente no existía. Cuando todo terminó, la sentencia para Aída fue de un año de prisión.

No se sintió sorprendida por el veredicto. Había tenido amistad permanente con creyentes que estuvieron en prisión; —muchos estaban dispuestos a volver allí si— eso los conducía seguir a Cristo. Ahora era su turno.

El objetivo del sistema carcelario soviético era reeducar a los reclusos. “Esta pobre gente se ha descarriado —afirmaban los funcionarios judiciales—; se les debe mostrar y convencer de la veracidad y el poder del sistema soviético: la gloria de la madre patria.”

Además de las monótonas sesiones de reeducación, a Aída la obligaron a pasar muchas noches frías en un duro y húmedo piso de cemento. Nunca había suficiente comida y la que había, a veces no era apropiada ni para animales. Durante su encarcelamiento la llevaron a una clínica psiquiátrica. Después de treinta días de “evaluación”; los médicos dijeron que estaba normal y la regresaron a su celda. A los meses pasados bajo el cruel sistema carcelario comunista, se añadían los años de temor debido a los fanáticos jóvenes.

Ella no asimiló la reeducación soviética. En vez de debilitar su fe en Cristo, la experiencia la fortaleció: en vez de hacer que cesara de difundir la Palabra de Dios, salió de prisión con un mayor deseo de compartir y comunicar la verdad de

Jesús. Allí pudo conocer bien cuál era el precio de hacerlo y jamás vaciló en su determinación.

“El estado no interfiere”

Ahora había llegado el momento para los alegatos finales en el segundo juicio para Aida. Las conclusiones finales del fiscal vinieron primero y el funcionario decidió comenzar con un recuento parcial de la historia de la iglesia en Rusia.

“Después de la gran Revolución Socialista de octubre en nuestro país, la iglesia y el estado se separaron y los creyentes de todas las religiones adquirieron el derecho a la libertad de creencia” —empezó afirmando con orgullo—. Pero luego continuó acusando a los cristianos evangélicos y a los bautistas y el concilio de iglesias de alentar a los creyentes a no someterse a las leyes del estado.

“Las comunidades que el concilio de iglesias apoya no están registradas —continuó el fiscal—. Sus reuniones ilegales las celebran en casas particulares y en lugares públicos. Algunos creyentes han sido convictos de quebrantar las leyes sobre cultos y el concilio de iglesias presenta esto como persecución a la fe. Durante siete años ha mantenido esta lucha titánica contra las autoridades”.

De la historia de la iglesia y la situación general de los creyentes, el fiscal pasó finalmente a los detalles específicos del caso de Aída.

“La acusada Skripnikova tenía nexos con personas de todo el país, pero su tarea principal era establecer contactos en el exterior. Después de ver su trabajo debemos decir que lo hizo bastante bien” —agregó con malicia.

Luego su tono se hizo más arrogante:

“El comienzo de la vida de Aída fue desafortunado, pues nació en una familia de bautistas. Desde luego es una lástima que tengamos que descartar a una persona, pero he-

mos hablado bastante con ella y le hemos hecho ver claramente el carácter antisocial de sus acciones”.

El tono de su voz fue aumentando a medida que hilaba sus comentarios finales citando apartes de algunas de las publicaciones que encontraron en la vivienda de la acusada.

“Uno de los artículos cita las palabras de un hombre llamado Kryuchokov, en su testimonio en el juicio de Moscú: esos hermanos que están en las cárceles y en los campos de reclusión no están sufriendo por haber quebrantado las leyes soviéticas; están sufriendo porque han permanecido fieles al Señor”

El fiscal movió su cabeza aparentando cierta solemnidad:

“Todo esto es una declaración falsa que calumnia deliberadamente al estado soviético y al orden social. En la Unión Soviética existen varias religiones, aquí se establecen iglesias y *nadie* es perseguido por su fe. El estado *no interfiere* en las actividades de las organizaciones religiosas si no violan la legislación sobre cultos. La culpabilidad de la acusada Skripnikova de difundir sistemáticamente falsas acusaciones que calumnian el estado soviético *está plenamente demostrada*. Estas acciones están penalizadas por el Artículo 190/1 del Código Penal. Por lo tanto solicito de esta corte una sentencia para la acusada Aida Skripnikova de dos años y medio de prisión”.

Con esta petición se sentó mostrando una presumida y confiada sonrisa de satisfacción en su rostro.

“Para los cristianos sólo existe un curso de acción”

El juez se volvió hacia ella indicándole que era su turno de presentar el último alegato en su defensa.

“Tenía la intención de hablar sobre la esencia de los cargos en mi contra —empezó diciendo con voz clara y calma—, pero aquí se han tocado otros asuntos. Tengo que referirme a ellos también, aunque, como ya se ha dicho antes, no tengan relación con este caso”.

Empezó refutando algunos de los asuntos menores que el fiscal había mencionado; —iban desde una carta que ella escribió al diario *Pravda* en 1958, hasta su trabajo en un laboratorio de construcción posteriormente. Luego siguió tratando los asuntos más sustantivos.

“Cuando afirmo que fui despedida de mi trabajo por causa de mi fe religiosa, se me dice: ‘Esa es una afirmación deliberadamente falsa’—, pero miren lo que ocurrió: después de que fui liberada de prisión, encontré trabajo en una imprenta. Una semana después de haber empezado mi trabajo, asistí a una reunión de oración cuando llegó la policía y tomó nota de mi nombre junto con el de otras personas. Sabía que ellos reportarían mi nombre a la planta” —agregó.

Todos en la imprenta se sintieron alarmados cuando supieron que era cristiana, comenzaron a decirme desde un comienzo que si no— cambiaba mis puntos de vista sería despedida. Ellos no me ocultaron este hecho, me lo dijeron con toda franqueza: ‘La imprenta es una institución política. No todo el mundo puede trabajar aquí’. Me dijeron eso a pesar de que esa imprenta en particular estaba bajo la administración de los ferrocarriles y nada secreto se imprimía allí, sólo papelería de la misma empresa: tiquetes y horarios de los trenes. No sé qué había allí que no pudieran confiarme a mí —continuó diciendo Aida.

“Las cosas siguieron así durante tres semanas. Luego me citaron a la oficina del administrador donde me dijeron que estaba despedida. Por supuesto no me dijeron que me despedían por causa de mi fe, porque no existe tal ley que permita que a la gente la despidan de su trabajo por sus creencias religiosas. De modo que utilizaron como pretexto una reducción de personal. Cuando fui al taller y dije que me habían despedido como parte de un recorte de personal, los operarios casi no podían creerlo. Una de las máquinas estaba inactiva porque no había quién la operara.

El administrador me dijo:

‘No podemos emplearla porque su permiso es válido sólo fuera de la ciudad’, como si ellos no hubieran visto previamente que mi permiso de residencia no era para la ciudad; como si el mismo administrador no hubiera chequeado previamente mis documentos”.

Aída le dijo a la corte que cuando la policía empezó a hacer preguntas, supo que no pasaría mucho tiempo antes de que la arrestaran otra vez.

“Sólo habían pasado seis meses desde mi liberación y quería hacer algo útil antes de volver a prisión. Tenía trabajo que debía terminar”.

Respiró profundamente. La discusión de su caso era extenuante. Demandaba una concentración mental, emocional y espiritual que era difícil mantener por largos periodos. Le pidió al juez un receso de diez minutos a lo cual éste accedió.

Cuando se reinició el juicio, centró sus comentarios específicamente en el caso contra ella.

“La difusión de una publicación no es en sí misma un delito, y si la fiscalía no encontró declaraciones deliberadamente falsas en las revistas “Heraldo de Salvación” y “Hojas de Fraternidad” no tiene bases para llevarme a juicio. Por lo tanto tengo que hablar acerca del contenido de esta literatura”.

Luego habló acerca de una reunión de creyentes con líderes cristianos de la cual se comentó en las publicaciones que ella distribuyó.

“La ley de 1929 establece que los creyentes tienen el derecho de organizar congresos –hizo notar Aída-. Pero en vez de otorgar los permisos, las autoridades comenzaron a perseguir a quienes habían promovido el congreso”

“Luego el investigador del fiscal notó diecisiete frases “sediciosas” que, según él, había encontrado en la literatura. Según el investigador, estas frases contenían declaraciones deliberadamente falsas, calumniando al estado soviético y el orden social”.

Aída se dio vuelta y se dirigió al juez directamente:

“Durante su testimonio la señorita Boiko comenzó a citar una declaración de Lenin. Voy a completar su cita: ‘Solamente en Rusia y Turquía existían leyes vergonzosas todavía vigentes contra la gente religiosa. Estas leyes prohibían directamente, o la profesión abierta de la fe, o su propagación. Estas leyes son lo más injusto, vergonzoso y opresivo’. Ahora debo llamar la atención de la corte sobre la palabra *propagación*. El mismo Lenin calificó la prohibición de la *propagación* de la fe como injusta y vergonzosa”.

Tomó aire nuevamente y continuó:

“Ahora le contaré cómo fui arrestada. El 11 de abril fui a una reunión de oración y me di cuenta que me estaban siguiendo, pero no le di al asunto mayor importancia. Sin embargo, al día siguiente la policía llegó a mi apartamento y me arrestó. También han adelantado investigaciones en los hogares de otros creyentes. Tan sólo en relación con mi caso hubo once investigaciones: tres en Leningrado, cuatro en Perm, tres en Kirovograd, y una en la casa de mi hermana, en Magnitogorsk. Una puede entender, más o menos, la investigación en mi apartamento y en el de mi hermana, pero, ¿por qué hacer investigaciones en los hogares de otros creyentes? Las hicieron sólo porque encontraron sus direcciones en mi directorio, además en ninguno de estos lugares encontraron algo relacionado con mi caso.

Luego enfocó su argumentación en la pregunta, “¿por qué nos están procesando?” “Nosotros decimos que nos están procesando por causa de nuestra fe, pero nos dicen: ‘Esa es una afirmación deliberadamente falsa; están siendo procesados por infringir la ley soviética’. Soy miembro de una comunidad no registrada, la cual solicitó su registro –todas nuestras comunidades han enviado las solicitudes de registro, adjuntando con ellas nuestros estatutos– y cuando lo hacemos se nos niega: ‘Ustedes no pueden hacer esto o aquello, porque es contrario a la ley’. En cambio, nos dicen:

‘Firmen un compromiso que no infringirán la ley’. Ese no es el procedimiento correcto de registro”.

Aída notó que el juez se estaba poniendo incómodo, de modo que apuró su argumentación.

“Los creyentes *no pueden* firmar una promesa de cumplir con una ley que les prohíbe hablar de Dios, y que prohíbe a los padres criar a sus hijos en la fe. Con toda su lealtad a las autoridades, ningún padre cristiano aceptará una ley que le ordene criar a sus hijos como ateos. Afrontarán cualquier sufrimiento que usted quiera –preferirán sentarse en el banquillo de los acusados– antes que prometer que obedecerán tal ley”.

Cristo dijo que nosotros estamos para predicar el evangelio a toda criatura –continuó diciendo Aída– y los creyentes no pueden someterse a una ley que les prohíbe hablar de Dios y de la salvación. *¡Ni un solo creyente hará tal cosa!* Aunque no sea un misionero o un predicador, aún si es incapaz de predicar un sermón, sin que esto importe para nada, no se someterá a una ley así, porque aún una persona incapaz de predicar un sermón tendrá oportunidad a veces de contarle a alguien de la salvación de Dios. Por esa razón los creyentes no prometen cumplir con dicha ley”.

“Lo voy a repetir una vez más: los creyentes no pueden obedecer una ley que los obliga a negar el evangelio. Por eso cuando se nos juzga por quebrantar tales leyes, tenemos suficiente razón para decir que somos juzgados por nuestra fe”.

“Sé que “El Heraldo de Salvación” y “Hojas de Fraternidad” no contienen declaraciones deliberadamente falsas. Pero al mismo tiempo sé lo que significa enviarlas al exterior. Sabía que ese acto podía llevarme al banquillo de los acusados. Nunca le pediría a nadie que envíe un ejemplar de “El Heraldo de Salvación” al exterior. Sé lo riesgoso que es, por eso lo hago yo misma”

Hizo una pausa reuniendo fuerzas para la última parte de su defensa; las apasionadas ideas finales que deseaba dejar con quienes decidirían su sentencia.

“En un tiempo la gente era consciente de que prohibir la propagación de una creencia religiosa era injusto; ahora no lo entiende así. Ahora dicen: ‘Crea usted, y ore, pero no se atreva a hablarle de Dios a alguien’. Pero silenciar por la fuerza a un adversario ideológico no es una victoria ideológica. A esto siempre se le ha llamado barbarismo”.

El juez la interrumpió frustrado porque esta criminal estaba predicando un sermón en el recinto de la corte.

“No está aquí para hablar de la iglesia; hable de usted” –le dijo y enfatizó sus palabras señalándola con el dedo.

Aida no se acobardó.

“Para los cristianos sólo existe un curso de acción –dijo-. El creyente no puede ser más que confrontador. Una vez que conoce la verdad tiene que seguirla, defenderla y si es necesario, sufrir por ella. No puedo ser diferente. Amo la libertad y me encantaría estar libre con mi familia y mis amigos. Pero no quiero actuar contra mi conciencia. ¿De qué me sirve la libertad si no puedo llamar a Dios mi Padre? El conocimiento de que mi alma y mis ideas son libres, me anima y me da fuerzas. Eso es todo lo que quería decirles”.

Se sentó. Había presentado su caso y su corazón estaba tranquilo.

Epílogo

Al juez no lo conmovió el espíritu de Aida ni lo convencieron sus argumentos. La sentenció a pasar tres años en una prisión soviética, añadiendo a su pena seis meses más de lo que había solicitado la fiscalía. La sentenciada salió del recinto de la corte en medio de dos robustos guardianes.

Pero tenerla encerrada no logró detener su trabajo. Las transcripciones de su juicio fueron copiadas cuidadosamente sobre veinte pedazos de tela cortados de sus sábanas y otras

Aída: una voz para los que no tienen voz

prendas similares, y enviados clandestinamente fuera de la Unión Soviética. Creyentes de todo el mundo pudieron leer las palabras de "Aída de Leningrado" y oraron por esta fiel hermana.

Aída salió del campo de trabajo forzado el 12 de abril de 1971. Tras su liberación, los funcionarios judiciales le dijeron que "no había aprendido nada" durante el cumplimiento de su pena. Pero en realidad sí aprendió mucho, aunque no exactamente lo que querían sus captores soviéticos. Había adquirido un doctorado en fidelidad a Dios y una mayor comprensión de la profunda alegría y la satisfacción que produce servirle. Se había convertido en miembro activo del grupo que el apóstol Pablo llamó: "los participantes de los padecimientos de Cristo"².

El día de hoy Aída Skripnikova vive en San Petersburgo. Su fe ha sobrevivido al régimen que procuró destruirla. Actualmente para los cristianos como ella es legal reunirse para adorar y predicar. Recientemente su iglesia se reunió para un acto especial: la celebración del aniversario cuarenta del ministerio de la iglesia y para recordar la fidelidad de Dios con sus miembros. Una exposición especial honra a quienes fueron martirizados por causa de su fe.³

Sabina: una testigo del amor de Cristo

Rumania

1945

Los rusos habían expulsado a los Nazis de Rumania y ahora eran ellos quienes estaban dando los pasos para controlar todos los aspectos del gobierno y de la sociedad. Su último esfuerzo fue llamar a una reunión a los clérigos de todas las religiones. Los rusos lo llamaron el “Congreso de los Cultos”.

El propósito declarado fue buscar su apoyo, pero para Sabina la táctica no era más que un intento de lograr el control de los líderes religiosos y convertirlos así en marionetas del estado.

Sabina era pequeña de estatura, casi cuarenta y cinco centímetros más baja que su esposo Richard, pero tenía un inmenso amor por Cristo. Estaba sentada al lado de él en la reunión, y al escuchar a otro pastor prometer públicamente su lealtad a los comunistas que habían invadido su patria, le dio un tirón a su esposo en el brazo:

“¿No vas tú a limpiar esta vergüenza del rostro de Cristo, Richard? –le suplicó–. Tienes que decir algo. ¡Ellos están es-
cupiendo el nombre de Cristo!”

Richard miró en derredor a los delegados congregados dentro del edificio del Parlamento. Era todo un espectáculo. "Plena libertad religiosa" era el lema que proclamaban los comunistas. Abogaban por la coexistencia pacífica entre Dios y el comunismo, o más bien entre Dios y José Stalin, presidente honorario del Congreso.

"¡Qué fácil se puede embaucar al mundo!" –dijo Richard en voz baja.

Richard y Sabina se apretujaban entre los otros cuatro mil obispos, pastores, sacerdotes, rabinos y religiosos musulmanes que llenaban las graderías y el espacio central del gran recinto. Musulmanes y judíos, protestantes y ortodoxos; todas las religiones estaban representadas.

Hubo incluso un servicio religioso en el patriarcado antes que comenzara el congreso. En él los mismos líderes comunistas se acercaron y besaron las imágenes y la mano del patriarca. Luego comenzaron los discursos. Petru Groza, quien era sencillamente un títere de Moscú, explicó que el nuevo gobierno rumano apoyaba plenamente las creencias religiosas, cualesquiera que ellas fueran, y que continuarían pagando a los clérigos tal como se venía haciendo antes. ¡Más aún, se aumentarían sus remuneraciones! Una selva de aplausos saludó esta buena noticia.

Después del discurso de Groza, vinieron las palabras de respuesta de los sacerdotes y los pastores. Uno tras otro dijeron cuánto les alegraba este aprecio por la religión. El estado podía contar con la iglesia si ésta podía contar con el estado. Tan sencillo como eso. Un obispo anotó que vertientes de todos los colores políticos se habían unido a la iglesia a través de su historia; ahora el rojo también entraba, por lo que se sentía muy feliz. Todos estaban felices; se difundía al mundo a través de la radio, directamente desde el recinto del parlamento.

"Está bien – dijo Richard–, puedo ir y hablar. Pero si lo hago, te quedarás sin esposo".

Sabina sabía que él tenía razón y que los otros líderes religiosos estaban hablando motivados por el temor y la preocupación por sus familias, por sus empleos y salarios. Pero también reconocía que alguien debería tener el coraje de desenmascarar a los comunistas en vez de llenar el recinto con lisonjas y mentiras. Miró a su esposo directamente a los ojos y replicó;

“No necesito a un cobarde por esposo”.

Richard asintió en silencio con un movimiento de cabeza. Escribió unas palabras en una tarjeta y la envió al frente indicando que deseaba hablar. Los comunistas estaban encantados. El pastor Richard Wurmbrand, un ministro luterano bien conocido en todo el país, un funcionario representante del concilio Mundial de Iglesias deseaba dirigirse a la asamblea. ¡De veras estaban haciendo progresos!

Tiempo para la verdad y el coraje

Un tenso silencio se hizo en el recinto mientras Richard andaba el trayecto que lo separaba de la plataforma. Mientras oraba fervientemente por su esposo, Sabina se preguntaba qué estaría pensando la concurrencia.

“Gracias por este privilegio de unirme a ustedes y de hablar libremente” –comenzó diciendo el pastor–. Cuando los hijos de Dios se reúnen, los ángeles también lo hacen para escuchar la sabiduría de Dios; de modo que es deber de todo creyente alabar, no a los hombres o líderes terrenales que vienen y pasan, sino a Dios el Creador y a Cristo el Salvador que murió por nosotros en la cruz”.

El ambiente del recinto comenzó a cambiar por completo y el corazón de Sabina se llenó de alegría. Por fin se desviaba la atención de la propaganda comunista para ponerla en Cristo.

“¡Su derecho de hablar terminó!” –gritó intempestivamente Burducca, el ministro de cultos poniéndose en pie de un salto. Ignorándolo, Richard continuó animando a sus compañeros líderes a poner toda su confianza en Dios y a obe-

decerle sólo a Él, no a los hombres. El auditorio comenzó a aplaudir. Sabían que Richard tenía razón, pero fue el único que tuvo la suficiente valentía para decir lo que era necesario.

“¡Corten el micrófono! –gritó Barducca a sus subalternos—. ¡Bajen a este hombre del escenario, ya!”

Cuando la voz de Richard se silenció, la concurrencia comenzó a cantar rítmicamente: ‘*¡Pastorul! ¡Pastorul!*’¹.

La reunión se disolvió en medio de un caos total, lo cual fue una bendición para Richard que se escabulló antes de que alguien lo apresara.

Sabina se sentó en silencio a observar los acontecimientos; estaba orgullosa de su esposo. Orgullosa por su valor para estar firme por Cristo. Pero su orgullo se mezclaba con un sentir de ansiedad al preguntarse por el precio que iría a tener que pagar por hablar en contra de los rusos.

Richard y su esposa siempre habían tenido simpatía por los rusos. A menudo habían discutido la posibilidad de enviar misioneros a predicar el evangelio en Rusia. “Ahora Dios nos ha traído a los rusos aquí” –concluyeron los dos.

Cuando los rusos llegaron a Rumania, en el verano de 1944, lo dos, que para entonces tenían treinta y un años, salieron a saludarlos con flores y tratados bíblicos. En su condición de judíos rumanos, ambos habían sufrido pérdidas inmensurables por causa de los Nazis. Toda la familia de Sabina había sido aniquilada en los campos de concentración y a su esposo ya lo habían arrestado tres veces. Cuando los dos se convirtieron en cristianos, ambos se dedicaron a trabajar entre los perdidos sin importar sus pecados. En 1944 esta convicción los llevó a procurar alcanzar tanto a los Nazis que se escapaban como a los comunistas recién llegados.

Durante la ocupación Nazi, ellos escondieron en su hogar a muchos judíos que escapaban. Luego, cuando fueron los Nazis quienes tuvieron que escapar, también los es-

condieron. Uno de los soldados Nazis le preguntó a Sabina por qué siendo judía escondía a un enemigo. Le respondió que sencillamente no tenía enemigos y que Dios ama a todos los pecadores. Él le dio las gracias junto con la promesa que la encarcelaría si los Nazis recuperaban el poder.

Tiempo de comprar

Durante el verano del 44, los esposos disfrutaron un período temporal de libertad religiosa. El anterior dictador rumano, Ion Antonescu, lo habían llevado a Moscú, luego lo regresaron y lo ejecutaron. Con el cambio de situación, los prelados de la iglesia ortodoxa, que habían ejercido una tiranía sobre judíos y protestantes, perdieron su dominación absoluta.

La mayoría de rumanos llegó a pensar que al fin tenían un gobierno democrático, pero Sabina tenía una opinión diferente.

Después del Congreso de Cultos, las autoridades no tomaron ninguna medida oficial contra Richard, pero pronto empezaron a llegar sistemáticamente los perturbadores comunistas para interrumpir los servicios religiosos que dirigía. Semana tras semana, jóvenes con cara de rufianes entraban a la parte posterior de la iglesia para chiflar, burlarse e interrumpir.

“Debemos de alegrarnos” –dijo el pastor Solheim, quien era pastor decano–. Mejor una audiencia alborotadora que se interesa, que una silenciosa que sólo finge escuchar”.

Luego recibieron la primera advertencia. Sabina estaba trabajando con Richard en la misión de la iglesia, cuando un detective entró dirigiéndose a él:

“El inspector Riosanu –dijo al presentarse–. ¿Usted es Wurmbrand? Entonces es el hombre que odio más en la vida”. Los misioneros lo miraron incrédulos.

“Pero para mostrarles que no hay antipatías –continuó– he venido para darle un consejo. En la sede de la policía secre-

ta hay un grueso archivo sobre usted, lo he visto. Alguien ha estado dando información en contra suya últimamente. Usted ha estado hablando con muchos rusos, ¿no es cierto?”

Riosanu se frotó sus ásperas manos.

“Pero pensé que podríamos llegar a un acuerdo” –agregó.

Por cierta cantidad de dinero él podría destruir el archivo con la información. Sabina se unió a la discusión y juntos convinieron una suma determinada. Metiendo el dinero en el bolsillo, Riosanu dijo:

“Usted ha conseguido una ganga. El nombre del informante es....”

“¡No lo diga! –interrumpió con rapidez Sabina–. ¡No queremos saberlo!”

El inspector miró a la menuda mujer con curiosidad. No querían conocer el nombre de quien había estado llevando información en su contra. Si conocían el nombre de la persona se resentirían contra ella –dijo–, “entonces el pecado sería nuestro”.

A pesar del pago al inspector, los Wurmbbrand sabían que no podían comprar su seguridad. Ésta estaba en las manos de Dios. Pero tal vez habían comprado para sí un poco de tiempo y una oportunidad de ayudar al establecimiento de la iglesia clandestina.

A finales de 1947, los arrestos de cristianos ya ocurrían con más frecuencia y Sabina había perdido muchos amigos que fueron enviados a prisión. Una fría tarde de invierno estaba en su hogar enferma de bronquitis cuando escucho tocar la puerta. Abrió y se sorprendió al ver a Vera Yakovlena, una rusa doctora en medicina a quien conocía sólo un poco. La doctora no había ido a tratar su enfermedad sino a entregarle un mensaje crítico. Su cara reflejaba la tragedia mientras le contaban su historia.

Venía de un pueblo en Ucrania en donde numerosos líderes cristianos y aún laicos, incluyéndose, habían sido

deportados a campos de trabajo forzado en Siberia, de donde pocos regresaban.

“Trabajábamos para talar los bosques, hombres y mujeres juntos

—dijo la doctora—. Teníamos igualdad de derechos: podíamos morir de hambre o congelarnos hasta morir”.

La doctora se inclinó para apoyarse en su brazo, dejando al descubierto una mano llena de grandes llagas y, temblando al recordar, dijo:

“Cada día que pasaba morían personas que se derrumbaban debido al exceso de trabajo y a la intemperie sobre la nieve”.

Un día la descubrieron hablando con otro prisionero acerca de Cristo. Como castigo la obligaron a permanecer sobre el hielo con los pies desnudos durante varias horas. Debido al castigo le fue imposible cumplir con su cuota de trabajo y los guardias la golpearon.

La mayor parte de los otros prisioneros en el campo murieron debido a las condiciones infrahumanas y a las frecuentes sesiones de torturas, pero ella se las arregló para sobrevivir. Ahora había venido donde Sabina, no sólo para hablarle sobre la tragedia, sino también para contarle de la fidelidad de Dios aún en el campo de trabajo forzado. En medio de su aflicción y de su necesidad, Dios les había mostrado su poder.

A Sabina le dolía la cabeza; en vez de reflexionar sobre el milagro, no podía dejar de pensar en la posibilidad que tuviera que enfrentar un sufrimiento similar. *¿Qué significaba todo esto?*—se preguntaba. *¿Por qué habría venido para contarle tales cosas?*

Cuando Vera se levantó para irse, Sabina le suplicó que pasara con ella la noche o que por lo menos esperara hasta que Richard regresara para que también pudiera oír su testimonio y saber lo que le estaba ocurriendo a sus hermanos

y hermanas. Pero Vera ya había franqueado la puerta. Hizo una breve pausa para decir:

“Mi esposo fue arrestado por la policía secreta. Ha estado en prisión durante doce años. Me pregunto si lo volveré a ver alguna vez sobre esta tierra”. Luego salió.

“¡Doce años!

Sabina repitió las palabras con un estremecimiento. ¿Cómo podía alguien soportar tanto tiempo?

Con el aumento de la persecución por parte de los comunistas, se hacía necesario considerar la posibilidad de un escape.

“Todavía no es demasiado tarde, Sabina –comenzó a decir Richard–. Todavía podemos salir. Muchos otros están pagando por un medio de escape”.

Ella no respondió. Sabía que Richard estaba tan poco inclinado a huir como ella. Pero los peligros eran reales. Tenían que pensar en Mijai, su precioso hijo de ocho años, su único hijo.

Richard continuó:

“Antes, cuando fui arrestado por los Nazis, fui liberado tan sólo unas semanas después. Con los comunistas el tiempo en prisión podría ser de años. Y podrían arrestarte, Sabina. Y entonces, ¿qué le pasaría a Mijai?”

Richard había tocado su punto débil. Estaba consciente que si a ambos los arrestaban al mismo tiempo, Mijai no tendría un lugar dónde ir. Podría terminar viviendo en las calles, mendigando comida. Esto era demasiado para una madre. Sabina no respondió.

Finalmente Richard le recordó la advertencia que otro amigo les había hecho:

“¡Escapen por su vida! –les dijo citando las palabras del ángel a Lot–, ¡No miren atrás!”²

La respuesta de Sabina fue otra pregunta:

“¿Escapar por *cuál* vida?”

Entonces fue a su alcoba, trajo su Biblia y leyó en voz alta las palabras de Jesús:

“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”³

Cerrando el Libro raído, le preguntó a su esposo:

“Si te vas ahora, ¿serías capaz de predicar sobre este texto otra vez?”

Por el momento la cuestión de escapar había quedado zanjada, y pocos meses más tarde quedaría igual...

Cesando de existir

La mañana del domingo 29 de febrero de 1948, se dirigía Richard para la iglesia. Al salir, le dijo a su esposa desde la puerta:

“Sabina, nos vemos allá”.

Pero cuando ella llegó a la iglesia, aproximadamente treinta minutos más tarde, encontró al pastor Solheim inquieto en su pequeña oficina:

“Richard no aparece” –le dijo. Él tiene muchas cosas en su cabeza, seguramente recordó algún compromiso urgente antes de venir”.

“Pero él me dijo que nos veríamos aquí después de media hora” –dijo Sabina con un tono de temor en su voz.

“Tal vez encontró a algún amigo que necesitaba ayuda –dijo Solheim-. Él vendrá”.

El pastor Solheim se hizo cargo del servicio. Mientras tanto Sabina telefoneó a varios amigos comprobando que Richard no estaba con ninguno. Sus temores se intensificaron.

Esa tarde Richard tenía programado casar a una joven pareja en la iglesia.

“Ahora no te preocupes –dijo el pastor, procurando animar a Sabina–. Uno nunca sabe lo que puede hacer Richard. Recuerda aquella vez en el campamento de verano que salió a comprar el periódico en la mañana, y a la hora del almuerzo telefoneó para decir que no regresaría para el desayuno”.

Sabina sonrió al recordar el incidente. Richard había recordado algunos asuntos urgentes y pidió a un amigo que lo llevara a Bucarest.

“Tiene razón. Debe haber hecho algo parecido otra vez” –dijo tratando de darse seguridad así misma.

El almuerzo del domingo en el pequeño apartamento de los Wurmbrand era generalmente un momento en que habían muchas personas. No es que hubiera mucha comida, pero los cristianos se reunían allí para hablar y cantar. Para quienes asistían a tales reuniones eso era lo destacado de la semana.

Ahora todos estaban sentados en silencio esperando la llegada de Richard. El pastor Solheim tuvo que realizar la boda de la tarde. Sabina telefoneó a todos los hospitales y fue personalmente a los servicios de urgencias pensando que podría haber tenido un accidente. No pudo encontrarlo. Finalmente se convenció a sí misma de lo que tenía que hacer: ir al Ministerio del Interior. De seguro Richard había sido arrestado.

Entonces comenzaron las horas, las semanas y los años de búsqueda... de ir de oficina en oficina... de tocar puerta tras puerta, para ver cuál de todas se abriría...

Sabina pensó en Vera que había sido separada de su esposo durante los últimos doce años. También en la tortura que había soportado después de hablarle de Cristo a otro prisionero; una falta de la cual Richard seguramente también sería hallado culpable. Recordó que junta a su esposo le habían dado gracias a Dios porque podían ser testigos de Cristo a los invasores soldados rusos... los mismos soldados que ahora lo tenían en cautiverio.

Sabina: una testigo del amor de Cristo

Se había difundido el rumor que habían llevado a Richard a Moscú, tal como les había ocurrido a muchos otros. Pero se negó a creer que su esposo estuviera lejos. Noche tras noche le preparaba la comida y se sentaba frente a la ventana pensando: *“Él vendrá esta noche. Richard no ha hecho nada malo. Pronto será liberado. Los comunistas no pueden ser peores que los Nazis, quienes siempre lo dejaron libre tras una semana o dos”*. Ella consolaba a Mijai cuando lloraba por su padre. Le dijo que Dios estaba cuidando a su papá y a todos ellos. Juntos oraron pidiéndole a Dios que lo tuviera seguro y que lo regresara pronto a casa.

Pero no regresó. La conversación que habían tenido unos meses antes comenzó a perseguirla en sus sueños: *“Antes, cuando fui arrestado... fui liberado tan sólo unas semanas después. Con los comunistas el tiempo en prisión podría ser de años...”*

Había un conflicto en su corazón. Ellos compartieron un amor que había soportado muchos retos, pero esta vez no sabía cómo podrían ella y Mijai seguir viviendo sin él. Después de unas pocas semanas, el pastor Solheim llevó a Sabina donde el embajador suizo, su aliado en el pasado, para pedirle ayuda. El embajador Reuterswärd dijo que hablaría de inmediato con la Ministra de Asuntos Exteriores, Ana Pauker.

La respuesta de la señora Pauker hacía parte de un guión previamente escrito:

“La información que tenemos es que el pastor Wurmbrand huyó del país con una maleta llena de dinero que le había sido confiado para aliviar la hambruna. Dicen que está en Dinamarca”.

El embajador llevó luego el caso de Richard al Primer Ministro Groza. Pero éste repitió las mismas palabras y añadió una cínica promesa:

“¿De modo que se supone que Wurmbrand está en una de nuestras cárceles? Si puede probar tal cosa, ¡lo libero de inmediato!”

Tan seguros de sí mismos estaban los comunistas; tal vez por eso es que se decía entre la gente: "Una vez que alguien cae en las garras de la policía secreta rumana, deja de existir".

Un salvavidas para Richard

Después de varios meses de esfuerzos perdidos, Sabina estaba una noche en la iglesia cuando la llamaron para que atendiera a un extraño que esperaba en la puerta. El hombre tenía una barba de varios días y expelía un penetrante tufo de brandy. Había insistido en hablar con ella únicamente.

"Conozco a su esposo -le dijo a secas. El corazón de Sabina dio un salto. Era la primera vez que escuchaba algo relacionado con Richard.

"Soy un guardia de prisiones y no me pregunte de cuál. Que le vaste saberlo. Soy quien le lleva los alimentos. Me dijo que usted me pagaría bien por un poquito de noticias".

"¿Cuánto? -preguntó Sabina, no muy segura que el hombre en realidad tuviera información. Había oído muchas mentiras.

"Estoy arriesgando mi pellejo, usted lo sabe".

La cantidad que mencionó era inmensa y se negó a rebajarla.

El pastor Solheim estaba tan dudoso como Sabina. De modo que le dijo al guardia:

"Tráigame unas cuantas palabras escritas por él" -y le dio una barra de chocolate de las provisiones que tenían.

"Llévele ésto, y de vuelta tráigame un mensaje con su firma".

El hombre salió y el pastor Solheim se volvió hacia Sabina:

"Eso es todo lo que podemos hacer. No tenemos idea si nos está diciendo la verdad, Además la suma que pide es muy grande".

Sabina: una testigo del amor de Cristo

La mujer era consciente de que el pastor no quería que alimentara sus esperanzas para que luego murieran otra vez.

Pero dos días después regresó. Se quitó su chaqueta, metió su mano profundo entre el bolsillo y le entregó a Sabina la envoltura de la barra de chocolate. La desdobló cuidadosamente y leyó:

“Mi querida esposa, gracias por tu dulzura. Estoy bien. Richard”.

El corazón de Sabina aceleró sus latidos. ¡Estaba vivo! ¡Esta era su letra! Firme y clara. No había posibilidad de error en la tempestuosa esperanza que contenían estas líneas.

“Él está bien” –dijo el guardia–. Algunos no pueden soportar la soledad. No les gusta su propia compañía. –Otra vez olía a brandy–. El les envía cariños”.

Sabina convino en darle dinero si continuaba llevándole mensajes. Al fin el hombre dijo:

“Está bien, pero ustedes saben el riesgo que estoy corriendo. A algunos los han condenado a doce años por hacer esto”.

El hombre accedió a poner en riesgo su libertad por causa de un amor dividido: amaba el dinero y el licor que podía comprar con él. Parecía que también admiraba a Richard, pues y a veces le daba a escondidas raciones de pan extra.

Sabina estaba agradecida por el sacrificio del hombre que continuó llevándole mensajes. Un guardia borracho se había convertido en un salvavidas para Richard. Por ahora tendría que hacerlo.

Castigar a la familia del prisionero

Las leyes comunistas eran duras. La esposa de un prisionero político no podía obtener una tarjeta de racionamiento. Éstas eran sólo para los “trabajadores”. La esposa de un prisionero político tampoco podía trabajar. ¿Por qué

no? Porque no tenía tarjeta de racionamiento, por lo tanto, no existía.

Sabina le suplicó a las autoridades:

“¿Cómo voy a vivir entonces? ¿Cómo puedo alimentar a mi hijo?”

“Ese es problema suyo, no nuestro”.

Sabina se preocupaba por Mijai. Desde el arresto de Richard lo había visto adelgazar por falta de buena comida. Sabía que él todavía sufría por la pérdida de sus “hermanos y hermanas”, los seis niños huérfanos que sus padres habían acogido después de las masacres efectuadas por los Nazis en el este de Rumania.

Pero cuando oyeron que los rusos habían decidido repoblar con refugiados las dos provincias orientales que se habían anexoado, Besarabia y Bucovina, supieron que tarde o temprano les quitarían los niños y los enviarían al este. Otros centenares de huérfanos corrieron la misma suerte. Sabina pensó que si podían enviarlos a Palestina, en donde el nuevo Estado de Israel estaba por nacer, todo iría mejor para ellos. Así pues, un fatídico día, con tristeza, tomó a los niños para reunirlos con un pequeño ejército de refugiados a bordo del vapor turco *Balbul*. Era duro verlos partir, pero enviarlos a Palestina parecía mucho mejor que esperar que un destino desconocido los pusiera bajo la tutela de los rusos.

Pasaron las semanas sin recibir noticias de la llegada del buque. Cada día Sabina estaba más preocupada.

Se puso en marcha una búsqueda internacional empezando en el Mar Negro, hasta el Mediterráneo Oriental. Pero el buque había desaparecido, y poco a poco la esperanza de encontrarlo se fue desvaneciendo. Se llegó a la conclusión que posiblemente el *Balbul* había chocado contra una mina de las usadas en la guerra y se había hundido con todo lo que llevaba a bordo.

El dolor que sintieron fue terrible. Sabina y Richard habían amado a los niños como si fueran sus propios hijos, y Mijai disfrutaba su compañía como hermanos. Cuando Sabina aceptó finalmente la verdad que los huérfanos se habían perdido, no habló de ello con nadie fuera del hogar. Todas sus creencias fueron sometidas a una dura prueba. *¿Cómo pudo Dios permitir esto? ¿Cómo pudo Dios llevarse a mis niños?* –se preguntaba repetidamente.

Desde luego que sabía en su corazón que no podía culpar a Dios por la guerra y por el odio que probablemente eran los que habían provocado el accidental naufragio del buque. Había amado mucho a los niños y se preguntaba cómo podría superar el dolor causado por su desaparición.

En medio de su propio dolor, se esforzaba por consolar a Mijai quien lloraba amargamente cada vez que venía a su mente el recuerdo de los niños que habían llegado a su vida iluminando sus días. Lo tomaba en sus brazos y le repetía una historia que con frecuencia le escuchó contar a Richard:

Se dice que durante la ausencia del hogar de un famoso Rabino, murieron sus dos hijos. Ambos eran particularmente hermosos y con gran conocimiento de la Ley. Su aturdida esposa los llevó a su alcoba y cubrió sus cuerpos con una sábana blanca. Esa noche regresó el Rabino.

“¿Dónde están mis hijos? –pregunto–. Acabo de mirar en el patio y no los veo ”.

La esposa le sirvió un vaso de agua para refrescarlo, pero el hombre continuó preguntando por sus hijos.

“No deben estar lejos” –le volvió a decir, y le sirvió la comida. Cuando terminó de comer se dirigió a él.

“¿Te puedo hacer una pregunta?”

“Sí, por favor”

“Mientras estabas fuera una amiga me confió dos hermosos diamantes y yo los he cuidado como si fueran míos. Ahora ella me pide que se los devuelva. ¿Debo devolvérselos?”

“¿Qué? –replicó el Rabino-. ¿Dudas en devolverle a alguien lo que es suyo?”

“No, –respondió la mujer- sin embargo pensé que era mejor no devolvérselos antes de consultarte ”.

Entonces lo llevó a la alcoba y descubrió los cuerpos de sus dos niños:

“¡Mis hijos! ¡Mis hijos! –se lamentaba el padre a gritos-. ¡Mis hijos, la luz de mis ojos!”

La madre se dio vuelta y lloró amargamente.

Tras un largo rato tomó por la mano a su esposo y le dijo: “¿No me has enseñado que no debemos ser renuentes a devolver lo que nos ha sido confiado para que lo cuidemos? El Señor dio, y el Señor quitó; sea el nombre del Señor bendito”.

La historia le servía de poco consuelo a Mijai, pero entendió lo que su madre estaba diciendo y se sintió fortalecido por su coraje. Ahora tenía diez años y era más alto que los demás niños de su edad. Tenía huesos fuertes y ojos con mirada viva e inquisitiva. En la escuela estaba aprendiendo la lección de cómo ser el hijo de un “proscrito social”. Mijai amaba muchísimo a su padre, y no era fácil para su madre explicarle que se lo habían llevado y lo habían encerrado en una prisión tan sólo por ser pastor.

Y ahora, cada día que pasaba, desaparecían más personas.

En una ocasión liberaron un buen número de prisioneros. Regresaron a sus casas en ambulancias y mostraban las cicatrices y laceraciones, y hablaban de las torturas que habían sufrido. Cuando se conoció ampliamente el tratamiento que les habían dado, los arrestaron a todos otra vez.

Sabina detestaba pensar en los horrores que su querido esposo estaría enfrentando. Oraba por él para que no se desmoralizara y que no traicionara a sus amigos. Él había prometido que preferiría morir antes que hacer tal cosa, pero,

¿quién puede decir cuánto puede soportar un hombre? El apóstol Pedro había prometido que no negaría a Jesús, sin embargo lo hizo tres veces.

El toque a la puerta

Sabina halló consuelo al saber que si Richard moría se encontrarían de nuevo en la otra vida. Habían acordado esperarse mutuamente en una de las doce puertas del cielo: la puerta de Benjamín. Jesús había hecho una cita similar con sus discípulos. Que los encontraría en Galilea después de su muerte. Y cumplió su cita.

Pero no era la otra vida su preocupación en ese momento, fue escuchar que tocaban a su puerta a las cinco de la mañana...

Había trabajado hasta tarde la noche anterior como voluntaria en la iglesia y haciendo visitas a los hogares. Mijai estaba con algunos amigos en el campo y una de sus amigas la acompañaba en el pequeño apartamento. La ruda voz resonó en el silencio de la mañana, despertando a las dos mujeres asustadas:

“¡Sabina Wurmbrand! ¡Abra la puerta! ¡Sabemos que está ahí!

Caminó hacia la puerta temiendo que los hombres que estaban fuera la derribaran en cualquier momento.

“¿Sabina Wurmbrand? –gritó el hombre con cuello de toro que dirigía el grupo, cuando ella abrió la puerta-. Sabemos que esconde armas aquí. ¡Muéstrenos de inmediato dónde están!”

Antes que pudiera decir algo, ya los hombres estaban sacando cofres, abriendo armarios y derramando en el piso el contenido de las gavetas. Un estante de libros se vino abajo y la amiga procuró contenerlos.

“No se preocupe –gruño uno de los hombres-. ¡Vístanse!”

Las dos mujeres tuvieron que vestir una ropa diferente a la de dormir en frente de los seis hombres quienes, antes de

salir del apartamento, se dieron a la tarea de requisar y pisotear todo. De tiempo en tiempo gritaban como para darse ánimo durante el insensato registro.

“¿De modo que no nos va a decir dónde tiene escondidas las armas? ¡Vamos a echar abajo el apartamento!”

Sabina respondió con calma:

“La única arma que hay en esta casa está aquí”. Se agachó y recogió su Biblia que estaba a los pies de los soldados.

El oficial Cuello de Toro rugió:

“¡Vendrá con nosotros para rendir una completa declaración!”

Sabina puso la Biblia sobre la mesa y dijo:

“Por favor, permítanme unos momentos para orar. Luego iré con ustedes”.

De salida agarró un paquete que su amiga le había dado: un par de medias y algo de ropa interior. Estas serían valiosas posesiones en el lugar a donde iba.

El día de la libertad

Uno de los guardias la vendó para que no pudiera ver y la sacaron de su apartamento. Después de un corto recorrido, la bajaron del vehículo en un estacionamiento, le quitaron la venda y la entraron a empellones a un recinto grande y sin muebles en donde tenían otra gran cantidad de mujeres. De vez en cuando llamaban a alguien por su nombre, de lo contrario las prisioneras esperaban en silencio. Los elementos “socialmente podridos” de Rumania esperaban oír su nombre allí para conocer cuál sería su destino.

Era el 23 de agosto, Día de la Libertad, o por lo menos así lo llamaban los comunistas.

Antes del anochecer les sirvieron pan negro y una sopa aguada, luego vino otro día de espera. Finalmente la llamaron. Volvieron a venderla y la llevaron a otro lugar. Des-

pués supo que era la sede de la policía secreta. Allí la apretujaron en una celda pequeña con varias mujeres.

Preguntas al final del laberinto

Pasaron unos pocos días y Sabina fue sacada de la celda común y ubicada en un confinamiento solitario. Escrutando la pequeña habitación, se dio cuenta de lo que faltaba. El inodoro. Durante el corto tiempo que había estado encarcelada supo que el inodoro era un asunto crítico. Allí ni siquiera había uno.

Sabina podía oír las pisadas de las botas de los soldados que pasaban con frecuencia por el pasillo, cada vez se preguntaba si vendrían por ella. Finalmente llegó su turno. La puerta de la celda crujió al abrirse y el guardia gritó:

“¡Dé la espalda!”

Y otra vez fue vendada.

“¡Ande! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Otra izquierda! ¡Muévase!”

Un repentino temor se apoderó de ella a medida que el guardia la empujaba con rapidez a través de lo que parecía un laberinto. Comenzó a cavilar si los rápidos giros la pondrían en frente de un pelotón de fusilamiento muriendo sin ningún aviso en la oscuridad. Procuró controlar sus emociones cuando llegó al final del laberinto donde quitaron las vendas.

Se encontró de pie frente a un guardia alto y rubio, más o menos de su misma edad.

“Está consciente de su falta contra el estado, ¿no es cierto señora Wurmbrand?”

Sabina se distrajo por el misterioso parecido del oficial con un hombre con quien ella había salido una vez en París.

“Usted va a escribir ahora una detallada declaración al respecto –le ordenó el hombre señalándole un lapicero y un cuaderno.

“Pero, ¿qué debo escribir? –preguntó–. No sé por qué me han traído aquí”.

Las órdenes continuaron.

“¡Escriba su falta contra el estado!”

Sabina tomó la pluma que le ofrecieron y escribió unas pocas palabras declarando que no estaba consciente de haber cometido ninguna falta. El oficial leyó lo que escribió y enojado la mandó otra vez a su celda. Cuando la puerta se cerró de un golpe, el guardia le dijo:

“Ahora se va a sentar hasta que esté lista para escribir lo que el teniente le dijo. ¡Si no lo hace, no recibirá el tratamiento!”

¿Qué tratamiento será ese?, cavilaba. ¿Intimidación? ¿Burla? ¿Humillación? ¿Tortura? Se hablaba mucho de lo que los prisioneros cristianos enfrentaban en las prisiones de los comunistas, sabiendo muy bien lo que eran capaces de hacer. Algunos presos antiguos hablaban de tortura mental diseñada para “ablandar” al prisionero para un interrogatorio más exitoso. A veces hacían que el interrogado escuchara grabaciones de gritos y lamentos que se suponía eran los de sus hijos cuando los estaban torturando. ¿Cómo podía un padre soportar tal cosa?

La siguiente sesión con el teniente delineó los asuntos que enmarcaron el arresto de Richard.

“Señora Wurmbrand –le dijo el interrogador–, su esposo está acusado de actividades contra revolucionarias. Podría ser ejecutado. Sus colegas han declarado sustentando la acusación en su contra”.

El corazón de Sabina latió con violencia. El hombre desde luego estaba mintiendo para ver su reacción. Hizo su mejor esfuerzo para no mostrarse impresionada mientras el teniente continuó.

“Quizá estén tratando de salvarse ellos mismos. Tal vez sean *ellos* los verdaderos contra revolucionarios. Nosotros

no podemos juzgar a menos que nos cuente todo lo que la gente que trabaja con la misión ha dicho. Todo. Hable, denuncie a los verdaderos contra revolucionarios y su esposo será liberado mañana”.

Sabina fue tentada por la idea pero no confiaba en los comunistas.

“No sé nada” –dijo sosteniendo la mirada del teniente.

Esa noche al acostarse en el pequeño catre sintió que sus pies tocaban la punta del mismo. “*Pobre Richard, pensó. Es tan alto, que sus pies le deben quedar colgando*”.

¿Qué le estarían haciendo ahora? En un momento estaba lista para decir cualquier cosa con el fin de estar segura y con él otra vez, pero luego decidía no dejarse vencer por tal tentación. Dos deseos aparentemente contrarios luchaban en su corazón: quería que Richard viviera y que resistiera.

Un blanco pedazo de yeso se desprendió del cielo raso. Sabina lo recogió y dibujó una cruz grande sobre su sábana oscura. Luego dio gracias a Dios.

Entonces, en lo que parecía un susurro de respuesta de Aquel que oye la oración, vino a su mente un pensamiento: *Siete*. Se dio cuenta que estaba en la celda número siete. Un número santo. El número de días de la Creación.

Aquello parecía un regalo de ánimo y aliento. Se echó en su catre y sollozó. Su cuerpo permanecía en tinieblas, pero su espíritu se elevaba en una luz imaginada que traspasaba los límites de la prisión. Frotó sus manos contra la cruz que había dibujado en su sábana y, al sentir que se dormía, musitó: “Con Cristo estoy juntamente crucificada”.

A la mañana siguiente, Mielú, el guardia de cara rojiza, estaba frente a la puerta.

“¡Arriba!”

Sabina se levantó y dio cara a la pared como se le había enseñado a hacer. Rápidamente la vendaron y otra vez la dirigían por el oscuro laberinto.

Esta vez Mielú, que era un hombre mucho mayor que ella, la interrogó durante una hora.

“¿Con quién durmió usted? ¿Qué hizo usted con ellos? Quiero saber con quién y con cuánta frecuencia. Quiero saberlo todo”.

Física y emocionalmente exhausta, la agotada Sabina estaba asombrada por el rumbo que el interrogatorio había tomado.

“No le diré lo que quiere oír –replicó con calma-. La peor historia sexual no impide que una persona llegue a ser un gran santo si esa es la voluntad de Dios –siguió diciendo-. María Magdalena fue una vez una ramera. Pero ella seguirá siendo reverenciada cuando a usted y a mí nos hayan olvidado.

Mielú soltó una obscenidad y la envió de vuelta a su celda.

“Ya fui comprada”

Durante la siguiente sesión la obligaron a mirar fotografías de diferentes personas. Entre todas reconoció a una de ellas, un ruso a quien ellos habían bautizado secretamente en su hogar.

“¿Reconoce alguno de ellos? –preguntó un interrogador calvo. Pero ella sabía lo que ocurriría si les daba siquiera un nombre. Luego el interrogador dulcificó la oferta.

“Díganos lo que queremos saber y permitiremos que usted y su esposo se vayan libres”.

La tentación era real pero así mismo era su disposición de dar su vida por su hermano.

“No reconozco a ninguno de ellos”.

El calvo sospechó que ella mentía y finalmente le preguntó cuál era su precio.

“Toda mujer tiene un precio, ¿cuál es el suyo? ¿La libertad? ¿Una buena posición pastoral para su esposo? ¿Dinero? Dígame su precio”.

Sabina: una testigo del amor de Cristo

Sabina estaba hastiada de la continua ostentación de poder y de las promesas vacías. El único interés de esta gente era hacer más arrestos, pero no haría parte de ese juego.

“¡Ya fui comprada! –exclamó–. Jesús fue torturado y murió por mí. ¿Puede usted ofrecerme un precio más alto?”

El rostro del hombre enrojeció de la ira. Sabina pensó que iba a golpearla, pero no lo hizo, la devolvió a su celda.

Finalmente la ubicaron de nuevo en una celda común. Pasaron los meses y el frío invierno llegó otra vez. Se preocupaba constantemente por Mijai. ¿Quién lo estaría cuidando? ¿Estaría viviendo en las calles? ¿Tendría frío? ¿Estaría enfermo? Tal vez los comunistas lo habían cogido ya bajo su custodia. Cientos de dudas y ansiedades punzaban su corazón a cada momento.

En noviembre el director de la prisión fue a la celda donde la retenían.

“Vamos a leer un listado de nombres –explicó el oficial. Quienes sean llamadas deben estar listas para salir en diez minutos”.

No hubo más información. Las prisioneras se conmocionaron a medida que el guardia que acompañaba al director comenzó a leer la lista de nombres, entre los cuales estaba el de Sabina.

“¿Qué piensa usted? –preguntó en secreto a otra mujer que también se preparaba para salir.

“Pienso que, o nos van a soltar o nos van a fusilar” –dijo con sequedad.

“Que Dios lo proteja si llega a caer en Jilava”

Pero no fueron ni liberadas, ni fusiladas. Al menos por ahora. Llevaron a Sabina y a las otras a Jilava, la cárcel más temida en toda Rumania. Recordó haber oído algunos hablando de la infame prisión. Al parecer había una celda en particular que era un sitio de horror indescriptible. “Que Dios

lo proteja si usted llega a caer en la celda cuatro de Jilava”, decía el rumor.

Un guardia que se presentó a sí mismo como el Sargento Aspra, llevó a las prisioneras en medio de la oscuridad por estrechos pasadizos que conducían a los sótanos. Finalmente se paró frente a una puerta grande de hierro con barrotes oxidados de arriba a abajo.

“¡Bienvenidas a la celda cuatro!” —dijo con orgullo.

Llegaron al promediar la mañana pero la celda estaba casi completamente a oscuras. Un solo bombillo que arrojaba una débil luz colgaba del cielo raso. Había dos hileras de literas de madera en el embovedado recinto. En la parte alta al fondo de la celda había una ventana con barrotes.

Un centenar de ojos miraron a las recién llegadas. A Sabina, que casi se asfixiaba por la falta de aire, le asignaron el final de la hilera, directamente sobre el inodoro.

Tras una noche de incertidumbre, la despertó la llamada general a las cinco de la mañana. Inmediatamente cincuenta mujeres hicieron fila para utilizar el pequeño retrete. Posteriormente supo que doscientas mujeres estaban recluidas en cuatro celdas, mientras que tres mil hombres congestionaban el resto de la prisión.

Jilava había sido construida para albergar un total de seiscientos prisioneros.

A las once de la mañana trajeron un barril con sopa, —las mujeres se alinearon para recibirla. Sabina se sorprendió de ver la quietud de las reclusas mientras recibían la sopa junto con una tajada de pan. Pero cuando se llevaron el barril la quietud se convirtió en salvaje alboroto. Las mujeres comenzaron a gritarse maldiciones unas a otras mientras se peleaban por la comida. En instantes regresaron los guardias y empezaron a golpear a las mujeres con palos, rompiendo cazuelas a diestra y siniestra, hasta que el piso quedó convertido en un pozo de sopa. Aspra, enojado, prometió que no habría sopa para el día siguiente.

Una vez más la celda estaba silenciosa mientras esperaban el día siguiente sin comida. Poco a poco comenzaron a oírse las conversaciones. Una de las reclusas le preguntó a Sabina por qué estaba encarcelada.

“No pareces peligrosa” –le dijo, provocando que todas las miradas se volvieran hacia ella y se dieran a valorar a la nueva prisionera. Sabina sonrió:

“Soy la esposa de un pastor” –dijo.

Al escuchar la respuesta, algunas reclusas escupieron unas cuantas maldiciones. Pero otras se sintieron intrigadas.

“Entonces debes saber algunas historias bíblicas” –preguntó una mujer llamada Elena, mientras se sentaba en el suelo cerca de Sabina.

“Sí, las sé –respondió sonriendo otra vez-. ¿Te gustaría escuchar una?”

Durante las horas siguientes, Sabina tuvo una audiencia cautiva mientras contaba varias historias bíblicas, una tras otra. En su iglesia todos estaban de acuerdo en una cosa: nadie podía contar una historia tan bien como ella. Al escuchar las dinámicas y bien contadas historias, las mujeres olvidaron por un momento que no tendrían sopa por otras treinta y seis horas.

El interés de sus compañeras de reclusión por las historias bíblicas la reanimaron, pero pronto empezó a darse cuenta que los rumores sobre la prisión de Jilava eran demasiado reales. Las guardianas obedecían las órdenes con ciega obediencia. Si les ordenaban golpear a una prisionera, la golpeaban con garrotes sin misericordia. Con lentitud. Con severidad. No mostraban ni remordimiento ni piedad.

Ofrecer un poco de esperanza... arrebatarla luego

“¡Vengan y coman! ¡Sopa de zanahoria mis queridas damas!”

La sarcástica invitación del guardia y el aroma de la olla humeante precedieron el arribo de la comida. Pero mu-

chas de las mujeres más viejas no se conmovieron. Estaban demasiado débiles para hacer fila aún para recibir comida. Aunque Sabina no lo sabía todavía, la dieta letal era parte de la preparación en los campos de trabajo forzado. Había hecho su efecto exponiendo a las mujeres más débiles.

“Es trabajo de esclavos, desde luego, –le dijo una maestra joven. Pero en el canal recibes libra y media de pan al día, ¡y macarrones!”

La prisión estaba inundada de rumores acerca del nuevo campo de trabajo en el canal del Danubio. Cada recién llegada tenía algo que agregar acerca del inmenso proyecto que costaría billones aunque mucha de la labor provenía de prisioneros obligados a trabajar forzosamente.

El canal debía extenderse por sesenta y cuatro kilómetros a través de planicies despejadas del sur de Rumania, uniéndose al río Danubio con el Mar Negro.

“¡En el canal puedes conseguir lo que quieras del hogar!” –les dijo a las prisioneras un oficial.

“¿Incluso chocolate?”

Sabina estaba asombrada. Habiendo renunciado a la libertad, el chocolate se convertía ahora en un sueño dominante.

También se difundieron rumores que en el canal había ropa de invierno gratuita y atención médica. Pero fue la última promesa la que atrajo la atención de Sabina. ¡Mejor que la ropa o el chocolate, era que a los prisioneros en el canal les permitían visitas de un día de sus familiares!

Sabina se aferró a la esperanza de volver a ver a Mijai, pensando muy poco en lo demás.

“Pero no todo el mundo tendrá el derecho de ir al canal y trabajar allí” –advirtió Viórica, una guardiana de la prisión. Como me dijo el comisario político el otro día, “En una sociedad socialista, el trabajo es un privilegio, no una recompensa para los bandidos”.

Sabina: una testigo del amor de Cristo

Esta era una parte típica de la cultura de la prisión: dar un poco de esperanza para luego arrebatársela. Después hacer otra oferta o promesa con otras condiciones. El 6 de enero de 1951, día del cumpleaños número doce de Mijai, Sabina descubrió cuál era esa nueva agenda.

“Le voy a hacer una oferta” –le anunció el capitán Zaharia Ion una mañana–. En vez de ir a trabajar al canal, puede permanecer aquí como una detenida especial en relativa comodidad. Tendrá todos los privilegios que tendría en el canal, pero no tendrá que trabajar. En realidad es una oferta bien generosa”.

Sabina sabía que no hay privilegios en la prisión sin pagar un precio. Esperó en silencio que el guardia dejara caer el martillo.

“Todo lo que tiene que hacer es darme de tiempo en tiempo informes sobre las otras prisioneras, en completa confianza, desde luego. Realmente es bastante sencillo, nadie tiene que saber nuestro pequeño acuerdo”.

Sin dudarle un momento, Sabina le respondió:

“Gracias –respondió respetuosa–, pero en la Biblia usted puede leer la historia de dos traidores, uno que traicionó al rey David y otro que traicionó a Jesús. Ambos se ahorcaron así mismos. No quiero tener ese mismo fin, de modo que no me convertiré en informante”.

En tan sólo un instante el comportamiento de Ion dejó de ser encantador para tornarse amenazador.

“Entonces, ¿usted no volverá a conocer la libertad!”

Sabina se preguntó si habría perdido la oportunidad de ir aún al canal. Sabía que su nombre estaba en la lista de las que irían y que en cualquier momento tendrían que partir. Temía ante la idea del trabajo forzado, pero haría cualquier cosa con tal de ver a Mijai otra vez, excepto convertirse en traidora.

Unos cuantos días después fue trasladada al campo de trabajo para esclavos del Danubio. Muy pronto ella y las

demás prisioneras se dieron cuenta que habían sido engañadas.

El Canal

Sabina despertó la primera mañana en el campo con el olor fétido de excrementos de rata. Oyó una voz que le decía a su vecina:

“Deberías dejarles algo de pan, es una manera de evitar que te muerdan”.

Cada día fue a trabajar con los demás prisioneros, tanto hombres como mujeres. Estaban construyendo un dique y el trabajo de Sabina era acarrear piedras grandes por un trayecto de casi doscientos metros hasta una barcaza, dejarlas allí y luego ir por más. Pensó que su columna se partiría bajo el peso constante. Era difícil para ella aún enderezarse.

Cada cuadrilla de trabajadores tenía un capataz de brigada cuyos ayudantes verificaban cuánto trabajo hacían los prisioneros. La exigencia normal podía ser de hasta de unos siete metros cúbicos por día. Si los trabajadores cumplían con su cuota, ésta se les aumentaba al día siguiente. Si fallaban en hacerlo, eran castigados.

Sabina jamás pudo imaginar la situación que enfrentaría en el campo. Cuando preguntó por los privilegios extras que les habían prometido, se le rieron en la cara.

Más y más mujeres comenzaron a llegar para trabajar en el canal. Igual que ella, cada una anhelaba estar con su familia, especialmente con sus hijos. Al darse cuenta de la magnitud del proyecto del nuevo canal, la mayoría de mujeres empezó a perder toda esperanza. Pero Sabina se aferró a una esperanza que era más grande que cualquier proyecto de canal o cualquier sistema carcelario. Pronto las otras prisioneras empezaron a notarlo, querían tener esa misma esperanza.

“Por favor, Sabina, cuéntenos más historias de la Biblia” -le suplicaban después de un largo día de trabajo.

Sabina: una testigo del amor de Cristo

Ella sabía los riesgos que corría sabía lo que podía ocurrir si eran descubiertas. Pero aprovechó toda oportunidad para hablar del evangelio con sus compañeras. Más y más prisioneras se le acercaban confesando sus pecados y preguntándole si era posible ser perdonadas por Dios. Ella les aseguró que así era y les contó algo que Richard había dicho:

“Infierno es sentarse a solas en la oscuridad recordando los pecados que has cometido”.

Con toda seguridad estas mujeres estaban viviendo esa experiencia en este lugar.

Aunque Sabina rechazó la oferta de convertirse en informante, otras no la habían rechazado. A veces las prisioneras sabían quiénes eran las informantes, pero nunca podían estar seguras. Este era un continuo dilema. Otra prisionera podría decirle a Sabina que quería saber más acerca de Cristo, como una treta para hacer que le hablara de su fe, una acción que estaba prohibida y que acarrearía horribles consecuencias, o tal vez la mujer sí quería saber. Sabina no tenía manera de saber cuál petición era real y cuál una trampa. Pero eran más las veces que se arriesgaba a hablar que las que no.

En más de una ocasión en que una informante había hablado de ella, Sabina fue encerrada en la “cárcel”, un estrecho armario en donde cabía sólo una persona de pie. Inmediatamente, después de un día de trabajo, era llevada allí a pasar toda la noche, sacándola en la mañana, justo a tiempo para reanudar su tarea. La “cárcel” se convirtió en un lugar común mientras estuvo en el canal.

Un vislumbre de esperanza

Siempre le preguntaba a los nuevos prisioneros si habían oído algo sobre Richard. En todo este tiempo ninguno le había dado información hasta que alguien le dijo que había conocido a un predicador en Vacaresti. Realmente no lo había conocido, le dijo la mujer. Solamente oyó hablar de él. Lo había oído hablar a él mismo. Su celda estaba cerca al retrete, y mientras las prisioneras esperaban en fila, el

“predicador de la prisión” las animaba a seguir a Cristo y a recibir su amor. Todas en la prisión habían preguntado quién era, pero nadie lo sabía. La reclusa le dijo a Sabina que ahora estaba segura que el predicador era Richard.

El rostro de Sabina se iluminó de alegría. ¡Su esposo estaba vivo! El predicador de la prisión tenía que ser él. Pero después sus esperanzas se hicieron añicos cuando su visitante terminó la historia.

“Un día oímos que el predicador estaba muy enfermo. Después empezamos a oír de él cada vez menos, finalmente no supimos más. El rumor era que había muerto. Lo siento”.

Las lágrimas bañaron el rostro de Sabina, pero se negó a hablar. Ella le llevaría sus problemas a Dios. Oró para que Dios le añadiera años de vida a su fiel siervo Richard, si todavía estaba vivo. También oró por Mijai, con el temor que a él también pudieran arrestarlo y enviarlo al canal. Su corazón se detuvo un día en que vio a un chico de la edad de Mijai laborando allí. Aunque sintió alivio al darse cuenta que no era su hijo, no obstante lloró por el chico y por su madre, no importaba dónde estuviera, incluyéndolos en sus oraciones.

Al fin llegó un vislumbre de esperanza. ¡El domingo siguiente sería un día de visitas! Sabina no podía creer lo que escuchaban sus oídos. ¡Ah, que glorioso iba a ser ver a Mijai otra vez! Cuando el día llegó, otra prisionera le prestó a Sabina un vestido. El suyo se había convertido en hilachas cuando estuvo acarreando piedras. Estaba llena de expectativa contaba los minutos que faltaban hasta que pudiera tener a su hijo en los brazos otra vez. Pero cuando las reclusas se formaban en filas para recibir a sus visitantes, les dijeron que debían permanecer al otro lado del salón de visitas, y que podían hablar sólo durante quince minutos.

Entonces lo vio... Su corazón de madre lo abrazó y le envió todo su amor a través del salón para abrigarlo con su tibieza. ¡Qué delgado estaba! ¡Y qué serio! Las emociones

de madre e hijo trascendieron el tiempo. Escasamente podían hablar, y por supuesto era imposible decir alguna cosa íntima. Cuando el tiempo se acabó, Sabina gritó a través del espacio del salón que los separaba:

“¡Mijai, oh hijo! ¡Cree en Jesús con todo tu corazón!”

Pensó que era el mejor consejo que podía darle.

Sus palabras fueron interrumpidas bruscamente por el empujón de un guardia. Luego se la llevaron.

Al regresar al cuartel, las otras reclusas la rodearon para preguntarle qué había dicho Mijai y cómo lo había visto. Pero sólo podía mover su cabeza. No pudo volver a hablar durante varias horas; estaba sobrecogida por las emociones que llenaban su corazón mientras pensaba en su hijo precioso.

Era triste que muchas reclusas habían pasado todo el día esperando a alguien que nunca llegó. Sabina sólo pudo orar por ellas esa noche mientras lloraban en voz alta acostadas sobre sus colchones de paja.

Llegó el invierno y Sabina y sus compañeras fueron todavía más desgraciadas. Continuaron trabajando en el congelado Danubio acarreando pesadas rocas a una barcaza. Lo duro de la situación empeoró en el invierno por cuanto era imposible dejar caer las piedras dentro de la barcaza sin producir un gran chapuzón de agua helada que volaba y empapaba sus ropas. A los pocos minutos de comenzar el trabajo diario, ya estaba completamente mojada. Luego el agua se congelaba en su vestido y éste se ponía rígido, de modo que terminaba empaquetada en una coraza de hielo. Sus dedos partidos y entumecidos por el trabajo y el frío estaban pasmados hasta que el dolor producido por un machacón con alguna piedra los volvía a hacer sensibles.

En las noches, cuando regresaba a la choza, llevaba sus ropas mojadas a la cama para dormir con ellas. No había un lugar donde secarlas; si algún vestido quedaba colgando por ahí era seguro que se lo robaban, de modo que ge-

neralmente dormía con éste debajo de su cabeza utilizándolo como almohada, colocándose aún húmedo a la mañana siguiente. Si estaba de suerte, éste se secaba un poco camino al trabajo, si bien para empaparse otra vez al poco tiempo. Para esta época ya estaba tan delgada como un riel, el viento frío parecía traspasarla.

“¡Lista para trabajar!”

La siguiente tarea que le asignaron a Sabina fue cargar con piedras unas carretillas que otras mujeres se encargaban de llevar hasta las barcazas en el Danubio. Este trabajo la mantuvo con sus articulaciones lastimadas y las uñas partidas y sangrantes. En una cruel ironía, su total agotamiento la libró parcialmente del dolor que afligía su cuerpo.

Una mañana la despertó el ruido del agua que caía del tejado. La primavera había llegado, pero con ella llegó un nuevo problema: el suelo que antes estaba congelado y duro como el hierro se había convertido en barro.

Los guardias que acompañaban a las trabajadoras en el recorrido entre el campo de reclusión y el lugar de trabajo, eran los únicos varones que las mujeres veían. Algunas intercambiaban entre ellas chistes vulgares acerca de ellos cuando las transportaban.

Annie, una prostituta menuda y malhumorada, y su amiga Zenaida, generalmente lideraban estas charlas de comentarios vulgares.

“Ese Peter tiene manos de gorila –dijo un día Zenaida en voz baja para que los hombres no pudieran escuchar-. ¡Mira lo velluda que tiene la espalda! Seguro que así es de pies a cabeza, si pudiera verlo todo”.

“¡Ah, aquí hay mujeres que ya lo han visto!” –respondió Annie mostrando una dentadura llena de oro. Algunas de las mujeres se rieron.

Zenaida gruñendo fingió un asco refinado-. “¡No puedo imaginar qué ven en nosotras que los atraiga! ¿Pueden pen-

sar en un grupo de criaturas menos provocativas y faltas de atractivo sexual que nosotras?”

La mordaz respuesta de Annie a los comentarios de Zenaida provocó carcajadas entre sus amigas. Y hubo más comentarios sucios. Sabina fijó su vista en otra parte tratando de ignorarlas.

“A nuestra santita no le gusta esta desagradable conversación” –dijo Annie–. ¡Ella piensa que somos horrorosas!”

Sabina guardó silencio; una respuesta que hizo que las mujeres se enojaran más con ella. Annie hirió a Sabina en este momento más de lo que pretendía con sus comentarios descuidados aunque no mal intencionados.

Al final de la jornada de trabajo, las mujeres hicieron fila como era usual, maltratadas y lastimadas para recorrer el camino a lo largo del Danubio. Peter, el guardia que habían mencionado anteriormente, tocó disimuladamente a su compañera, una chica joven que parecía muda y tenía nariz chata, luego le hizo zancadilla a Sabina al pasar. Ésta cayó cuan larga era sobre el fango resbaloso.

Los otros guardias estallaron en carcajadas.

Peter se acercó y la ayudó a ponerse de pie. Estaba cubierta de barro de pies a cabeza.

“Lo que tú necesitas ahora, mi señora, es un baño” –gruño.

“¡Échenla al río!” –gritó una de las mujeres.

Sabina luchó contra el brazo del hombre que la agarró, pero pronto llegó otro para ayudarle. Mientras Peter la sostenía de las muñecas, el otro la agarró por los pies, la balancearon y luego la arrojaron por el aire. Cayó en el rocoso bajo, quedándose sin aire en sus pulmones. Estaba aturdida pero todavía consciente cuando las aguas heladas la cubrieron y la corriente empujó su cuerpo sobre las rocas. Hubo gritos en la orilla pero ella no pudo entender lo que decían. Cada vez que pretendía ponerse de pie, la corriente la arrastraba. Era inútil, no podía salvarse a sí misma.

De repente dos manos fuertes la sujetaron por debajo de los brazos y la sacaron a la orilla. Alguien más la obligó a sentarse y luego le dio palmadas en la espalda. Se sentía enferma y con el pecho hundido. Comenzó a jadear a medida que un dolor agudo taladraba su costado. El vértigo la agobió y los oídos le zumbaban. ¿Sería el sonido de las aguas de vida que fluyen del paraíso? –se preguntó. Pero luego abrió sus ojos y vio el fango, los guardias y las mujeres sucias y delgadas alineadas en la rivera, supo que no estaba en el cielo todavía.

“Todo está bien. ¡Párate! –le dijo una mujer con voz fuerte mirándola con severidad. Luego le dijo con más suavidad:

“Sigue moviéndote o te vas a congelar”.

Unas manos fuertes la ayudaron a ponerse sobre sus pies. Estaba tiritando, pero su sufrimiento era más por la conmoción que por el frío. Sentía en su pecho tremenda agonía por causa del dolor en su costado, el cual se intensificaba minuto a minuto.

Cuando finalmente regresó a la barraca, inspeccionó sus heridas. Su costado estaba contuso, magullado, y la piel de sus manos y piernas estaba arañada. El movimiento de levantar sus brazos le causaba tanto dolor que la dejaba sin aire. Como pudo se las arregló para subirse a su litera, tratando de dormir dándose vuelta en la cama con frecuencia, procurando encontrar una posición cómoda. Pero no encontraba ninguna.

Al día siguiente fue a la “doctora” de campo, una mujer perversa llamada Cretzeau. Un inmenso hematoma rojo amarillento con la forma del mapa de África, cubría uno de sus costados haciendo imposible levantar sus brazos arriba del nivel de la cintura.

“¡Apta para trabajar!” –declaró la doctora Cretzeau.

Sabina quiso protestar pero lo pensó mejor. Discutir sólo le acarrearía mayor castigo, posiblemente la “cárcel”. Se dirigió hacia el grupo de mujeres que esperaban que las

transportaran al lugar de trabajo, pero se quedó fuera de la fila que avanzaba.

“¿Qué es lo que pasa con usted?” –vociferó el supervisor mirando su decaimiento.

“No puedo trabajar hoy –dijo Sabina–. Siento mucho dolor. Creo que mis costillas están fracturadas”.

El supervisor se mostró inclinado a considerar una tregua, pero Peter, con actitud amenazadora, trunció de inmediato esa posibilidad. Agarró a la mujer por las muñecas y de un tirón la arrojó fuera de la fila, haciéndola gritar de intenso dolor.

“Lo que pasa es que no hizo ayer su tarea, pero hoy la va a hacer”. Le hizo dar vuelta a su cuerpo y le plantó su inmensa bota en su espalda para meterla en la fila de mujeres otra vez.

Sabina fue a trabajar ese día y los siguientes, y luchaba por mantenerse siquiera en pie, pues los médicos confirmaron después que en efecto tenía dos costillas fracturadas.

Diana y Florea

El verano llegó por fin al deprimente complejo. Sabina se sintió cada vez más esperanzada. Habían llegado al campo dos chicas nuevas y las asignaron a su cabaña. Algunas de las mujeres de la calle las conocían pero hablaban poco con ellas. Timidamente pidieron literas en una esquina apartada del salón.

Después Sabina se dio cuenta que eran hermanas, se llamaban Diana y Florea. Eran de fuerte complexión física, de buenos modales y de hablar suave. Pero eran prostitutas, dijeron las que las conocían, habían sido condenadas a pagar penas “administrativas” en el canal.

Un aura de tristeza y misterio rodeaba a las dos hermanas. Nadie pudo saber mucho sobre su pasado, aunque algunas callaban y acechaban. Las hermanas trabajaban como esclavas, dormían y habrían permanecido en el misterio si Dia-

na no hubiera oído el nombre de Sabina cuando un guardia la llamó un día.

Inmediatamente Diana corrió donde Sabina a preguntarle:

“¿Conoces a Richard Wurmbrand?”

“Soy su esposa” –respondió Sabina.

“¡Oh, ¿qué va a pensar usted de mí?”

“¿Qué quieres decir? –le preguntó Sabina.

“Mi padre era un predicador laico, –dijo Diana con voz temblorosa–. Él acostumbraba leernos los libros de Richard a los cuales llamaba su “alimento espiritual”. A mi padre lo mandaron a prisión por causa de su fe, dejando desamparados a una esposa enferma y a seis hijos. Florea y yo somos las mayores. Las dos perdimos nuestro empleo en la fábrica cuando encarcelaron a nuestro padre. Nuestra familia corría el riesgo de morir de hambre”.

Sabina posó una mano consoladora sobre el hombro de la chica mientras ésta continuaba con su desgarradora historia.

“Un día un joven me pidió salir. Fuimos al cine y luego a comer. Entre tanto me dijo que él podía conseguirme un permiso de trabajo. Y luego... –Diana abrazó a Sabina y comenzó a llorar con amargura– ...luego bebimos licor... mucho licor, entonces... él me sedujo...”

Después se volvió a repetir la escena, pero esta vez no dijo nada del permiso de trabajo. Sin embargo, él joven le dio dinero. Sabiendo lo necesitada de dinero que estaba su madre para sostener a su familia, ella lo aceptó. Una semana más tarde el hombre se la presentó a un amigo y los dejó solos. Cuando este hombre trató de tener intimidad sexual con ella, se puso furiosa. Pero entonces él también le ofreció dinero y dijo que sólo había actuado así por sugerencia de su amigo. Al fin Diana se dejó convencer.

Sabina: una testigo del amor de Cristo

Pronto tuvo todo un grupo de "clientes". Desechó la ver-güenza y se acostumbró a ese tipo de vida, prefiriéndola al duro trabajo de la fábrica.

A pesar de lo terrible que era la historia de la chica, Sabina pudo percibir que ella se reservaba algo. Se detuvo de repente y la miró fijamente a la cara.

"Pensé que te disgustarías conmigo. ¿No te molesta que viniendo de un hogar cristiano me haya convertido en una... prostituta?"

Sabina le respondió con dulzura:

"No eres una prostituta, eres una prisionera. Y de todos modos, nadie es una prostituta, o una santa, o incluso cocinera o carpintero todo el tiempo. Las cosas que haces son solamente elementos que forman parte de tu vida, y los pueden cambiar en cualquier momento. Creo que tú ya has cambiado al contarme tu historia..."

Diana quería creer las palabras de Sabina, pero era obvio que no se había consolado. Se sentó en el angosto catre con las manos entrelazadas entre sus piernas, con una cara larga que reflejaba su pena y su complejo de culpa.

"Si fuera yo sola no sería tan malo, pero metí a mi hermana en esto también. Mi novio me lo sugirió. Me dijo que no era justo que cargara con toda la responsabilidad de la familia. Finalmente le presenté a Florea y le permití que tuviera relación con ella".

Pronto Florea se inició en la prostitución también. El principal problema de las dos hermanas fue evitar que se enterara su hermano, un chico de quince años que las amaba mucho. Era muy religioso, como su padre, y tenía un temperamento agudo y sensible, pero no tenía ningún conocimiento de la vida en el mundo.

"No podía ver sufrir a una mosca -dijo Diana con tristeza-. Nosotras sabíamos que si él se enteraba, la angustia y la ira le harían perder su control. Por eso procuramos mantenerlo ignorante de todo esto".

Pero el nuevo estilo de vida de las hermanas, sus jornadas de trabajo en la noche y el hecho de que repentinamente parecían tener dinero, hizo que los vecinos sospecharan. Pronto uno de ellos confirmó lo que estaba ocurriendo y se lo contó al muchacho.

“El impacto lo enloqueció –recordó Diana con dolor-. Fue a parar a un hospital para enfermos mentales”.

Luego fue liberado su padre. Descubrió lo bajo que habían caído sus hijas. Dijo:

“Le pido a Dios sólo una cosa: que me mande a la cárcel otra vez para no tener que ver lo que le está ocurriendo a mi familia”.

Ahora las lágrimas fluían abundantes por el rostro de Diana.

“Tuvo lo que quería. Comenzó a enseñar lecciones bíblicas a los niños y pronto lo denunciaron a la policía. El informante me dijo después que le había hecho esto a mi padre para quitarlo del camino de tal modo que no pudiera interferir con nuestro ‘negocio’. Fue el mismo hombre que me sedujo a mí”.

Sabina estaba aturdida por la trágica historia de Diana. Se acercó y la abrazó.

“Sientes vergüenza por lo que has hecho, y eso está bien –le dijo-. En un mundo en donde predomina el sufrimiento, donde aún el Hijo de Dios fue clavado en una cruz, no puedes evitar que el nombre de Dios que aún llevas tú como cristiana sea manchado. Pero este sentimiento de dolor y de culpa debe llevarte a buscar que brille la justicia. Recuerda que los soldados en el calvario clavaron y abrieron el cuerpo de Jesús, y por su sacrificio pecadoras como tú y yo podemos entrar a su corazón y encontrar perdón”.

Diana meditó en esas palabras:

“Vergüenza y sufrimiento, sí. He tenido bastante de ambas cosas, pero hay algo más que quiero confesarte. No siem-

pre me disgustó el trabajo que hacía. Ahora vienen malos pensamientos a mi mente todo el tiempo, no puedo sacarlos de ahí”.

Sabina oraba a diario por su atormentada amiga Diana, hasta que finalmente la pobre chica pudo liberarse de su complejo de culpa. Seguía pensando en que Diana y su hermana se prostituyeron por llevar pan a su familia. Llegó a la conclusión que tal vez el pecado mayor era que se les debía imputar a los cristianos del mundo libre no haber tomado el tiempo para enviarles alimento, lo que hubiera evitado que ellas hicieran tal cosa.

“Me veo en sus ojos”

Semanas después llevaron a Sabina a la oficina de la comandante en jefe del campo de trabajo forzado, una mujer de rostro rojizo, brazos gruesos y dientes largos y brillantes. Su vistoso uniforme parecía una armadura cuando ella se movía.

“Usted ha estado predicando y hablando de Dios a las otras prisioneras. ¡Eso se tiene que acabar! –le advirtió.

“Lo siento, pero nada lo puede acabar” –le replicó Sabina.

Furiosa, la comandante levantó su puño para descargarlo sobre Sabina, pero se detuvo y se quedó mirándola.

“¿Por qué sonríe?” –le preguntó con la cara roja por la ira.

“Lo hago por lo que veo en sus ojos”.

“¿Y qué es lo que ve?”

“Me veo a mí misma” –respondió–. Cuando dos personas se acercan mucho la una a la otra, pueden verse mutuamente en sus ojos. En los suyos me veo a mí misma. Yo era impulsiva también; me enfurecía y atacaba a las otras personas con palabras hirientes y con pensamientos egoístas, hasta que aprendí lo que significa amar. Cuando uno es capaz de amar, se sacrifica por la verdad. Desde que aprendí esa lección mis manos no se convierten en puños”.

La comandante parecía aturdida por la osadía de la prisionera. Sabina continuó diciéndole:

“¡Si usted se mira en mis ojos se verá a sí misma como Dios quiere que sea!”

La comandante se quedó como una piedra. Su actitud iracunda no cambió, pero con calma le dijo:

“¡Váyase de aquí!”

Sabina continuó testificando de Cristo entre las prisioneras.

La libertad

Y un día, inesperadamente fue liberada. Sabina procuró leer el documento que ordenaba su liberación: “Certificado de Libertad”, era el encabezamiento, pero el sol ya se había puesto y estaba demasiado oscuro para leer el resto. Estaba cargando un vehículo que habían llevado fuera del campo. Poco tiempo después la dejaron bien afuera, en los límites de la ciudad de Bucarest.

Durante horas caminó con su atado oloroso y lleno de grasa a través de los suburbios de la ciudad. Por primera vez, en casi tres años, pudo ver personas apuradas por llegar a casa después del trabajo, haciendo compras junto con sus familias, viviendo la misma vida diaria que ella vivió antes de ser encarcelada.

Se apuró para llegar a su casa, pero luego se preguntó si ésta todavía existiría.

Cavilaba sobre los muchos cambios con los cuales se tendría que enfrentar. No sabía que les habría ocurrido a sus parientes y amigos. Mijai tenía ahora catorce años. ¿Cuánto lo habrían cambiado los años? Casi tenía miedo de descubrirlo, sin embargo eran grandes sus ansias de volver a verlo.

Pasó cerca de Victoria Street y recordó con tristeza la estación de policía en donde la detuvieron la primera vez. Nada había cambiado. Allí estaban todavía los retratos gi-

Sabina: una testigo del amor de Cristo

gantescos de los hombres que los comunistas consideraban como los cuatro genios de la humanidad: Marx, Engels, Lenin y Stalin, parecían mirar a la gente mientras ésta caminaba por las calles.

Al fin llegó a un edificio de apartamentos que conocía y subió las escaleras. Tocó en la puerta con la esperanza que aquí tampoco hubieran cambiado las cosas. Casi se desmaya cuando, para alivio suyo, la puerta fue abierta por una amiga.

“¡Sabina! –gritó ésta llevándose las manos a la boca y retrocediendo al verla-. ¿Pero, es posible?”

Las dos mujeres se abrazaron y comenzaron a llorar. Luego Mijai entró en la habitación. Su madre sintió que su corazón iba a explotar cuando lo vio aparecer. Estaba pálido y más alto que cuando fue a visitarla a la prisión, y más delgado. Ahora era todo un hombre.

Se abrazaron y lloraron juntos. Mijai se inclinó y con ternura limpió sus lágrimas y las de su madre.

“No llores mucho, madre” –le dijo.

Se sentía tan feliz de tener a su hijo otra vez en sus brazos y pensó que si podía dejar de llorar ahora, no tendría que volver a llorar nunca más.

Sólo una palabra es necesaria

En esos primeros días, Sabina era como una mujer que hubiera resucitado. ¡Estaba tan emocionada por estar libre! Pero la realidad se hizo pronto presente: Aunque ya no estaba en la cárcel, seguía siendo una proscrita social, porque no sólo era la esposa de un prisionero, sino una ex-prisionera también.

Sin una tarjeta de racionamiento no podía comprar ni siquiera pan. Y conseguir una tarjeta fue imposible. Una mañana hizo fila y esperó durante cuatro horas frente a las oficinas del gobierno. Cuando llegó a la ventanilla, la empleada gruño:

¿Dónde está su tarjeta de trabajo? Sin ella no puede conseguir una tarjeta de racionamiento”.

“Pero soy una ex-prisionera, no puedo tener una tarjeta de trabajo” –le explicó.

“No puedo hacer nada al respecto. Si no hay tarjeta y número de trabajador, no hay tarjeta de racionamiento” –dijo la chica mirando ya a la persona que estaba detrás de Sabina en la fila.

“¡El que sigue!” –ordenó ásperamente.

Otra vez ella y su hijo se vieron obligados a sobrevivir dependiendo de la caridad de otras personas.

El apartamento y todas las pertenencias de los Wurmbrand habían sido confiscados por el gobierno. Afortunadamente en el edificio donde antes quedaba su apartamento vivían unos amigos quienes los invitaron a vivir en el pequeño ático de sólo dos habitaciones. Los muebles estaban destaralados, las camas viejas tenían resortes rotos y no había agua corriente ni baño. Pero Sabina estaba agradecida de tener a su hijo con ella otra vez, y estaba decidida a convertir el ático en un hogar.

Una mañana, varios meses después de su liberación, un funcionario del Ministerio del Interior se presentó a la puerta del ático. Era un hombre gordo con una voz pomposa y con cabellera negra partida por mitad. Llevaba un maletín tan lleno de papeles que amenazaba con reventarse.

El hombre la acusó de ser una mala madre y de no estar cuidando a su hijo adecuadamente. Sabina se sentó y lo escuchó en silencio. Sabía de antemano lo que venía.

“¿Qué caso había –dijo el hombre al fin– en seguir atada a su esposo, un contra revolucionario a quien nunca volvería a ver? Era una cuestión sencillamente de sentido común que una mujer joven e inteligente como ella se divorciara de este enemigo del estado. Si no lo hacía ahora, se iba a dar cuenta que tendría que hacerlo después. ¿Por

cuánto tiempo pensaba ella que podía enfrentar al estado en tan ciega y estúpida desobediencia?

El hombre utilizaba alternadamente la amenaza y la lisonja al pintar cuadros desgarradores del destino final de Sabina. ¿Amor? Él se reía del amor. ¡Amor! Nada más que basura. El amor no existía. Lo que ella necesitaba era un nuevo esposo, un nuevo padre para su hijo. No debía haber amor para los contra revolucionarios.

Ardiendo por dentro, Sabina pensó: *“Y usted se atreve a decirme eso en mi propio hogar? No me casé con mi esposo solo para los momentos felices. Fuimos unidos para siempre, y venga lo que venga, no me voy a divorciar de él”*

El hombre argumentó y presionó por otra media hora, y durante ese tiempo no dijo nada. Recordó en ese momento el viejo dicho: aun ni Dios puede contradecir a alguien que permanece callado.

Al fin el hombre se retiró meneando su redonda cabeza.

“Tarde o temprano usted vendrá donde nosotros” –dijo al traspasar la puerta– ¿Sabe una cosa? ¡Todas lo hacen!

A pesar de todo lo desagradable del incidente con el hombre, descubrió en la nube negra un ribete de plata: si los comunistas tanto querían que se divorciara, ¡entonces Richard tenía que estar vivo!

Sabina lo oyó bajar ruidosamente las escaleras. *“Va en camino a su próxima víctima –pensó con solemnidad– con la cual probablemente tendrá mejor suerte”*

Las autoridades hacían todo tipo de esfuerzo para obligar a las esposas de los prisioneros a divorciarse de ellos porque, en primer lugar, la voluntad y capacidad de un prisionero para resistir, aún para seguir viviendo, se desmoronaba cuando oía que había sido abandonado por la persona que prometió estar con él sin importar lo que pasara. Y segundo, porque un divorcio ayudaba a involucrar a las esposas en el estilo de vida comunista. Una vez que se terminaba el proceso de divorcio, las mujeres estaban ansiosas

por olvidar a sus esposos, tal vez debido a un complejo de culpa, y la manera fácil de hacerlo era siguiendo la línea de acción del partido.

Sabina conoció a cantidad de mujeres que repetían las consignas del gobierno y se mofaban de los prisioneros políticos, hombres a quienes una vez amaron y cuyos hijos ellas dieron a luz.

Tercero, los hijos sin padre estaban a merced del estado para ser adoctrinados desde temprana edad.

Sólo una palabra es necesaria para que todo ocurra. Cuando una esposa dice sí al divorcio oficial, éste causa todo lo demás. A los pocos días le dicen al esposo en frente de sus compañeros de prisión:

“Su esposa se está divorciando de usted”.

Entonces el hombre piensa: “*¿A quién le importo ahora? Soy un tonto al no querer ceder y firmar cualquier cosa, y salir libre de aquí*”. Pero aún sí firmaba no saldría libre en muchos años. Mientras tanto su esposa se casaba de nuevo y tenía hijos con su nuevo esposo. De esta manera muchos hogares, muchas familias y muchas vidas fueron destruidas.

Sabina animaba a muchas mujeres cuyos esposos estaban en prisión a prepararse para las visitas de los funcionarios del gobierno y a permanecer unidas a sus cónyuges, a amarlos tal como eran, no por lo que debían ser. Les aconsejaba recordar los momentos felices de su vida matrimonial e inspirarse en ellos para vencer las tentaciones.

Pero muy a menudo fracasaba en sus esfuerzos. Las presiones sobre las esposas de los prisioneros eran demasiado fuertes.

Otra tentación

Entonces llegó el momento en que Sabina, que para ese tiempo tenía cuarenta y tres años, tuvo que enfrentar otra tentación. Su nombre era Pablo. Al poco tiempo de tratarlo

supo que este hombre se estaba enamorando de ella. Él entró en su vida cuando no había vuelto a tener ninguna noticia de Richard, y comenzó a sentir que los años se le iban. Seguía preguntándose si su esposo estaría aún con vida. Muchos habían llegado a su puerta para decirle que habían estado en prisión con el pastor Richard Wurmbrand y que él había muerto. ¿Era verdad o sería otra treta de los comunistas?

Cuando pensaba en Pablo, a Sabina le era difícil escuchar sus propias palabras de sabiduría que a menudo había dirigido a otras mujeres. Pablo era amable y gentil, otro judío cristiano como ella. Vivía en un solo cuarto con sus padres ancianos y a veces llevaba a Mijai al cine o le ayudaba con las tareas de sus estudios. Muchas veces pensó Sabina: *“He aquí alguien con quien una mujer podría vivir en amor y confianza”*.

A veces Pablo tomaba una de sus manos cuando hablaban. Su relación nunca alcanzó el punto de lo que la iglesia o la ley llaman adulterio. Sin embargo sabía que era algo que estaba mal.

Un día su pastor se le acercó con una seria mirada en sus ojos:

“Sabina, tú sabes cuánto te aprecio, –le dijo–. Y eso no cambiará pase lo que pase. Te he conocido a ti y a Richard por muchos años, y espero que sepas que peques o no, ya sea que conserves la fe o la pierdas, igual seguiré preocupándome por ti porque sé lo que eres, no sólo lo que haces” –hablaba con rara emoción y sinceridad. Luego hizo una pausa antes de preguntar:

“Perdóname que te haga una pregunta, ¿Qué hay entre ti y Pablo?”

Sabina se quedó en silencio por un momento. Entonces el pastor continuó:

“No pienses que no he tenido este tipo de pruebas también. Pero, por favor Sabina, contesta mi pregunta”.

“Él está enamorado de mí” –y bajó su cabeza.

“Y tú... ¿estás enamorada de él?”

“No lo sé, –respondió con sinceridad–. Tal vez sí”

El pastor continuó:

“Recuerdo algo que Richard solía decir: “no hay pasión que se resista ante la fuerza de la razón”. Si haces una pausa, si tomas tiempo para pensarlo, podrás ver todo el daño que podrías hacerle a tu esposo y a tu hijo también. Ahora quiero que tomes una dura decisión, la más difícil que tengas que tomar. ¡No vuelvas a ver a este hombre!”

El pastor tenía razón. Esta era la “decisión más difícil”. Ella quería mantener el control de sus desbocadas emociones y negar sus sentimientos por Pablo, pero era también madre y mujer. Sabía que Pablo podría ser un buen esposo, un compañero considerado que disiparía su constante sentimiento de soledad, también sería un buen padre para Mijai. La tentación era casi más de lo que ella podía resistir, especialmente cuando los amigos de su propia iglesia le decían:

“Tu esposo está muerto. Has vivido una vida suficientemente dura, deja que este hombre te cuide, es un buen cristiano y te ama”.

Sólo su pastor había tenido el atrevimiento y estaba suficientemente preocupado por su bienestar para decirle lo que necesitaba escuchar. Sabía que Satanás quería destruir su testimonio. De modo que con gran dificultad le dijo a Pablo que no debían volver a verse, consagrandosu vida otra vez a esperar a Richard.

Las líneas en una postal

Pocas semanas después estaba Sabina en la iglesia fregando el piso cuando, su amiga Marieta, corrió hacia ella llevando una postal en la mano. Había lágrimas en sus ojos.

“Sabina, creo que es de... de...”

No pudo continuar sino que se arrodilló sin aliento sobre el piso húmedo al lado de Sabina.

Ésta última miró la tarjeta. Estaba firmada por "Vasile Georgescu". Pero la escritura de Richard, grande, irregular y hermosa, era inconfundible. A Sabina se le nublaron los ojos mientras apretaba la postal contra su pecho.

Ella sabía que los prisioneros políticos podían escribir sólo diez líneas censuradas, cuando les permitían escribir. ¿Qué podía decir Richard después de tantos años de no saber si su esposa estaba aún viva?

Sabina contuvo su aliento y con sus ojos llenos de lágrimas leyó las palabras de la tarjeta:

"El tiempo y la distancia apagan un amor pequeño, pero a un gran amor lo hacen aún más fuerte". Luego le pedía que fuera a verlo en cierta fecha en Tigul-Ocna, la cárcel hospital.

La postal de Richard fue la mejor noticia que Sabina pudo tener. Se le partió el corazón al saber que no podría asistir a la cita que le había pedido. Cada semana tenía que reportarse a la estación de policía en Bucarest, y continuamente habían rechazado su petición de levantarle la prohibición de salir de la ciudad. De modo que no estaría allí en el día indicado para ver a su querido esposo. Pero se alegraba al saber que Mijai la reemplazaría.

Tigul-Ocna está en el norte de Rumania, al otro lado de los Montes Carpatos. El tren desde Bucarest viaja cientos de kilómetros bordeando las montañas antes de llegar al pequeño pueblo. Sabina hizo los arreglos para que una amiga llamada "Tía Alicia" fuera con Mijai a la prisión. Pero sólo a Mijai le permitirían ver a Richard.

Sabina esperó ansiosa el regreso de su hijo. Éste y su amiga estuvieron fuera por dos días, durante ese tiempo miles de pensamientos y preocupaciones rondaron por su cabeza. ¿Podría ver Mijai a su padre? ¿Le permitirían a Richard recibir la ropa y los alimentos que ella le había enviado? Si estaba en una prisión sanatorio, debía estar muy enfermo. ¿Estaría en capacidad de estar en pie? ¿Podría hablarle a Mijai? ¿Y cuál sería la respuesta de Mijai al ver a su padre después

de todos estos años? ¿Se sentiría abrumado al ver su indudable mal estado de salud?

Regresaron tarde en una noche de diciembre. Sabina los oyó subiendo las escaleras y aún antes de llegar a la puerta, Alicia le gritó:

“¡Lo vimos! ¡Vimos a Richard, Sabina! ¡Está vivo! ¡Está bien!”

Entraron al apartamento con sus cuerpos llenos de nieve.

“¡Mijai! –Sabina se colgó de su cuello apretando sus mejillas contra la lana fría y congelada de su abrigo.

“¡Madre! Papá esta bien, me pidió decirte que sabe que pronto volverá a estar con nosotros. Si Dios pudo hacer un milagro y permitir que lo viera –reflexionó Mijai–, puede hacer dos y reunirnos de nuevo”.

Pronto todos tenían lágrimas en sus ojos.

“Tuvimos que esperar muchas horas bajo la nieve –dijo Alicia–. Nos dejaron entrar por la puerta principal y luego estuvimos tras una cerca que rodea el complejo de edificios del sanatorio. Los prisioneros tienen que cruzar un espacio abierto para llegar a una pequeña cabaña en donde reciben a los visitantes. Fue horrible verlos temblando de frío. Parecían como una banda de figuras oscuras y silenciosas que contrastaban con el brillo de la nieve. ¡Parecían fantasmas! Y entre todos ellos, caminando solo... venía Richard... Era inconfundible por su estatura. Yo agitaba mi mano como una loca saludándolo, pero él no pudo determinarme. Estábamos en una montonera y todo el mundo saludaba con las manos. Lo vi, pero sólo a Mijai le permitieron hablarle”.

En tales circunstancias no podían decirse mucho entre ellos, comentó Mijai. Pero las últimas palabras de su padre para él fueron:

“Mijai, el único regalo que te puedo dar como padre es decirte lo siguiente: busca siempre la máxima de las virtudes cristianas, la cual es conservar la medida en todas las cosas”.

Sabina guardó con cariño la postal de Richard entre las páginas de su Biblia. De vez en cuando la sacaba y la leía otra vez. Cuando volvieron a estar juntos él le contó que en el sanatorio se había convertido en un maestro para comprimir un mensaje con gran significado en las cartas reducidas que les permitían escribir a los prisioneros, tanto que los demás reclusos le pedían ayuda para que sus notas quedaran bien redactadas. También se contaban unos a otros lo que él les había sugerido, de modo que las palabras de Richard se regaron por todo el complejo. El resultado fue que docenas de prisioneros comenzaban el mensaje de sus postales con: *“El tiempo y la distancia apagan un amor pequeño, pero a un gran amor, lo hacen aún más fuerte”*. Así los mensajes de amor y esperanza que Richard escribía eran leídos y aplaudidos en muchos lugares. El predicador de la prisión había vuelto a su trabajo.

Una adorable mañana

El año 1956 comenzó con una situación de rebelión en todo el bloque comunista. Los “planes quinquenales” o planes a cinco años de los soviéticos no habían tenido éxito. Todavía había carencia de alimentos y los salarios eran bajos. Todas las esperanzas que surgieron cuando Stalin asumió el poder se habían desvanecido.

Luego, en Febrero, durante el vigésimo congreso del Partido Comunista, el primer ministro soviético, —Nikita Kruschov, pronunció un discurso secreto denunciando a Stalin y sus obras. Los rusos nunca lo publicaron, pero no mucho tiempo después cada país de Europa oriental sintió la tibia brisa de una política más cálida y benigna que soplabla desde Moscú.

Pronto llegaron los signos de la “desestalinización”. El gobierno— redujo el tamaño de las fuerzas gigantescas de la milicia y la policía secreta. Firmó contratos por millones de dólares con países occidentales para rescatar la economía. Flexibilizó la colectivización. Y lo que era mejor, centenares de presos políticos fueron liberados cada día bajo la cobertura de una amplia amnistía.

Sabina no se atrevía a pensar que Richard fuera a estar entre los liberados. No había recibido indicios ni ninguna señal que le indicara que lo liberarían pronto. Después de todo, todavía le quedaban pendientes varios años de su condena. Pero una adorable mañana de junio de 1956 se fue a visitar a unas amigas y, cuando regresó a casa, allí estaba él... Con la cabeza rapada y con más aspecto de esqueleto que de un ser vivo, ¡ahí estaba Richard al fin!

Sabina casi se desmaya cuando lo rodeó con sus brazos. Fue un abrazo que ella temió no volvería a sentir otra vez.

Esa noche vinieron amigos de todo Bucarest para saludarlo, y juntos compartieron risas y lágrimas muchas risas y muchas lágrimas.

Richard había sufrido lo indecible en la prisión. Fue martirizado con innumerables objetos de tortura y dopado con drogas. Tenía dieciocho cicatrices producidas por torturas en todo su cuerpo. Los médicos descubrieron posteriormente que sus pulmones estaban cubiertos con señales de la tuberculosis ya curada. Sencillamente no podían creer que hubiera sobrevivido ocho años y medio (casi tres de ellos en confinamiento solitario en la celda de un sótano) virtualmente sin ningún tratamiento. Ahora tenía la mejor cama en el hospital del distrito. Era sorprendente que a los prisioneros liberados los trataba la gente, donde quiera que iban, con suma amabilidad y generosidad. Se convirtieron en un grupo privilegiado en Rumania, una posición que enfurecía a los comunistas.

Poco después que Richard mejoró de salud, él y Sabina celebraron su vigésimo aniversario de bodas. Ninguno de los dos tenía un centavo para comprarle un regalo al otro, pero Richard se había ingeniado la manera de comprar y conservar una bonita libreta en donde escribió versos cada noche: poemas dedicados a Sabina, el amor de su vida. Ambos habían sobrevivido a la tentación y la tortura. Dios fue su fortaleza y el amor su motivación. Pero mientras una década trágica quedaba atrás, otra pesadilla estaba a la puerta.

"Manda tus ángeles que lo rodeen"

En la noche del 13 de enero de 1959, una mujer de la iglesia de Sabina llegó al apartamento de los Wurmbrand bañada en lágrimas. La semana anterior había pedido prestadas algunas copias de los sermones de Richard y centenares de fotocopias estaban circulando ahora en toda Rumania, algo que iba estrictamente en contra de la ley. La mujer venía a disculparse y a advertirle que la policía había registrado su apartamento confiscando el resto de las copias. Temía que no tardarían mucho en ir por él.

Se enteraron también por otro amigo que Richard había sido denunciado por un pastor joven que se decía ser su amigo. Ellos supieron que al hombre lo chantajearon y lo obligaron a firmar la denuncia bajo amenazas de encarcelamiento.

A la una de la mañana del día siguiente, rabiosos oficiales de policía golpearon otra vez en la puerta de los Wurmbrand e irrumpieron en el pequeño ático.

¿Usted es Richard Wurmbrand? –preguntó en voz alta el capitán a cargo de la operación–. Entren todos al otro cuarto y permanezcan allá”.

Otra vez el diminuto apartamento estaba lleno de hombres abriendo armarios, vaciando gavetas y tirando papeles al suelo. Sobre el escritorio de Richard encontraron páginas de notas, sermones escritos a máquina y Biblias gastadas. Todo lo confiscaron. Luego encontraron el regalo de aniversario de Sabina, la libreta en la cual Richard le había escrito los poemas de amor.

“Por favor no se lleven eso. Es algo muy personal, es un regalo. No tiene ninguna utilidad para ustedes –les suplicó Sabina. Pero se lo llevaron de todos modos.

El capitán esposó a Richard y lo sacaron del cuarto interior. Sabina habló atrevidamente:

“¿No les da vergüenza tratar de esta manera a personas inocentes?”

Richard trató de acercarse a ella, pero los hombres lo agarraron por los brazos y lo hicieron retroceder. Él los amenazó:

“No saldré de esta habitación sin luchar, a menos que me permitan abrazar a mi esposa”.

“Déjenlo que lo haga –dijo el capitán. Uno de los policías le removió las esposas. Se arrodillaron juntos y oraron rodeados por los policías secretos. Luego cantaron un himno quedamente y sus voces se quebraron al pronunciar las palabras

“El fundamento de la Iglesia, es Jesucristo el Señor”.

Una mano grande se posó en el hombro de Richard.

“Tenemos que irnos, son casi las cinco de la mañana” –dijo el capitán con suavidad. Era obvio que estaba desconcertado por el increíble amor de la pareja. Sus ojos estaban húmedos.

Esposaron a Richard otra vez y lo sacaron de la habitación. Sabina los siguió por las escaleras. En el primer piso se dio vuelta y dijo:

“Dale mi cariño a Mijai” –Hizo una pausa por un momento antes de agregar:

“Y al pastor que me denunció”.

Luego subieron a los vehículos. Cuando éstos partieron, sabina no pudo evitar correr tras ellos sobre la calle llena de hielo, llorando y gritando:

“¡Richard! ¡Mi querido Richard!”

La camioneta desapareció en la siguiente esquina y ella se detuvo sin aliento y con el corazón partido.

Luego regresó al ático en donde la puerta permanecía abierta. Se dejó caer al piso sollozando y musitando una oración:

“Señor, entrego a mi esposo en tus manos. No puedo hacer nada por él, pero tu puedes hacerlo pasar por puertas

aseguradas con cerrojos. Tú puedes mandar tus ángeles a su alrededor. ¡Tú puedes traérmelo otra vez!

Se sentó en la oscuridad a orar hasta que salió el sol. La tía Alicia vino esa mañana y la encontró todavía en el piso. La miró con ojos enrojecidos y llenos de lágrimas y le dijo:

“Otra vez... otra vez me han quitado a mi Richard...”

Epílogo

Richard estuvo ausente por otros seis años y Sabina tuvo tan sólo una oportunidad de verlo durante todo ese tiempo. Continuó diligente con su trabajo en la iglesia clandestina y esperó fielmente a su esposo, sin dudar un instante que Dios lo volvería a traer al hogar.

En diciembre de 1965, Richard fue rescatado mediante el pago de diez mil dólares por parte de la Misión Noruega a los Judíos, y de la Alianza Hebrea Cristiana. La tarifa en esos momentos por un prisionero político era de quince mil dólares. Richard y Sabina no querían salir de Rumania, su patria, pero los creyentes de la iglesia clandestina los convencieron que se fueran y así convertirse en una voz para todos los que estaban siendo perseguidos por causa de su fe, además de ser un testimonio del increíble amor de Dios en los más duros momentos. Al año siguiente, Richard, Sabina y Mijai arribaron a los Estados Unidos.

Afrontando amenazas de los comunistas, la familia Wurmbrand se convirtió de inmediato en la voz de sus hermanos y hermanas cuya fe estaba bajo fuego.

En Octubre de 1967, con sólo cien dólares y una vieja máquina de escribir ubicada en la mesa de la cocina, escribieron los Wurmbrand el primer ejemplar del boletín *La Voz de los Mártires*. Desde ese primer número, el boletín se ha seguido publicando regularmente, distribuyéndose casi diez millones de copias en muchos idiomas en todo el mundo.

Desde que llegaron a los Estados Unidos, Richard y Sabina trabajaron incansablemente para comunicar el mensaje de

amor y esperanza en medio de la persecución y el martirio. Sus vidas fueron enriquecidas por las pruebas que soportaron.

Poco antes de morir a causa de un cáncer en agosto del 2000, Sabina llamó a su amado Richard (quien también estaba muy enfermo) al lado de su cama. En presencia de un pequeño grupo de amigos, le dijo cuánto lo había amado y le pidió perdón por cualquier falta cometida en su vida. Estaba soportando tremendos dolores en ese momento, pero se negó a recibir sedantes a fin de estar despierta y lúcida cuando tuviera que decir adiós a esta vida temporal que le había infligido tanto dolor, pero que también le proporcionó mucha alegría.

La suya fue una vida sustentada por el amor de Cristo y el amor que demostró a todos los que la conocieron.

Tara: corriendo siempre en la vida

Pakistan

Junio de 1985

El cartero caminó hacia la mansión familiar y observó por la ventana. El pórtico de la entrada era tan grande como una de las casas completas de las aldeas de Pakistán.

“Traigo un paquete para Tara –dijo el cartero cuando un sirviente de la familia abrió la puerta–. Necesito que ella firme. ¿Puedo entrar?”

Llevaba en sus manos una caja de cartón de tamaño mediano y una pluma.

“No, no puede entrar –respondió el criado con severidad–. Entrégueme el paquete y se lo llevaré a Tara. Su padre no permite que salga a la puerta”

“Está bien –asintió el hombre de mala gana– pero necesito una firma de Tara o de alguien con autoridad. De otro modo no puedo dejar el paquete. ¿Me entiende?”

“Sí, sí, –dijo el criado impaciente y extendiendo sus manos–. Ahora por favor, entrégueme el paquete”.

Tara escuchaba desde la esquina y se preguntó cuál era el alboroto y quién le habría enviado ese paquete.

“¿Qué es esto? –le preguntó al sirviente–. ¿De quién es?”

El criado se encogió de hombros y le entregó a Tara el papel para que lo firmara. Ella escribió su nombre y luego cogió la caja. Era más pesada de lo que esperaba. La agarró con las dos manos y entró a su cuarto cerrando la puerta tras sí.

Aunque su familia era bastante grande, Tara tenía su propio cuarto bien amoblado. En el lado opuesto de las amplias ventanas estaban los roperos empotrados y a lado y lado de la cama tenía atractivas mesitas de noche y sobre cada una de ellas una elegante lámpara de cristal. El padre tenía un lindo lugar para su hija y su cuarto estaba lleno de pródigos regalos con los cuales la había abrumado.

Ahora bien, ella estaba tan emocionada como cualquier niña de doce años de edad que recibiera inesperadamente un paquete a través del correo. Puso la caja en el suelo, se arrodilló frente a ella y rompió la cinta que aseguraba sus tapas. Miró al interior y su alegre curiosidad se tornó en alarma. Se puso de pie y corrió hacia la puerta, sacó la cabeza y escrutó el pasillo para asegurarse de que no había nadie cerca. Otra vez cerró la puerta, pero esta vez con seguro, y regresó junto a la caja abierta en el centro de la habitación.

Una voz interior le decía que debía entregarle la caja a su padre. *Esa era la cosa más segura que podía hacer*, se dijo a sí misma. Podía decirle a su padre sencillamente que no tenía idea porque el paquete había llegado con su nombre. Pero la verdad era que Tara sí sabía por qué. La caja contenía algo que ella había solicitado. Algunas semanas atrás llenó un pequeño cupón que apareció en el periódico local y lo envió por correo. Ahora lo solicitado había llegado y temía lo que podía ocurrir si la descubrían con él. Su mente joven empezó a trabajar con rapidez. Tenía que decidir si se quedaba con el paquete, escondiéndolo, por supuesto, o le comunicaba el hecho a su padre.

Su curiosidad superó su temor y sacó uno de los libros pequeños que contenía la caja. En su suave cubierta color

marfil éste tenía una sola palabra como título: "Génesis" Se sentó sobre su cama y empezó a leer.

Desde el primer día que el curso bíblico llegó, Tara escudriñó escrupulosamente el material y completó dos o más cursos casi semanalmente. Depositó los exámenes que venían con ellos en los sobres para tal efecto, y le pidió a un sirviente de la casa que los depositara en el correo. Poco tiempo después llegó en el correo un certificado con felicitaciones por el éxito obtenido.

Tara provenía de una familia muy prominente y estrictamente musulmana conocida en todo Pakistán y no tenía ninguna intención de cambiar su fe. Sencillamente se sintió atrapada en el estudio de la Biblia, disfrutando especialmente el recibo de los hermosos certificados. Era algo fácil y divertido, también le ofrecía un emocionante ingrediente de peligro al tener que esconder diariamente la caja y su contenido debajo de la cama. A los sirvientes que le ayudaban a enviar y recibir el correo les había hecho prometer bajo juramento que guardarían el secreto. Cada uno sabía que su padre se pondría furioso si llegaba a enterarse, pero también sabían que Tara era su hija consentida. Se enojaría, sí, pero lo más probable es que la regañaría y sencillamente le quitaría los currículos. Ella sólo estaba divirtiéndose. *¿Qué daño podía causarle el estudio?*, se dijo a sí misma.

Dos años y medio después envió el último examen. Había terminado todo el curso y estudiado cada libro de la Biblia. Sintió una gran satisfacción por haber completado un curso tan largo; estaba asombrada que todo esto se lo hubieran enviado gratuitamente, también que hubiese podido mantener el asunto en secreto. Pocas semanas más tarde se sorprendió aún más con el arribo de otra caja. Era mucho más pequeña que la que había traído el curso, pero relativamente más pesada teniendo en cuenta su tamaño. Sabía que venía de la misma gente que le envió el curso y los certificados, pero no tenía idea de lo que ahora contenía la cajita. Para asombro suyo era una hermosa Biblia azul

con borde dorado en sus páginas. Era el libro más hermoso que Tara había visto alguna vez. Lo abrió y en la primera página encontró su nombre escrito en un tipo de letra hermosa, y un reconocimiento por haber completado el curso de toda la Biblia. Hojeó con cuidado las finas páginas antes de esconder su nuevo regalo bajo su cama junto con los demás libros. Tener los currículos ya era suficientemente riesgoso. Pero si la descubrían con una Biblia el caso se le convertiría en un infierno.

En realidad no sabía ni la mitad de lo que ocurriría.

El cristiano

El año siguiente, al terminar con honores su décimo grado escolar, Tara fue invitada a realizar un estudio comparativo de religión en Irán. Su familia hacía peregrinajes con bastante frecuencia a ese país, así que estaba deseosa de asumir el reto de estudiar allí. Creía también que su estudio secreto de la Biblia le proporcionaría un buen comienzo en el estudio del cristianismo.

Su familia la acompañó en su viaje, y fue mientras estuvo allí, en Irán, que conoció por primera vez a un cristiano. Ocurrió al salir de su hotel una tarde que planeaba tomar fotos de la parte exterior de la mezquita local para una presentación que le habían asignado en su clase. Era peligroso para una jovencita extranjera movilizarse sola, pero Tara le prometió a su hermano mayor que permanecería cerca del hotel

Mientras caminaba por los alrededores, tomando fotos, se encontró con una escena curiosa. Un hombre estaba sentado en el suelo junto a una chica unos pocos años menor que ella. Tenía sus manos entrelazadas y su mirada dirigida al cielo, como si estuviera hablando con alguien.

“¿Qué está haciendo usted?” –le preguntó Tara sintiendo una extraña atracción hacia este hombre.

“Estoy hablando con Dios” –le respondió con sencillez.

“Usted no puede hablar con Dios –argumentó Tara con una risa inocente–. Él no va a descender a hablar con usted, y usted no puede ascender donde Él está a menos que se muera. De modo que, ¿cómo puede decir tal cosa, que está hablando con Dios?”

El hombre miró a la chica con paciencia y con una sonrisa agregó:

“No solamente hablé con Dios sino que recibí respuesta”.

Ahora Tara estaba segura que el hombre estaba loco.

“¿Qué tuvo *respuesta*? Usted no es ni un profeta ni un ángel. ¿Cómo puede recibir respuesta de Dios?”

“¿Quieres saber cómo puedes hablar con Dios?”

“Sí, por supuesto, me gustaría saber” –respondió la chica. No le creía al hombre ni una palabra, pero quería escuchar su explicación sin importar lo frívola que fuera.

“Entonces reúnete conmigo mañana a las cuatro en punto. Aquí te voy a escribir la dirección. Sacando un pedazo de papel en blanco, el hombre le escribió la dirección de su iglesia y las instrucciones para llegar allá.

“Ve allá y no sólo aprenderás cómo hablar con Dios sino que sabrás también que te ama”.

Cuando Tara regresó al hotel y le contó la experiencia a su hermano, éste se puso furioso.

“¿Qué es lo que estás pensando? Tú no puedes ir a ese lugar. ¡Eso es una iglesia cristiana! Esto es Irán y tú eres musulmana. ¡Te podrían ahorcar si te encuentran en un lugar como ese!”

“Me han asignado la tarea de hacer un estudio comparativo de diferentes religiones. ¿Cómo puedo completar mis estudios si no realizo mi investigación?” –protestó la chica.

La discusión terminó tras un acuerdo en que el hermano se comprometía a hacer una petición oficial a la estación de policía local para visitar la iglesia. De aquí lo enviaron a la

sede del gobierno en donde le concedieron el permiso. Pero los funcionarios exigieron que estuviera acompañada por doce oficiales, además de su hermano, cuando visitara la iglesia.

“No tienes porque tener miedo –le dijo su hermano–. Voy a estar afuera, junto a la puerta con la policía, por si acaso ocurre algo”.

Tara se preguntó qué podría ocurrir en una iglesia que demandara tal dispositivo de seguridad.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, entró a la iglesia. Caminó lentamente y su cuerpo temblaba mientras los guardias de seguridad y su hermano esperaban afuera. Excepto del hombre del día anterior, ella no había conocido antes a alguien que no fuera musulmán. Se preguntaba cómo lucirían los cristianos, cuál sería su manera de actuar. ¿Serían peligrosos?

Encontró un asiento en la parte posterior de la iglesia. Escogió un lugar cercano a la entrada principal de modo que pudiera efectuar una salida rápida, si era necesario. La mayoría de las bancas de madera ya estaban llenas, y el canto ya había comenzado. Los miembros de la iglesia cantaban diferentes coros y ella creyó reconocer en la letra de ellos algunos de los versículos que había estudiado en los currículos de la Biblia. Después de los cantos un hombre subió a la plataforma y empezó a hablar de la oración. Dijo que cualquiera que hubiera recibido respuesta a una oración, debía pasar adelante.

Mientras unas cuantas personas pasaban adelante, Tara vio al hombre con quien se había encontrado el día anterior. Llevaba una niña de unos ocho años y pensó que sería otra de sus hijas. Esta niña parecía completamente parálitica. Su bracito caía flácido sobre la espalda de su padre mientras la cargaba. Tenía mirada vacía y escasamente parecía estar viva.

El hombre pasó al frente y comenzó a orar en voz alta pidiéndole a Dios que sanara a su hija. Otros en la iglesia

se unieron a él en la oración suplicando a Dios por sanidad para la niña. Otra vez Tara pensó que una persona tenía que estar loca para hablarle a Dios de esta manera. ¿Por qué habría de descender Dios para ayudar a esta niña? Para ella esto no tenía ningún sentido. Pero, a pesar de su escepticismo, estaba como hipnotizada por la actividad y quiso recordar todo lo que ocurría para describirlo después en su tesis.

Entonces Tara notó que la niña paralítica estaba comenzando a moverse. Sus piernitas se estiraron lentamente y su padre la bajó al suelo y con ternura trató de ayudarle a permanecer en pie.

“¡Dios mío! ¡No puedo creer que esto esté ocurriendo!”—pensó Tara asombrada.

Quienes estaban en la iglesia cantaban otra vez canciones a Dios mientras la pequeña, que había sido sanada de la aflicción que la tenía paralítica, caminaba por el centro del pasillo de la iglesia y miraba a Tara directamente a sus ojos. Cuando llegó a la banca donde Tara estaba sentada, le dijo sencillamente, ‘Emanuel’, y luego dio vuelta y regresó por el pasillo donde su padre.

Tara estaba aterrorizada por lo que había ocurrido y por todos los pensamientos que rondaban por su mente. ¿Por qué vendría esta niña donde ella y no donde cualquiera de las otras personas que había en la iglesia? ¿Cómo fueron restauradas sus piernas? ¿Y qué significaba la palabra *Emanuel*? El estudio de religiones que debía realizar estaba produciendo más preguntas que respuestas. Tomó la determinación de comprender lo que estaba ocurriendo.

No se atrevió a decirle absolutamente a nadie lo que había presenciado en la Iglesia. Pero ciertamente no lo podía olvidar. Después, cuando regresó a Pakistán, fue al único lugar en donde pensaba que podía encontrar algunas de las respuestas. Acudió a su Biblia de color azul. En esta ocasión no leía para pasar un examen; ahora buscaba con diligencia la verdad. Cada día escudriñaba las Escrituras tratando de comprender la diferencia entre la Biblia y el Co-

rán, y procurando descubrir por qué los musulmanes estaban en contra de los cristianos.

Pensaba que *“el Dios de los cristianos tiene que ser real. Si no, ¿cómo puede oírlos cuando oran?”*

Traicionada

Finalmente se dio cuenta que había llegado tan lejos como podía por su cuenta. Tenía que hablar con alguien. En vez de ilustrarla el curso de religión y las cosas que presenció en la iglesia y leyó en la Biblia, se crearon preguntas adicionales y desesperadamente quería comprender lo que estaba pasando.

“Papito, voy a salir con algunos amigos” –le dijo Tara a su padre mientras se preparaba para salir.

Fue la primera vez en sus dieciséis años de vida que le mintió a su padre y sintió el complejo de culpa en todo su cuerpo cuando salió de la casa grande y lujosa de su familia. Pero tenía que descubrir todo lo relacionado con la fe cristiana. Y la única forma que veía para hacerlo era volviendo a una de sus iglesias.

Recorrió su camino hasta llegar a una iglesia y otra vez se sentó en una de las bancas de atrás del santuario cuando el culto comenzaba. Después se presentó a sí misma al hombre que dirigió el servicio y le dijo que deseaba hacerle algunas preguntas. El pastor estuvo de acuerdo. Tara suponía que una iglesia era una iglesia, y un cristiano era un cristiano, y cualquiera estaba en capacidad de ayudarla. Desafortunadamente en este caso estaba equivocada.

El pastor se sintió un tanto incómodo con las muchas preguntas de la joven quien acudía semana tras semana para hablar con él. Él hombre se preocupó por su propia seguridad, y en más de una ocasión le dijo que era mejor que no volviera

“¿Pero a dónde más puedo ir para encontrar estas respuestas?” –le replicó la chica.

Tara: corriendo siempre en la vida

Su persistencia lo convenció por un tiempo, pero finalmente el hombre sintió que el riesgo era demasiado grande. Pensando en liberarse de cualquier problema futuro, se reunió con el padre de Tara y le informó que la chica había estado yendo a su iglesia y haciéndole muchas preguntas acerca de la Biblia. En pocos minutos había traicionado a una adolescente musulmana que trataba de saber quién era Dios realmente.

“¿Qué diablos piensas que estás haciendo? –le gritó el padre a su hija cuando llegó a su hogar por la noche—. ¿Tienes idea de la vergüenza que me has causado a mí y a la familia? ¿Cómo has podido reunirte con ese hombre? Él no es musulmán. ¡Es un cristiano! ¿Cómo puedes ser tan estúpida? ¿Te has convertido en Cristiana?”

Tara estaba aterrada por la ira de su padre; nunca le había conocido esa faceta. Trató de explicarle que ella sólo estaba haciendo preguntas y no tenía ninguna intención de convertirse al cristianismo, pero él no la escuchó. Sumamente enojado le ordenó que saliera de su presencia. Ella corrió fuera del cuarto bañada en lágrimas. No tenía idea en qué se había metido ni de la manera de apaciguar la ira de su padre.

Todavía tenía preguntas sin responder. Al regresar a su cuarto, a pesar del duro incidente que acababa de soportar, se sintió atraída por el pequeño libro de cubierta azul. Limpiándose las lágrimas abrió su Biblia y se esforzó por leer mientras el eco del furioso arrebató de su padre todavía resonaba en su mente.

Las antiguas palabras del libro penetraron gradualmente en ella mitigando su ansiedad y animándola con el amor de Dios. Estaba tan absorta en la lectura de la Escritura que perdió la noción del tiempo y no se dio cuenta que su padre había entrado a la habitación. En un principio su aspecto revelaba que lamentaba haber gritado tan horriblemente a su hijita, pero cuando vio lo que estaba leyendo su arrepentimiento se convirtió en ira.

Corazones de Fuego

“¡Eres cristiana! ¡Ya sé que lo eres!” –gritó.

“Papito, te lo aseguro, no soy cristiana. Es sólo curiosidad. ¡Tienes que creerme!”

“¡No me mientas! Entonces, ¿por qué estás leyendo una Biblia?”

“¡Por favor, papito! Es solamente un libro lo que estoy leyendo. Tú sabes que he estado estudiando mucho últimamente”.

Tara trataba desesperadamente de convencerlo cuando su mano se estrelló contra su cara.

“¿Cómo puedes hacerle esto a nuestra familia? ¡Nosotros somos musulmanes!

Ella retrocedió aterrada y dolorida. Le era imposible creer que su padre la hubiera golpeado. Pero él la golpeó otra vez.

“Nacimos como musulmanes y moriremos siendo musulmanes. Y tú... ¡Tu ya no eres mi hija!”

Los lamentos de Tara atrajeron a su cuarto a su hermano mayor para ver qué estaba pasando.

“¡Tu hermana se convertido en cristiana! ¡Ha estado visitando un pastor y ahora la encuentro leyendo una Biblia!”

Al oír la acusación, la preocupación de su hermano se tornó en ira y siguiendo el ejemplo de su padre también la golpeó. Su mirada se posó en la Biblia azul y perversamente comenzó a despedazar las páginas de canto dorado. El padre encontró un cinturón, lo dobló en dos y descargó latigazos en el rostro y espalda de su hija que estaba en el piso gritando histérica.

“Padre, tienes que encontrarle un marido. Y hacerlo rápido antes de que esto llegue más lejos” –dijo el hermano con su rostro rojo de la ira. El padre meneaba su cabeza y los dos hombres salieron de la habitación.

"Emanuel, Emanuel"

Cuando Tara quedó sola tendida en el piso y llorando, elevó su primera oración:

"Dios, no sé de qué están hablando mi padre y mi hermano. No soy cristiana; soy musulmana. Pero ahora no sé qué camino seguir. Por favor, muéstramelo y yo te seguiré".

Sintió una paz extraña después de orar, allí mismo sobre el piso se quedó profundamente dormida. Después de un rato sintió que alguien levantaba su cabeza y acariciaba tiernamente su mejilla. Podía oír una voz; parecía como si alguien en el fondo se aproximara hacia ella. La voz estaba diciendo: "Emanuel, Emanuel". Tara se sentó rápidamente y miró a su alrededor en todo el cuarto, y se dio cuenta que estaba vacío. Al recordar el extraño sueño —¿fue realmente un sueño?— trató de repetir la extraña palabra que justamente acababa de escuchar por segunda vez: "Emanuel".

Se recostó en su cama a recordar el incidente en Irán. ¿Qué significado tenía? ¿Y por qué seguía oyendo esa palabra?

Con suavidad tocó su rostro adolorido. Jamás en su vida la había golpeado su padre. Tara estaba anonadada por la ira de su progenitor y por ese deseo de castigarla. Él y ella habían mantenido siempre una relación estrecha. Pero ahora sabía que no volvería a ser así. Se dio cuenta que no se podía contener fácilmente la ira de su padre, pero tampoco su propia obstinación en la búsqueda de la verdad.

Pocos días después el padre de Tara se sentó al lado de su hija quien todavía tenía el rostro lastimado por los golpes. Otra vez se le acercó con una mirada angustiada en sus ojos.

Tara, siento mucho lo que hice, —le dijo—. Es vergonzoso que un padre maltrate a su hija. Tienes que entender que no quise lastimarte. La impresión que me diste sencillamente fue más de lo que pude soportar. Por favor perdóname".

Tara se sentó silenciosa y no se permitió volver a confiar plenamente en la ternura de su padre.

“Sé que es tiempo de que te cases” –agregó.

Tara recordó lo que su hermano había dicho después de la golpiza. Pero ella era sólo una niña de dieciséis años y no tenía intención de casarse.

“Papito, soy demasiado joven para casarme. Yo quiero terminar mis estudios” –le respondió procurando mostrarse calmada.

Su padre se puso de pie y dijo con voz más firme:

“Dije que lo mejor será que te cases. Eso no es una sugerencia”.

Tara tembló ante la frialdad en su voz, pero no estaba dispuesta a darse por vencida tan fácilmente.

“No, papito, no quiero casarme. Soy demasiado joven y quiero terminar mi educación primero. No quiero un matrimonio arreglado, papito. ¿Quién es él? ¿Cómo se llama? ¿Qué religión tiene?”

Las palabras se le salieron antes de que se diera cuenta lo que estaba diciendo. Era algo estúpido que una chica musulmana dijera tal cosa. Para su familia sólo existía una religión: el Islam. Su padre furioso gritó otra vez:

“¿Qué quieres decir con eso de que cuál es su religión? ¡Tenemos sólo una religión aquí! ¡Somos musulmanes! –La agarró por el brazo, la atrajo hacia él y la miró a sus ojos– ¡Tú eres cristiana! ¡Sí, eres cristiana! ¡Ahora lo sé con seguridad!”

Antes de que ella pudiera decir una palabra en su defensa otra vez su padre estaba sacudiéndola y abofeteándola. Estaba firmemente convencido que su hija se había convertido al cristianismo y en respuesta hizo lo que creía era su deber.

Mientras su padre golpeaba su rostro otra de sus hermanas entró a la habitación gritando aterrorizada.

Inconmovibles ante las súplicas de los miembros de su familia y de los sirvientes que estaban cerca, el padre metió a Tara a la habitación y se encerró allí con ella y con el hermano mayor.

Su padre y su hermano la golpearon con lo que encontraron a la mano: el cable de la lámpara eléctrica y la vara del armario. Luego cogieron todas sus pertenencias, su cama, sus vestidos, los objetos electrónicos, la alfombra, todo, y lo sacaron al pasillo. Cuando terminó la terrible escena, Tara yacía sobre una mancha de sangre en el piso en mitad de su cuarto que ahora estaba vacío. Las últimas palabras de su padre antes de cerrar la puerta fueron:

“O te casas o te mueres. Es tu elección. Si tú eres cristiana no hay lugar para ti en esta ciudad. Pero si te casas entonces puedes seguir siendo mi hija. De otro modo morirás aquí sola”.

El escape

Tara yacía en el baldosín frío flotando entre la inconsciencia y la consciencia. No le permitieron a nadie que la ayudara. Su familia pensaba que ella seguramente recuperaría su buen juicio si la dejaban sola sin alimento y sin atención médica.

Al tercer día procuró incorporarse pero la sangre seca en su cabello lo tenía pegado al piso. Estaba aturdida tratando de asimilar todo lo que había ocurrido. Sintió náuseas mientras la tristeza la inundaba a medida que revisaba sus heridas. Jamás pudo imaginar que la búsqueda de Dios la llevaría a esa terrible situación. Pero ahora tenía sólo una idea en mente: escapar para salvar su vida. Sin haber pasado nunca un día fuera de su hogar y de su familia, no tenía la menor idea de lo que debía hacer, pero eso no importaba. De todos modos sabía que tenía que irse.

Esforzándose se acercó al armario para ver si le habían dejado alguna cosa, y encontró lo único que su padre y su hermano pasaron por alto: una valija pequeña que utilizó en su último viaje a Irán. En ella habían unos cuantos ves-

tidos, algo de dinero, además de algunas joyas y su pasaporte. Con calma se cambió sus ropas ensangrentadas haciendo gestos de dolor en cada movimiento. Cuando estuvo lista se paró en medio de su habitación y miró a su alrededor por última vez. Estaba consciente que si se iba jamás podría regresar. En su cultura, escaparse era casi tan malo como convertirse en cristiana, y sabía que su familia nunca podría aceptar la humillación. Y si la atrapaban, la matarían, con toda seguridad.

Con el corazón sobrecargado, se escapó de su cuarto a través de la ventana y discretamente recorrió la distancia hasta la estación de autobuses. Estaba lastimada, entumecida y con el corazón partido, lo único que la impulsaba a irse era el temor de lo que su padre y su hermano le harían si la encontraban además el hambre en su corazón por conocer más sobre el Dios de los cristianos.

Cuando llegó la terminal de autobuses, compró un boleto de ida para una ciudad ubicada a varias horas de distancia, un lugar que le era vagamente familiar, y planeó buscar refugio en una iglesia que había visto allí. Pensó que de seguro cualquier persona cristiana le ayudaría.

El viaje en el bus fue largo y la gente la miraba y hablaba en secreto acerca de la adolescente ensangrentada. Siendo una chica atractiva, miembro de una prominente familia, la agobiaba la humillación al cavilar en lo que los demás pasajeros estarían pensando. Esto era una nueva experiencia para ella y sólo esperaba que su búsqueda de Dios tuviera el valor de aquello a lo cual había renunciado. Trató de evitar las miradas de quienes la rodeaban y a la vez confió que estos extraños no la denunciaran a la policía. En su país las mujeres tenían pocos derechos y rara vez se les veía en público sin la compañía de un miembro varón de su familia.

Cuando el bus llegó finalmente al destino planeado, Tara se bajó rápidamente y procuró mezclarse con la multitud, una cosa no tan fácil de hacer dada la apariencia de su

Tara: corriendo siempre en la vida

cuerpo herido y sangrante, pero pensó que tan pronto llegara a la iglesia podría bañarse y limpiar sus heridas.

Cuando llegó a la iglesia fue recibida por un oficial del Ejército de Salvación que se paró fuera de la puerta. Para su sorpresa el hombre trató de disuadirla de buscar ayuda allí.

“Si yo fuera usted no querría estar a solas con el líder de esta iglesia. Corren algunos rumores...” –dijo.

La chica estaba al borde de las lágrimas.

“¿Y qué rumores? –preguntó-. Yo creía que un cristiano es un cristiano, ¿y ahora usted me dice que esta iglesia no es buena para mí? ¿Para esto dejé mi hogar?”

“¡Venga conmigo! –le dijo el hombre con amabilidad-. Yo le puedo ayudar y la puedo proteger”.

Aunque la chica tenía gran desconfianza de ir a su hogar, no parecía tener otra alternativa. Con bastante dudas y recelos lo acompañó. Resultó ser que este hombre tenía una esposa y dos hijos, y todos en la familia la trataron con amabilidad durante unas dos semanas. Después empezaron a correr rumores; la esposa sospechaba que tal vez su esposo quería tener una aventura con la joven y hermosa huésped. Finalmente Tara no pudo soportar más la tensión y le pidió al hombre que la llevara a algún otro lugar.

“Usted debe conocer a alguien en otra ciudad que pueda ayudarme, –le suplicó-. Tan sólo lléveme allá y encontraré un trabajo. Aprecio su ayuda pero no quiero causar más problemas a su familia”.

“Sí. Conozco a un hombre que la va a ayudar. En realidad él también es oriundo de su ciudad” –dijo el oficial del Ejército de Salvación”.

Tara se llenó de temor cuando oyó sus palabras.

“No creo que sea buena idea, –le dijo-. Por favor, mi padre no sabe dónde estoy, y *no quiero* que lo sepa. Por favor no me haga esto”.

“No se preocupe, –la tranquilizó el hombre–. lo conozco Y sé que la ayudará”.

El tío repudiado

Con sus opciones agotadas, la chica accedió a encontrarse con el hombre. Pero cuando lo vio esperando en el lugar previamente determinado, casi se desmaya.

“¡Es mi padre! ¡Usted me engañó! –gritó Tara.

“No, no es su padre. Le aseguro que no, –dijo el hombre–. Vaya y encuéntrese con él”.

La chica descubrió con asombro que el hombre era en realidad un tío a quien nunca había conocido; un hombre con un asombroso parecido a su padre.

“¿Por qué mi padre nunca nos habló de usted? –preguntó la chica.

“Me convertí en cristiano en 1952, antes que la ley Sharia entrara en vigor, –le explicó su tío refiriéndose a la adopción por parte del país del código islámico–. Antes de esa fecha era legal convertirse pero no era socialmente aceptable. Tu padre me repudió. Desde entonces he estado trabajando en este lugar como pastor. Ahora veo que Dios te ha enviado aquí. No te preocupes, te voy a cuidar; vas a ser como mi hija”.

Tara se sintió aliviada. En su interior comenzó a crecer la esperanza; tal vez podría establecerse allí, conseguir un empleo y continuar sus estudios.

Pronto se dio cuenta que su tío era un hombre generoso, y rápidamente empezó a quererlo y admirarlo. Pasaba con ella largas horas hablando acerca del cristianismo y él le respondió todas sus preguntas. Incluso le explicó el significado de la palabra *Emanuel*.

Después de un par de meses de estar viviendo en el hogar de su tío y de estudiar con él, adquirió un sólido conocimiento acerca de Jesús. Finalmente oró pidiéndole a Dios

Tara: corriendo siempre en la vida

que perdonara todos sus pecados, y entregó su corazón totalmente a Dios.

La búsqueda de Dios emprendida por ella estaba dando resultados, pero sus pruebas apenas comenzaban...

Los problemas empezaron otra vez cuando recibieron un día la visita de uno de sus primos quien creyó reconocer a Tara.

“Ah, no, -le aseguró su tío-. Ella es sólo una niña amiga que está con nosotros de visita por un tiempo”.

Pero el joven no quedó convencido y cuando regresó a su hogar llamó al padre de Tara y le dijo que creía que la chica que estaba en el hogar de su tío, era su hija.

Pocos días después estaba Tara trabajando en la cocina cuando escuchó pasos apurados afuera. Se levantó para dirigirse allí pero casi choca con su tío que irrumpió frenético.

“¡Es tu padre! ¡Viene hacia acá! ¡Tienes que irte, Tara! Vete al campo, a la finca de mis amigos de la que te hablé antes. Aquí tienes algo de dinero; ahora ¡corre! Y no te preocupes. No le diré nada a tu padre. Iré por ti en unos cuantos días”.

Su padre y su hermano estaban literalmente frente a la puerta principal cuando ella escapó por la puerta trasera. No tuvo tiempo de pensar, sólo de correr. La presión del momento la hizo correr tan rápido como pudo. Buscó a tientas en sus bolsillos la dirección que su tío le había hecho llevar consigo permanentemente, para el caso de que algo como esto ocurriera.

Sin un aliento y con dolor llegó finalmente a la calle principal y disminuyó un poco el paso. No quería provocar sospechas en esta parte congestionada de la ciudad. Después de abordar un taxi se hundió en el asiento y cerró los ojos. No podía creer que estaba corriendo otra vez, tan sólo dos cortos meses después de estar viviendo con su tío desconocido. Pero aunque la tensión por haber tenido que correr tan rápido

hizo que su corazón palpitara aceleradamente en su pecho, una extraña calma inundó su interior. Oró en silencio por su padre y su hermano, y le pidió a Dios que no le fueran a causar mucho problema a su tío.

Tara estuvo en la finca durante diez días mientras las cosas se arreglaban en la ciudad. Finalmente su tío vino a verla y estaba ansiosa por volver al hogar con él. Pero cuando vio el semblante y la mirada de su tío, se asustó.

“¿Pasa algo malo, tío? –le preguntó.

“Tara, tú sabes cuánto he disfrutado al tenerte conmigo estos dos últimos meses, –comenzó diciendo, mirándola siempre a los ojos–. Sentí como si Dios me hubiera dado la hija que siempre anhelé, tanto en la carne como espiritualmente. Pero no puedes volver conmigo. Es demasiado peligroso. Siento mucho ser la persona que lo dice, pero tu padre dijo que tienes que morir. Dijo que es una cuestión de honor para él y su familia”.

Tara sabía que lo que su tío le estaba diciendo era verdad. Sabía que su padre y sus hermanos nunca dejarían de buscarla, y no tenía ninguna duda de lo que ocurriría si llegaban a atraparla. Sintió inclinaciones de auto compasión nublando su mente, pero la tristeza en los ojos de su tío punzó su corazón y le ayudó a desviar la atención de sí misma y de su desgracia.

“Tío, por favor, no te aflijas, –le dijo apretando su mano–. Yo soy la que debe disculparse por causarte tanto problema. Me diste las respuestas que estaba buscando y ahora tengo una paz que nunca había experimentado antes. Jamás podré pagarte por eso”.

Se despidieron con lágrimas y Tara se preparó para salir otra vez en busca de otro hogar. Su tío había hecho arreglos para que fuera a vivir con una familia que conocía en una ciudad distante. Al partir procuró ocultar de su tío sus preocupaciones. Pero en su interior se preguntaba si algún día podría dejar de correr...

Prisionera en su refugio

En su nuevo hogar recibieron a Tara con los brazos abiertos. La familia estaba compuesta por un pastor de la localidad, su esposa y sus tres hijos. Los muchachos inmediatamente la adoptaron como su nueva hermana. Rubín, el mayor de los hijos, le tenía una admiración especial por su coraje.

Para protegerla de la persecución de su padre y sus hermanos, quienes incansables continuaban buscándola, la nueva familia de Tara le pidió permanecer en su cuarto la mayor parte del tiempo. Pasaba de en el día y en las noches cuando alguien llegaba de visita (lo cual era casi todo el tiempo dada la condición de pastor del jefe del hogar).

La alcoba de Tara estaba dividida en dos partes: una como dormitorio y la otra como salita y estudio. Las dos secciones juntas eran menos de la mitad del tamaño de la alcoba en la cual había crecido. Se sentía contenta por estar con una familia en la cual podía confiar, pero el confinamiento la estaba abrumando. Sabía que no podría soportarlo por más tiempo.

“Por favor, permítanme salir de mi cuarto, –suplicó una mañana–. Sé que ustedes tratan de protegerme, pero me siento como una prisionera. Esto no es vida”.

El pastor quería permitirle que anduviera libre, pero el padre y el hermano todavía la buscaban. De hecho ya habían estado en la ciudad haciendo preguntas y manifestando su intención de matarla.

“Tara, aguanta tan sólo un poco más, luego te permitiremos salir, –le dijo–. Por favor, sopórtanos. Es por tu propio bien”.

La chica sabía que no tenía alternativa. Si la veían en público se ponía en riesgo no sólo a sí misma, sino a su familia adoptiva también. Procuraba hacer buen uso del tiempo estudiando, pero habían días cuando todo lo que podía hacer era llorar. Su pequeño cuarto siguió siendo su hogar por un año entero.

Finalmente, una noche alcanzó a oír que el pastor decía que la iglesia necesitaba una nueva secretaria. Al día siguiente cuando entró en su habitación, ella le suplicó que le dieran el empleo.

“Por favor, pastor, –le imploró– por favor permítame tener este trabajo. He escrito a máquina sus sermones durante todo este tiempo; sé que puedo desempeñar el trabajo. Hace ya un año que vine, seguramente mi padre y mi hermano se han calmado”.

El pastor se sentía incómodo para tomar una decisión, pero se daba cuenta que no podía mantener a la chica encerrada en su habitación indefinidamente. Accedió a pedirle al pastor titular que le diera el empleo.

A la semana siguiente Tara ya era la secretaria de la iglesia.

“Tara, escúchame bien, –le indicó el pastor–. Tú eres mi sobrina que vino de otra ciudad a visitarme. Ya no me digas más ‘pastor’. Desde ahora en adelante me vas a llamar ‘Tío’ y yo te voy a llamar ‘Rebeca’. No le cuentes a nadie tu historia. ¿Me entiendes?”

Tara no sólo entendió sino que quedó encantada.

Realizaba su nuevo trabajo con excelencia. Había estudiado Inglés y el pastor decano, que era británico, se encariñó pronto de ella. Le asignaron la supervisión del movimiento financiero de la iglesia, e incluso comenzó a enseñar una clase de escuela dominical.

Conociendo su situación anterior, el pastor también le permitió ministrar de manera personal a los convertidos secretos del islamismo. La chica llegó a pensar que este trabajo podría convertirse en la esencia de su ministerio, y le dio gracias a Dios por permitirle experimentar pruebas similares a las que soportaban estos convertidos, quienes no podían menos que sentirse animados por su increíble testimonio.

Tara: corriendo siempre en la vida

Seis meses después de haber comenzado su nuevo trabajo, fue bautizada secretamente en un pequeño aljibe que había en el sótano de la iglesia. Sólo asistieron a la ceremonia su familia adoptiva, el pastor decano y su "tío".

La pasión de evangelizar

Dos años transcurrieron viviendo con su nueva familia, y Tara cumplió dieciocho años de edad deseaba salir para intensificar su ministerio. Estaba contenta con el trabajo como secretaria de la iglesia, pero anhelaba hacer trabajo de evangelización. La mayoría de los obreros de la misión habían nacido en hogares cristianos, pero ella podía hablarles a los musulmanes como alguien que también lo habrá sido. Había sobrevivido a la brutalidad de su padre y sus hermanos y fue condenada al destierro por su familia. Ciertamente tenía un testimonio para compartir y sabía que otros la escucharían.

"¡Por favor, Rubín! Permíteme ir contigo, por favor", -le suplicó un día al hijo mayor del pastor cuando éste se preparaba para salir a un viaje de evangelización.

"No, Tara, -le dijo, sintiéndose mal al negarse, pues sabía lo mucho que la chica deseaba evangelizar-. Es demasiado peligroso. Alguien puede sentirse ofendido por tu testimonio y reportarte a las autoridades. A mí me arrestarían, pero si tú eres atrapada de seguro te matarán".

Rubín había llegado a querer a Tara como a una hermana y no quería arriesgarse a ponerla en peligro. Pero a la vez sabía que ella iba a insistir en ir. Y tenía razón, Tara ya tenía listo su argumento.

"Rubín, ¿qué es más importante, mi seguridad o las almas perdidas que tú estás procurando alcanzar?"

El joven admitió su derrota y Tara comenzó a viajar con él, mientras aprendía el arte de la evangelización.

Pasaron otros dos años y medio sin ningún problema. Tara se había establecido en su nueva vida como la sobrina del pastor. También terminó parte de sus estudios en la uni-

versidad. Había desempeñado además un nuevo papel en el ministerio: coordinar los bautismos de quienes antes fueron musulmanes o hindúes. La mayoría de las conversiones eran resultado del trabajo de evangelismo suyo y de Rubín. También ayudó a establecer un programa de alfabetización y de ministerio infantil.

La chica siempre permaneció en guardia ante el peligro, pero después de todo este tiempo sintió que por fin había organizado su vida bastante lejos de las amenazas de su padre y sus hermanos. Los únicos problemas se los estaban causando unos pocos miembros de la iglesia que se negaban a creer que fuera la sobrina del pastor; estaban celosos por el crecimiento de su ministerio junto con los líderes de la iglesia. Pero era una cuestión que podía tratar. El problema que no pudo manejar la estaba esperando afuera una soleada tarde de domingo, tan pronto ella cruzó la puerta.

A correr otra vez

Tara lo reconoció de inmediato; era su primo. Cada músculo en su cara se tensionó mientras el joven trató de mirarla de frente, pero ella estaba decidida a pasar de largo sin darle ninguna indicación de que sabía quién era.

“¡Espere! Quiero hablar con usted”, -le dijo al tiempo que caminaba tras ella.

Por el tono de su voz, Tara se dio cuenta que él no estaba seguro de su identidad. Ella había estado ausente por más de cuatro años y había cambiado considerablemente. Sencillamente ignoró su pedido como si no lo hubiera oído y continuó caminando. Entonces escuchó pronunciar la palabra que ella más había temido...

“¡Tara!”

La chica se dio vuelta y respondió con falsa cortesía:

“Ah, hola. ¿Me hablas a mí? Mi nombre es Rebeca. Creo que no nos conocemos. Espero que me excuses; estoy un poco apurada”.

Tara: corriendo siempre en la vida

Si su rostro no la traicionó, su voz sí lo hizo. Supo que su primo acababa de encontrar lo que estaba buscando. Ahora sería sólo cuestión de horas que su padre y su hermano aparecieran. Sintió que el pánico brotaba en su interior mientras continuaba rápido su camino procurando perderse en medio de la multitud y el bullicio que la rodeaba. Su corazón latía tan aceleradamente que pensó que iba a explotar.

Más adelante abordó un taxi.

“Al aeropuerto, por favor –le dijo al conductor–. Tenía dinero en su bolso pero no tenía idea de a dónde iba a ir. Otra vez estaba quedándose sin opciones; sólo quería estar lejos antes de que su padre y su hermano la encontraran. En el aeropuerto escrutó la lista de vuelos, procurando desesperadamente decidir a que lugar ir. Terminó volando a una ciudad en la parte oriental del país; pensó que allí estaría fuera de peligro, al menos por el momento. Pero no sabía a dónde ir cuando aterrizara, y terminó pasando una noche larga y difícil en el aeropuerto. Telefonó a Rubín para que su familia adoptiva no se preocupara. Pero fuera de eso sólo pudo sentarse a solas con sus pensamientos y sus recuerdos y tratar de calmarse orando en silencio. Resistió la tentación de hacer la pregunta: “¿Por qué a mí, Señor?”. Pero estaba cansada de vivir como una fugitiva y deseaba saber si alguna vez en su vida iba a poder sentirse segura y establecida en un lugar.

Al día siguiente, exhausta y agotada emocionalmente, regresó donde su familia adoptiva. Se sentía mal por ellos. Le habían dado tanto apoyo y amor, pero por ayudarla se habían puesto en peligro y toda la comunidad de la iglesia.

Rubín le dijo que estaba procurando conseguirle una visa para que pudiera salir del país. Tara estaba recelosa pero a la vez un poco aliviada al pensar en la partida. En otro país por lo menos no tendría que sentir el peso de poner a sus amigos en problemas. Y no sólo a sus amigos, sabía que si la atrapaban, el gobierno podría utilizar todo el incidente para

crear un inmenso escándalo que afectaría a toda la comunidad cristiana en Pakistán. Sí; lo mejor era salir del país.

Tara suponía que si se mantenía en un segundo plano por algún tiempo estaría segura. Pero dos miembros de la iglesia que estaban celosos por la atención que ella recibía de la familia del pastor, decidieron tomar el asunto en sus propias manos. Llamaron al CID, el servicio de inteligencia de Pakistán, y reportaron que una joven en la iglesia estaba evangelizando activamente.

La hija apóstata

Tara fue citada a la oficina del CID en donde le dijeron que la agencia abriría un archivo a su nombre y recabaría información para saber si las acusaciones eran ciertas. Los agentes también querían hacer contacto con su familia. Tara no podía creer que había escapado tantas veces, para ser denunciada ahora por uno de los miembros de la iglesia. Ella sabía que la mayoría de los miembros de la congregación eran de buen corazón y entendía que era necesario que guardaran silencio acerca de su pasado. Pero sólo se necesitó uno, o tal vez dos, para provocar la marejada. Ahora se sentía como atrapada por una corriente que la hundía tan profundo de donde tal vez nunca podría recuperarse.

Tara clamó a Dios para que la salvara una vez más. La palabra *Emanuel* vino a su mente. Sabía que su significado era que Dios estaba con ella y eso era suficiente. Pensó que si Dios pudo hacer que un pez vomitara a Jonás en la playa, podía sacarla a ella de la boca del CID.

Pero no iba a ser fácil. El CID, confiscó su pasaporte y continuó haciendo preguntas y llenando papeles. Generalmente Rubín la acompañaba y procuró convencerlos que era su hermana, pero ellos no se lo creyeron. Los nombres en los pasaportes no concordaban. El pasaporte de Tara también la identificaba como musulmana. De modo que, ¿qué hacía ella con una familia cristiana?

Después de pasar todo un día bajo custodia del CID le permitieron regresar a su hogar pero no sin antes advertirle

que no podía salir de la ciudad. La agencia haría contacto con ella pronto. Tara necesitaba una señal de Dios, algo a lo cual aferrarse. Se había quedado sin pasaporte y era sólo cuestión de tiempo para que el CID la conectara con su verdadera familia; una cadena de acontecimientos que la llevarían a su fin. A veces deseaba saber qué método utilizaría su padre para darle muerte...

Saliendo de las oficinas del CID, uno de los oficiales la llamó en secreto. Él conocía a su familia pero no habló durante el interrogatorio consciente del peligro en que se encontraba.

“Tara, escúcheme, -le dijo-. Yo soy amigo de uno de sus primos. Sé quien es usted. Tiene que salir del país tan rápido como le sea posible. No es solamente usted quien está en peligro”.

Tara estaba sorprendida y a la vez reanimada. Era una milagro que el oficial del CID no la hubiera denunciado. Pero no sólo había guardado su secreto; también le estaba confirmando lo que ella debía hacer ahora. Debía salir de Pakistán. ¿Pero cómo? No tenía pasaporte, y aunque lo tuviera, ¿a dónde podía ir?

Inmediatamente Rubín empezó a visitar una y otra embajada tratando de obtener una visa para ella. En todas era rechazado. Cada embajada decía que la chica debía tener un contacto en el país, alguien que pudiera responsabilizarse de ella. Finalmente un país del Medio Oriente le ofreció una visa de tres meses por mil dólares americanos. Tara no estaba a gusto de viajar a otra nación musulmana, pero otra vez se había quedado sin alternativas. El mismo día en que pagó la visa se enteró que el CID estaba preparando una orden de arresto. Sus agentes habían descubierto que ella hacía los arreglos para los bautismos de musulmanes convertidos y que incluso ella misma se había convertido del Islam al cristianismo. La habían catalogado como apóstata. También se enteró que sus padres habían presentado cargos contra ella. Ellos confirmaron su conversión, y de

acuerdo con la ley islámica, personalmente habían recomendado que fuera ahorcada.

Cayó en un estado de desánimo y comenzó a encerrarse en su cuarto por días enteros. Temía que cualquier día su familia la iba a atrapar y le iba a dar muerte. Peor aún, matarían a su nueva familia también. Y todo por su culpa. Sus oraciones se hicieron más cortas pero siempre contenían una apasionada súplica a Dios para que no la abandonara, para que fuera su Emanuel aún si llegaba a estar frente a la horca.

“Dios debe tener un trabajo para ti”

Mientras Tara perdía la esperanza, Rubín se ocupaba en conseguirle un nuevo pasaporte y documentos de identificación junto con la visa que ya tenía. Hizo que Tara se cortara el cabello y usara gafas para la foto. Consiguió un documento falsificado que certificaba que estaba supremamente enferma y no podía ir personalmente a las oficinas del gobierno para recibir sus documentos.

El domingo de pascua de 1996, Rubín entró al cuarto de la chica con la buena noticia:

“¡Tara, tengo todos tus documentos de viaje! ¡Felices Pascuas!”

“No puedo creerlo; –exclamó Tara–. ¿Cómo los conseguiste? ¿Cuánto costaron?”

“Olvidate del cómo y el cuánto –le respondió sonriendo–. Te dije que Dios vendría en tu auxilio. Él no te ha traído hasta aquí para entregarte en manos del CID. Él debe tener un trabajo para que realices, Tara. Especialmente si consideramos todos los problemas por los cuales has pasado”.

Su radiante sonrisa le dijo que él se sentía contento de haber sido parte de esos “problemas”.

Tara se sintió pequeña ante la fe y la perseverancia de Rubín. Él había sido más que un hermano; había sido un amigo en tiempo de necesidad y nunca le había fallado. Con

esos pensamientos en mente la tristeza la volvió a invadir. Sentía pena por la partida del hogar de su familia cristiana y de la iglesia y los proyectos en los que tuvo oportunidad de participar.

“Tengo una petición más antes de irme, –dijo–. Quiero tomar parte en el bautismo que hemos estado planeando para los nuevos convertidos”.

Rubín estuvo a punto de decir no, pero la verdad era que estaba cansado de discutir con Tara. Y sabía que ella ganaría de todos modos.

“Seguro que sí, –dijo encogiéndose de hombros y sonriendo–. Pero tienes que salir inmediatamente después”.

La noche siguiente la chica asistió a la ceremonia de bautismo secreto. Conocía a cada uno de los seis convertidos y cada uno de ellos conocía su historia increíble. Tara sabía que podía confiar en ellos. Todos iban en el mismo barco.

Algunos de los convertidos eran de Pakistán, pero la mayoría era de otros países. Uno era de China, otro de Afganistán, y los otros dos de Irán e Irak. Era común que los convertidos viajaran a Pakistán desde otras tierras.

Tara estaba asombrada al ver la manera en que Dios la había utilizado. Ella iba a salir del país al día siguiente por causa de su fe, mientras que otros habían venido y habían encontrado esa misma fe en él.

La mayoría de cristianos en su comunidad, incluyendo los de su propia iglesia, nunca supieron lo que estaba ocurriendo. Era difícil confiar en quienes se aferraban tan fuertemente a su propia seguridad.

Traicionada otra vez

Tara dejó atrás los retos de Pakistán pero entró en una nueva gama de pruebas. Al menos por el momento estaba libre de la persecución de su familia, pero debía tener cuidado de no revelar su identidad. Aún en otro país existía el riesgo constante de ser arrestada por la policía islámica y

deportada a Pakistán. Y si la enviaban a Pakistán, la entregarían directamente en manos de su padre y su suerte estaría sellada.

También enfrentaba otro reto. En el mundo musulmán se espera que una mujer se case antes de los veinticinco años de edad. Si no lo hace, se presume que es una prostituta y generalmente es detenida, re-educada y designada para un matrimonio arreglado. Tara no deseaba casarse, por lo menos no mientras su vida estuviera en ese desorden, y ciertamente no tenía deseos de un matrimonio arreglado por los funcionarios islámicos. Y sobre todos estos problemas, carecía ahora del apoyo de su familia adoptiva y su visa era de sólo tres meses.

Pero pronto fue consciente que centrar su atención en la realidad de su situación sólo conseguiría destruir su esperanza. *“Lo he perdido todo, –continuó diciéndose a sí misma– pero he encontrado a Dios. Una pérdida de menor cuantía a cambio de un gran descubrimiento. Emanuel: Dios está conmigo. En última instancia, ¿quién puede estar contra mí? He ganado más de lo que he perdido. Emanuel. Dios, sé conmigo”*. Ésta llegó a ser su oración, la que una vez más la acompañó hasta el infierno y la trajo de regreso...

Rubín había hecho arreglos para que ella tuviera un empleo de medio tiempo como secretaria de una iglesia en su nuevo país, pero el salario que por él percibía le alcanzaba escasamente para sus gastos de alimentación, quedando pendiente su gasto de vivienda. También trabajaba parcialmente cocinando para la esposa del pastor, quien hablaba más de la moda y de joyas que de Cristo.

Tara comenzó a preguntarse si esta era la fe por la cual ella arriesgaba su vida y otra vez volvió a estar inquieta e intranquila. Hacía frente a la depresión mientras la desesperanza oprimía su alma.

Finalmente empezó a trabajar en otro empleo para una diseñadora de modas, y se hizo elegible para solicitar un

Tara: corriendo siempre en la vida

permiso de residencia por tres años. Había resuelto un problema, pero otro más grande venía en camino.

Con el permiso de residencia en el nuevo país asegurado, empezó a trabajar como voluntaria en los otros ministerios de la iglesia. Hacer nuevos amigos era cosa fácil para ella; saber en cuáles podía confiar resultó ser un poco más difícil.

Aunque Tara no lo sabía en ese tiempo, uno de sus nuevos amigos era un hombre que trabajaba para una revista cristiana pakistaní. Por contactos que él tenía en Pakistán, sabía que Tara no era la persona que afirmaba ser.

Deseoso de conseguir “la historia” periodística implícita, se acercó a ella un día al salir de la iglesia.

“Tara, yo sé que la vida para ti debe ser muy difícil aquí, en un país extranjero, con un idioma diferente y sin familia, -le dijo. ¿Por qué no vienes a nuestra casa para tener un rato de compañerismo y una comida caliente? Permítenos ayudarte”.

Tara aceptó. “*Sería lindo hacer nuevos amigos*”, se dijo a sí misma.

Durante las primeras visitas el reportero cumplió su palabra. La invitó a su casa una tarde y a otros cristianos de su edad para comer compartir. Sin embargo, en cada visita el hombre le hacía más y más preguntas específicas acerca de su pasado.

“Por favor, me gustaría no seguir hablando de mí misma, -le respondió con cortesía, no queriendo ofender a su nuevo amigo-. Cuando la invitó de nuevo, la chica declinó la invitación.

Dispuesto a no darse por vencido tan fácilmente, el hombre la llamó al día siguiente.

“Tara, sé que estás pasando por dificultades financieras aquí y mis amigos y yo realmente queremos ayudarte” -le dijo-. Por favor ven y nos cuentas tu testimonio y recogere-

mos una ofrenda para ti. Somos tus amigos, puedes confiar en nosotros”.

Tara aceptó con cierta renuencia. En ese momento los únicos cristianos que realmente conocían su historia completa eran los miembros de su familia adoptiva en Pakistán. Había sido muy cuidadosa en no dejarle saber a nadie quién era realmente. Mantener en secreto su identidad era una cuestión de vida o muerte.

Pasó un mes y la chica había concedido gran número de entrevistas a otros reporteros. En cada ocasión quienes la entrevistaban mostraban compasión y prometían hacer lo que pudieran para ayudarla. Pasó otro mes con más entrevistas y más lágrimas pero no llegaba ninguna ayuda. Tara comenzó a preguntarse qué estaba pasando. Un día una señora la llamó y le preguntó cuánto dinero estaba recibiendo mensualmente del banco.

“¿De qué me está hablando? Ni siquiera tengo una cuenta bancaria y ningún banco me ha enviado dinero. ¿Por qué habian de hacerlo?” –preguntó Tara a la dama.

“Ah, debe haber algún error –dijo ella–. La gente ha estado enviando dinero a esta cuenta creyendo que era para usted. Por lo que yo sé, ha sido una suma bastante grande”.

Tara había sido utilizada; posteriormente confirmó la triste verdad. Habían establecido un negocio y otras personas se estaban lucrando de su testimonio. Poco después vio la revista. La historia con despliegue en la carátula hablaba de una adolescente musulmana que milagrosamente había encontrado a Cristo y huía de su propia familia que la perseguía para matarla. ¡La crónica mencionaba su nombre! Tara no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

“¿Cómo pudo ocurrir esto?” –se preguntó angustiada. Y lo que era más grave aún: “¿Cómo iba a evitar que su familia la encontrara?”

Tara estaba llegando al límite de su resistencia. Meditaba cuánto más de todo este engaño y estas supuestas ayudas podría soportar, cuando otro hombre de la iglesia la abordó cuando salía del culto el domingo en la mañana. Era la misma historia: “Comparte tu testimonio con nosotros, –le dijo–, y colectaremos una ofrenda para ti”. Pero el hombre presentó su propuesta con un perfil adicional. Dijo que pensaba que Tara era muy hermosa y él sospechaba que se sentía muy sola.

La mano abierta de Tara castigó con fuerza el rostro del hombre.

“¡Usted tiene una esposa y una hija! –lo increpó–. ¡Y además es cristiano! ¿Cómo puede comportarse así?”

El hombre quedó completamente desconcertado por la agresión de Tara. Se llevó la mano a la mejilla enrojecida y gruñó:

“Vas a pagar por esto”.

No se atrevió a hacer una escena mayor porque habían personas en la calle, no lejos de allí.

“Bien, –replicó aún colérica por la sugerencia del hombre–. Dígame cuánto, y le pagaré. ¡Con tal que se mantenga alejado de mí!”

El único problema era que lo que el hombre quería no era dinero.

Tres días después, en la noche, el impacto de un ladrillo hizo añicos la ventana de su pequeño apartamento. Tara pudo oír la voz de hombres gritando abajo en la calle, pero no pudo saber lo que estaban diciendo porque hablaban un Árabe entrecortado que no podía entender. Observó por entre las cortinas a los hombres que recogían más piedras de la calle. Las arrojaron a la ventana otra vez acabando con cualquier vestigio de vidrio aún adherido a la estructura. Ahora podía escuchar algunas de sus palabras:

“¡Musulmana... convertida en cristiana!... ¡Apóstata! ¡Policía! ¡Llaman a la policía..!

Resguardada tras las cortinas, miró otra vez justo a tiempo para ver a los hombres que se metieron en taxis y desaparecieron. Pudo reconocer a dos de ellos. Eran amigos del hombre a quien ella había cacheteado.

Tara oró pidiendo que sus amenazas de llamar a la policía fueran sólo fanfarronadas intentando asustarla. Bueno, si lo eran, les estaban funcionando: ella estaba asustada. Pero no, no eran fanfarronadas. Pocas horas más tarde la policía estaba frente a su puerta indagando qué había sucedido y se la llevaron para la estación.

Entregando todo a Dios

“Tenemos informes que usted es una musulmana que se ha convertido al cristianismo y que además es soltera” – comenzó diciendo el interrogador. Tara sabía que la policía podía seguir fácilmente su huella hasta llegar a su familia en Pakistán y tener acceso al expediente que sobre ella existía. Así que respondió con respuestas cortas y evasivas, mientras que entre pregunta y pregunta se repetía interiormente una sola palabra: *Emanuel*.

Después de unas cuantas horas, la policía le permitió irse pero le prometieron mantener los ojos sobre ella. Insistieron en la pregunta de por qué no se había casado y enfáticamente le sugirieron que se buscara un esposo. Incluso le ofrecieron un hombre en particular que, según ellos, estaría dispuesto a tomarla por esposa.

Para su asombro, ella pasó rápidamente de ser la víctima de un ataque en su apartamento, a ser la acusada. Tales eran los “derechos” de un cristiano en tierras musulmanas.

Un esposo para Tara

Los cuatro meses siguientes pasaron sin ningún incidente de importancia. Desempeñaba con excelencia su trabajo de diseñadora de modas y se involucró más en los programas de la iglesia. También estuvo en capacidad de ayudar a otros musulmanes convertidos que, igual que ella, andaban huyendo; un trabajo que realizaba muy bien dada su

experiencia de más de diez años en este campo. Sin embargo, sabía que el hombre a quien había cacheteado no estaba satisfecho con la manera como se habían resuelto los problemas iniciales que él había instigado. Él quería más. Tara podía entenderlo por la forma en que la miraba. Quería tenerla o destruirla.

Obviamente para ella ninguna de las dos opciones era aceptable.

Tara estaba descansando en su apartamento cuando sonó el teléfono. Era el mismo hombre y le tenía noticias. Orgulloso le anunciaba que había escrito un artículo que incluyó en el boletín de la iglesia y fijó en el tablero de anuncios. En él afirmaba que ella era una prostituta. Por eso es que usaba esos hermosos vestidos y seguía todavía soltera. La invitó a ir y ver su trabajo.

Furiosa le colgó el teléfono. El hombre no se iba a dar por vencido. A Tara no le preocupaba lo que pensarían los miembros de la iglesia. Quienes la conocían sabían la verdad. No podía casarse debido al continuo peligro en que se encontraba y los vestidos hermosos eran muestras de sus propios diseños. El problema real lo tendría con la policía; sería sólo cuestión de tiempo para que les llegara el informe. Lo que ellos básicamente le dijeron fue que se casara; y este artículo no haría otra cosa que reforzar su posición. Cuando lo leyeran la arrestarían.

Una semana más tarde los temores de Tara se hicieron realidad. La llevaron a un centro islámico de detención donde iba a ser reeducada en las enseñanzas del Islam y posteriormente casada con uno.

La confinaron en una celda pequeña en donde oraba en silencio. No tenía idea alguna de cómo se iba a ingeniar la manera de salir del centro de detención sin acceder a casarse. Ahora parecía que, describiendo un círculo completo, las cosas habían vuelto a su lugar de origen. Su padre quería casarla y estaba dispuesto a matarla si ella se negaba. No existía mucha diferencia con el centro de detención.

Si no podían rehabilitarla, la devolverían a sus padres en Pakistán. Pero Tara había rechazado el plan de su padre para ella y no iba a rendirse a los oficiales del centro de detención. Sin tener ninguna otra opción, oró y le entregó todo a Dios.

Pasaron casi tres meses. Durante este tiempo la obligaban a tomar lecciones del Corán diariamente. Cuando no estaba en clase era una prisionera en su propio cuarto. Un día un oficial rompió la monotonía con un anuncio:

“Tara, tiene un visitante”.

“¿Cómo puede alguien venir a visitarme, si nadie sabe que estoy aquí?”

“Él dice que quiere hablar con usted. Pensamos que sería una buena idea que saliera con él”.

“¿Qué salga con él? –interrogó Tara–. Ni siquiera lo conozco y ustedes me mandan que salga con él?”

Estaba obviamente disgustada creyendo que era otra treta para obligarla a casarse. Sin embargo el hombre prometió que le permitiría regresar después del almuerzo. Ella no estaba muy contenta con la idea, aunque sería agradable salir de su encierro. Se decidió a ir, pero ignoraría al hombre durante el almuerzo.

Era un hombre joven, de su misma edad, hablaba con voz suave y amable.

“Tara, yo sé quien eres, –empezó diciendo–. Tuve conocimiento de ti por un amigo musulmán”. Tara trató de ignorarlo, pero mientras más hablaba, más cautivaba su atención.

“Yo también soy cristiano –continuó diciendo en su tono de voz suave y maduro–. Pero nadie lo sabe. Volé desde Pakistán, tal como lo hiciste tú. En realidad vengo de la misma ciudad. Sé que el centro de detención ha hecho arreglos para casarte con un musulmán que ya tiene tres esposas”.

A Tara la invadió el temor. A ella ya le habían comunicado ese plan. Trató de actuar como si estuviera completamente desinteresada en lo que el joven le estaba diciendo y casi tuvo éxito hasta que él le dijo:

“Si te niegas te deportarán a Pakistán y te entregarán a tu padre”.

Tara no sabía que creer. ¿Cómo pudo el centro haber concertado una cita para ella con un hombre soltero y cristiano de su propia ciudad?

“Entonces, ¿qué es lo que usted quiere?” –le preguntó finalmente Tara.

“Quiero casarme contigo...” –le respondió.

Un milagro en la carne

Cuando regresó al centro de detención, tres oficiales la esperaban.

“Ya hemos tomado una decisión, Tara, –le dijo uno de ellos–. Se va a casar con Zahid. Él ya tiene tres esposas y está dispuesto a tomarla a usted también. Es un buen hombre. Él hará todos los arreglos; no tiene que preocuparse por nada. Pero si se niega, la deportaremos a Pakistán”.

Eso era. Había llegado el momento de la decisión. No había respondido la propuesta de su amigo durante el almuerzo. Era demasiado para comprender. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido y necesitaba tiempo para pensar. Tiempo para orar. Anhelaba poder hablar con su familia adoptiva, con alguien que conociera toda su historia, alguien que pudiera darle un consejo.

“No me casaré con Zahid”, –respondió a los sorprendidos oficiales.

“Entonces puede hacer sus maletas, regresará a Pakistán”.

“Haré mis maletas pero por otra razón; me casaré; y no precisamente con Zahid, me voy a casar con el hombre que me invitó a almorzar” –respondió Tara.

Los oficiales se sorprendieron pero estuvieron de acuerdo. Cualquier cosa con tal de poner a esta mujer bajo control.

Hizo contacto con el joven con quien había almorzado y le dio la noticia. Se casaría con él. No estaba todavía segura de sus motivos, de modo que corría un riesgo. Aunque no tan grande como el de casarse con Zahid.

Tomada la decisión, Tara clamó otra vez a Emanuel, el Dios que la había traído tan lejos. Tenía casi veintisiete años de edad y había estado huyendo por más de diez años. Sabía los problemas que enfrentaría si su futuro esposo la había engañado. Pero si era sincero, esto era un milagro en la carne. Le permitiría escapar del centro de detención y de los continuos rumores de prostitución. Incluso tendría quien le ayudara en el trabajo del ministerio con otros que secretamente se habían convertido del Islam. Pero, ¿no estaría ella preparándose para otra caída? Había demasiados interrogantes.

Al fin recordó la oración que había hecho a Dios cuando entró al centro de detención. Le había entregado todo a El. Y lo hizo ahora otra vez. La situación ya no estaba en sus manos. Con paz en su corazón oró:

“Emanuel, Dios con nosotros. Sé con *nosotros dos*”.

Epílogo

El hombre con quien Tara se casó resultó ser ese milagro en la carne. Es un cristiano comprometido que ha servido junto con ella en un ministerio continuo entre quienes que se han convertido del Islam al cristianismo.

Los dos tienen ahora un bebé a quien llamaron James. Todavía siguen huyendo. A ella la interroga la policía con frecuencia.

“¿Quién va a almorzar a su casa? –le preguntan los oficiales a veces–. ¿Por qué se quedó esa mujer en su casa anoche? ¿Por qué estuvo ausente hoy durante cuatro horas seguidas?”

Tara: corriendo siempre en la vida

Para Tara la vida es un juego constante entre el gato y el ratón.

Sin embargo, sus retos más grandes están en el futuro. En pocos años su hijo podrá hablar lo suficiente como para ser interrogado por los oficiales islámicos. Otro reto está mucho más cercano. Justamente pocos meses antes de ser entrevistada para incluir su historia en *Corazones de Fuego*, fue ubicada por otro de sus primos que había sido empleado para que la buscara y pudieran regresarla a su padre para hacer "justicia".

Por su seguridad no podemos decir nada más de Tara, ni dónde vive ni agregar detalles de sus actividades cristianas. Pero una cosa es segura: vive en un mundo separado de los cristianos. La mayoría, incluso la gente de su misma iglesia permanece ignorante de su vida como convertida del Islam y de los riesgos que enfrenta cada día. Tal vez por eso es que Dios necesita a personas como ella que puedan alumbrar el camino que otros hijos e hijas apostatas seguirán.

Ling: en la escuela del sufrimiento

China
1973

La pequeña Ling de nueve años de edad había estado fuera de la aldea toda la mañana con su hermana mayor mendigando comida. Estaban descansando un poco bajo el inmenso árbol ginko que daba sombra a su choza, cuando su madre la llamó:

“Ling, ven rápido. Tu padre quiere verte”.

Ella y sus hermanas pasaban la mayor parte del tiempo fuera de la estrecha choza de bambú y paja que su familia llamaba su casa. Cuando no estaban pidiendo comida, recogían los desechos de carbón de la acería que había cerca de allí y lo entregaban a sus padres que lo vendían o lo utilizaban para cocinar. Hasta donde Ling sabía, su familia siempre había sido supremamente pobre, pero últimamente las cosas habían empeorado. La precaria salud del padre se deterioraba dramáticamente y Ling se preocupaba por su madre y por lo que el futuro les depararía.

“Ling, por favor, no hagas esperar a tu padre” –imploró la voz de la madre.

Ling abandonó de mala gana su pacífico lugar bajo el árbol viejo y en compañía de su madre, sus hermanas y su hermano pequeño, rodearon la cama familiar; una cama que los seis miembros de la familia compartían. Era el mueble principal en la choza de una sola habitación.

“Acércate Ling –le dijo el padre–. Déjame ver tu carita linda”. Ling se sentó en el borde de la cama y trató de sonreír. Detestaba ver así a su padre. Había estado muy débil, casi impotente desde que regresara del hospital la última vez. La madre no lo decía, pero ella sabía que su papá se moría. El cáncer devoraba su cuerpo, sin que pudiera trabajar durante varios meses.

Ahora el hombre levantó su mano como despidiéndose de su esposa y sus hijos que permanecían a su lado, la mayoría de ellos llorando.

“Hijos, prométanme que cuidarán a su madre. Y cuiden-se unos a otros. Ya no estaré aquí mucho tiempo, pero recuerden siempre que los amo”.

La madre sollozaba mientras el padre extendía sus manos para acariciar el rostro de su esposa.

“Prométeme que cuando muera... –continuó hablando directamente a la futura viuda– ... te casarás con un hombre más fuerte que yo. Alguien de quien puedas depender más; que te cuide mejor de lo que yo lo he hecho. Y por favor, recuerda continuar orando siempre a Dios”.

El amor existente entre los dos era obvio para todas las personas que los conocían. Ling jamás los escuchó gritar ni decirse una palabra dura entre ellos. No podía soportar el hecho que su padre se muriera. Detestaba ver el aturdimiento de la madre. Tampoco podía entender la forma en que ellos hablaban de Dios y oraban. A menudo los vio arrodillarse junto a la cama. Una vez les preguntó que hacían y le respondieron que estaban “hablando con Dios”.

¿Y dónde está Dios ahora?, se preguntaba Ling dudosa. *Si realmente Él es Dios, ¿porqué se está muriendo mi padre?* Ahogando un gemido salió de la habitación.

Ling: en la escuela del sufrimiento

Después, esa misma tarde la madre les dijo a los chicos que los parientes políticos – sus abuelos– vendrían a visitarlos. Ling estaba sorprendida; sabía que sus abuelos no se preocupaban de manera particular por su hijo y su familia. En realidad se decía que la abuela maldijo a la familia por no haber sido capaz de producir más hijos varones.

Los abuelos vinieron días después, pero escasamente entraron en la diminuta cabaña cuando su hijo murió. Se negaron a ayudar con los gastos del funeral.

Sin dinero para comprar un ataúd y sin la ayuda de sus parientes políticos, la viuda envolvió a su difunto esposo en la tela azul más hermosa que pudo encontrar. Sería un “funeral ordinario”, de la clase reservada para los más pobres entre los pobres.

Ling, la afligida madre y sus hermanos, pensaron que de seguro las cosas no podían ser peor, pero estaban equivocados. Mientras se preparaban para salir, los abuelos anunciaron que se llevarían con ellos a su hermanito. La viuda y sus hijas protestaron con vehemencia, pero fue inútil. Les arrebataron el chiquillo.

Las tres chicas quedaron solas con su madre en la choza, y todas se preguntaron por cuánto tiempo más podrían sobrevivir.

“Por favor Ling, arrodíllate y ora conmigo, –la invitó su madre una mañana. Ling obedeció de mala gana. El invierno estaba llegando y sentía el frío del suelo en sus tiernas rodillas. Le molestó la exigencia materna pues pensaba que ellas ya habían sufrido bastante.

Ling observó que su madre lloraba en silencio a su lado. Al principio pensó que lloraba de tristeza, pero después supo que estaba expresando los sentimientos de su corazón mientras hablaba con Dios. Ling no tenía nada que decir. La apoyaba manteniendo sus rodillas sobre el piso, pero hasta ahí llegaba su parte. Después de todo, ¿qué caso había de hablarle al aire? Y aún si Dios sí existía, ella no quería ha-

blar con Él después de todas las cosas por las cuales las había hecho pasar.

Durante unos pocos meses después de la muerte del padre, su familia había podido sobrevivir con la ayuda de algunos vecinos que tuvieron piedad de ellos, pero la vida se les hizo cada día más difícil. Finalmente la madre les anunció que se irían a vivir con sus padres en la provincia de Henán.

En la cultura china las mujeres eran educadas creyendo que tenían que depender de un hombre. No era correcto que ellas se valieran por sí mismas y el gobierno se negaba a ayudarles en alguna forma.

Cuando Ling llegó al hogar de sus abuelos, se asombró de ver el tamaño de la casa. Los padres de su mamá no eran ricos, pero tenían una mansión comparada con la choza en que ella había crecido. La abuela llevó a las chicas a través de lo estrecha cocina, hasta un cuarto en el fondo de la casa. Era un cuarto pequeño y desarreglado que antes utilizaron como depósito.

“Todas pueden estar aquí” –les dijo con aspereza–.

Ling echó una mirada al espacio estrecho y poco atractivo, y rió entre dientes con cierta ironía. Ya se sentía en casa.

Su nueva vida produjo una constante batalla entre su madre y su abuela. Y el conflicto surgió porque la madre de Ling quiso hacer una solicitud a la fuerza de producción (la oficina de trabajo local) para trabajar y poder tener su propia casa, pero la abuela en cambio quería que su hija se volviera a casar.

El padrastro

Un día cuando Ling regresó de la escuela a la casa, escuchó que la discusión explotó aún antes de que ella entrara.

“Pero madre, ¡yo no quiero casarme otra vez! –decía la madre de Ling con voz quebrada por la emoción–. No podría

amar a nadie como amé a Jun. Tú sabías que yo tenía planeado permanecer sin casarme cuando hicimos el acuerdo que vendría a vivir con ustedes. Si tan sólo me permites hablar con el equipo de trabajo para tener un empleo y tener mi propia casa... sé que puedo cuidar de mis hijos. ¡Por favor, madre! ¡Por favor no hagas esto!”

“Has estado aquí dos años, –gritó la abuela como respuesta-. ¡No puedo aguantar más! Así no es como se hacen las cosas. Shu-Tan es un hombre decente y puede proveer lo que necesitan tus hijos. Además tu padre ya lo arregló; te casas la próxima semana”.

A la semana siguiente Ling tenía un padrastro.

Ling se erizaba al oír el tono cortante de la voz de su padrastro y extrañaba el tono suave con el cual le habló siempre su padre. Shu-Tan la trataba a ella y a sus hermanas como animales. Secretamente ella lo menospreciaba. Ser pobre era una cosa, pero era aún peor ser pobre y tener que vivir con un padrastro que la consideraba sólo una sirvienta.

No obstante perseveraba y se guardaba sus pensamientos para sí misma. Ahora que la madre se había vuelto a casar, a los hijos les permitieron trabajar y, cuando ella no estaba en la escuela, se encontraba en los campos con los pastores trabajando en los equipos de producción. Los oficiales locales tenían un sistema de puntos para determinar el pago y los beneficios de los trabajadores. Un trabajador que laboraba fuerte podía ganar hasta diez puntos en un día. La joven Ling ganaba nueve.

Ling también ayudó a diseñar una máquina sencilla para hacer tofú. Un buey la hacía girar y dos piedras grandes molían la soya. A Shu-Tan le encantó la idea pero no podía tener un buey. En cambio puso a Ling y a su hermana mayor a moler. Y durante los cuatro años siguientes, el “trabajo de buey” se convirtió en parte de su rutina diaria.

Como resultado del duro trabajo, a la edad de quince años Ling estaba fuerte y saludable, y anhelando el día cuando

podiera trabajar para sí misma. El menosprecio por su padrastro creció cada día a medida que éste se lucraba del tofú que ella y su hermana producían. No obstante, el hombre se negó a comprar siquiera un buey. ¿Para qué si tenía a sus hijastras que realizaban la dura faena?

Su madre, que había clamado incansablemente las primeras semanas de su matrimonio con Shu-Tan, oraba ahora con menos frecuencia. Había sólo unos pocos creyentes en la aldea de Ru Tain y sólo una Biblia en la cual la madre de Ling no podía leer, después de todo, por cuanto era analfabeta. Pero sus labios continuaron repitiendo una oración:

“Dios, por favor, protege a mis hijos, especialmente a Ling y a su hermana. Las están obligando a trabajar muy duro. Por favor cuida de ellas. Eso es todo lo que te pido”.

Ling deseaba saber por qué su madre hablaba con Dios acerca de la esclavitud en el trabajo, cuando debía hablar más bien con el esclavista mayor. Era obvio que Dios no estaba ayudando mucho, pensaba con amargura cada vez que su padrastro les imponía más trabajo.

Tal vez sospechando la creciente animosidad de Ling contra él, Shu-Tan le sugirió un día que buscara un esposo. Incluso se ofreció a ayudarle a escoger uno. “Sería lo mejor para todos”, -le dijo.

Ella era consciente que lo que el hombre quería era deshacerse de su hijastra. Eso significaría una boca menos para alimentar.

Un Dios invisible

Ling estaba atrapada entre su propia determinación y la obediencia a su familia. Si rehusaba casarse deshonraría a toda la familia y avergonzaría a su madre, un dolor que para ella sería difícil soportar. Y si se casaba, temía que su esposo fuera como Shu-Tan. Sólo le quedaba una opción: suicidarse. La muerte parecía ser la única vía de escape de la esclavitud, a medida que las presiones en su mente se convertían en dolor en su corazón.

Ling: en la escuela del sufrimiento

La madre de Ling sabía que su hija estaba cayendo en una profunda depresión y temía por su salud.

“Ling, tú eres una líder natural” –le dijo procurando levantar su espíritu–. De seguro Dios tiene planeado algo especial para ti”.

Ella rehusó oír que su madre le hablara de su Dios invisible. Todo eso parecía tan vano. Tener que lidiar con la vana superstición de la madre y la dura carga de trabajo impuesta por el padrastro, agudizó el sentimiento de desespero de Ling.

Conociendo el poco ánimo de su hija, la madre de Ling no se atrevía a perderla de vista, temiendo que en cualquier momento se suicidara. Al fin un día tuvo éxito en llevar a su angustiada hija a una reunión en una pequeña iglesia-casa que se había formado en la aldea. Ling estuvo de acuerdo en que esto era mejor que moler grano de soya para hacer tofú; la reunión la distrajo enormemente. Sólo asistieron cuatro personas: Ling, su madre y otras dos.

Mientras escuchaba sentada un himno que cantaban los otros tres, ella pensaba en la fe de su madre. *¿Cómo podía creer tan ciegamente en un Dios que no podía ver?* Pero a pesar de su escepticismo le era imposible ignorar el brillo que irradiaba del rostro de su madre y el júbilo que la embargaba mientras cantaba. Parecía como si estuviera cantándole a ángeles invisibles.

Convirtiéndose en algo que Dios puede usar

Pocos días después, Ling oyó otra vez a su madre orando por ella, pero esta vez sus palabras definitivamente captaron su atención.

“Señor, por favor salva a mis hijos, especialmente a Ling. Tú sabes lo voluntariosa y discola que puede ser. Por favor cambia ese obstinado impulso suyo en algo que tú puedas usar”.

Esa parte de la oración ya le era familiar y, al oírla otra vez, Ling no pudo menos que sonreír. Fueron las siguientes palabras las que la encontraron con la guardia baja:

“Yo he escuchado la historia de Abraham, quien te ofreció a su hijo Isaac en sacrificio, —siguió diciendo la mujer—. Ahora yo también quisiera ofrecerte uno de mis hijos. Me gustaría ofrecerte a Ling”.

Ling se estremeció. *¿Sacrificarme a mí? ¿Se ha vuelto loca mi madre?*

La oración de su madre le quedó fija en la mente durante varios días causándole tormento y confusión. Al fin, al escucharla orar repetidamente de la misma manera, una mañana irrumpió en el cuarto para confrontarla.

“¿Me estás sacrificando a tu Dios otra vez, madre? ¿Le vas a permitir que me mate con trabajo pesado o que me parta con un rayo? ¿Y en dónde está ese tal Señor Jesús del que siempre estás hablando? ¡Haz que se pare frente a mí de modo que pueda tocarlo, entonces creeré en Él! ¿Y qué clase de gente es la que va al cielo, después de todo? ¿Viejas sin esperanza como tú? ¿Y cómo llegan allá? ¿Piensan que pueden subir por un árbol o utilizar una escalera para llegar al cielo?”

En el rostro de su madre pudo ver Ling el dolor que le estaba infligiendo. Detestaba herirla, pero sencillamente ya había soportado suficiente.

Ling escuchó la voz áspera y de mando que salía de su boca y se dio cuenta que era el mismo tono que utilizaba con sus hermanas. Se había erigido ella misma como la líder no elegida entre sus hermanos, con sus tácticas atrevidamente persuasivas. Las hermanas generalmente accedían a las demandas de Ling; sabían que si no lo hacían tendrían problemas.

Ahora se oía a sí misma recriminando a su madre con esa voz insensible, lamentando la pena que le causaba. Pero no podía detenerse, ya había tenido todo lo que podía

soportar de las ridículas oraciones de su madre a un Dios inexistente.

El tiempo pasó y Ling continuó trabajando duro. Se ingenió con éxito la manera de evitar la sugerencia de su padrastro en cuanto a que debía casarse. Al fin él se dio por vencido y sencillamente volvió a ignorarla. Ella tuvo la certeza que el cambio en el padrastro se debía a la influencia de su madre. El complejo de culpa la asedió, pues mientras ella sentía alivio su madre tuvo que sufrir su ruda confrontación. Siguió acompañándola a las reuniones semanales de la iglesia con la esperanza que eso la compensara un poco por su reciente explosión de ira.

Para el tiempo cuando llegó la primavera, ya había desechado sus pensamientos de suicidio.

Un día trabajando en el molino de tofú su madre corrió hacia ella gritando:

“¡Ling, aquí está él!”

“¿Quién está aquí?” –preguntó Ling.

“¡El evangelista del que tanto hemos oído! –le respondió su madre–. ¿No recuerdas que te había dicho? Estará predicando esta noche aquí. Ya les dije a los demás. Alístate y vamos. ¡Apúrate!”

Antes que ella pudiera hacer alguna objeción, la mujer se había ido.

Gran cosa –pensó Ling con sarcasmo–; *otro que se auto proclama como una autoridad de Dios.*

Fue a la reunión de la iglesia esa noche, en parte por complacer a su madre. El anciano predicador habló con elocuencia y sin esfuerzo; no tanto como predicando, sino más bien contando la historia de Adán y Eva. Explicó cómo entró el pecado en el mundo y les aseguró que Dios los amaba tanto que envió a su Hijo a morir en la cruz para que sus pecados pudieran ser perdonados. Ling sintió alivio en su corazón cuando estas palabras penetraron en la profundi-

dad de su alma. Ella nunca había conocido tal amor y sacrificio. Había oído antes la historia, pero nunca le encontró mucho sentido, hasta ahora.

Más tarde, esa misma noche, las emociones en su alma llegaron a un nivel superior mientras miraba un cuadro colgado en la pared de la casa de su tía, el cual mostraba una cruz. Se acercó a él, extendió su mano y tocó la pintura mientras recordaba la historia contada por el predicador tan vívidamente. *Si Jesús murió por mí, ¿qué he hecho yo por Él?* Se preguntó a sí misma mientras su alma se inundaba de arrepentimiento. Se postró en el piso llorando y clamando al Dios invisible que tan tercamente había negado. Pronto sintió la mano de su madre en el hombro.

“¡Ah, madre! ¡Siento tanto lo que hice! –dijo sollozando–. Estoy tan arrepentida por todas esas cosas malas que dije de tu Dios, perdóname por haberme burlado de ti y de no haber creído las cosas que me dijiste. Soy una persona muy mala. ¿Cómo puede Dios *perdonarme?*”

Los ojos de la madre de Ling brillaron con lágrimas de alegría mientras abrazaba a su hija y nueva hermana en el Señor.

“Ling, hija querida, todo eso está perdonado –le dijo–. La gracia de Dios te ha traído aquí esta noche y desde ahora serás su hija para siempre. Nada podría hacerme más feliz. Creo que Dios tiene un plan muy especial para ti; lo he creído así por mucho tiempo”.

Ling no había llorado tanto desde que su padre murió.

Corderos en medio de lobos

Todo el año siguiente continuó yendo con su madre a las reuniones bíblicas semanales, ya no como una simple espectadora sino como un miembro más de su creciente confraternidad. La depresión dio paso a una alegría interior, sintió que sus problemas habían quedado atrás. Luego tuvo un sueño:

Ling: en la escuela del sufrimiento

“El estrecho sendero partía en dos la extensión del campo de trigo. Al lado izquierdo las espigas eran verdes, cortas y delgadas, y el viento las movía con facilidad. Pero en el lado derecho el trigo estaba maduro y algunas de las cañas se doblaban por el peso del grano seco. Ling miraba a lado y lado del trigal que se extendía en la distancia. Se preguntó qué extraño tiempo climático y qué raro terreno pudieron haber producido tan grande cosecha.”

A la mañana siguiente, Ling le contó el extraño sueño a su madre. Para su sorpresa, ella también había tenido uno similar. En el suyo vio las cañas gruesas del trigo maduro, pero también vio un pequeño tallo que crecía en medio del campo, y oyó una voz que le daba instrucciones de “regar este tierno tallo para que no se seque”.

Ninguna de las dos conocía el significado de sus sueños, pero ambas sabían que tenía que haber una razón por la cual tuvieron la misma visión.

La respuesta llegó la semana siguiente, en la reunión de oración, cuando leyeron el texto bíblico para esa noche, del capítulo 10 del Evangelio de Lucas, versículos 2 y 3:

“Es abundante la cosecha, pero son pocos los obreros. Pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que mande obreros a su campo. ¡Vayan ustedes! Miren que los envió como corderos en medio de lobos”.¹

Reflexionando sobre si este sería el significado de sus sueños, Ling estaba asustada y emocionada a la vez por lo que Dios tenía reservado para ella.

También sentía curiosidad por saber a qué se refería la segunda parte del pasaje. “¿Pero cómo podía ser una predicadora?”, le preguntó a su madre mientras discutían el texto bíblico. “Soy demasiado joven y no sé casi nada, ni siquiera tengo una Biblia”.

Su madre tan solo la miró y sonrió. Ella conocía con seguridad lo que significaban los sueños: su hija llevaría el

evangelio a las almas perdidas de China. Esto lo sabía con certeza.

Poco después de cumplir diecisiete años, con escaso dinero y alimento, sin Biblia y sin un destino seguro, Ling partió sola a predicar el evangelio a China. Ella quería esperar hasta haber estudiado más, pero su madre insistió:

“No tienes que saber mucho, tan sólo cuenta la historia de Jesús. Cuéntale a la gente lo que sabes. Si esto es de Dios, él bendecirá tu ministerio”.

Y con las palabras de aliento de su madre partió.

Sencillamente iba de aldea en aldea hablando a la gente de su fe. Cada vez que llegaba a una aldea en donde había una Biblia, tomaba tiempo para estudiar y memorizar versículos para su próximo mensaje. También aprendía himnos cristianos. Nunca antes se dio cuenta que su canto era hermoso hasta que vio que la gente era atraída por su voz y luego permanecían para oír lo que la joven predicadora tenía para decir. El solo hecho de ser una jovencita soltera que viajaba sola a través del país, era suficiente para lograr la atención de la mayoría.

Dios bendijo el ministerio de Ling. Mientras más viajaba y predicaba, más gente se reunía para escucharla. Se asombraba de ver que de grupos de siete personas en las primeras aldeas, la audiencia creció a grupos de setenta en los pueblos que visitó la siguiente semana. La Escritura bíblica tenía razón: los campos estaban *maduros*; listos para la cosecha. La gente estaba muy hambrienta y ansiosa de oír el evangelio y Dios la había llamado para ser una de sus mensajeras. Esta era una idea abrumadora. Oraba continuamente por ser digna del llamamiento, y por sobre todo quería ser un ejemplo. Ella quería predicar lo que sabía y había vivido por experiencia propia.

También anhelaba tener una Biblia y empezó a pedirle a Dios que le proveyera una.

“¿Cómo puede una predicadora de la Palabra de Dios no tener una Biblia?” –le dijo a Dios.

Ling: en la escuela del sufrimiento

La carismática personalidad de Ling y su fervor por el Señor atraían especialmente a los jóvenes. Algunos de ellos se ofrecieron a acompañarla y la joven evangelista aceptó gustosa.

A medida que su audiencia aumentaba y su amor por el evangelio crecía, sintió que no podía seguir mucho más tiempo sin una Biblia. Había visitado una aldea en la cual los creyentes sólo tenían porciones del evangelio de Mateo en donde leyeron capítulo 25 sobre la parábola de las diez vírgenes. Cinco de ellas fueron prudentes y llevaron consigo aceite para sus lámparas mientras las otras cinco fueron insensatas y no llevaron aceite extra para mantener sus lámparas encendidas. Interpretaron el pasaje literalmente y desde entonces cada miembro de la iglesia en la aldea llevaba aceite a toda hora para estar seguros de tener suficiente cuando el Señor regresara.²

Era intenso el deseo de Ling de tener una Biblia completa de su propiedad para estudiarla y ayudar a otros creyentes a entenderla. Por eso cuando le dijeron que a sólo unos cuantos kilómetros de distancia una mujer tenía Biblias disponibles, acudió allí tan pronto como pudo. Resultó ser que la mujer tenía unas pocas Biblias que llegaron a la playa después que miembros de una misión cristiana, que pretendían entrarlas a China de contrabando, fueron obligados una noche a tirarlas por la borda. Algunos creyentes cercanos a la playa recuperaron las Biblias y esta mujer, con sumo cuidado, secó una por una sus páginas a los rayos del sol.

Cuando Ling le pidió una y le explicó que Dios la había llamado a predicar el evangelio, la mujer se alarmó:

“¡No, no, no!, -le respondió-. Estas Biblias son muy valiosas. ¿Sabe lo difícil que es conseguir una Biblia? Y además, ¿cómo sé que usted sí es una cristiana?”

Ling persistió en su súplica, pero sin éxito. La mujer no compartiría con ella ni una sola de sus Biblias. La pobre Ling tenía tal aspecto de abatimiento que la mujer le pro-

metió que si podía recitar el Padrenuestro sin un solo error, ella reconsideraría su petición. Ling se sintió animada al saber que todavía tenía esperanza. Regresó a una de las aldeas donde tenían una Biblia, según recordaba ella, en casa de un creyente anciano. El hermano consentía su Biblia con reverencia santa, y cuando Ling la vio, supo por qué. La Biblia del anciano estaba escrita toda a mano. De hecho las manos del hombre estaban deformadas debido a las miles de horas que había pasado copiando cuidadosamente cada versículo, letra por letra y palabra por palabra.

Un sueño que dio comienzo a una misión

Cuando Ling la pidió prestada el hombre se la entregó solemnemente y le permitió copiar la. Oración del Señor para que ella pudiera memorizarla. Estaba asombrada por lo limpio de la escritura y se preguntaba cuántos años pasaría el anciano copiando los millares de versículos. Después, en el transcurso de su jornada, iba a encontrar muchas más Biblias como esta. Estos laboriosos trabajos hechos con amor le infundieron un nuevo concepto de la importancia de la Palabra de Dios y se comprometió a memorizar tantos pasajes como le fuera posible. También hizo un voto de distribuir Biblias a otros creyentes en toda China... si Dios le permitía realizar tal sueño.

Camino de regreso a casa de la mujer de las Biblias, comenzó a cavilar si habría memorizado el Padrenuestro de manera correcta. ¿Qué tal que el hombre que la copió hubiera cometido un error? ¿O si fue ella quien la copió mal?

Pero no tenía por qué preocuparse. Pasó el examen recitando la Oración del Señor perfectamente. No obstante después la mujer hizo que Ling orara en voz alta para asegurarse que era sincera. Luego le hizo una y otra pregunta sobre el ministerio y la manera en que había llegado al Señor. Finalmente terminó el interrogatorio y la mujer se arrojó junto con Ling, abrazó la Biblia y se la entregó. Se disculpó por ser tan meticulosa, pero entonces le explicó:

“Después que nuestros hermanos recogieron estas Biblias de la playa, empezaron a distribuirlas en todo el país. Eso era muy peligroso y algunos de ellos pagaron esa acción con sus vidas. Al recordar su sacrificio, tesoro aún más estos benditos libros”.

Ling salió con su Biblia. Estaba todavía algo húmeda porque la mujer no terminó de secar todas sus páginas. La abrió en Lucas 10, despegando con sumo cuidado las húmedas páginas y con lágrimas en los ojos leyó las palabras que ya le eran familiares: *“Es abundante la cosecha, pero son pocos los obreros. Pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que mande obreros a su campo. ¡Vayan ustedes! Miren que los envió como corderos en medio de lobos”*.

Había tomado conciencia de la primera parte del mandato de Jesús. Y ya había salido, sola, como obrera del Señor, y la cosecha ciertamente había sido grande. Ahora, preguntándose cómo se cumpliría la segunda parte del pasaje de la Escritura, oró a Dios pidiéndole fortaleza.

Se busca

El cartel era siniestro: “Se Buscan por Crímenes Contra el Estado”, proclamaba el encabezamiento. Cualquier persona que vea a alguno de los individuos incluidos en esta lista debe reportarlo a las autoridades locales. Por hacerlo recibirá una recompensa”. Ling se encogió de hombros mientras sus ojos escrutaban la lista y sus labios se movían al leer los nombres de personas que ella conocía. Muchos eran sus amigos y colaboradores. Y luego... apareció *su nombre*.

Aunque no la sorprendió, el descubrimiento sí era grave. Las cosas habían marchado bien por un buen tiempo. Se había vuelto bastante efectiva en su ministerio itinerante. Recordando la forma en que el anciano evangelista cambió su vida cuando visitó la aldea, al contar sencillamente la historia de Adán y Eva, al hablar del pecado y del gran sacrificio de Jesucristo, Ling siguió su ejemplo. Pronto aprendió que una de las maneras más efectivas como podía alcanzar a la gente era sencillamente leyendo en voz alta pa-

sajes seleccionados de la Escritura. Muchos chinos sabían lo rara que era una Biblia, de modo que escuchaban con agrado las historias que Ling les leía y rápidamente absorbían el mensaje.

Irónicamente los problemas comenzaron con sus propios parientes. A medida que viajaba por las aldeas, las noticias sobre su ministerio se difundieron rápidamente y sus parientes la acusaron de causarle una gran vergüenza a la familia.

“Ella se está volviendo vieja” –altercaban entre ellos–. ¡Debería casarse, no estar vagando por los campos como una lunática!”

Ling había considerado volver al hogar pero por una razón diferente. La persona que hacía el tofú se había marchado y su padrastro estaba furioso. Al principio él pensó que cuando tuviera hambre regresaría. Pero al pasar los meses se dio cuenta que a Ling le estaba yendo bien. Sí, era cierto que regresaba ocasionalmente, pero no se demoraba más de una tarde.

Shu-Tan se negó a emplear a alguien o a comprar un buey y puso a la madre de Ling a trabajar en el molino. Cuando Ling se enteró de la insensible acción de su padrastro, volvió al hogar y le dijo a su madre:

“Esto es demasiado para ti, me quedaré”.

“¡No! ¡Absolutamente no! –le respondió la mujer–. Tienes que prometerme que serás fiel al llamado de Dios. Puedo lidiar con esto. Es un precio pequeño que hay que pagar para que puedas predicar el evangelio. ¿Entiendes? Tú *tienes* que continuar trabajando en la cosecha del Señor”.

Ling hizo tal como su madre le dijo, pero pronto surgieron otros problemas. En algunas de las aldeas la policía local comenzó a impedir las “reuniones no autorizadas” y las “actividades de culto”. Muchos creyentes estaban temerosos que Ling permaneciera en su aldea; en muchos lugares le negaron aún una sola comida. Entonces se encontró viajando a pie distancias cada vez mayores, internándose más

Ling: en la escuela del sufrimiento

en los campos. Podía viajar gran parte de esa distancia en bus por tan sólo cincuenta centavos, pero esto era más dinero del que poseía.

Afortunadamente algunos de los que la apoyaban se enteraron de sus largos viajes y le donaron zapatos para que continuara. Ella los aceptó complacida.

A pesar de las presiones que se acumulaban, ella estaba experimentando resultados crecientes en su ministerio. En sus reuniones congregaba audiencias de más de cien personas y su voz se oía fuerte cuando hablaba a las concurrencias al aire libre. Las casa-iglesias se multiplicaban en muchos de los pueblos, tanto que atrajeron la atención del gobierno. Al principio los cristianos negaron que hubieran rechazado la iglesia oficial auspiciada por el gobierno, el llamado "Movimiento Autónomo Patriótico Tripartito" (MAPT). Y aunque los creyentes *estuvieran dispuestos* a adherirse al MAPT, ¡no había ni una sola congregación del mismo en centenares de kilómetros a la redonda!

Muy pronto la policía comenzó a perseguir a los cristianos. En respuesta los creyentes desplazaron sus reuniones a lugares desiertos y el canto y la predicación bajaron su tono. Ling tenía que ser cuidadosa en distinguir a las personas en quienes podía confiar, y rehusaba permanecer mucho tiempo en una misma área. Se hizo conocida para muchos de los misioneros extranjeros que estaban ubicados en la zona y a menudo les solicitaba que se reunieran con ella. Sabía que estas entrevistas aumentaban los riesgos y la indeseada atención de la policía, pero estaba dispuesta a encontrarse con sus hermanos y hermanas cristianos del exterior para hacerles saber lo que Dios estaba haciendo en China. Los misioneros introducían Biblias que Ling distribuía complacida en las nuevas iglesias. Las Biblias todavía seguían siendo bastante escasas en donde quiera que iba. Era frecuente que sólo dejaba una en cada congregación. El trabajo de copiar a mano las Escrituras continuaba.

Las rodillas embarradas, los corazones rebosantes

Para el invierno de 1983, las persecuciones y los arrestos de cristianos estaban en todo su apogeo. Ling tenía que huir constantemente sabiendo que ella y muchos de sus colaboradores estaban en la lista de los que el gobierno buscaba y por los cuales pagaba recompensa. Volver al hogar a visitar a su madre quedó totalmente descartado. Seguramente la policía estaría vigilando la casa. Durante una visita a una aldea llamada Towkil, tuvo que llevarse a los creyentes bien adentro del campo para compartir el evangelio con ellos en un ambiente seguro. Llovía y no había con qué protegerse. Pero todos permanecieron allí soportando la lluvia, conmovidos por el mensaje y absorbiendo cada palabra de él.

Cuando Ling los dirigió en una oración de arrepentimiento, los oyentes se arrodillaron en el barro. Las rodillas de la predicadora se hundieron por completo en el barro, así como las de todos los demás. Más de cien personas aceptaron a Cristo ese día y Ling se regocijó con ellos, sin embargo temía lo que podría ocurrir más adelante. Aunque también sabía que el fuego de la persecución haría que el viento del Espíritu Santo soplara con más fuerza y con mayor amplitud. Se comprometió consigo misma otra vez a ser fiel al llamamiento de Dios, sin importar lo que el futuro le deparara.

A treinta kilómetros de allí, en la aldea de Datwin, ella se reunió con otros predicadores que habían viajado a través de los campos compartiendo el evangelio e intentando evitar la persecución. Uno de ellos era conocido como el Tío Fun, y él y los otros tenían la misma visión y el mismo amor que Ling poseía. El Tío Fun era el de más edad en el grupo. Durante un período de cinco años fue prisionero en un campo de trabajos forzados.

Ling se reunió con ellos. Eran diez evangelistas –nueve hombres y Ling– y juntos se comprometieron a continuar predicando el mensaje sencillo de Cristo hasta que en las casa-iglesias se estableciera un liderazgo local. También convinieron entre ellos que quienes en el grupo todavía

estuvieran solteros, como Ling, permanecerían así hasta que el trabajo quedara establecido con solidez.

El reto más grande que los evangelistas enfrentaban no era la persecución, sino la abrumadora necesidad de Biblias. Convinieron en que Ling sería la responsable de traer más Biblias, siendo que había establecido contactos con misioneros extranjeros que clandestinamente las habían introducido al país. Cuando no estaba en los campos plantando iglesias con la ayuda del Tío Fun se ocupaba de verificar cualquier rumor sobre la existencia de Biblias disponibles en algún lugar.

Trabajo duro y peligro creciente

Evangelizando y distribuyendo Biblias, Ling hacía recorridos de casi cincuenta kilómetros por día, la mayor parte de ellos en bicicleta. Las jornadas se hacían cada día más peligrosas y sabía que la policía estaba vigilándola. Temía que pasaría poco tiempo antes que la arrestaran. Preparándose para esa eventualidad, se dio a la tarea de leer más pasajes bíblicos que hablaran de persecución y de enseñar sobre ese tema en cada una de las casa-iglesias que visitaba. Quería que los creyentes estuvieran preparados también ser un ejemplo si esto le ocurriera a ella.

El trabajo se hizo mucho más pesado. A menudo tenía que pasar más de un día sin probar alimento y algunos miembros de las iglesias la criticaban. Tenía tan sólo veinte años de edad, era mujer y soltera, argumentaban. ¿Qué hacía ella metida en esa clase de trabajo? En parte el menosprecio se debía al trasfondo cultural de los críticos; otros sencillamente estaban celosos. En ambos casos a Ling no le era fácil soportarlos.

En todo el año, mientras ella y sus colaboradores continuaron con sus viajes, recibió más y más informes de cristianos a quienes las autoridades chinas molestaban, arrestaban e incluso torturaban por causa de su fe. El gobierno central de China se preocupaba cada vez más por el rápido crecimiento de las casa-iglesias en todo el país, mientras

que las iglesias del MAPT oficial perdían miembros. Para Ling y los otros evangelistas, era claro que los creyentes buscaban un derramamiento nuevo y fresco del Espíritu Santo, lo que hacía que las casa-iglesias germinaran en todo lugar y el movimiento se extendiera. Como respuesta, los líderes del gobierno dirigieron una campaña en toda la nación tendiente a sofocar el crecimiento de estas iglesias. La persecución se intensificó, pues las autoridades locales recibieron amplio poder para tratar con los cristianos, especialmente con los líderes, haciendo con ellos como bien les parecía. A menudo esto significaba encarcelamiento y torturas sin un juicio previo.

A comienzos de la década de 1990, Ling ya era conocida por miles de creyentes como una líder sabia y compasiva. Por la gracia de Dios había logrado evitar caer en las garras de las autoridades. Al menos hasta ahora.

Fidelidad al compromiso

En Abril de 1994, Ling estaba físicamente agotada.

“Debes descansar un poco” –le dijo el Tío Fun–. Y quizá sea el tiempo de Dios para que te cases”.

Pero Ling rechazó la sugerencia.

“Usted sabe que hice un compromiso con los demás miembros del grupo de liderazgo. Dijimos que no nos casaríamos hasta que la iglesia estuviera edificada y sólida. Los creyentes necesitan liderazgo que los mantenga fuertes de modo que puedan resistir la terrible persecución que está en marcha. Además acaba de llegar otro embarque de Biblias a Guangzhou. Voy a llevar conmigo a Shen y a Jan para traer algunas. Regresaremos en unos cuantos días.

El anciano Fun se sintió un poco incómodo pero se abstuvo de discutir con ella. Ling tal vez era obstinada, pero esa fue la razón por la cual él la llevó al grupo al comienzo. Él sabía que Dios podía utilizar su ardiente compromiso para hacer que las casa-iglesias crecieran y florecieran. Además él y su esposa habían llegado a amarla como a una hija.

Ling: en la escuela del sufrimiento

Él conocía bien las luchas de Ling, también los celos que debía soportar de algunos miembros de las iglesias por causa de su posición y cómo había sabido poner en su lugar la constante incomprensión de quienes no podían imaginar la razón por la cual no se había casado todavía. Pensando en todos estos retos que la chica enfrentaba, el Tío Fun musitó una oración mientras la veía partir.

Atrapada finalmente

Era temprano todavía la noche en que después de recoger su provisión de Biblias, Ling y sus colaboradoras llegaron a casa de unos amigos, de regreso a su hogar. Habían disfrutado un cálido compañerismo y un reconfortante descanso después de su larga jornada. Era bastante tarde cuando Ling se excusó para hacer una llamada telefónica antes de acostarse. Cuando salió del apartamento a la calle que ahora estaba en silencio, oyó que un hombre la llamaba. Se acercaba rápido hacia ella; cuando lo tuvo más cerca, con la luz pública pudo ver que se trataba de un oficial de policía. La primera reacción de Ling fue escapar, pero cuando se dio vuelta fue detenida por otro policía.

Bueno, pensó ella, al fin me atraparon. Desde que vio su nombre en el cartel con la lista de los buscados por el gobierno, estuvo esperando este momento. Pero mantuvo la firme convicción que no sería arrestada hasta que Dios no lo permitiera, en su propio tiempo; ahora este pensamiento le daba consuelo.

“Tiene que venir con nosotros –le dijo uno de los oficiales mostrándole los brazaletes de identificación. Al parecer estaban esperándola, y aunque tenía una idea bastante aproximada de lo que le vendría, respiró con alivio al pensar que la iban a llevar sólo a ella sin preocuparse en molestar a los otros creyentes o en registrar su pequeño apartamento.

“¿A dónde me llevan?” –les preguntó Ling.

“Adentro” –respondió el primer oficial. Era alto, como ella, y hablaba con un tono de voz calmado que la enervaba. Mientras la escoltaban de regreso al edificio, su mente cavilaba: *Shen y Jan son casados; seguramente la policía no los*

enviará a prisión. ¿Cuántas Biblias encontrarán? ¿Habría destruido ella todas esas direcciones de la casa del pastor después de haber recogido las Biblias?

Al entrar al apartamento delante de los oficiales, rápidamente les dijo en voz baja a Shen y a Jan:

“Digan tan sólo que fueron empleados por mí y que no saben nada, déjenme asumir la responsabilidad”.

Rápidamente la policía separó a Ling de los demás, la sentaron en una silla y uno de los oficiales extendió ante ella lo que parecía un documento oficial. Alcanzó a ver su nombre escrito en una de las líneas del primer párrafo.

“Firme esto”, gruñó el señor tal y tal, y puso una pluma en su mano. Ling miró rápidamente el documento. Era una orden de allanamiento que los autorizaba para registrar su apartamento y confiscar todas las “pruebas” que encontrarán allí. Ling firmó el papel y de repente se sintió agobiada por la fatiga. Sabía que esta iba a ser una noche muy larga...

Los oficiales registraron con meticulosidad el apartamento. Ella los observó esculcando todos sus vestidos, hasta que finalmente encontraron las cajas con las Biblias...

La llevaron a la Prisión 91, una de las más famosas en China. Los oficiales que la interrogaron sólo querían una cosa: nombres, nombres y más nombres.

“¿Quién la está sosteniendo a usted? ¿Quiénes son los otros líderes? ¿Quién le dio estas Biblias?”

Conociendo de antemano las consecuencias de identificar a alguien en el grupo, se negó a responder.

El interrogatorio se repitió en muchas ocasiones durante los dos meses siguientes.

Además de interrogarla con frecuencia, la obligaron a trabajar junto con las demás prisioneras. El trabajo actual de las reclusas era hacer encendedores de cigarrillos, manteniéndose un estricto control de calidad pues éstos eran

para ser exportados a países occidentales. Ling se enfermó; una fiebre alta la asedió y su salud estuvo bastante deteriorada. Pero si no cumplía con su cuota diaria de producción, la golpeaban.

“Nosotros sabemos cómo hacer que abran la boca”

En Julio la trasladaron. La policía de su pueblo natal descubrió que la habían arrestado y la pidieron en extradición. Tras buscarla por casi diez años, estaban emocionados al descubrir que estaba detenida. Ellos tenían mucha más experiencia en interrogar prisioneros. Como le dijo a Ling uno de ellos: “Nosotros sabemos cómo hacer que abran la boca”

Bastante debilitada ya, debido a las fiebres y al trabajo forzado en la prisión 91, Ling sufrió lo indecible en el transcurso de los interrogatorios. Sus labios se congelaron y estuvo a punto de morir. Las sesiones de interrogación fueron duras, pero no lograron sacarle nada. Éstos utilizaban técnicas diferentes a las de los primeros interrogadores, pero en esencia querían la misma información: nombres

“¿Quiénes son las otras personas con las cuales trabaja? –le preguntaron una y otra vez–. ¿Quiénes son las personas con las cuales tiene contacto en el exterior? Cuéntenos sobre sus reuniones ilegales. ¿Quién le suministra sus Biblias y demás libros?”

Las excesivas preguntas la aturdíán pero vez tras vez se mantuvo firme y no reveló la identidad de los demás aunque la tentación de hacerlo fue muy fuerte. A veces quienes la interrogaban le mostraban fotos donde aparecía ella con sus colaboradores. *Si ellos ya sabían con quién había estado trabajando, ¿por qué querían que les diera los nombres?*, deseaba saber Ling *¿Y qué daño podría causar hacerlo ahora?*

Un día terrible entraron diez hombres al cuarto de interrogación. Uno de ellos llevaba una prensa de sujeción pequeña con dos sujetadores abiertos. Dos de los guardias la pusieron en el suelo boca abajo, su cuerpo balanceándose sobre su estómago. Doblaron sus dos brazos sobre la espal-

da y hacia arriba quedando en una posición sumamente forzada. Luego otro guardia le plantó la bota en su espalda para tener mejor capacidad de tirar de sus extremidades y los otros rápidamente aseguraron la prensa a los pulgares de sus manos. Luego accionaron la prensa halando sus pulgares junto con los brazos.

Ling oyó el sonido de los huesos al tensionarse en una posición antinatural. Luego liberaron sus brazos y la fuerza total de sus extremidades en esa posición envió una descarga de dolor a través de todo su cuerpo.

Este elemento de tortura era tan cruel que el gobierno había prohibido su uso con las mujeres. En medio de su desgracia, Ling notaba la ironía: muchos en las aldeas quisieron desanimarla de continuar en el ministerio porque estaba haciendo un trabajo que era considerado para hombres. Ahora estaba siendo torturada como un hombre.

Ling sabía lo que afrontaría. En ese momento pensó que tenía sólo dos opciones: enfrentar la muerte o traicionar a sus hermanos. Decidió que la muerte sería menos dolorosa.

“¡Levántese! –le gritó un oficial pateándole los pies. Luchaba por ponerse de rodillas cuando sintió el terrible golpe de un bastonazo en su espalda. El dolor atravesó su cuerpo como un proyectil candente. No podía respirar; escasamente podía moverse. Sus muñecas estaban hinchadas y entumecidas y sus brazos rígidos por estar forzados hacia atrás.

“Por favor, no puedo...” –la voz de Ling temblaba mientras se esforzaba por permanecer consciente. Gotas de sudor helado corrían por su cabeza y sus ojos estaban enrojecidos mientras clamaba a Dios en su agonía. ¿Sería así –pensaba– como oró Jesús cuando estuvo en el Getsemaní, al saber que tendría que sufrir y morir? Se preguntaba si iba a morir en ese momento...

El interrogatorio continuó por tres horas con los brazos doblados -hacia atrás, sus pulgares agarrados por la prensa y

su cuerpo retorciéndose en agonía. Finalmente se desmayó a causa del dolor.

Cuando despertó, estaba tirada boca abajo en el sucio piso de su celda. Podía oír voces cercanas... Al fin alguien entró a la celda y la subió a su cama de madera. No podía moverse. El dolor era demasiado fuerte. No podía levantarse siquiera para comer o ir al sanitario. Durante quince días permaneció en cama mientras los oficiales decidían que hacer con ella.

Gradualmente se recuperó del tratamiento a base de torturas y sobrevivió las apabullantes condiciones en la prisión durante cinco meses más. Luego la liberaron de mala gana al no tener pruebas reales y no haber logrado que revelara los nombres de los otros creyentes miembros de su vasta red.

El sufrimiento es una escuela

Fue en un día frío y ventoso de enero de 1995 cuando Ling tocó la puerta de una de sus colaboradoras.

“¡Ling! –exclamó su amiga Rut cuando vio la frágil silueta de pie frente a su puerta. Rápidamente la hizo entrar a la casa, la abrazó y la abrumó con preguntas:

“Ling, estábamos tan preocupados por ti. ¿Por qué no hiciste contacto con nosotros? ¡Estás tan delgada! ¿Te sientes bien? La policía se negó a darnos información sobre ti. ¿Cómo hiciste para sobrevivir? ¿Cómo lograste salir?

Al difundirse la noticia del regreso de Ling, se organizó una improvisada celebración con todos los creyentes. Ella estaba exhausta pero disfrutó la compañía de sus hermanos y hermanas otra vez. Cuando se reunieron para dar gracias y orar, Ling les dijo:

“Les agradezco tanto sus fervientes oraciones por mí durante estos meses pasados. Sé que no hubiera podido soportarlos sin la ayuda de Dios y el apoyo de sus oraciones. Créanme que hubo muchos días cuando pensé que no podría resistir más, pero Dios fue fiel en recordarme siempre

su amor por mí durante esos momentos. Creo que el sufrimiento es una escuela. Si el cristiano se gradúa en ella con éxito, ha hecho su tarea, pero si fracasa, sencillamente a parecido. Para mí la prisión fue esa escuela. Mientras estuve allí no pude hacer otra cosa que depender completamente de Dios, y esa dependencia forzosamente me acercó más a El. Siempre enseñé que el creyente debe fortalecerse en Dios y enfrentar cualquier prueba. Ahora les puedo decir con una mayor certeza que Jesús estará con cada uno de los suyos no importa por cuáles pruebas tengan que pasar”.

Con anterioridad a su arresto, Ling había estado enseñando sobre la vida de Pablo y de los otros apóstoles del Nuevo Testamento que sufrieron martirio por Cristo. Ahora, bromeaba con sus colaboradores que cuando llegara al cielo quería saludar a Jesús y luego estrechar las manos del apóstol Pablo y preguntarle:

“Cuando estuvo en la tierra, ¿fue su vida tan dura como la mía?”

Con escasos treinta años de edad, Ling ya había tenido que soportar tanto abuso físico que le era imposible funcionar normalmente. Sin embargo, queriendo ser un buen ejemplo, reanudó de inmediato su trabajo entre las casa-iglesias enseñando y dirigiendo estudios bíblicos y reuniéndose con los contactos del exterior para coordinar la ayuda que recibían y la información que ella suministraba, y para asegurar que el flujo de Biblias continuara llegando a las áreas interiores de China. Debido a la severa persecución que el gobierno desató en la década de los años ochenta, los creyentes se habían dispersado por todo el país, y la red de casa-iglesias había crecido hasta contar con varios millones de miembros. Ahora Ling trabajaba con mucha más urgencia para asegurar que cada una de ellas tuviera por lo menos una Biblia.

Una noche de septiembre de 1996, Ling se despidió de una pareja de misioneros europeos y regresó al hogar, cuan-

do, a las 10:00 de la noche, ella y sus amigos oyeron que tocaban la puerta y una voz varonil que decía:

“¡Hola!, necesitamos revisar su permiso de residencia”.

Ling miró al Tío Fun y a Shen e hizo un gesto con la cabeza. Sabía que tenía que ser la policía. Abrió la puerta y cinco oficiales entraron atropelladamente.

“¡Están arrestados!, –le dijo uno de los oficiales mientras los otros la esposaban a ella y a sus amigos. Con desaliento, observó que los oficiales revolcaban bruscamente todas sus cosas. Iba a ser otra larga noche...”

Viejos amigos

Cuando llegaron a la estación de policía Ling, fue presentada al comisionado; un hombre de voz suave que había tratado con ella durante su último arresto.

“Señor, esta es la señorita Ling...” –comenzó diciendo el subordinado.

“Sí, la conozco, –replicó el hombre mostrando una falsa sonrisa–. Somos viejos amigos. Bien, Ling, pienso que esta vez no va a poder ir a ningún lado durante un buen tiempo. El expediente suyo y el de sus amigos ha crecido de manera impresionante. Hemos capturado a otros dos de sus líderes esta noche. Después de todo, diría que hoy ha sido un buen día de trabajo, –dijo complacido mientras se alisaba la barba con displicencia–. Enciérrenla en la celda número doce –dijo mientras se disponía a salir–. Me voy a casa”.

Después de una semana, la ansiedad de Ling aumentó al pensar en la actitud laxa del oficial. ¿Por qué no la interrogaban? ¿Por qué estaban tan relajados los oficiales? ¿Cómo se enterarían de los otros dos creyentes que arrestaron? Ling luchaba contra oleada tras oleada de pánico al pensar en lo mucho que ya sabrían. Temía que la policía hubiese comprendido, con mayor claridad que antes, lo influyente que había llegado a ser en el movimiento. Probablemente la estaban siguiendo desde que la liberaron de su primer

arresto, de modo que sabían sin duda alguna la frecuencia con la cual se había reunido con sus contactos del exterior. Y con toda seguridad tendrían información de todas las personas que visitaron su provincia y le pidieron que se reuniera con ellas en relación con el movimiento de casa-iglesias.

Bueno, ahora todo parecía lógico, pensó Ling; la iglesia había crecido potencialmente de modo que la policía tarde o temprano iba conocer los detalles de sus actividades. Se resignó a la vida de la prisión pensando que las palabras de Jesús: "los envió como corderos en medio de lobos" se estaban haciendo una realidad otra vez en su vida.

Los cuatro meses siguientes fueron de agonía.

"Por favor, –suplicaba a veces a sus captores– si quieren matarme, mátenme. Si quieren sentenciarme, háganlo. Si quieren liberarme, libérenme, ¡pero háganlo ya! No me retengan aquí sin ninguna excusa o motivo como lo hicieron la última vez".

Tales cosas las decía con pasión, pero poca atención le ponían, excepto cuando algún guardia ocasionalmente la escupía o se burlaba de ella.

Hubo ocasiones en que pensó que se iba a enloquecer. Cada día se sentaba en la dura banca de madera que le servía de cama. La pequeña celda diseñada para ser un lugar de detención temporal, estaba constantemente húmeda debido a las filtraciones de agua. A veces había en ella hasta veinte mujeres que pasaban gran parte del tiempo evitando que el agua se acumulara.

Aunque otras prisioneras entraban y salían de la celda porque las transferían a otra prisión o las liberaban, Ling era virtualmente ignorada por las autoridades y rara vez salía del reducido espacio. No se le permitía acostarse durante los largos días o aún recostarse contra la pared; tenía que estar de pie o sentarse derecha sobre la lámina de madera que le servía de cama. Enjambres de moscas y

mosquitos hacían de la celda sucia un lugar aún más miserable.

Finalmente apareció frente a su celda el comandante de policía con un papel en la mano.

“¡Firme ésto!” –le ordenó.

Ling trató de leer el contenido.

“¿Qué dice el documento?”

“¡Firme nada más! –gruñó el comandante–. Es la orden de reubicación”.

El corazón de Ling dio un salto cuando leyó rápidamente y se dio cuenta que era una nota remisoria mediante la cual la enviaban a un “campo de trabajo y reformación” para cumplir allí una sentencia de tres años. China concedía un periodo de quince días para apelar después de la notificación de la sentencia, pero para Ling no había tales derechos.

“Saldrá hoy mismo” –le dijo el comandante.

Antes que ella pudiera protestar, el presumido oficial caminó por el largo corredor de la prisión, haciendo sonar presuntuoso los tacones de sus botas sobre el piso hasta desaparecer.

Tres años...

Oh, Dios, por favor cuida de las iglesias, clamó Ling en oración silenciosa mientras el vehículo de la prisión la llevaba por el área conocida como Río Milla Dieciocho, donde estaba localizado el campo de trabajo. Estaba agradecida por todo lo que ella y sus colaboradores habían logrado, pero al mismo tiempo estaba ansiosa por lo que les ocurriría a partir de ahora. De diez de los principales líderes de la red de trabajo de las casa-iglesias, por lo menos cuatro –según lo pudo saber– estaban ahora en prisión. Fuera de ella, el Tío Fun también fue detenido en la cárcel local y otros dos líderes fueron enviados a otro campo de trabajo forzado.

Cuando llegaron a la cárcel, a Ling le dieron una taza de arroz y una caja pequeña con elementos de uso personal. Luego la llevaron a la celda.

En la prisión, orar es tan esencial como respirar

“¡Bienvenida, Ling! Nos dijeron que venías” –la saludaron un tan pronto se abrió la puerta de la celda. Resultó ser que algunas creyentes de uno de los grupos de Ling iban a ser sus compañeras de celda en el campo de trabajo. Tuvo que sonreír al oír que la saludaban. Parecía como si estuvieran contentas de verla encarcelada, pero realmente sólo se alegraban porque había sido asignada a su misma celda. Al abrazarse y saludarse unas a otras, Ling reflexionaba cuántas creyentes más se les unirían después.

Le asignaron una litera alta. La primera noche subió a su cama y comenzó a orar en voz alta.

“¡Hey! –le gritó una de las internas–. No puedes hacer eso aquí. Si te agarran, te castigan”.

“Pero es imposible impedirle a un cristiano que ore. Sería tanto como impedirle respirar” –le respondió Ling.

“Bueno, así son las cosas aquí, –dijo la otra mujer–. Y no solamente eso, no te permitirán tener el cabello largo tampoco”.

Ling acarició su larga y sedosa cabellera negra. No era vanidosa en cuanto a su apariencia, pero no podía imaginar tener el cabello corto. Siempre lo había mantenido largo, como el de su madre. Deseaba saber que tan fea se vería cuando se lo cortaran. Sintió que se le escurrieran las primeras lágrimas y oró en silencio pidiéndole a Dios que le guardara su cabellera. Aún antes de terminar la oración supo que era tonto pedir eso. Miró a su alrededor en la celda y notó que todas las otras mujeres tenían el cabello corto y todas eran feas.

La vida en el campo de trabajo era diferente a la vida en prisión. Después de tantas semanas de confinamiento, se alegraba de salir al exterior durante el día. La comida era un

poco mejor aquí, pero durante los tres meses del periodo de prueba tuvo que trabajar de quince a dieciséis horas al día, fabricando pelucas. Otra vez pensó en las ironías de la vida mientras frotaba la piel áspera de su cabeza en donde los nuevos cabellos pugnaban por salir. El trabajo de hacer pelucas era tedioso y difícil, y era común que las obreras vomitaran ante la presión de las cuotas diarias. A Ling se le hacía difícil poder pensar en cualquier otra cosa.

La vida se convirtió en una monótona rutina de despertarse, comer, trabajar y dormir; para luego despertarse otra vez comer, trabajar y volver a dormir. A veces las reclusas tenían que laborar aún en la noche si la carga de trabajo era mucha o si no se cumplía la cuota del día. Para Ling el reto más grande era poder concentrarse en Dios y orar de la manera que estaba acostumbrada a hacerlo. Después de tantos años de viajar libremente por la parte central de China, de enseñar, predicar y cuidar de la gente, esta nueva vida con todas sus reglas y limitaciones, era un golpe terrible.

“Dios tiene un propósito en mente al tenernos aquí”

Todas las mañanas las reclusas saltaban de la cama a las cinco en punto cuando sonaba la señal. Tenían diez minutos para tender sus camas y formarse en filas en el patio; quince minutos para comer y todo el día para trabajar en la factoría. Cumplían este horario sin tregua siete días a la semana. Para la mayoría la vida se convirtió en un estado perpetuo de agotamiento y monotonía. Ling trabajaba al lado de prostitutas, traficantes de drogas, ladronas, secuestradoras y otras que habían sido rotuladas como “la basura de la sociedad”. Completamente agotada por las largas horas de trabajo, se le hacía cada vez más difícil orar por la noche pues ansiaba desesperadamente dormir.

Sin embargo, después de unas cuantas semanas sintió que renacía al rendir completamente su situación al Señor. Una vez más se sintió impulsada a hablar de su fe con las otras creyentes.

“El propósito final de Dios en cada situación es que aprendamos la obediencia, ¿verdad? –les dijo un día–. De modo

que sé que Dios tiene un propósito al tenernos aquí. Estamos rodeadas de criminales mal habladas con diferentes comportamientos, y sé que Dios quiere que aprendamos a amar a estas personas y a mostrarles el amor del Señor. Es fácil amar a la gente que está afuera, nuestras amigas y colaboradoras, pero Dios quiere que aprendamos a amar a estas mujeres también”.

Ling estaba agradecida por la compañía del puñado de otras creyentes que también hacían parte de la gran población en el campo de reclusión y trabajo. Cuando una cristiana se desanimaba, ahí estaba otra para alentarla. Y aunque para ella era frustrante el hecho de no poder reunirse abiertamente y orar y tener comunión, encontró otros momentos y otros lugares donde sí podía orar y animar a las demás mujeres: por ejemplo en los momentos en que se les permitía ir al retrete, en las horas de trabajo durante el día, o cuando hacían fila para recibir el almuerzo.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que los oficiales que dirigían el campo notaran sus capacidades de liderazgo y la pusieran a cargo de su división como líder de equipo. Esta promoción le dio a Ling más oportunidades de testificar al tener autoridad sobre las cincuenta mujeres en su dormitorio, además de trabajar como supervisora de producción, vigilando a doscientas mujeres en la fábrica de pelucas.

Aunque el trabajo era todo un reto y las peleas entre las reclusas le causaban enojo, no obstante desempeñaba su trabajo con excelencia y finalmente se ganó los corazones de varias de las mujeres bajo su supervisión.

“¿Por qué estás aquí? -le preguntó una de las internas-. Eres tan amable y tan buena líder, tú podrías tener afuera una buena carrera”.

Ling aprovechaba las muchas oportunidades de contar las razones de su encarcelamiento y, como resultado de su testimonio, gran número de mujeres se convirtieron en creyentes secretas. Aunque no tenía Biblias, les enseñó ver-

sículos de las Escrituras que había memorizado y les enseñó a orar. Recordaba la Biblia copiada a mano del viejo hermano y su propio compromiso de memorizar largas porciones bíblicas. Ahora se sentía más que complacida de haberlo hecho así.

“¿Puede una persona como yo ser creyente?”

Los oficiales de la prisión continuaron notando el excelente desempeño de Ling en el trabajo y el hecho que su equipo llegó a ser el de mejor producción y parecía tener menos peleas y accidentes que los otros. Un día su supervisora, la oficial Tao, la detuvo en el vestíbulo de la factoría.

“Ling, he visto su expediente, –le dijo–. Conozco sus actividades y el hecho que usted fue una influyente líder cristiana. Y ahora que ha estado aquí por once meses, también he visto su trabajo y su comportamiento con las otras prisioneras, especialmente con las vulgares y resentidas permanentes, las cuales causan tantos problemas. Usted parece tener un gran afecto por esas prisioneras, sin embargo no actúa como ellas. ¿Por qué?”

Ling sintió una nerviosa emoción al responderle a su jefa:

“No actúo como ellas porque soy cristiana; he rendido mi vida entera a Jesucristo, Él es la razón por la cual vivo, la causa por la que puedo amar a todas estas personas tan difíciles de amar”

Contuvo su aliento esperando la reacción de la oficial. La sola mención de religión podía agregar más tiempo a su condena o hacer que la encerraran en “la caja” una celda de confinamiento solitario. Nunca sabía si un interrogador estaba tendiéndole una trampa. Pero para su sorpresa, su jefa soltó una pregunta:

“¿Puede una persona como yo ser creyente?”

“¡Por supuesto! –respondió Ling–. ¿Pero no teme usted perder su posición? ¿No teme que el gobierno la expulse del ejército?”

“¿Y no teme que la castigue aumentándole tiempo a su condena por hablar estas tonterías? –replicó la oficial Tao sin inmutarse un ápice.

“Hasta donde sé, mi tiempo de permanencia aquí tiene un propósito, y si llego a saber que usted ha creído en Jesús, puedo permanecer aquí el resto de mi vida”.

“¿Disfruta su estadía aquí?”

“No, de ninguna manera” –respondió-. Pero es porque Jesús la ama a usted que estoy aquí. Mi vida y la suya nos fueron dadas por Dios”.

La oficial Tao discutió un poco más pero Ling le respondió todas las preguntas mientras seguía contándole del amor y la bondad de Dios.

La oficial estaba interesada pero no era fácil de convencer y continuaron sus conversaciones clandestinas durante muchos meses. Al fin un día, le dijo a Ling:

“Aún si me convirtiera en creyente, tendría que serlo secretamente. Usted sabe que hay algunos cristianos en mi vecindario, pero nunca he hablado con ellos. Es difícil por causa de mi posición. Realmente usted es la primera cristiana que yo he conocido”.

Ling sólo pudo responderle con una sonrisa y oró por ella en su corazón.

Continuó trabajando y sirviendo a Dios en el campo de labor lo mejor que podía durante los dos años siguientes, pero su salud se deterioró debido a las largas horas de trabajo y a la mala nutrición. Algunos días se preguntaba por cuanto tiempo más podría sobrevivir. Tiempo después, en el mes de diciembre, la oficial Tao la llamó a su oficina. Estaba sentada tras su escritorio con una mirada severa en su rostro y en sus manos una hoja de papel.

“¿Qué es?” –preguntó Ling.

“Me han dado una recomendación de modificación de su sentencia y necesito que firme esto” –le respondió la oficial.

Ling: en la escuela del sufrimiento

Ling quedó aturdida. Buscó en su memoria cualquier incidente ocurrido que pudiera causar un aumento de su condena. Ciertamente no había ninguno que pudiera recordar, aunque alguien podía haber hablado mentiras contra ella a los oficiales. La oficial Tao y Ling se habían convertido en amigas y Ling continuaba hablándole de Cristo. Tal vez alguna reclusa las había escuchado hablando y reportó el caso.

Su mente vacilaba. Hizo contacto de nuevo con la situación presente justamente cuando oyó que la oficial Tao finalizaba la lectura del documento, el cual terminaba con la frase

“...su sentencia por un año”.

El ánimo de Ling se derrumbo. Luego la oficial la miró sorprendida por ese aspecto deprimido en su rostro.

“¡Ling!, No me escuchó bien –le dijo con voz cortante–. ¡Las autoridades la consideran completamente rehabilitada y han *reducido* su condena a un año!

Ling se quedó sin palabras.

“Bueno, tengo que decir que esta es la primera vez que veo que se queda corta de palabras” –dijo su amiga Tao sonriendo–. Felicitaciones, Ling, será liberada en menos de tres semanas”.

Una palabra aparte

Tres semanas más tarde, el frío de la mañana azotaba el delgado cuerpo de Ling mientras afuera del campo de rehabilitación, sobre la nieve que le llegaba a los tobillos, esperaba la llegada del Tío Fun. *¡Rehabilitada!* Sus labios musitaron la significativa palabra. Eso quería decir que no había sido descubierta enseñando o evangelizando a las otras prisioneras. También significaba que la dejarían tranquila por un tiempo o al menos eso esperaba.

Ling estaba emocionada ante la perspectiva de volver a su trabajo de evangelización y estímulo con los miembros de

las iglesias, pero también sabía que su salud física ya no era la de antes. Había muchos elementos de la vida en la prisión que sería difícil desechar. Reflexionando en todo esto, elevó una plegaria en su corazón:

“Oh, Señor, ayúdame a reajustar mi vida ahora fuera de la prisión. Y por favor, que tu presencia continúe con las hermanas que aún quedan allí”.

Ling disfrutó una entusiasta reunión cuando Fun y Shen entraron al pequeño vehículo. Por cuanto visitarla en la prisión hubiera causado grandes dificultades a cualquiera de los creyentes, fue que tuvo muy pocas visitas en los dos años anteriores. Ahora iba a darse cuenta que algunos de los líderes se habían casado, otras miembros de la iglesia habían tenido bebés y se habían comenzado varios grupos nuevos de comunión y confraternidad.

Tan pronto como el carro se metió dentro del flujo vehicular, Ling sintió que le venían náuseas. *He aquí otra cosa que no he hecho durante un largo tiempo* –pensó–; *montar en un vehículo*. El viaje de cuatro horas fue una infeliz experiencia; se retorció en el asiento trasero sufriendo los efectos del mareo, mientras procuraba concentrarse en la emoción de estar libre otra vez.

Tal como lo preveía, tuvo dificultad en ajustarse otra vez a la vida normal. La prisión era un mundo aparte. Cuando estaba en el campo de trabajo los oficiales nunca permitieron que las luces se apagaran. Las mesas de producción estaban casi siempre ocupadas y aún las celdas estaban bien iluminadas.

El liderazgo en la iglesia se había establecido bien sin ella, haciéndole más difícil poder reasumir su posición de líder, especialmente por ser mujer. Se sentía triste que al parecer no hubiera un lugar para ella ahora entre los líderes de la iglesia, pero también sabía que tenía que descansar y mantener su agenda liviana mientras su cuerpo se recuperaba. De modo que tal vez todo esto era para su bien.

Todos arrestados

Ling se fue a vivir con la familia de uno de los líderes cristianos. Vivían en una casa grande en la parte central de China. La instalaron en un cuarto del segundo piso. Los líderes habían programado reunirse secretamente en esta casa entre el 19 y el 23 de agosto. Ella tenía la intención de asistir al encuentro, pero en cambio le asignaron una importante tarea en el occidente del país durante la semana de la reunión. Sospechó que los líderes trataban así de mantenerla alejada de peligros, pero no lo sabía con seguridad. Se esperaba que asistieran a la convivencia más de treinta líderes importantes, y para Ling sería una gran oportunidad de restablecer antiguos nexos y de renovar su compromiso con un papel de liderazgo. Pero no podía ser, pensó con tristeza.

Al terminar su misión en China occidental, la noche del 23 de agosto, recibió un mensaje urgente:

“¡Ling! Regresa rápidamente –le dijeron–. Todos los líderes fueron arrestados. ¡Todos! ¡Eres la única que quedó libre!”

Arribó al hogar al día siguiente y encontró a los creyentes en un estado de pánico. Las esposas de algunos de los líderes volcaron su frustración sobre ella, pensando que, de alguna manera, era la responsable. Había estado fuera de prisión un poco más de seis meses y los amigos le dijeron que la policía la buscaba a ella también.

De inmediato se hizo cargo de la situación. Lo primero que hizo fue reunir a todos los creyentes locales, asignándoles a cada grupo la tarea de seguir, sin perder de vista, el rastro de uno o dos de los líderes arrestados. Debían recoger ropa, alimentos y dinero, y entregarlos en la estación de la policía para “sus” líderes.

El arresto tuvo un tremendo impacto sobre la iglesia de todo el país, porque estos pastores eran los líderes principales en sus respectivas zonas. La noticia del arresto salió rápidamente al exterior a través del correo electrónico y se

difundió con rapidez en toda China a través de las transmisiones de radio de La Voz de América. Ling procuró coordinar el flujo de información cuando gente de toda China y todo el mundo comenzó a llamar para enterarse de los últimos detalles. Pronto comenzaron a llegar las familias de los pastores. Ling les dio la bienvenida, acogió a cada una y respondió a sus preguntas lo mejor que pudo.

Transcurridas cinco semanas, todos los líderes –a excepción de seis de ellos– habían sido liberados, pero no sin antes pagar gigantes multas (de hasta diez mil yenes por cada uno), las cuales Ling también se comprometió a conseguir. Los creyentes eran tan pobres que resultaba sumamente difícil coleccionar dinero para tantas personas, pero no aceptaba un no como respuesta. Sus hermanos encarcelados valían más que cualquier suma de dinero, por eso se mantuvo suplicando y coleccionando los fondos hasta que al fin reunió el dinero suficiente.

Ling estaba agotada y sentía como si fuera a derrumbarse ante la presión, pero no pudo descansar hasta que hubo hecho todo lo que podía para ayudar a garantizar la liberación de los seis pastores restantes, los líderes más influyentes en su organización y, por lo tanto, los de mayor precio para la policía. Ahora temía que los ejecutaran.

Sólo quedaba una cosa por hacer. Ling llamó a la estación de policía.

“Deseo hablar con el comisionado, por favor”.

“¿Quién le va a hablar?” –pregunto la recepcionista de la estación.

“Mi nombre es Ling. El comisionado sabe quién soy; él me ha estado buscando”.

“¡Ling, mi vieja amiga! Estoy sorprendido de oírlo, –le dijo el hombre con su familiar tono de voz suave–. ¿De dónde me está llamando?”

“No importa de dónde lo llamo. Necesito hablar con usted acerca de mis amigos que tiene detenidos en prisión”.

Ling: en la escuela del sufrimiento

“Claro que sí; venga a la estación y podemos hablar”.

“No. Sólo me encontraré con usted en el Hotel Luna Brillante. Y debe ir solo. Voy a estar observando y si alguien va con usted, no acudiré”.

Ling sabía que el hombre aceptaría. Aunque fuera nada más por curiosidad. ¿Por qué la evangelista que había evadido su búsqueda en los meses pasados *lo invitaba* a reunirse con ella?

“Perfecto, ¿cuándo quiere que nos encontremos?”

“Esta noche, a las siete” –le dijo.

Después de colgar, Ling se reunió con uno de los hermanos en quien podía confiar. Le explicó la situación y le pidió que la acompañara al hotel y esperara afuera. “Si no salgo, sabrá entonces que me han arrestado”.

A las 6:50 P.M. Ling y el hermano estaban cerca del hotel observando y esperando, pero ocultos. Vieron llegar al comisionado; llegó acompañado por un grupo de oficiales. El corazón de Ling se detuvo un instante; ya se disponía a alejarse cuando notó que solamente el oficial entró al hotel, y que quienes lo acompañaban se quedaron esperando afuera. Entrando por la parte trasera, Ling se reunió con el hombre en el restaurante.

“¿Ling, qué bueno volver a verla, –le dijo cálidamente como si en verdad fueran viejos amigos–. ¿Pero no teme que la vuelva a arrestar?”

“Si tuviera miedo, no estaría aquí, pero aquí me tiene”.

Ambos ordenaron su menú y Ling le informó al mesero que ella pagaría la cuenta. Luego fue al grano.

“¿Qué hace usted con mis amigos? Ya liberó a los otros después de pagar las multas. Si lo que desea es dinero, se lo daré. ¿Cuánto es lo que quiere?”

“¡Vamos despacio, Ling! –dijo el comisionado–. Todavía no hemos comido, además no hay nada que pueda hacer por

ellos, y eso es culpa *suya*. Usted fue quien convirtió esto en un espectáculo público”.

Ling sabía que él estaba tratando de intimidarla y rehusó echar pie atrás. Pero estaba dispuesta a intentar con otra táctica. Hablaron durante la comida por otras dos horas y en este tiempo ella dejó escapar ciertas declaraciones acerca de sus creencias; le explicó por qué ella y los pastores que estaban detenidos compartían con tanta pasión el mensaje de Jesucristo. El comisionado la escuchaba con respeto al ver en sus ojos la preocupación por sus amigos, pero todo fue en vano. Se negó a ofrecerle alguna esperanza de ser liberados.

Ling alisó con sus manos sus cabellos negros. Al fin estaban creciendo otra vez. Recordó la oración de su madre en cuanto que la ofrecía en sacrificio y recitó de memoria el pasaje de la Escritura que la había traído tan lejos: *“Es abundante la cosecha... los obreros son pocos... corderos en medio de lobos...”*

Deseaba saber si era el tiempo de volver a la escuela del sufrimiento.

De regreso a la escuela

Cuando el comisionado terminó su comida, Ling supo que su tiempo llegaba a su fin. Estaba consciente de los oficiales que esperaban afuera. Entonces le hizo una oferta final.

“Bien, me ha estado buscando y estoy aquí; arrésteme y libere a mis amigos”.

El comisionado levantó la vista y sonrió tenuemente.

“Ling, -le dijo con sinceridad-, de seguro usted es una de las mujeres más particulares que he conocido”.

Luego, sin decir una palabra más se puso de pie y salió del restaurante.

Ling permaneció sentada por unos minutos sintiendo que había fracasado. Su corazón estaba oprimido y regresó al hogar con un sentimiento de angustia. Sabía que a sus com-

Ling: en la escuela del sufrimiento

pañeros de ministerio, sus amigos que permanecían detenidos, no les iría bien.

Al pasar el tiempo se dio cuenta que habían apresado a otros dos obreros cristianos y que a los líderes que todavía estaban en prisión los habían entregado a las autoridades de sus distritos locales, en donde fueron severamente torturados. Sus sentencias iban de doce a veinticuatro meses de trabajos forzados.

Ling continuó su labor con una profunda sensación de soledad. Todavía estaba bastante enferma como consecuencia de su último período en prisión. En vista que su salud declinaba, muchos de los demás líderes la animaban a que delegara en otros sus responsabilidades. Pero ella rehusó al recordar lo mucho que su madre la había animado, y lo duro que había trabajado en el molino para que su hija pudiera estar en el ministerio. Hacía años que no la veía. Pero era demasiado peligroso visitarla ahora.

Ling siguió siendo la única mujer en el grupo de líderes. A menudo lloraba sola en su cuarto y le pedía a Dios fortaleza para terminar su carrera.

El 16 de abril de 2002 su teléfono timbró otra vez. Treinta cristianos de su grupo habían sido secuestrados por un culto fanático chino. Ling llamó a su "amigo" en la estación de policía. Otra vez de vuelta al trabajo...

Epílogo

Ling continúa viviendo una vida difícil, pero las recompensas de su trabajo son fácilmente visibles. Mediante su encuentro "arreglado" con el comisionado, Dios le abrió una puerta para que hablara en contra de las injusticias con los cristianos de las casa-iglesias chinas, pero al mismo tiempo su contacto con las autoridades también ha producido más controversia y muchos cristianos se oponen con vehemencia a lo que está haciendo. Respondiendo a estas críticas, Ling afirma:

“Somos cristianos, pero también seguimos siendo chinos, y este es todavía nuestro país”.

Ling nunca ha negociado o puesto en riesgo sus creencias ni se ha retractado de sus actividades evangélicas. Tampoco ha permitido que el temor o el riesgo de encarcelamiento le impidan aprovechar toda oportunidad para defender con valentía a sus hermanos y hermanas. Todavía está en la lista de los buscados por el gobierno, sin embargo también está en la lista de los que Dios protege, Él la ha protegido milagrosamente y la ha librado de tener que volver a prisión.

De todas formas estaría dispuesta a hacerlo si fuera necesario.

“Estoy lista para volver a la escuela, –dice–. Sé que si Dios cuenta los cabellos de mi cabeza, El hará su voluntad conmigo y voy a permanecer en su voluntad”.

Su compromiso de permanecer soltera hasta que el liderazgo de la iglesia sea firme y sólido es otro reto que sigue enfrentando. El grupo estimó que ese sería un compromiso que implicaría unos diez años, Ling asumió que tendría suficiente tiempo para casarse después. (En esa época era tan sólo una adolescente.) Sin embargo, en China es muy difícil que las mujeres de treinta o más años de edad se casen. A ese grupo pertenece ella ahora.

Repetidamente le han dicho (incluso pastores de casa-iglesias que ella ayudó a establecer) que el lugar de una mujer está en el hogar, limpiando, cocinando y cuidando de los hijos. Ling no niega este importante papel femenino, pero también sabe que Dios tiene a veces para algunas personas planes diferentes de los esperados. Ella les recuerda a sus críticos que durante el período inicial de crecimiento del movimiento de casa-iglesias, fueron las mujeres las que asumieron la responsabilidad del peligroso trabajo de evangelización. Señala también que, como es del conocimiento de muchos líderes chinos, dos terceras partes de los equipos evangelísticos que se enviaron a áreas remotas de China, eran conformados por mujeres.

Ling: en la escuela del sufrimiento

Ling tiene ahora una visión relacionada con los Juegos Olímpicos que se realizarán en Beijing en 2008. Cree que esta será una oportunidad increíble para el crecimiento del movimiento de casa-iglesias y para su florecimiento.

De vuelta al trabajo... otra vez...

Gladys: toda una vida de perdón

India

Noviembre de 1981

Fue un día cálido y húmedo cuando Gladys Weatherhead, de treinta años de edad, llegó al distrito de Mayurbhanj, a unos 176 kilómetros al sur occidente de Calcuta, en el estado de Orissa, el cual limita con la Bahía de Bengal.

No puedo creer que esté aquí, realmente, pensó mientras sus sentidos percibían el paisaje y los sonidos. El picante aroma de los chiles penetrando a través de las ventanas abiertas de las casas y las tiendas, se mezclaba con los fétidos olores que despedían los montones de basura, las alcantarillas destapadas, y las vacas sagradas que vagaban errantes por las calles. El calor acentuaba los olores, pero Gladys estaba contenta por llegar a un clima más cálido, después de soportar el aire helado en el norte.

Viajar en un carro desde la frontera con Pakistán había sido una experiencia de fe para ella al ver a su conductora zigzagueando y entrando y saliendo de las hileras de vehículos, esquivando camiones, *ricshaws**, taxis, vacas, bicicletas y una interminable aglomeración de personas que congestionaban las calles formando una masa desordenada y caótica. Había crecido en un pueblo rural y

* Pequeño carruaje de dos ruedas y de tracción humana utilizado para transportar una o dos personas, típico de la India.

apacible en Australia y estaba maravillada que tal caos aparentemente era aceptado como una parte de vida diaria en la India.

Con nerviosa prevención había observado la escena bajo la ventana de su hotel, conteniendo su respiración, cada vez que una madre con sus hijos a rastras se metía dentro del tráfico implacable, musitando una plegaria cuando veía a damas conduciendo motonetas con un acompañante atrás que agarraba paquetes en vez de aferrarse a la conductora, por su seguridad. A menudo se acercaban a centímetros de distancia de buses o camiones que zigzagueaban en las calles congestionadas.

La población total de la India se acercaba en ese entonces a mil millones de personas y Gladys estaba asombrada de la inmensa cantidad de gente que parecía estar absolutamente en todas partes. Se maravillaba también de la gran variedad de personas que la rodeaban en la calle: niños descalzos con rostros sucios, madres vestidas con túnicas de colores brillantes y con la tradicional marca hindú en sus frentes y varones ancianos con piel semejante al cuero tostado; cada uno de ellos una criatura de Dios.

A Gladys le encantaba lo que estaba viviendo. Después de doce años de frecuente desánimo, finalmente estaba realizando su sueño y atendiendo el llamado de Dios a su vida: servir a los pobres en una tierra extranjera. Muy a menudo se había preguntado si ese día por fin llegaría...

Atraída a una vida de servicio

Gladys tenía tan sólo dieciocho años de edad cuando asistió a una conferencia de misiones en su nativa Australia y respondió el llamado de Dios para realizar trabajo misionero. Creció en una finca en Queensland y escuchó muchos sermones en la iglesia; incluso había conocido a muchos misioneros que sus padres invitaban a su hogar. Cada sábado por la tarde, su madre reunía a todos los niños a su alrededor y les leía historias misioneras. África, India, China... A Gladys le fascinaban los emocionantes relatos de la vida en

lugares lejanos y había admirado la dedicación de los misioneros.

Teniendo este trasfondo de fuerte énfasis sobre la labor misionera, Gladys no debió haberse sorprendido que la conferencia sobre misiones la afectara tan dramáticamente; pero sí se sorprendió. No le quedaba ninguna duda en su mente que Dios la estaba atrayendo hacia una vida de servicio en un campo extranjero; supo el momento cuando comenzó a sentir algo diferente en su corazón. Había empezado a comprender la razón por la cual los misioneros sienten tal pasión por su trabajo.

Después de haber cumplido sus veinte años, Gladys comenzó a hacer pasar cada decisión suya por el "filtro" del compromiso de ser, algún día, una misionera. Tomó todo un entrenamiento completo como enfermera, una opción lógica para alguien que quiere ser útil trabajando en el extranjero, e hizo todo lo posible por mantener alejados los novios potenciales si no sentían igual que ella un llamado a trabajar en el exterior. Esa parte fue más dura, pero sabía que Dios no querría que iniciara una relación que la hiciera perder su enfoque. Era excelente en su profesión y al fin llegó a ocupar una posición directiva en una clínica pequeña. También enseñaba en una clase de escuela dominical y ayudaba en la iglesia en todo cuanto podía.

Recibía energías de manera especial cada vez que un obrero cristiano humanitario visitaba su pequeña congregación. Absorbía cada palabra del visitante y visualizaba en su imaginación lo que sería su ministerio y como serían las cosas para ella, algún día. Se preguntaba si tendría también que hacer alguna presentación pública y hablar ante una audiencia cómo ésta. Esa parte de ser misionera no era tan emocionante; más bien le producía cierto temor. No porque ella fuera tan tímida, sino porque sencillamente pensaba que Dios no le había concedido un don en esa área. *Yo estaré contenta demostrando el amor de Dios en una manera práctica, con mis habilidades como enfermera*, se dijo a sí misma.

En el año 1980, Gladys ya tenía veintinueve años de edad y empezaba a preguntarse si algún día realizaría su sueño. En lo más profundo de su corazón confiaba que Dios tenía el control de su vida y que todas las cosas ocurren en su tiempo, de acuerdo a su voluntad. Pero su mente estaba llena de interrogantes y soportaba una lucha interior contra la tentación de tomar un rumbo diferente y casarse. Ya no era tan joven y en sus testimonios muchos de los obreros cristianos en el exterior contaban que Dios los había ubicado en el campo de trabajo después de los veinte años de edad, y aún antes, es decir, muy jóvenes. Mientras tanto, muchos de los colegas suyos se habían casado y tenían hijos. Observar su felicidad al disfrutar de sus familias, hacía para Gladys más difícil mantener su sueño de ministrar a los pobres en un país extranjero.

Ya terminando ese año, conoció a Mike Hey, un obrero de Operación Movilización. El había estado activo en la India durante un par de años y de inmediato la impresionó su entusiasmo. En medio de su ansiedad lo bombardeó con preguntas acerca del trabajo de OM en India. “¿Cómo es la gente allí? ¿Estás en capacidad de predicarles abiertamente? ¿Qué tan receptivos son? ¿Cómo opera OM? ¿De dónde obtienes tu sustento?”

Mike sonreía al sentir la creciente emoción de su amiga y pacientemente procuró responder todas sus preguntas.

¡Tal vez esta es la respuesta a todos mis años de espera! – pensó Gladys. Durante las siguientes semanas escudriño minuciosamente cada folleto que contenía información sobre Operación Movilización. Supo que era necesario hacer un compromiso por un mínimo de dos años y que cada persona tenía que buscar la dirección de Dios respecto al país en el cual debía servir. A medida que entendía mejor el carácter de OM y el profundo compromiso de sus obreros y líderes, se daba cuenta de que esta era la organización para ella. Sintió una gran paz interior e hizo los arreglos para servir un período con OM.

Gladys: toda una vida de perdón

En mayo de 1981, Gladys estaba lista para salir de Australia por primera vez en su vida. Todavía no tenía idea en dónde debía trabajar su período de dos años, pero estaba libre para pasar el verano en Europa recibiendo orientación y entrenamiento. Su corazón estaba anhelante y lleno de expectativa cuando les dijo adiós a la familia y los amigos. La idea de trabajar en la India se afirmaba en su mente al repasar su encuentro con el entusiasta misionero Mike Hey, pero ella quería permanecer completamente abierta a cualquier cosa que Dios tuviera en mente. La noche de su partida se reunió con su familia y cantaron uno de sus himnos favoritos: "Porque Él Vive".

"Yo puedo enfrentar el mañana confiada –les dijo cuanto terminaron de cantar–, porque sé que Él tiene mi futuro en sus manos".

Ese verano en Europa fue una verdadera experiencia de aprendizaje para Gladys; absorbió todo con el mismo espíritu de dedicación que la había llevado hasta allí.

Dormir en pisos fríos, bañarse una vez a la semana, limpiar los baños de los dormitorios, ministrar a la población asiática en Inglaterra y buscar la dirección de Dios en cuanto a dónde debía ir después del periodo de verano, fueron parte del entrenamiento para el campo de servicio en el extranjero. Enfrentó cada reto con un firme sentido de propósito mientras mantenía su sueño de ministrar en la India. No sabía mucho sobre el país o sus gentes. Pero la curiosidad y voluntad que creció en su interior la impulsaban a continuar.

Casi al final de la sesión de verano, Gladys estaba comiendo con una pareja que había coordinado los equipos ministeriales en Inglaterra. Le preguntaron a dónde iba a ir para su período de servicio. Ella les explicó que había hecho solicitud para el ministerio de OM en los barcos y también para integrar los equipos que iban a la India.

"En este momento no estoy completamente segura de cuál dirección seguir, –les dijo–. Sólo quiero ir a donde Dios me pueda utilizar mejor".

“Gladys, usted es una persona madura”, -le dijo con amabilidad la esposa. Gladys sintió cierta aprehensión al oír que la clasificaban como “madura”. Quizá estaba empezando su trabajo en el ministerio más tarde que la mayoría, pero todavía no pasaba de los treinta. Al ver su mirada desconcertada, la mujer sonrió y rápidamente le explicó:

“No, usted no es una persona *vieja*, sino madura. Sencillamente es de más edad y más *madura* que la mayoría de los obreros nuevos de OM. Usted ha tenido más entrenamiento bíblico y de liderazgo y mucha experiencia en la vida. La India *necesita* personas como usted”.

Gladys sonrió y le dio gracias a Dios por las sabias palabras de aliento de la mujer. Básicamente este era el mismo consejo que Mike Hey le había dado, y ahora sentía una firme seguridad y la confirmación por la cual había estado orando. Las palabras de la canción que se había convertido en su lema fluyeron en su mente:

“*Mi futuro está en sus manos...Vale la pena vivir, ¡Porque vivo está el Señor!*”

El hogar para leprosos

Se dirigía a su primera estación de OM en Cuttack, India, cuando su chofer le pidió permiso para desviarse por unos momentos de la ruta. Distraída por la tremenda aglomeración de hombres, mujeres y niños que transitaban por la congestionada vía no escuchó realmente la petición del chofer hasta que le oyó decir: “... al Hogar para leprosos de Mayurbhanj. Usted no tiene ninguna objeción, ¿verdad Gladys? No estaremos allí mucho tiempo”.

En la sede del leprocomio, el chofer se reunió con un obrero australiano alto y bien parecido, de nombre Graham Staines. Gladys había oído decir que otros australianos trabajaban también en esta área pero no reconoció ninguno de los nombres. Graham acompañó a Gladys a la casa de la misión en donde ella esperó sola mientras los dos hombres discutían lo que tenían que hablar.

Mirando a su alrededor y leyendo un pequeño folleto con información sobre la vida de Kate Allenby, la primera obrera allí, se sintió impresionada por la intrigante historia del hogar de leprosos. Notó que el *Bungalow** de setenta años de antigüedad tenía un ambiente apacible. Cada parte de la estructura de un solo piso desafiaba el paso del tiempo. Desde los fríos pisos de concreto, pasando por las paredes de dieciocho pulgadas de espesor cubiertas con infinidad de capas de pintura, hasta el gran pórtico que le daba sombra y lo protegía del agobiante calor.

Mientras esperaba, Gladys deseaba saber por qué la esposa de Graham no había salido a ofrecerle un té tal como era tradicional en la India. Pero ninguna esposa apareció por allí, y pronto ella y el chofer siguieron su ruta rumbo sur hacia Cuttack.

La vida con los equipos de OM durante los primeros meses fue agitada y a la vez maravillosa, y Gladys se esforzaba por aprender los usos y costumbres locales. Había pasado sus primeras seis semanas en Cuttack con un grupo de obreras nativas que trabajaban en labores de apoyo. Las seis mujeres vivían en dos pequeños cuartos en los cuales había cajas de literatura apiladas por todas partes. Alimentos que eran siempre de color amarillo, agua que venía en cubetas y un inodoro que no era más que una losa con un hueco. Gladys le dio gracias a Dios por el hecho de haberse criado en una finca y conocer el valor del trabajo duro, pero algunos días se desanimaba, aunque luchaba por mantener la actitud positiva de que "lo que Dios tenga para mí, está bien".

Cada día salían en parejas y trataban de vender libros cristianos puerta a puerta y de hablarle del Señor a la gente. A ella le gustaba visitar a las personas de la ciudad, pero dentro de su corazón anhelaba ir a las remotas aldeas Santhal, al norte y al occidente de Baripada. Antes ya había pasado por algunas de ellas en su primer viaje a través de

* Vivienda de un solo piso y con un amplio pórtico, típica de la India.

los distritos rurales. Las cabañas de paredes de barro y techos de paja se erguían muy cerca de la vía y estaban rodeadas de árboles. Junto a ellas habían estanques cavados a mano.

Ya le habían contado de las tradiciones y del espíritu de idolatría de la gente Santhal que a veces hacía incluso sacrificios humanos para complacer a los espíritus. Sus condiciones de vida eran primitivas por decir lo menos. Era alarmante la mortalidad infantil causada por enfermedades que se pueden prevenir y curar fácilmente por la medicina moderna. Las familias Santhal gastaban su dinero comprando incienso para quemar y animales para sacrificar, en un vano esfuerzo por apaciguar los espíritus y salvar a sus hijos.

Como enfermera, Gladys sabía que a esta gente se le podía ayudar con un poquito de educación elemental y, como cristiana, sabía que Jesús podía ofrecerles una sanidad aún más grande que los liberara de su terrible esclavitud a los espíritus de sus dioses. Al reflexionar en su compromiso, se hacía más fuerte en su interior el anhelo de llegar a estos aldeanos y llevarles las buenas nuevas que ardían en su corazón.

En enero de 1982 llegó su oportunidad. La siguiente tarea de su equipo incluía visitar varios poblados en donde los misioneros participaban en "campamentos en la jungla" organizados por los cristianos locales. Una de las aldeas visitadas quedaba a unos once kilómetros de distancia y se llegaba por un terreno escarpado y montañoso. El corazón de Gladys estaba gozoso de haber llegado hasta allí. Participó con entusiasmo en todas las actividades, sacó agua del pozo, se bañó en el río y durmió entre los chinches. A las mujeres nativas les encantaba estar con la enfermera australiana alta y de piel hermosa y complacidas le enseñaban su sencillo estilo de vida.

Amar a los inferiores entre los de baja condición

El poblado no estaba demasiado lejos del hogar para leprosos de Mayurbhanj, pero Gladys tenía pocas oportunidades de ver a Graham de quien se enteró que nunca se había casado. La mayoría de sus reuniones tenían que ver con asuntos de la misión, pero ella podía sentir su creciente atracción hacia él, aunque procuraba hacer a un lado sus sentimientos y concentrarse en el trabajo que tenía entre manos.

Luego la enviaron a la siguiente misión. Estaba agradecida por la oportunidad de ver muchos lugares de la India mientras viajaba de lugar en lugar con los equipos de OM, pero conocer el leprocomio y vivir con la gente Santhal había producido un profundo impacto en ella. Era asombroso observar la manera en que Graham y los demás cuidaban de sus pacientes: los enfermos de lepra y desechados de las aldeas. El hinduismo hacía creer a los pobres afectados por la lepra que los pecados cometidos por ellos en vidas pasadas eran la causa de su enfermedad. Les habían enseñados que no eran dignos ni siquiera de un vaso de agua. Esta creencia hacía que todos los afligidos por este mal vivieran vidas miserables, mendigando en las calles, desterrados definitivamente de sus hogares y de sus familias. No existían otros de inferior condición que los leprosos y nadie les demostraba más amor que Graham.

Las víctimas que llegaban al Hogar recibían medicinas que detenían la enfermedad y le impedían causar más daño, además llenos de amor y compasión de parte de todos los miembros del equipo humano, quienes les enseñaban que su mal era curable y que no era una maldición de Dios. Gladys estaba maravillada de ver la transformación operada en muchos de los pacientes tan solo por sentir un toque humano, compasivo y escuchar unas cuantas palabras amorosas. La medicina hacía su parte para curar las llagas, pero la compasión del personal del hogar aliviaba las del alma.

Estaba fascinada por el trabajo que se hacía en el hogar, sin embargo, a veces cuestionaba sus propios motivos. ¿La atraía el trabajo de la misión allí o era Graham quien la atraía? Aunque en su interior crecían los sentimientos de afecto hacia él, sabía que no era el motivo de su presencia en la India. Además no tenía manera de saber si el hombre tenía iguales sentimientos hacia ella. *¿Y qué tal si los tenía?* se preguntó. En tal caso él tendría que hablar del asunto con los líderes de OM antes de empezar cualquier relación. Esa era la norma.

Al comienzo de la primavera, Gladys no tuvo que preguntarse nada más acerca de las intenciones de Graham. Se enteró que él había pedido permiso a los líderes de OM para empezar a escribirle ¡y por supuesto ella estaba emocionada! Durante la primavera y el verano llegaron a conocerse más mediante el flujo de cartas que iban y venían. Ambos se asombraban al saber cuánto tenían en común. Se habían criado a sesenta kilómetros de distancia el uno del otro, tenían trasfondos similares y ambos fueron llamados al trabajo de misiones desde jóvenes. Mientras más se escribían más cuenta se daban que Dios definitivamente los estaba uniendo. Se casaron en Australia el 6 de agosto de 1983, ante una complacida concurrencia de familiares y amigos.

De regreso al Hogar de Leprosos, todos estaban entusiasmados con Graham y su esposa. "Dada", como lo llamaban afectuosamente, había servido fiel e incansablemente en Mayurbhanj por casi veinte años y ahora Dios lo recompensaba ricamente con una esposa maravillosa que amaba a Dios con igual fervor que él y que tenía el mismo amor por la gente de la India.

Para los residentes en la aldea y los pacientes en el complejo de salud, el matrimonio de Graham y Gladys era un asombroso testimonio del amor de Dios. Todos ellos esperaban ansiosos que el señor y la señora Staines regresaran de Australia.

Pero no sería tan fácil. Gladys y Graham tuvieron su primera prueba como pareja cuando el gobierno indú se rehusó a concederle a ella una nueva visa. Era inexplicable pero los funcionarios sencillamente se negaron a permitir su regreso. Al fin los dos esposos decidieron que Graham regresaría sin ella y haría esfuerzos por obtener la visa desde la India.

Fueron necesarios varios meses y mucha oración antes que el gobierno le permitiera a Gladys reunirse con su esposo, sin embargo le dieron una visa como esposa, y no como trabajadora de ayuda extranjera. Como tal, tuvo que prometer no hacer proselitismo o intentar convertir los hindúes al cristianismo. Ella accedió. Los esposos sabían que, después de todo, jamás podrían obligar a nadie a creer en Cristo. Su objetivo principal era mostrar el amor de Dios trabajando entre los pacientes leprosos y, si esas personas decidían responder a ese amor, era su elección personal.

Los deseos de tu corazón

Gladys regresó a Baripada a finales de 1984 donde un Graham agradecido y aliviado. La embargaba la emoción de estar otra vez con su esposo y rápidamente asumió su nueva posición de esposa y administradora. Lamentaba no poder ir a los poblados como solía hacerlo antes, pero aceptó su nuevo papel con la misma serena actitud que había asumido en medio de muchos cambios en el pasado.

Adoptó como su lema el versículo de la Escritura que colgaba en la pared del antiguo y hermoso *Bungalow* de la misión: "*Deléitate en el Señor, y Él te concederá los deseos de tu corazón*"¹

Le gustaba trabajar alrededor de su nuevo hogar y ayudar en la atención de los pacientes leprosos. Especialmente le encantaban los viajes que Graham y ella hacían ocasionalmente para visitar las iglesias Santhal, en donde podía disfrutar el culto dominical y darle aliento a las mujeres.

En 1985 la pareja le dio la bienvenida a su primera hija, Ester Alegría, a quien le siguieron sus dos hermanos, Feli-

pe en 1988 y Timoteo en 1992. Gladys amaba su papel de madre del pequeño clan y encontró una nueva área de ministerio cuando sus hijos crecieron y empezaron a jugar con los otros niños de la comunidad.

Rindiendo todas las cosas a Dios

Durante los años noventa, Gladys y Graham continuaron trabajando fielmente entre las víctimas de lepra y en las comunidades Santhal. Ella disfrutaba mucho llevando a sus hijos a los poblados para que jugaran con los niños Santhal, y a los chicos les encantaba ir con sus padres a los diferentes campamentos en la jungla durante los cinco días de conferencias que celebraban los pastores locales. Graham asistía para ayudar a los pastores en la enseñanza y la predicación.

La pareja sabía que muchos de los aldeanos Santhal sufrían continua persecución por causa de sus creencias cristianas. Procuraban permanecer siempre sensibles a las necesidades de los habitantes de las aldeas y oraban por sabiduría en todos los asuntos que tenían relación con ellos. Graham nunca fue a las aldeas a convertir o a convencer a alguien para que cambiara su fe. Pero en cambio apoyaba a los pastores e iglesias locales que Dios había establecido. No obstante, los cristianos Santhal enfrentaban oposición y a menudo los acusaban de haberse convertido al cristianismo por coerción o por el incentivo de dinero recibido de los extranjeros.

Un chico de doce años de edad fue atacado por ser cristiano. Cuando se subió a un árbol para cuidar desde allí su ganado, otros muchachos de los poblados lo rodearon furiosos porque se había convertido al cristianismo y no lo dejaron bajar. Después de burlarse y de vituperarlo por su fe, clavaron un palo en su costado hasta que murió. La madre que era viuda quedó desolada.

Un grupo de hindúes apedreó y luego ahogó a otro joven por causa de su fe. Y aparte de los ataques físicos, los cristianos tenían que defenderse del hostigamiento diario de la

gente de su localidad. A veces les robaban o causaban daños a sus propiedades o les estorbaban trabajar sus tierras o sacar agua del pozo de la aldea. Año tras año seguían llegando los informes de persecución, pero hasta ese entonces Gladys y Graham no habían recibido ninguna amenaza personal y nunca se preocuparon que podían ser un objetivo de los fanáticos. Gladys razonaba de esta manera:

“Nosotros estamos ministrando a las personas afligidas por la lepra. ¿Qué amenaza puede ser eso?”

Una tranquila mañana de un jueves de enero de 1999, Gladys disfrutaba de su tiempo de oración privado y leía una reflexión en un devocionario. La historia que estaba leyendo ese día hablaba de una chica de doce años de edad que estaba perdiendo la vista. Cuando el pastor de la iglesia fue a visitarla en el hospital, ella le dijo:

“Pastor, Dios me está quitando la vista”.

Por un momento Él pastor se quedó silencioso. Luego le dijo:

“Jessie, no esperes que él te la quite”.

La chica se quedó confundida; entonces el sabio pastor le dijo:

“Dásela tú misma”.

La historia tocó una fibra interior de Gladys y sintió que el Señor le estaba preguntando si estaba dispuesta a darle todo lo que ella amaba: su esposo, sus hijos y todas sus posesiones. Mientras su corazón luchaba con la pregunta, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Había dado su corazón a Cristo cuando sólo tenía trece años y de ahí en adelante procuró vivir sólo para Él. No se había reservado nada para sí misma cuando vino a la India, y ella y Graham habían ofrecido sus vidas en servicio y sumisión. Pensaba que lo había dado todo a Dios pero en su corazón sabía que la tentación era retener con vehemencia las cosas y los seres que más amaba.

Al fin oró dándole a Dios la única respuesta que su consciencia le dijo que Dios merecía.

“Sí, Señor Jesús. Sí, estoy dispuesta. Todo lo que tengo es para tu servicio: mi esposo, mis hijos y todo lo que yo tengo. Todo te lo entrego a Ti”.

Cuando dijo amén, sintió el consuelo del Espíritu Santo rodeando e inundando su ser al recordar también la historia de Abraham cuando le ofrecía su hijo Isaac a Dios. No tenía idea en ese momento lo que vendría más adelante para su familia, pero tenía la confianza que Dios estaría con ellos.

A la semana siguiente, Graham saldría de la aldea de Manoharpur para asistir a otro campamento en la jungla. Estaba muy contento de poder llevar consigo a sus dos niños: Felipe de diez años y Timoteo de seis. Los chicos estaban igualmente emocionados, les encantaba salir a los campos, para ellos era toda una aventura dormir en el Jeep y “pasar trabajos” sin electricidad ni agua corriente. Pero sobre todo disfrutaban pasar tiempo con su papá. Las vacaciones de Navidad fueron muy calientes, con un constante flujo de visitantes, y Gladys sabía que sería bueno para los chicos pasar tiempo a solas con Graham. El viaje de cuatro horas les daría tiempo para hablar sin interrupciones.

Ester, de trece años de edad, tenía la visita de dos amiguitas de su escuela, de modo que estaba contenta de quedarse en casa y descansar con sus amigas y su mamá.

El miércoles 20 de enero, Gladys se apuraba tratando de organizarlo todo.

“Felipe, ¿terminaste de empacar? –le preguntó a su hijo mayor. Éste era muy práctico y hábil, tal como su papá, era una persona sumamente sociable, siempre sensible a los sentimientos de los demás. Gladys se sentía orgullosa que el chico era amable con todo el mundo. Se le hacía difícil creer que iba a cumplir once años de edad dentro de un par de meses. Siempre estaban tan ocupados que algunos

días parecía que la vida de sus hijos estaba pasando tan rápido que no tenían tiempo para disfrutarla plenamente.

“Chicos, es tiempo de irnos” –les dijo Graham. Gladys los acompañó hasta el vehículo donde su papá los esperaba. Se despidió de los dos con un beso y luego giró hacia donde Graham para hacer otro tanto. Siempre tomaban tiempo para una despedida apropiada porque nunca sabían qué podría pasar, especialmente en el loco tráfico indio. Gladys sabía que Tim estaba un poco nervioso por el viaje por carretera por él accidente de tránsito que él había tenido en el mes de noviembre anterior; había sido lanzado hacia delante en el interior del vehículo y no se lesionó de gravedad pero sí quedó muy asustado. Luego, hacía sólo un par de semanas, había estado a punto de sufrir otro accidente cuando un pesado camión le cortó el paso al Jeep en un paso de montaña. Gladys entendía la prevención de su hijo por el viaje y trató de darle confianza antes de salir.

“¡Que se diviertan mucho! Nos veremos el lunes” –les dijo mientras se alejaban.

Al regresar hacia el bungalow, recordó que no había revisado las cosas de Felipe. *Espero que haya recordado empaquetar su chaqueta*, fue su pensamiento y su deseo. Luego sus pensamientos volvieron a Tim. Había estado sufriendo de un resfriado y ella le empacó ropa extra sabiendo el frío que podía hacer en las montañas. Sonrió esperanzada que el chico no forzara su voz durante las muchas sesiones de canto. Él era el cantante y el predicador de la casa. Le gustaba mucho predicar, igual que su papá, se a veces ordenaba las sillas de la sala como si fuera una iglesia. Hacía poco que había divertido con ese juego la última vez. El lunes Gladys entró a la sala y allí estaba Tim predicando y cantando con gusto a las sillas vacías ordenadas para su imaginaria congregación.

Pensó sentarse y escucharlo tan pronto terminara lo que estaba haciendo, pero cuando ella volvió ya se había ido a otra actividad.

No había manera que ella pudiera saber que esa sería la última vez que el pequeño Tim jugaría a ser pastor de una iglesia.

El teléfono sonó a las cuatro y treinta de la mañana del sábado 23 de enero. Soñolienta y tropezando en la oscuridad, Gladys levantó la bocina para atender. Escuchó un momento procurando calmar el temor que recorrió su espina dorsal. El timbre del teléfono despertó a Ester y sus amigas que aparecieron en la puerta de la habitación cuando Gladys colgaba.

“¿Qué pasa, Mamá” –preguntó Ester.

“Alguien quemó los Jeeps de la misión –respondió ella-. No sé nada más, de modo que procuren no preocuparse. Vamos a orar y después ustedes niñas van a dormir un poco más. Estoy segura que todos están bien, además saben que mañana será un día agitado. Yo les haré saber los detalles cuando los conozca”.

Esos detalles, cuando llegaron, fueron más horripilantes de lo que pudo haber imaginado...

La furia latente

El pequeño poblado de Manoharpur había estado dividido culturalmente durante algún tiempo. En el transcurso de los años, 12 de las aproximadamente 150 familias de la aldea se habían convertido al cristianismo. La mayor parte del tiempo los dos grupos vivieron en pacífica coexistencia, pero últimamente la tribu había llegado a estar más y más irritada con los cristianos.

Para el verano de 1998, la tensión hizo erupción cuando algunos agricultores cristianos provocaron la ira de los hombres de la tribu al continuar cultivando la tierra durante el festival Raja, el tiempo durante el cual los Santhal creían que la tierra estaba menstruando. Los acaloramientos entre los cristianos y los Santhals tradicionales se habían calmado finalmente, pero la tensión aún subsistía. Luego, exactamente unas pocas semanas antes del campamento de la

jungla, al cual asistieron Graham y sus hijos, ocurrió otro incidente cuando los hombres de la tribu objetaron que se interpretara música evangélica en un matrimonio entre cristianos de la aldea. La tribu era conocida por guardar sus tradiciones con bastante celo, de modo que esta división cultural exasperó a los miembros más tradicionalistas y despertándose la furia.

La llegada de Graham a la aldea les dio a los encolerizados Santhals la oportunidad que habían estado esperando. Ahora podían emprenderla contra quienes se habían atrevido a ir en contra de las costumbres tradicionales. Buscaron ayuda y enrolaron a Dara Singh, un activista y fanático religioso que era un maestro en el arte de explotar las frustraciones sociales. Su obrar tomaba generalmente la vía de la violencia cuando fustigaba tanto a cristianos como a musulmanes.

En las primeras horas de la mañana del 23 de enero, su pasión acalorada alcanzó nuevos niveles de violencia.

La noche anterior Graham y los chicos terminaron de comer y se despidieron de sus compañeros de labor. Eran más o menos las nueve y treinta cuando las tres personas subieron a la parte trasera del Jeep para disponerse a dormir. El aire de la noche era frío y Graham había ubicado con cuidado colchonetas de paja encima del vehículo para ayudar a mantener el calor interior. Él siempre procuraba que los niños estuvieran tan cómodos como fuera posible y siempre oraba con ellos antes de dormir a su lado.

El Jeep estaba estacionado junto a otro vehículo similar frente al salón de oración y uno de los amigos de Graham, el doctor Ghosh, estaba durmiendo cerca en el hogar de una familia cristiana. Más o menos a la media noche los despertaron los gritos; de inmediato saltaron de la cama y corrieron hacia la ventanilla, se horrorizaron al ver una inmensa turba que corría por el campo: hombres armados con hachas, palos y cuchillos, que enarbolando antorchas por encima de sus cabezas rodearon los dos Jeeps. Con gritos rabiosos, los iracundos individuos atacaron vilmente el

vehículo de Graham desinflando las llantas y rompiendo los vidrios. Golpearon a los asustados ocupantes y los atacaron con sus armas cuando Graham intentó en vano defender a sus dos preciosos chiquillos. El doctor Ghosh corrió a la puerta y la encontró bloqueada por fuera. Atrapado adentro sólo pudo mirar angustiado los hechos horribles que estaban ocurriendo en su presencia.

La enloquecida turba no tuvo ninguna misericordia ni con Graham ni con los chiquillos. No había escape del brutal asesinato. Los amotinados también ubicaron un cierto número de guardias en cada una de las chozas alrededor de todo el complejo para evitar que alguien pudiera auxiliar a las víctimas. Les gritaban a los impotentes aldeanos:

“¡No salgan o los mataremos a ustedes también!”

Hasda, un compañero de labor de Graham durante más de veinte años gritaba angustiado para que detuvieran el despiadado ataque. Horrorizado vio cuando los asaltantes pusieron paja debajo del Jeep; Dara Singh fue el primero en prenderle fuego. Cuando él corrió para tratar de apagar las llamas con agua, lo golpearon brutalmente. La turba desalmada estuvo observando el desespero y los gritos agónicos de Graham y los niños hasta que las llamas acallaron sus lamentos y convirtieron sus cuerpos en cenizas.

Y mientras ocurría esta erupción de violencia, a menos de cien metros de distancia, un grupo de jóvenes Santhal realizaba una danza tradicional Dangri al rítmico sonar de los tambores, actuando como si nada fuera de lo normal estuviera ocurriendo.

Una hora después la turba se internó otra vez en los campos. Hasda, a quien la pandilla había golpeado, se fue aterrizado a buscar la ayuda del jefe de la aldea. Enviaron un mensajero para informar a la policía de un poblado vecino que quedaba a veinticinco kilómetros de distancia. Pero ya era demasiado tarde. Cuando el hombre regresó a la escena de los acontecimientos lo sobrecogió el dolor al ver solamente la estructura quemada del Jeep de Graham.

Gladys: toda una vida de perdón

En su interior se podían distinguir los tres cuerpos carbonizados, unidos fuertemente en un abrazo final. En ese momento supo que esta imagen lo acompañaría durante toda su vida.

Cuando los aterrorizados cristianos salieron de sus cabañas y se reunieron en el lugar de la horripilante escena, permanecieron por un momento en un traumático silencio. Interiormente a todos les angustiaba lo mismo: *¿Cómo vamos a contarle a Gladys y a Ester?*

Una marejada de dolor

A las siete, Gladys estaba vistiéndose y preparándose para otro día ocupado cuando sonó el teléfono por segunda vez en esa mañana. Era un reportero indagando por la edad de Graham y de los dos chicos.

“¿De qué me está hablando? –preguntó ella.

El reportero se dio cuenta que no estaba todavía entera de lo que había ocurrido y no quiso ser el primero que se lo dijera, de modo que dijo adiós y colgó. Pero el teléfono continuó timbrando y la gente de las aldeas vecinas continuaba haciendo preguntas.

“Gladys, hablan que Graham y los niños están desaparecidos” –le dijo una amiga.

“¿Desaparecidos? ¡Oh, Dios mío! –exclamó Gladys-. ¿Qué les habrá pasado a mis preciosos chiquillos? ¿Estarán por ahí solos?”

Al fin su amiga Gayathri volvió y se hizo cargo de atender el teléfono. Pero las cosas se ponían cada vez peor y Gladys todavía no sabía lo que había ocurrido. Su corazón estaba agitado, pero aún esperaba que Graham y los niños aparecieran en la puerta en cualquier momento. Su mente sencillamente rechazaba la posibilidad que realmente algo malo hubiera acontecido y permanecía optimista y esperanzada que pronto llegarían.

Durante las siguientes dos horas comenzaron a llegar los amigos y aparecieron más reporteros que querían tomar fotos. Docenas de personas estaban allí: dentro, fuera, en el pórtico, en todas partes. Era todo un caos y Gladys saludaba a los visitantes y atendía a Ester. Ella todavía no entendía la gravedad de lo acontecido y nadie sabía exactamente cómo contarle las terribles noticias.

Al fin hacia las nueve y treinta, Gayathri la tomó por la mano y le dijo:

“Gladys, necesito hablar contigo. Hizo salir a todos de uno de los cuartos y, llevándola al interior, le dijo:

“No espero que seas como una roca, pero sí tienes que ser fuerte, por Ester”.

Escuchó incrédula la noticia. Su mente quería negar la realidad de lo que su amiga le estaba diciendo, pero así era. Ya se lo habían dicho y no sería de otro modo. *¡Oh, no! ¡No podía ser cierto! La angustia la corroía. No pueden haber estado en el Jeep. Debía de haber algún error. No podían haber sido quemados vivos. ¿Cómo podía haber ocurrido tal cosa? ¿Cómo podía alguien realizar un acto tan vil?*

Una marejada de dolor amenazó con atraparla, pero tenía que preguntarle a su amiga una vez más, tal vez ella había entendido mal, tal vez la noticia estaba equivocada...

“Gayathri... ¿quieres decir que están... muertos? Graham y Felipe y Timoteo... ¿murieron?”

Los ojos llorosos de Gayathri le dijeron que no había ningún error. Y Gladys se sentó anonadada.

“¿Cómo se lo voy a decir a Ester?” –se lamentaba.

Para ella el tiempo se detuvo, pero la vida tenía que seguir. Los siguientes minutos pasaron en silencioso dolor mientras se preparaba para comunicarle la abrumadora noticia a su hija. El teléfono timbraba. La gente en Australia empezaba a llamar deseando saber lo que había ocurrido. Más amigos y vecinos llegaron a la casa para identi-

carse con el dolor; los flashes de las cámaras fotográficas centelleaban, pero Gladys sólo podía pensar en su hija.

“Mamita, ¿cuál es la noticia? –preguntó Ester.

Gladys tomó las manos de su niña entre las suyas y miró sus ojos inocentes:

“Parece que nos quedamos solas...” –le dijo con dulzura–. Luego, sin pensar en otra cosa, agregó:

“Pero nosotras los perdonamos”.

“Si, mamita, los perdonamos”.

Los ojos de Ester se nublaron y sintió el impacto de la noticia. Gladys la abrazó fuertemente y trató de comprender la vil acción que había cambiado sus vidas tan rápida y dramáticamente. Emocionalmente estaba muda por la realidad de la situación, pero el constante ritmo de actividad la mantenía en pie. Al fin el hijo del médico de la localidad se le acercó y en voz muy queda le dijo:

“Desean saber qué deben hacer con los cuerpos”.

Lo determinante de esta petición borró cualquier duda que la noticia de la muerte de su esposo y sus preciosos hijos hubiera sido un error.

“Tráiganlos a Baripada. Graham dio su vida por este país. A él le hubiera gustado que lo sepultaran aquí” –respondió.

Durante toda la semana siguiente, Gladys tuvo que atender a visitantes, reporteros y funcionarios oficiales. Finalmente los compañeros de labor de Graham regresaron de Manoharpur y conocieron los detalles del aterrador ataque. Se enteró que varios aldeanos testificaron que vieron una gran llamada sobre el vehículo mientras lo consumían el fuego. También supo el horror que embargó a los creyentes que estaban en el pequeño campamento cuando les impidieron salir a auxiliar a las víctimas y del acto de valor de Hasda al tratar de apagar el fuego.

Gradualmente se dio cuenta que este no había sido un acto espontáneo llevado a cabo por pobladores borrachos

o frustrados. Fue, en efecto, parte de una conspiración más grande para asestar un golpe fatal a la comunidad cristiana, escogiendo los conspiradores a Graham como su objetivo.

El pobre Hasda estaba fuera de sí, abrumado por el dolor. Sus padres fueron residentes del Hogar de Leprosos y él nació allí. Gladys sabía que él amaba profundamente a Graham y a los niños, y en su corazón sentía dolor por él.

Padre, perdónalos...

El funeral se llevó a cabo el lunes a las diez de la mañana, la misma hora en que se esperaba que Graham y los niños hubieran regresado al hogar por su cuenta después de su participación en el campamento en la jungla. Los tres ataúdes llegaron cubiertos con flores. Pronto todo Baripada se paralizó; las escuelas y las tiendas se cerraron y muchos funcionarios oficiales vinieron a rendir tributo a Graham y a sus hijos. Gladys y Ester estaban asombradas de ver una multitud de casi mil personas que escogieron sentarse en el suelo, sobre la hierba, junto con los leprosos residentes del Hogar, quienes estaban abrumados de dolor por la pérdida de su amado "Dada". El culto indio tradicional parecía divinamente orquestado mientras muchos dolientes expresaban espontáneamente sus condolencias y recibían versículos de las Escrituras. A Gladys le pidieron que dijera unas palabras pero no estaba preparada para pararse a hablar frente a esa masiva concurrencia. En vez de hablar, le dijo a su hija:

"¿Podrías acompañarme a cantar?"

Ester accedió y la concurrencia guardó silencio mientras madre e hija subían a la plataforma. Allí cantaron la canción que por muchos años había sido inspiración para Gladys:

"Puedo enfrentar el mañana

¡porque vivo está el Señor!"

A pesar de su confianza, mientras cantaba el himno con Ester, Gladys estaba pensando en realidad, "Puedo enfrentar *el día de hoy*". La verdad era que podía enfrentar el futuro solamente día por día. Pero eso sería suficiente para sostenerla de tal modo que, con el tiempo, su vida llegaría a ser un testimonio de fe firme y resuelta en medio de la tragedia. Aunque estaba golpeada por el dolor y emocionalmente agotada, en lo profundo de su ser sentía paz, deseaba mostrarle al mundo que se sentía honrada porque su esposo y sus hijos eran mártires por Cristo.

En una declaración a la prensa, la valiente Ester dijo:

"Estoy agradecida que Dios permitirá que ellos sufrieran por su causa". Y Gladys reitero el sentimiento de Ester con su propia declaración:

"En realidad mi oración es: 'Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. Creo que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito. De seguro, mediante este incidente, Dios va a cumplir su eterno propósito. Bendito sea el nombre del Señor'.²

Muchos amigos y miembros de la familia comenzaron a instar a Gladys para que empacara y regresara con Ester a la relativa seguridad de Australia. Suponían que la obra del Hogar para Leprosos terminaría a menos que lograra encontrar a alguien que reemplazara a Graham. La asediaban con todo tipo de interrogantes:

"¿Llevarás los cuerpos a Australia? ¿Qué harán tú y Ester ahora? ¿Qué pasará con el Hogar de Leprosos?"

Estaba sorprendida con sus suposiciones. Había hecho de la India su hogar y jamás consideró la posibilidad de salir de allí. Cuando los reporteros le preguntaron acerca de su futuro, respondió:

"Mi Dios tiene el control de todas las situaciones y circunstancias. Él hará sólo lo que es bueno. Él es mi fuerza y mi sostén. Él ha prometido 'Nunca te dejaré; jamás te abandonaré'.³ Con esta esperanza seguiré sirviendo a la India".

El perdón produce sanidad

Dos meses después, Gladys se preparaba para recibir el premio Indo-Australiano que se le iba a otorgar a la memoria de Graham. Le pidieron que hablara durante la ceremonia y más de trescientas personas atestaron el pequeño auditorio cuando corrió la noticia que Gladys estaría allí. Era la primera vez que aceptaba hablar en público desde la muerte de Graham y los niños. Cerca de allí se habían puesto vigilantes un gran número de policías para darle protección.

Mientras se preparaba para hablarle a la numerosa concurrencia, se sentó en silencio y leyó el viejo poema de Annie Johnson Flint que recientemente le había infundido valor:

Él nos otorga más gracia, si nuestras cargas se agrandan
Y nos infunde más fuerza, si nuestro trabajo aumenta;
Su misericordia extiende, cuando la aflicción se agrava
Y en pruebas multiplicadas, su paz también multiplica.
Su amor es ilimitado, y su gracia es sin medida
Su poder es sin fronteras, conocidas por el hombre
Y su infinita riqueza, Jesús, el Creador de todo,
Sobre nosotros derrama, hoy... y mañana... ¡y siempre!

Terminó de leer la última línea cuando el maestro de ceremonias finalizó su introducción.

Gladys subió a la plataforma y comenzó su disertación haciendo notar lo fácil que era para Graham expresar compasión.

“Si alguien enfermaba, él estaba ahí, -dijo-. Podía ser tarde en la noche o de madrugada. No importaba. Graham no

Gladys: toda una vida de perdón

dudaba en cuanto a lo que debía hacer cuando alguien estaba necesitado. Sencillamente actuaba”.

Terminó sus comentarios y aceptó el premio. Luego fue invitada a una comida. Nadie salió; todos querían saludar a la valiente viuda que no tuvo una sola palabra negativa para quienes asesinaron cruelmente a su esposo y sus dos hijos. Al disponerse para la comida, una mujer le dijo:

“No puedo entender cómo pudo perdonarlos”.

Sin pensar un momento, Gladys respondió:

“Es necesario perdonar porque el perdón nos trae sanidad”.

Ella ni se había dado cuenta de esa verdad hasta que las palabras salieron de su boca. Había perdonado a los asesinos de su esposo y sus hijos desde el momento en que supo la aterradora noticia. En realidad el perdón había sido el catalizador para su sanidad emocional, y decidió que ese sería el tema de su próximo mensaje.

Las invitaciones para hablar se multiplicaron y Gladys aceptaba las que podía atender. Cada vez que tenía la oportunidad, hablaba de perdón. En cada presentación decía:

“El amor debe ser sincero. Debemos honrarnos los unos a los otros tal como nos lo dice Romanos 12: *“Bendigan a quienes los persigan; bendigan y no maldigan. Alégrese con los que están alegres; lloren con los que lloran. Vivan en armonía los unos con los otros. No sean arrogantes, sino háganse solidarios con los humildes. No se crean los únicos que saben. No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos. Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos.”*⁴

Desde la primera presentación en público en la ceremonia de entrega del premio a su esposo, a Gladys la han invitado a numerosas escuelas, iglesias y eventos públicos y a veces ha hablado hasta en seis reuniones en un período de treinta y seis horas. Hoy su convincente mensaje sirve como un constante recordatorio a una nación en donde

los ataques violentos a los cristianos va en aumento, y quien más calificada que Gladys Staines para dar ese mensaje.

Epílogo

Gladys todavía vive en el Hogar de Leprosos de Mayurbhanj, pero ha viajado por todo el mundo hablando sobre la persecución a los cristianos en la India y comunicando su mensaje de perdón. La nación India se ha conmovido por el testimonio y el mensaje del amor de Cristo entregado por esta mensajera tan particular y única: una extranjera... viuda... una mujer sencilla cuya única meta es servir a los pobres y desechados de la sociedad india.

Es desafortunado que hubiera sido necesario el asesinato de un occidental y sus dos preciosos hijos para llamar la atención de la nación. Pero Gladys ha servido fielmente como vocera de Dios, demostrando que "Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman".⁵ En respuesta a su mensaje, ha recibido numerosas cartas de personas de toda la India, incluso de hindúes que le ofrecen sus disculpas por el crimen odioso cometido contra su familia.

Ha aprendido de primera mano, en su propia experiencia personal, el poder del perdón, sabe que este sigue siendo un mensaje decisivo aún para quienes están dentro de la iglesia. En un retiro para mujeres, en donde ella era la conferencista, le dijeron que un hombre de noventa años la esperaba afuera e insistía en conocer a la mujer que pudo perdonar a quienes asesinaron a su familia. Cuando finalmente logró hablar con ella le dijo que su hija había muerto hacía ya muchos años por un posible descuido médico y que nunca había podido perdonar al médico. Gladys le ministró durante algún tiempo y finalmente le ayudó a hacer una oración de perdón. Un año después del ataque, Dara Singh y otros catorce individuos fueron arrestados y acusados de la muerte de Graham y sus hijos Felipe y Timoteo Staines. En Junio de 2002 le pidieron que testificara durante el juicio. Allí soportó el reto más difícil desde la muerte de su esposo y sus hijos: encontrarse con el hom-

Gladys: toda una vida de perdón

bre responsable de ese acto. Fue su propia prueba de perdón permanente.

El abogado de Dar Singh, al proclamar la inocencia de su cliente, trató de desacreditar a Graham y afirmó que éste le había prendido fuego a su vehículo por el manejo descuidado de una estufa en su interior. Mientras el abogado hablaba, Gladys miró a Singh y luego al interior de su corazón. Le pidió a Dios que la ayudara a mostrar amor y compasión y nunca volver a mirarlo con odio. En el momento en que este libro fue enviado a impresión, el juicio todavía seguía su curso.

Nos reunimos con Gladys y Ester en Calcuta y, antes de partir, compartió con nosotros otro poema que había sido de gran aliento para ella desde la muerte de su esposo y sus hijos. Fue escrito por el ya fallecido Edgar Guest. Su título es:

SEGURO EN MI HOGAR

En mi hogar en los cielos estoy mis amados
¡Ah, que alegre y contento, cuan iluminado!
Hay aquí perfectos, gozo y hermosura
Y una luz eterna y eterna ventura.

Todos los dolores ya se han terminado
Ya mis inquietudes dejé en el pasado.
En sólida paz descanso finalmente
Mi hogar en los cielos gozo eternamente.

Se preguntan ¿por qué con tanta calma
Crucé el valle de sombras y de muerte?
¡Ah, es que el amor de Jesús ha iluminado
El oscuro camino que he andado!

Y él mismo vino y me quiso acompañar
En este áspero sendero al caminar
Si su brazo tenía como ayuda
¿Podía tener temor o alguna duda?

Corazones de Fuego

No se aflijan, no lloren, no se angustien,
Que los amo intensamente ya lo saben
Más allá de las sombras siempre miren
En el Padre eternal siempre confien.

Labor hay todavía para ustedes
No se queden ociosos ni cesantes
Háganla ya, que tiempo es de trabajar
Hasta que Cristo nos llame a descansar

Cuando el trabajo se haya terminado
Te llamará amoroso que vayas al Hogar
¡Oh, que gozo, qué alegría, qué momento
Cuando allí, entonces, nos volvamos a encontrar!

Mai:
de regreso a Vietnam...
a predicar el evangelio

Vietnam

Noviembre de 1989

Percibieron el aroma del océano antes que pudieran verlo. Mai siguió a su hermano mayor Hong, casi pisando sus pasos por el estrecho sendero. Una colina más para ascender. El viento salino hacía ondear sus cabellos y levantaba sus espíritus. Mai sentía crecer dentro de ella la emoción. ¡Cada paso los acercaba más a la libertad!

Finalmente coronaron la colina y Mai pudo ver el barco, una plataforma de madera toscamente aserrada, cubierta con una capa de brea, sobre la cual servía de “puente de mando” un pequeño cobertizo de bambú de una sola agua. El barco parecía a punto de partirse en astillas si alguien le daba una patada. Se detuvo y cogió una de las manos de Hong para evitar que siguiera avanzando.

“¡No puedo subirme en esa cosa! –le dijo halando su mano hasta que se dio vuelta y quedó frente a ella–. No alcanzaremos a salir del puerto, mucho menos podremos hacer todo el recorrido hasta Hong Kong!”

Corazones de Fuego

“Tienes que ir, Mai, –le dijo Hong dándose vuelta otra vez y halándola tras él. Mai escribió el barco de nuevo y un sentimiento de temor surgió en su interior. La plataforma era plana y la parte del cobertizo de bambú estaba vacía. Otros refugiados vietnamitas subían abordo, algunos mirando tras ellos con cautela y preguntándose si la policía china no escogería este momento para hacer una batida y regresarlos a su país.

“Yo... yo no puedo, Hong, –balbuceó–. No estoy preparada para esto”.

“Tampoco estábamos preparados para deslizarnos a través de la frontera dentro de China pero lo hicimos. Ahora ven, tenemos que ir. ¿No sabes a cuánto renunció nuestro padre por lograr esto?”

Hong metió la mano bien adentro de su bolsillo y sacó el andrajoso pañuelo. Lo desdobló con cuidado y con cautela le mostró otra vez las dos monedas de oro. Cada una pesaba más de media onza, una sola podía comprar un pasaje en barco hacia Hong Kong. Eran su boleto hacia la libertad.

¿Sabes cuánto tiempo le tomó a nuestro padre ahorrar tanto? –continuó diciendo–. Él estuvo planeando y esperando este día durante años. Nunca podrá tener libertad para sí, pero compró la forma que tú la tengas. Ahora, ¡sube al barco!”

“Él no la compró para mí, ese era el boleto de Trung”, –respondió Mai con petulancia. Estaba planeado que sería Trung, el otro hermano mayor de Hong, quien lo acompañaría. El padre había planeado enviar a dos de sus hijos hacia la libertad, esperando que aprovecharan y estuvieran en capacidad de ayudar a los otros hermanos y hermanas a salir de Vietnam.

“Sí, era el boleto para Trung. Pero sabes bien que su esposa tuvo un bebé. Él no puede salir ahora, de modo que tú eres la afortunada. Estarás libre en América o en Austra-

lia. Podrás tener una educación mejor. ¡Y algún día serás rica!”

Todavía sostenía la mano de Mai entre la suya; en parte para guiarla y en parte para halarla hacia el barco.

“¿Dónde podremos ir al baño?, –se lamentó. No hay sanitario en esa cosa.

El baño estará alrededor de nosotros” –contestó Hong con una risa burlona. Se detuvo y se dio vuelta hacia ella.

“Esta es nuestra oportunidad, Mai, –le dijo–. Es lo que nuestro padre quiso para nosotros: sacarnos fuera de Vietnam. ¡Que seamos libres!. ¡Que tengamos una educación! Y lo enfermaría verte ahora dudando. Ahora, ¡vamos!”

Estaban ya en el embarcadero y un hombre con ceño fruncido los miraba con su mano tendida. Hong sabía lo que quería: las dos monedas de oro. Poniendo el pañuelo en las manos del hombre, tiró de una de las puntas hasta que aparecieron las monedas. El capitán las miró de cerca, se llevó una a la boca y le metió el diente para probarla si era real.

“Suban” –dijo con un gruñido.

Hicieron lo que les dijo. ¡Cuánto deseaba ahora haber abrazado un poco más a su madre antes de partir! O haber hablado con su padre un poco más. Se preguntaba si el barco –al fin se había resignado a llamarlo por ese nombre– los llevaría realmente donde querían ir. Rápidamente oró al espíritu de su abuelo y de su bisabuelo para que los protegieran durante el viaje.

Escogieron un lugar cercano a la proa para evitar el ruido del motor. Estaba enferma por la ansiedad y el vaivén de las olas aún antes que el barco saliera del atracadero. Lloró mientras observaba la línea costera desapareciendo en el horizonte.

Los días pasados a bordo del barco fueron un interminable esfuerzo para soportar el aburrimiento, Mai y Hong pron-

to se dieron cuenta que no habían llevado suficiente comida para el largo viaje. Cuando ésta se les agotó, tuvieron que mendigarla de los otros cuarenta y tres pasajeros que iban con ellos. Los días se alargaban más y más, y los minutos pasaban lentamente.

La tormenta

Mai emergió a la superficie escupiendo el agua amarga y salada y luchando por aspirar suficiente aire.

“¡Ayúdenme!—gritaba desesperadamente. Esforzándose por distinguir en medio de la oscuridad el barco, o a Hong o a cualquier persona o cualquier cosa, otra ola reventó sobre sí y desesperada trató de tomar aliento antes que su cabeza se cubriera de nuevo con agua espumosa.

Emergiendo una vez más en busca de aire, sintió que un brazo la rodeaba:

“Nada hacia la orilla” —le gritó una voz al oído. Ella lo reconoció como uno de los compañeros fugitivos que huían de su patria sobre la destartalada embarcación. Juntos nadaron hacia la costa. Miraba hacia las olas que se aproximaban y gritaba cada vez que una de ellas estaba a punto de bañarla otra vez. Él en cambio mantuvo su vista fija en la orilla.

Al fin pudieron ponerse de pie en tierra firme. Caminaron unos pasos más y, agotados, se dejaron caer sobre la arena. Otros de los pasajeros de la embarcación se reunieron en la playa también tiritando del frío por el fuerte viento que venía del agua. Sus vestidos estaban llenos de arena. Mai lloró en voz alta cuando encontró a Hong y se abrazaron. En medio de la tormenta no había manera de encender un fuego, de modo que se juntaron entre sí tratando en vano de darse calor y esperando con desespero la salida del sol.

Ella reflexionaba sobre la vuelta espantosa que estaba dando su vida. Pocos días atrás era sólo una estudiante de escuela secundaria, de diecisiete años de edad, en el norte de Vietnam, que vivía feliz con su padre y su madre en una

casa con un techo de tejas rojas, cerca de la frontera con China. Ahora estaba acurrucada en una playa, azotada por el viento, preguntándose si algún día llegaría a Hong Kong y a la libertad.

El padre de Mai siempre había querido que sus siete hijos tuvieran una vida mejor que la suya. Ella lo había oído pronunciar su discurso sobre la educación tantas veces, que podía recitarlo de memoria, pero el discurso jamás habló de un naufragio...

Recordaba a su madre riéndose de las ambiciones de su esposo acerca de los hijos; la mujer pensaba que la escuela era una pérdida de tiempo y de dinero. Ella controlaba las finanzas de la familia. Se negaba a darle dinero a sus siete hijos para libros o para útiles escolares. A menudo el padre vendía un pollo o algún otro animal y deslizaba unos cuantos billetes a sus pequeños para cubrir otra semana de gastos escolares. Cuando la mujer descubría lo que su esposo había hecho, los dos se enfrascaban en explosivas discusiones, gritándose insultos y maldiciones. Los chicos procuraban mantenerse al margen de esta guerra de palabras. A pesar de estas situaciones, seguían yendo a la escuela.

Uno de los hermanos mayores de Mai salió de Vietnam y estuvo trabajando como obrero en Bulgaria. Vio el mundo exterior y sus relatos acrecentaron el deseo del padre por el escape de sus hijos.

Ahora Mai estaba fuera de Vietnam pero no en el lugar que su padre había visualizado. Estaba acurrucada en una playa y su cobija flotando en cualquier parte de aquel helado mar. La tormenta había obligado a todos los pasajeros a nadar hacia la playa. El capitán permaneció en el barco olfateando las olas y tratando de capotear el ventarrón. Después de lo que pareció una eternidad, los vientos se calmaron y el sol empezó a repuntar a lo lejos del mar. Jamás estuvo tan agradecida de poder ver el nacimiento de un nuevo día.

Los refugiados se apretujaron en la playa hasta que el capitán les hizo señas que podían volver a la embarcación. Nadaron sobre las olas para trepar de nuevo a bordo de su tren flotante hacia la libertad. Su ropa extra, cobijas, comida, ollas y sartenes había sido barrido por las olas. Los hermanos se acurrucaron confiando en que no hubiera más tormentas entre ellos y Hong Kong. Deseaban saber si el barco flotaría una vez que todos los pasajeros estuvieran a bordo.

Cuarenta y dos interminables días después de haber abor- dado la embarcación arribaron a Hong Kong. Pero no fueron bienvenidos allí, la policía no permitió que los refugia- dos desembarcaran. En cambio los enviaron a Isla Vaca, una franja de tierra poco acogedora en donde los campesinos criaban vacas. Al fin Mai, Hong y los otros viajeros pu- dieron bajar del barco, pero lo que les esperaba fue casi tan desagradable como lo que estaban dejando atrás. Cerca de un centenar de barcos como el suyo atracaban diariamente en Isla Vaca. Los grupos humanitarios de ayuda entrega- ban latas de comida, pero Mai no estaba acostumbrada a ese tipo de alimentos y se enfermaba después de cada co- mida.

La vida en los campos

Una semana después que desembarcaron en Isla Vaca, trasladaron a los hermanos a su primer campo de refugia- dos. Un mes después fueron trasladados a otro, esta vez al Campo Nueve. Más o menos un año después los enviaron al Campo Tres.

Al llegar a cada nuevo campo, tenían que encontrar un lugar para dormir y para vivir. Muchos de los residentes en el campo, eran dados a apropiarse brutalmente de ciertos espacios que convertían en sus territorios. Ellos tenían que cuidarse constantemente el uno al otro y estar en guardia contra quienes los podían atacar. El Campo Tres era parti- cularmente violento, virtualmente un campo de batalla. Refugiados vietnamitas procedentes de una misma área

conformaban bandas que luchaban contra otros procedentes de otras zonas. Todo en el campo: ladrillos, bombillos, cables eléctricos, partes de camas y puntiagudas varillas de hierro se convertían en armas. A veces las batallas duraban días entre los diferentes grupos que trataban de controlar el campo. La policía de Hong Kong no podía controlar los campos, de modo que la vida y el gobierno detrás de estas cercas era una anarquía darwiniana.

Durante estas confrontaciones las mujeres y los niños huían procurando mantenerse fuera de la vista, mientras los hombres peleaban entre sí. Como muchos otros, Mai se acurrucaba sobre su cama —en realidad era una simple lámina sostenida por algunas piedras— confiando en que la trifulca terminara pronto. Y como los demás, también anhelaba salir del campo y ser realmente libre.

“De tal manera amó Dios al mundo”

Después de una pelea realmente grande, trasladaron a Mai y a Hong a otro campo: el Lang Gin. Éste era un lugar de castigo diseñado para aislar a los individuos que causaban constantes problemas. Por ella no sabía por qué los enviaron allí. Sin embargo, esta nube negra de “castigo” tenía su ribete de plata, su parte positiva, porque había un edificio que servía como iglesia, aunque ella no sabía qué era exactamente una iglesia. Un día se acercó y echó una mirada al interior de uno de los salones. Una bandera grande y blanca colgaba de la pared y en el centro de la misma había una cruz roja. Debajo de ésta había una frase escrita en lengua vietnamita que decía: “De tal manera amó Dios al mundo”.

Intrigada por lo que veía se decidió a entrar. La gente que estaba en el salón una canción que nunca había escuchado antes. Un hombre se puso de pie y habló en vietnamés mientras ella escuchaba con atención. Luego le preguntó a ella si le había gustado la descripción de un Dios interesado en la gente, que realmente ama en vez de aterrorizar y dominar. Mai quería conocer más acerca de este grupo y de sus extrañas enseñanzas, pero no tenía intención de dejar la religión que había aprendido de sus padres. Veía al Dios

que amó al mundo como un objeto más de adoración, además de sus antepasados y sus ídolos.

Después de más de dos años en los campos de refugiados en Hong Kong, uno de sus amigos la llevó a conocer una adivinadora de la fortuna. Se sentó frente a la mujer esperando que le dijera qué tan pronto saldría con su hermano del campo hacia un país libre. La anciana, mirándola tomó una de sus manos.

¡Ah, sí, ahora lo veo. Tienes un novio”.

Mai estaba confundida.

“No, no tengo, yo no tengo novio”.

La adivina la miró preocupada.

“Ah, debe ser un novio de una vida pasada que te está siguiendo hasta esta vida”.

“¿Siguiéndome? —preguntó ella dudosa mientras miraba alternadamente a la anciana y a su amigo. Pensó que la mujer le estaba diciendo que un demonio la perseguía.

“¿Y qué quiere? ¿Y cómo puedo hacer para que deje de seguirme?”

Debes ir a tu casa y adorarlo. Ora y pídele que no te moleste ni te siga”.

No era la primera vez que era acusada de tener un demonio. Cuando tenía siete años de edad estuvo muy enferma. Una fiebre alta atacó su cuerpo y no podía ingerir comida ni bebida. La madre llamó a un hechicero, tío de la chica, para que efectuara rituales que expulsaran el espíritu que le causaba la enfermedad. Su tío la golpeó con una vara afirmando que así *asustaría* al espíritu y éste saldría. Ella gritaba pidiendo ayuda, pero otros miembros de la familia la sujetaban mientras la golpeaba. Luego la tomó por el cabello y la golpeó contra la estructura metálica de la cama, procurando *sacudir* el demonio. A veces las golpizas duraban toda la noche. Mai gritaba de dolor, pero sus lamentos sólo estimulaban los esfuerzos de su tío que orgulloso procla-

maba: "Ahora el espíritu va a salir". También tenía un pequeño caballo de metal con el cual punzaba su piel tratando de *seducir* al demonio para que saliera.

Ninguno de estos esfuerzos dio resultado; la chica continuaba enferma. Al fin el padre la llevó al hospital. Después de algunos días de tomar la medicina que le prescribió el médico, la enfermedad la dejó. Ella. Deseaba saber por qué la medicina era mucho más poderosa que el brujo. Se preguntaba también si la adivina le estaría diciendo la verdad. El hecho de *honrar* a este "novio" ¿convencería realmente al demonio de dejarla en paz?

Mai fue al gran templo budista que había en el campo y adoró tal como había visto que sus padres hacían. No tenía plena confianza en la prescripción de la adivina, pero no veía inconveniente en probar, especialmente si este "novio" seguía impidiéndole tener una visa y avanzar hacia la libertad. Encendió el incienso y le pidió gentilmente al espíritu que se alejara de ella y la dejara en paz.

Pero mientras más oraba en el altar, menos paz sentía. En su interior sabía que los sentimientos de intranquilidad y desasosiego no tenían nada que ver con el mundo espiritual. Se sentía atrapada en el campo de refugiados e impaciente por salir. La constante batalla solo para vivir y comer la habían afectado y su amabilidad natural cedía el lugar a la ansiedad y la frustración. No podía comprender el motivo de la tristeza que se había arraigado en su corazón. Anhelaba algo diferente y se preguntaba si el hecho de llegar a un país libre llenaría la sensación de vacío que había en su vida.

Al día siguiente volvió a pasar por la iglesia. Al ver la frase en la bandera se preguntaba quién sería este Dios que "de tal manera amó al mundo". ¿Ese amor la incluiría a *ella* también?

Entró otra vez y observando un estante con libros sacó el de mayor tamaño que encontró, con la esperanza que le dijera algo acerca de este Dios de amor. Lo abrió y leyó:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra...”

Este es un libro de historia, pensó después de leer unas cuantas líneas más. Se daba el caso que, cuando estaba en la escuela, detestaba la clase de historia con todas esas fechas, personajes y lugares para memorizar. Rápidamente cerró el libro y lo volvió a su lugar en el estante. Recorriendo con su dedo el estante se detuvo en el libro más delgado, un volumen sencillo con una atractiva cubierta de cuero. Lo abrió y escudriñó el comienzo –una larga lista de nombres –luego empezó a leer con más detenimiento. Era la historia de una joven pareja que esperaba un bebé. Era claro que éste era especial, porque una estrella señalaba su nacimiento y grandes pensadores vinieron a darle la bienvenida al mundo.

¿Quién era este bebé? –se preguntaba. *¿Quién es este Jesús.*

Corriendo hacia el Dios que la amaba

Ese domingo, Mai regresó al salón de reuniones donde un predicador hablaba acerca del poder de Dios. El diablo –dijo el pastor – no le teme a nadie ni a nada, excepto a alguien, a Dios. Donde está Dios, no hay demonios”.

Mai abrió bien sus ojos. Se preguntaba si el conferencista sabría algo del supuesto novio de su vida pasada que, según la adivina, la estaba siguiendo. Quiso creer en Dios tan pronto escuchó el mensaje. No deseaba ninguna parte del mundo espiritual que le había causado tanto temor y dolor desde su niñez. Sencillamente quería paz.

Cuando finalizó el mensaje, el pastor hizo un llamado al arrepentimiento. Ella corrió hacia adelante. No estaba segura de los detalles, pero se dio cuenta que quería adorar al Dios del cual huían los demonios, el Dios que la amaba y la haría libre.

Desde ese momento en adelante, cuando sentía temor –generalmente cuando se acostaba en su cama oyendo que se desarrollaba una pelea a su alrededor– leía el Nuevo Tes-

tamento y oraba a Dios. El pastor le había dicho que el diablo no quiere que ella lea la Palabra de Dios, ¡de modo que continuó leyéndola fielmente todos los días!

La mayoría de los residentes en el campo de refugiados asistía al templo budista y Mai iba con ellos, aún después de haber pasado al frente de la iglesia y de haber orado a Dios. Pensó que aunque los demonios temían cuando leía su Biblia, de todos modos era un acto inteligente ofrecerles sacrificios, por si acaso. Todavía tenía ídolos en su carpa; todos los días oraba al Dios de los cristianos y a sus propios dioses también. Pensaba que si una religión era buena, dos tenían que ser mejor. Otras personas en el campo hacían lo mismo, escogían y adoptaban las partes que les gustaba de las diferentes religiones disponibles en el campo.

Entonces, un domingo por la mañana, el pastor cristiano habló de no tener otros dioses u otras religiones. Dijo que los cristianos debían seguir una sola religión y aferrarse solamente al único y verdadero Dios. Después del culto, regresó a su tienda y se deshizo de todos sus ídolos. Algunos de los budistas trataron de detenerla, pero insistió. Si Dios quería que lo siguiera sólo a Él, desecharía todo signo de su anterior religión.

"Sencillamente úsame"

Un domingo, poco después de haber desechado sus ídolos, el sermón en la iglesia fue acerca de la muerte de Jesús en la cruz y la forma en que Dios mismo pagó por nuestros pecados. Ella pasó adelante una vez más comprendiendo por primera vez la gravedad de sus pecados, arrepintiéndose por ellos. Allí oró:

"Dios, perdóname. Úsame, en la forma que quieras y en el lugar que desees. Sencillamente úsame".

Aunque sabía muy poco de la Biblia o de la enseñanza cristiana, comenzó a hablar de ello con todos en el campo. Continuó leyendo la Biblia con voracidad y el Espíritu Santo le ayudó a aumentar su conocimiento. Mientras más aprendía más testificaba de Cristo.

Deseoso de saber en qué se había metido su hermana, Hong fue también a algunas de las reuniones en la iglesia del campo. Al fin también aceptó a Cristo, pero su compromiso no era tan fuerte como el de ella. Su atención se enfocaba en la libertad, en salir del campo e ir a un país en donde pudiera ser libre. Había trazado en su mente muchos planes para trabajar, comenzar algún negocio y ser próspero. Se preguntaba si ser cristiano le ayudaría en su propósito de conseguir una visa más rápido para ir a Occidente.

En la iglesia, Mai conoció a un hombre diez años mayor que ella y los dos comenzaron una relación de amigos. Él también deseaba poder viajar al mundo occidental con la esperanza de establecer un negocio y hacer dinero rápidamente. A medida que su relación creció, ella se dio cuenta que estaba adoptando algunas de las prioridades de su amigo. El hambre por las Escrituras se desvaneció y su vida de oración se secó. Ahora pensaba más en cómo gastar su dinero cuando fuera libre y oraba sólo lo suficiente para sentir que Jesús la aceptaba y le permitiría ir al cielo cuando Él regresara.

Las oraciones profundas y fervorosas que una vez brotaron de su alma se habían evaporado. Ahora la mayor parte de su oración a Dios era para que la sacara del campo y la llevara a la libertad. Ella y su novio consideraron la posibilidad de matrimonio; Ella quería casarse con él, pero pensó que a los veinte años era demasiado joven para hacerlo.

Una noche, estando acostada en su cama, Mai oyó una voz.

No te dejaré atrás, le dijo. Cuando vuelva te llevaré conmigo.

Ella despertó pareciéndole escuchar algo más: un lamento fuerte, agudo y agónico.

¿Oíste ese lamento? Parecía que el Espíritu Santo le hablaba directo a su corazón.

“Sí —respondió. ¿qué era eso?”

“Es el lamento de quienes han sido dejados atrás. Es un lamento de dolor y de angustia.

“Vamos... fuera del campo”

La mañana siguiente Mai puso a un lado su pereza espiritual. Sus oraciones volvieron a tener el fervor de antes. Ahora oraba por mucho más que prosperidad material y un pasaje hacia Occidente; empezó a hacerlo por su familia en Vietnam y por los cristianos en su patria que estaban sufriendo por ser cristianos.

Un día, mientras leía la Biblia, encontró el pasaje de Hebreos 13: 12-15:

“Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir. Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”.

“Salgamos a Él, *fuera del campo*”. Las palabras parecían saltar de la página de su Biblia e incrustarse ardientes en su espíritu. Estaba sorprendida por el llamamiento que Dios estaba haciendo a su corazón.

Vuelve a Vietnam. Habla allí mi Palabra. Dile a quienes han sido dejados atrás que me invoquen.

Ella sabía que servir a Cristo en Vietnam implicaría un gran costo, que tendría que sufrir si aceptaba el llamado de Dios, pero quería ir. Le había dicho a Dios que haría cualquier cosa que Él le pidiera hacer. Y si Él le estaba pidiendo que volviera a Vietnam, ella estaba lista para hacerlo.

También conocía la intensidad de las tinieblas en Vietnam; las había visto en su propia familia. Mientras ella crecía, su familia mantuvo en la casa un altar rojo con tres recipientes de incienso ardiente para los tres antepasados que ellos adoraban: el abuelo, el bisabuelo y el tatarabuelo.

Cuando su padre muriera la familia reemplazaría el recipiente más viejo con uno dedicado a él.

A los vietnamitas se les enseñaba que los espíritus estaban en todas partes, y al igual que los demás budistas allí, la familia de Mai se esforzaba por apaciguarlos. Mataban un pollo o un cerdo y luego ofrecían el alimento en sacrificio sobre el altar. Con encantamientos, invitaban a sus antepasados a participar de la comida, confiando en ganar así su favor. Ansiaba compartir la verdad de la Palabra de Dios con su familia y con los demás pobladores del país que vivían en terribles tinieblas.

La siguiente ocasión en que los cristianos se reunieron, Mai dijo que tenía que anunciarles algo. Entonces se paró frente a ellos sonriendo.

“Yo he oído la voz del Señor –les dijo–. Él me ha hablado.”

Miró a todos los presentes en el salón que se habían convertido en sus amigos, casi tan cercanos como una segunda familia.

“Dios me ha pedido que regrese a Vietnam. Él quiere que comparta su amor con la gente y que les enseñe la verdad”.

La reacción de muchos de los creyentes fue rápida, pero no la que ella esperaba.

“¡Esa es la voz del *diablo*” –le gritó un hombre.

“Eso no puede ser de Dios –le dijo una mujer anciana cerrando bruscamente su Biblia–. Dios te trajo a Hong Kong y Dios te llevará con seguridad a la libertad. Te ayudará a prosperar de modo que puedas ayudar a tu familia. Dios no quiere que vuelvas a Vietnam”.

“Si vuelves vas a sufrir –le dijo otro hombre–. Yo lo sé. Lo he visto. Y el sufrimiento posiblemente te lleve aún a dejar a Dios. Él *nunca* te pedirá que vuelvas allá”.

Mai miró a su novio esperando ver una sonrisa de apoyo en su cara. Pero no hubo ni sonrisa ni apoyo. Dándole la espalda, se salió del salón.

Mai: de regreso a Vietnam... a predicar el evangelio

Mientras que muchos en la iglesia trataron de disuadirla de su decisión con palabras, su hermano no quedó satisfecho con hablarle solamente. Cuando ella le mencionó el asunto, Hong le dio una bofetada.

“¿Cómo puedes escupir en el “sueño” de nuestro padre? –le preguntó furioso–. Él ahorró durante años para traerte hasta este punto. Para ponerte al borde de la libertad. ¿Ahora lo vas a tirar todo por la borda? ¿Vas a herir el corazón de tus propios padres? ¡No vuelvas a hablar de regresar! ¡Ni una palabra más!”

Ella se preguntó cómo podía su hermano tratarla de esta manera, y cómo un hermano en la fe podía criticar su deseo de compartir el evangelio. Oró pidiéndole a Dios sabiduría y la fortaleza para amar a su hermano a pesar de la oposición que le presentaba. Estaba segura del llamado de Dios a su vida, pero oró porque los demás también lo entendieran.

Sin embargo, los ataques físicos de Hong no fueron el obstáculo más doloroso que tuvo que enfrentar. Los más dolorosos fueron emocionales y se los infligió su novio.

“Dios te trajo fuera de Vietnam –le dijo–. ¿Por qué iba Él a querer que vuelvas? ¡Tú no puedes irte!”

Cuando no pudo hacerla cambiar de opinión, terminó la relación.

“No puedo casarme con una mujer que renuncia a sus sueños –le dijo–. Dios te ha traído hasta aquí, y sería deshonorarlo a Él y a tu familia si das la vuelta y regresas a Vietnam”.

“Tengo sueños –le dijo Mai con un tono de súplica en su voz y con lágrimas en los ojos–. Ahora Dios me ha dado nuevos sueños. Sueño con hablarles a mis compatriotas del amor de Cristo. Quiero decirles que no tienen que seguir sacrificando animales, ¡que ya Cristo hizo el sacrificio por ellos!”

“Entonces tenemos sueños diferentes, –le dijo con un tono frío–. Todo ha terminado entre nosotros”.

Mientras lo vio alejarse, las lágrimas bañaron su rostro.

Con la deficiente alimentación y las malas condiciones de vida en el campo, su salud física se estaba deteriorando. Sin embargo su salud espiritual nunca había estado mejor. Aunque su novio la había defraudado y su iglesia dudaba de sí, no tenía reservas en cuanto a lo que debía hacer. Dios la estaba llamando a regresar a Vietnam.

El único nombre en la lista

Mai concertó una cita en las oficinas de dirección del campo en donde haría una solicitud de regreso a Vietnam. La noche previa a la cita estuvo despierta en su cama durante varias horas reflexionando respecto a su decisión. Se sorprendía de ver cuan pocos en el campo la apoyaban. Oró prometiéndole a Dios que iría a cualquier lugar que Él quisiera, haciendo cualquier cosa que le pidiera. Sintió completa paz y aún una cierta emoción ante el pensamiento de hablarle a la gente de su país del amor de Jesús.

Al fin sintió sueño y se durmió. En sus sueños se vio a sí misma regresando a Vietnam, pero no iba sola. Una mujer la acompañaba y un hombre hacía parte del equipo también. Sintió claramente que Dios estaba dándole la seguridad que no tendría que regresar sola.

A la mañana siguiente, cuando caminaba hacia las oficinas del campo, no tenía ninguna duda que estaba tomando la decisión correcta. Abrió la puerta y caminó hacia el escritorio del funcionario oficial.

“Quiero regresar a Vietnam”.

El hombre, sentado tras el escritorio, miró a su joven visitante con una mezcla de simpatía y confusión reflejada en su rostro.

“¿Tú quieres *regresar*?”

“Sí señor”.

“¿Por cuánto tiempo has estado en Hong Kong?”

Mai: de regreso a Vietnam... a predicar el evangelio

“Casi cinco años”.

“Estás a punto de finalizar tu período en Hong Kong. Probablemente en unos pocos meses tendrás una visa para salir de aquí. Entonces podrás ir a América o a Australia. No te des por vencida ahora”.

“No me estoy dando por vencida – respondió Mai con seguridad – Ya no quiero ir a Occidente. Quiero regresar a mi patria”.

“No tenemos muchas personas aquí que quieran hacer eso. De hecho el gobierno ha rebajado la tarifa de ese trámite porque nadie lo está haciendo. ¿Sabes lo que eso significa?”

“Sí señor –respondió ella con confianza–. Pero Dios me ha dicho que regrese”.

“¿Dios te dijo? –preguntó el funcionario con sonrisa burlesca–. Ya veo. Bueno, entonces tu solicitud de visa será cancelada y sacaremos tu archivo. Será como si nunca hubieras estado aquí... como si los últimos cinco años no hubieran transcurrido”.

“Yo lo sé. Ya no voy a ir al Occidente”.

“Y sabes que el gobierno de Vietnam no siempre le da la bienvenida a la gente que regresa –le dijo–, especialmente a las personas que se han escapado”.

“Estoy consciente de eso”.

El hombre miró con severidad por un momento el rostro largo y angosto de Mai. Luego metió la mano en una gaveta y sacó un formato de papel.

“Necesito tu tarjeta de identificación en el campo”.

Ella le entregó la tarjeta, luego tomó la pluma y llenó los espacios en blanco con toda la información requerida. La invadía una extraña sensación de satisfacción, incluso de alegría, no dudó en estampar su firma en el documento mediante el cual prácticamente renunciaba a su oportunidad de ser libre en un país del mundo occidental.

El hombre sacó una carpeta. En ésta se leían las palabras: REGRESO A VIETNAM. Escribió con cuidado el nombre completo de Mai en el primer renglón. No había otros nombres en la lista.

Cuando Hong descubrió que Mai había firmado los formatos de repatriación, la golpeó otra vez.

Una amiga cristiana, la señora Suyén, le dijo que estaba loca. Pero cuando Mai se encontró con ella al día siguiente, su opinión había cambiado.

“Tú no estás loca –le aseguró–. Siento mucho haberte dicho eso”.

“¿Qué ocurrió? –le preguntó a su amiga–. Ayer me dijo que estaba loca por querer regresar a Vietnam y hoy eso es una decisión perfectamente racional. ¿A qué se debe ese cambio repentino de opinión?”

“El Señor me habló anoche –le respondió la señora Suyén–, y me dijo que debo regresar a Vietnam también para compartir este mensaje con la gente de allí”.

El corazón de Mai palpitaba de alegría al saber que no haría el viaje sola. Recordó el sueño en el cual otra mujer regresaba con ella. En el mismo también había un hombre y cavilaba respecto a quién estaría hablándole Dios para que fuera con ellas.

La amiga Suyén fue a las oficinas de administración del campo y diligenció los mismos formatos que Mai había llenado. Su nombre fue el segundo de la lista.

Pocos días después, Trong, otro miembro de la pequeña iglesia, se acercó a Mai y le dijo que él también sentía que Dios lo llamaba a regresar a Vietnam.

“Pero es difícil vivir en Vietnam –le dijo–. ¿Cómo voy a sobrevivir allá y a servir a Dios a la vez?”

“No se preocupe –le dijo ella–. Dios se hará cargo de todo”.

Mientras se preparaba para el viaje de regreso, Dios se encargó de abrir otras puertas y de ordenar los detalles del

viaje. Esto ocurrió en 1994 después de haber pasado en Hong Kong casi cinco años. Cuando los miembros de la iglesia se reunieron para ver partir a los tres creyentes, muchos con ojos llorosos intentaron convencerlos por última vez para que se quedaran.

Hong acompañó a Mai y a los otros hasta la puerta gris de metal del campo de refugiados.

“¿Cómo puedes hacer esto? –le preguntó otra vez–. Le escribí a nuestro padre y le conté la locura que haces. Él no quiere que regreses. Quiere que seas libre. ¿Sabes cuántos problemas tendrás en Vietnam? Ellos no aceptan cristianos. Los persiguen... los arrestan... los golpean... Mai, todavía no es demasiado tarde para que cambies de opinión”.

“Mi decisión está tomada” –le respondió.

“No puedo creer que te haya traído aquí –le dijo enojado–. ¿Quién cuidó de ti durante los últimos cinco años? ¿Quién te protegió durante las peleas en los campos? ¿Quién se aseguró que tuvieras un plato de arroz cuando otras personas querían quitártelo? ¡Cómo deseo que Trung hubiera venido conmigo en lugar tuyo! Él no me deshonraría a mí o a mi padre como lo estás haciendo. Trung tiene respeto. ¿Cómo puedes *hacer* esto?”

Mai miró a su hermano con tristeza.

“Puedo hacer esto porque Dios me llamó –le dijo–. Tú quieres ser libre yendo a un país libre. ¿Pero no puedes ver que hay cosas más importantes que la libertad política o hacer dinero? ¿Quién le hablará de Jesús a nuestra familia? ¿Quién les dirá cómo ser libres y cómo ir al cielo? Dios me ha pedido que lo haga, y lo voy a hacer. Tal vez nunca seré rica como serás tú, pero estoy haciendo lo que Dios me pidió que haga. Espero Hong que algún día lo entiendas”.

Hong miró con enojo mientras su hermana y las dos personas que la acompañaban abordaban una pequeña camioneta blanca que los llevaría al aeropuerto. Otros cristianos también observaban a través de la puerta mientras

las lágrimas corrían por sus mejillas. Mai miró atrás mientras el vehículo se alejaba tratando desesperadamente de memorizar cada rostro, preguntándose si volvería a ver a alguno de ellos otra vez.

Trabajo secreto

Cuando el avión aterrizó en Vietnam, Mai tuvo que ir por su cuenta del aeropuerto a su hogar. Esperaba que le dieran una bienvenida calurosa; no fue calurosa, ni siquiera fue bienvenida. Su padre, que había trabajado tanto para asegurar su futuro, la ignoró por completo. No le hablaba ni determinaba su presencia. Pero su madre sí la determinó. La gritó con rudeza y le recriminó por haber enojado la familia de los espíritus al dejar de adorar a sus antepasados.

A pesar de la fuerte reacción de la familia, procuró conservar una buena actitud. Oraba con frecuencia y cantaba canciones de adoración en voz baja en su cuarto. Con su testimonio y su ejemplo, pronto se ganó la primera convertida en Vietnam: su propia hermana quien empezó a hacerle preguntas acerca de su fe y finalmente aceptó a Cristo como su Salvador. Las dos oraban juntas a menudo y Mai empezó a enseñarle las Escrituras a su hermana.

Pero los padres continuaron molestándola y la confusión surgió en Mai. *Pensé que Tú querías que volviera a Vietnam*, le dijo a Dios en oración. Entonces sintió la respuesta divina dándole instrucciones: *Reúne a mis ovejas. Vete a la provincia de Van Dong*.

Jamás había estado en Van Dong, pero había oído decir que había otras personas allí que encontraron a Cristo en Hong Kong y regresaron a Vietnam. Partió para dicha región orando continuamente durante el viaje. Procuró hablar lo menos posible mientras viajaba, pues temía que si la policía descubría que era cristiana, la arrestarían.

En Van Dong conoció a otros cristianos. Empezaron a reunirse secretamente en la jungla pues la policía no debía enterarse de sus reuniones. Mai sentía el llamado de Dios a

buscar las ovejas perdidas y dio comienzo a un trabajo más evangelístico. Todavía vivía en el hogar de sus padres, pero viajaba a la provincia regularmente para realizar las reuniones. Pronto se había plantado una pequeña iglesia en Van Dong, pero a medida que la iglesia crecía, crecían también las presiones sobre sus miembros.

El padre de Mai, conocedor de sus incursiones en la jungla con otros creyentes, empezó a sobrecargarla de tareas domésticas ocupándola para impedirle su participación en la iglesia. Al ver lo tercamente que su hija se aferraba a su nueva religión, se aplacó. Le permitía asistir a los cultos regulares, pero no a las reuniones de oración ni a ningún culto especial, o socializar con otros creyentes. Cuando siguió yendo a las reuniones prohibidas y haciendo su obra cristiana, el padre la echó de la casa. Pocos días después le permitió volver, pero pronto el ciclo se repitió.

La policía empezó a vigilar cada movimiento suyo. Por todas partes se corrió la voz sobre su trabajo cristiano y la policía empezó a presionar al padre para que les ayudara a sustentar las acusaciones contra ella.

“¿A dónde va ella? –le preguntaban repetidamente–. ¿Con quién se reúne? ¿Qué dicen ellos? Y ¿por qué le permite a su hija hacer esto?”

Con el paso del tiempo la presión aumentó. Finalmente las autoridades no estaban satisfechas de visitar al padre en la casa. Le ordenaron presentarse en la estación de policía.

“Si usted no puede controlar a su hija –le dijeron amenazantes–, lo haremos nosotros”.

Temiendo por su propia seguridad y por la de su hija, le ordenó repetidamente permanecer en la casa.

“No puedes ir –le decía su padre–. ¿Sabes lo que me pueden hacer? ¿Y lo que te pueden hacer a ti?”

En un comienzo, Mai afirmaba que salía a reunirse con amigos o a trabajar en algún proyecto de artesanía. A me-

dida que se hacía más valiente al testificar, se hizo más firme con su padre también:

“Voy a hacer la obra de Dios” –le decía sencillamente.

Tener a su padre en contra casi fue más de lo que podía soportar. Sus oraciones se hicieron más fervorosas.

“Oh Dios –oraba una noche–, haré cualquier cosa por Ti. Estoy dispuesta a ir a la cárcel por causa tuya. Incluso puedo morir por Ti, si esa es tu voluntad. Pero por favor, Señor, no permitas que mi padre me persiga. Eso es más de lo que puedo soportar”.

Pero la persecución no cesó. Años más tarde comprendió que Dios usó este tiempo como una forma de entrenamiento. Si podía soportar la presión de su amado padre, no había persecución que le impidiera hacer la obra que Dios la había llamado a realizar.

Renunciando de nuevo a la libertad

Al fin conoció a algunos misioneros de los Estados Unidos en Vietnam. Cuando vieron su amor y determinación, generosamente le ofrecieron hacer arreglos para que pudiera asistir a una institución de enseñanza bíblica en E.U. Era una increíble oportunidad. Había pasado cinco años en los campos de refugiados de Hong Kong esperando poder ir al Occidente. Ahora de vuelta en Vietnam, la estaban invitando a ir a América ¡con todos los gastos pagados!

Cuando Mai les contó a sus padres la oferta que le habían hecho, el padre respondió con entusiasmo:

“Esta es una gran oportunidad –le dijo –Tus ‘papás americanos’ quieren que vayas a E.U. en donde tendrás libertad y una educación. ¡Esas son noticias grandiosas! Tienes que ir”.

Pero la visión de Mai no había cambiado. Leyó otra vez Hebreos 13: 12-15, los versículos que Dios utilizó para llamarla a regresar a Vietnam. Su amor por quienes estaban “fuera de la puerta” en su propia patria no había disminuído.

Mai: de regreso a Vietnam... a predicar el evangelio

“Quiero trabajar en Vietnam, –les dijo a sus padres–. Dios me ha llamado a trabajar aquí, con mi propia gente”.

“¿No será esta la manera que tu Dios eligió para ayudarte? –preguntó el padre–. ¡Estás loca si no vas!”

Pero ella escogió quedarse en Vietnam. En vez de ir a E.U. asistió a un curso intensivo de entrenamiento en Saigón. A ella no le importaba el lugar en donde recibiera el entrenamiento y aprendiera más del evangelio; su único deseo era servir a Dios y ver a sus compatriotas convertidos a Él. Los misioneros ofrecieron ayudar con sus gastos en Saigón, pero Mai rehusó gentilmente. Ella sabía que Dios cubriría sus gastos si tomar el curso era un plan suyo.

Durante seis meses estuvo en una casa en la parte sur de Vietnam y salía solamente para hacer viajes misioneros a las zonas rurales del país. Su acento norteño se haría evidente si salía a las calles de Saigón, y no podía correr el riesgo que le pidieran mostrar sus documentos de viaje porque no tenía permiso para estar en el sur. De modo que se mantuvo fuera de la vista durante seis meses completos. A veces miraba por la ventana, ansiosa al ver el flujo del tráfico, queriendo salir aunque fuera por un momento y participar de la vida que se desenvolvía a su alrededor, pero se abstuvo de hacerlo.

Los días eran largos, el entrenamiento intenso y todo tenía que hacerse en secreto. Pasaba muchas horas al día orando y en adoración, estudiando las Escrituras y recibiendo el entrenamiento pastoral.

El amor por las tribus

Como parte del curso de entrenamiento, Mai recibió información sobre los pueblos tribales de Vietnam. Ella había sido criada creyendo que todas las minorías étnicas de Vietnam eran retrógradas, gente perversa que practicaba rituales extraños, movidos por tontas supersticiones. Sin embargo, cuando conoció a creyentes que trabajaban entre estos pueblos, Dios plantó en su corazón un tremendo amor y un deseo enorme de verlos convertidos a Cristo.

Vietnam tiene más de cincuenta grupos étnicos tribales, los cuales son perseguidos con crueldad. Para homogeneizar la cultura, el gobierno ha prohibido imprimir cualquier cosa en estas lenguas, solamente se puede imprimir en el idioma vietnamés. La gente de las tribus es objeto de burla las ridiculizan y persiguen aún antes de convertirse en seguidores de Cristo.

Para alcanzar a esta gente se estableció un grupo pastoral de candidatos a entrenamiento, dieciséis de los cuales ocho viajaban en abrumadores motocicletas a las zonas rurales de las montañas centrales. Los viajes eran brutales. En la época seca el polvo es tan denso que se hace imposible ver a más de metro y medio de las manijas de la moto. Y en el tiempo lluvioso las vías parecen láminas de vidrio mojado. Para esquivar a la policía, el grupo viajaba mayormente de noche en donde los accidentes eran frecuentes. En una ocasión la motocicleta de Mai arrolló a un perro, ella y el pasajero acompañante volaron por encima de las manijas. Mai cayó de bruces y para el momento en que se dio cuenta de lo que había pasado, le brotaba sangre de la cara, el hombro, las rodillas y la cabeza. El perro flaco y amarillo que causó el accidente murió.

Las cicatrices llegaron a considerarse como condecoraciones entre los líderes jóvenes y el grupo hacía bromas sobre sus "trofeos". Como tratamiento le echaban sal a las heridas para evitar infecciones, las vendaban lo mejor que podían y continuaban su viaje.

"Vas a estar bien -le dijo a Mai otra de las mujeres mientras le ayudaba a limpiar y vendar sus heridas después del accidente- ¿Recuerdas lo que dijo el pastor? Si tú no tienes cicatrices no estás lista para hacer el trabajo cristiano en Vietnam. Bueno Mai, ¡tú estás más lista ahora!"

Una nueva criatura en Cristo

Mai regresó al norte después de seis meses de entrenamiento. Siguió trabajando plantando nuevas iglesias y entrenando líderes, y sus padres continuaban la presión

para que cesara el trabajo. Al fin, en su exasperación, el padre convino una reunión con toda la familia, incluyendo los parientes menos cercanos.

“¿Qué hacemos con Mai? –preguntó. Su mirada suplicante escrutaba los rostros de todos los asistentes a la reunión. Ella sigue con esta superstición foránea. Hemos tratado de hablar y convencerla que retorne a nuestras tradiciones familiares. Pero no lo hace. ¿Seguimos tratando con sus problemas o la expulsamos de la familia?”

El corazón de Mai se partía al oír a su padre hablar de esa manera. Miró la cara de los parientes que se habían reunido, personas que ella había conocido y amado toda su vida. Estaba orando por ellos mientras hablaban, pidiéndole a Dios que le diera sabiduría para responder sus preguntas.

Y de hecho hubo muchas preguntas. Mai las respondió con amor y paciencia hasta que ya no preguntaron más. El silencio se hacía pesado en el salón y todos sabían que había llegado el momento de tomar una decisión. Ella dio un paso y se ubicó en el centro familia para hacer una petición final, mirando directamente a los ojos de su padre. De nuevo oró pidiéndole a Dios que le diera las palabras correctas.

“Papito, –comenzó diciendo–, no voy a negar a Jesús, pero no te voy a negar *a ti* tampoco. Tú puedes negar a mi Dios, pero aún si lo haces, Él seguirá siendo Dios. Puedes negarme a mí, si quieres, pero seguiré siendo tu hija. Si no quieres verme más, está bien. Pero en tu corazón seguiré siendo tu hija. Aún si me echas y te niegas a reconocerme, seguiré reconociéndote. Siempre serás mi padre y siempre te voy a amar”.

Todos votaron y tomaron la decisión: ¡Mai seguía siendo aceptada en la familia, y seguiría sirviendo a Dios!

Más tarde, ese mismo día, el padre la llevó aparte.

“Si necesitas un lugar donde dormir –le dijo tratando de controlar la emoción que lo embargaba–, siempre serás bienvenida aquí”.

Mai le agradeció a Dios el hecho que su familia la hubiera aceptado, y siguió orando fervorosamente para que se convirtieran a Cristo también.

La misión con la cual Mai estaba trabajando continuó ofreciéndole entrenamiento. Sus viajes a Saigón para recibir entrenamiento en la escuela bíblica secreta eran frecuentes. Cada viaje implicaba largos trayectos en tren, en motocicleta y largas caminatas. Oraba antes de cada viaje y en cada ocasión pasaba cerca de alguna estación de policía. No tenía permiso del gobierno para viajar ni un pretexto legal para sus visitas a Saigón. Los extensos viajes en tren le proporcionaban mucho tiempo para pensar y orar, y a menudo sus pensamientos se ocupaban de su padre. No podía hacer otra cosa que orar por su salvación, haciéndolo con gran fervor.

En uno de los viajes, Mai recibió una llamada pidiéndole que regresara de inmediato.

“Tu padre está muy enfermo –le dijeron–. Está en el hospital”.

El diagnóstico incluía una palabra que produce temor y congoja en cualquier idioma: cáncer. Volvió rápidamente al lado de su padre y cuidó de él todo el tiempo. Cualquiera que fuera su necesidad ella la satisfacía. Y en todo el periodo de la enfermedad se mantuvo orando por él, empezó a hablarle con dulzura acerca de su fe, y pasaba largas horas leyéndole la Biblia.

Algunos de los compañeros de ministerio de Mai fueron a visitar a su padre, y el hombre no pudo menos que notar el interés que ellos demostraban. El padre se preocupaba cada vez menos por la extraña religión de su hija, pero cada vez más por su propia alma. Cuando un pastor que ayudó a entrenar a Mai lo visitó, permaneció en su habitación por un largo rato hablando con él, mientras otras personas se reunieron afuera para orar por su conversión. Cuando el pastor salió del cuarto, el padre de Mai era una nueva criatura en Cristo. Inmediatamente llamó a su hija, la primera verdadera cristiana que él había conocido.

Los dos se abrazaron con lágrimas en los ojos y él le contó su decisión de seguir a Cristo todo el tiempo de vida que le quedara sobre la tierra.

“Ahora puedo ver que el gobierno está persiguiendo a la iglesia –le dijo–. Antes no podía verlo. Incluso les permití que me utilizaran para perseguir a mi hija”. Su voz reflejaba el remordimiento que sentía. Mai lo abrazó y le dijo que su persecución había sido parte del plan de Dios; una manera de fortalecer su fe.

Corriendo grandes riesgos para cuidar las ovejas dispersas

Cuando su padre murió, Mai lloró su muerte pero celebró el hecho que lo volvería a ver algún día en los cielos. Regresó a su labor cristiana con renovado vigor. En 1996 la misión con la cual trabajaba organizó una sesión de entrenamiento de tres días para líderes cristianos. Mientras oraba para preparar la reunión, el Señor le habló mediante un sueño, tal como lo había hecho cuando le pidió que regresara a Vietnam.

En el sueño estaba en medio de una densa jungla.

“¿En dónde estoy? –preguntó.

“Esta es el área tribal. Yo tengo más trabajo para ti aquí”.

“¿Cuándo debo ir? –preguntó ella–. ¿Puede alguien venir conmigo para hacer el trabajo?”

Dios respondió su pregunta con una promesa:

“Enviaré un hombre, un guerrero, para que vaya contigo”.

Muchos rostros pasaron entonces por su mente. Todo un desfile de personas con coloridos vestidos. Cada uno representaba una tribu diferente a la cual ella debía ministrar.

Después del sueño y del entrenamiento especial que siguió, comenzó a trabajar regularmente con diferentes grupos tribales. Cruzaba Vietnam montada en su motocicleta, predicando ilegalmente y llevando el mensaje de salva-

ción. En muchas áreas la policía estableció puntos de control. Un sencillo poste de bambú era la señal en la carretera en donde la policía detenía a los viajeros para pedirles sus documentos. Si no estaba todo en orden, arrestaban a la persona o por lo menos la obligaban a pagar un soborno para dejarla continuar.

Al no tener permisos de viaje y al transportar Biblias ilegales, Mai se veía obligada a salirse de la ruta y viajar por el campo abierto o a través de la densa vegetación cuando era necesario. Sabía que el gobierno estaba al tanto de sus actividades cristianas y que su nombre había sido incluido en una lista de personas que las autoridades buscaban. Los riesgos eran grandes: quienes evadían los puestos de control se exponían a recibir un tiro por eso. Algunas veces fue atrapada y retenida toda la noche. En otras ocasiones confiscaron las Biblias que llevaba. Hubo ocasiones cuando el Señor escondía milagrosamente las Biblias de la vista de la policía. Mai se regocijaba en silencio cada vez que le devolvían la bolsa con su preciosa carga intacta.

La joven evangelista pronto vio crecer una iglesia entre los pueblos tribales, y fue bendecida por su coraje al soportar la intensa persecución. *Las tribus son como ovejas dispersas, pensaba. Nadie las defiende, sólo el Señor.*

Mai escuchaba las historias que los miembros de las tribus le contaban acerca de la persecución tratando de darles ánimo. A un hombre lo colgaron de una cuerda y lo golpearon suspendido en el aire hasta que la cuerda se rompió. El hombre cayó al suelo en medio de un charco de sangre. La policía obligaba a los cristianos Mong a moverse de una región a otra del país, procurando aislarlos de su propia gente. Tratando de huir de la policía, los cristianos a veces tenían que dejar todo lo que tenían e internarse en la jungla.

En una aldea invitaron a Mai y a otros creyentes al hogar de uno de los miembros de la tribu quien sufría de una tremenda infección. Cuando entró a la choza tuvo que esforzarse para no vomitar tal era el mal olor era inmundos.

La familia le preguntó si era médico o si había llevado alguna medicina.

“Nosotros no somos médicos –les dijo–, y no traemos ninguna medicina. Pero conocemos al mejor Médico del mundo. Alguien que lo puede sanar”.

Oraron por la sanidad del enfermo. Un mes más tarde, cuando ella regresó a la aldea, el hombre estaba casi sano. Al mes siguiente ya estaba completamente bien. El hombre estaba deseoso de hablar con Mai.

“Quiero que venga conmigo –le dijo–. Yo la voy a llevar a mi pueblo. Pero es lejos de aquí, dentro de la jungla. No será fácil ni rápido. Nos demoraremos unos treinta días”.

Mai oró respecto a la petición de este hombre y recibió confirmación de Dios. Convino en ir con él a su aldea en un rincón particularmente remoto del norte de Vietnam.

Los aldeanos allí eran muy pobres. Tenían sólo un vestido que usaban todo el año. Algunos obreros cristianos se asombraban por lo primitivo de su estilo de vida y por el olor de las aldeas. Otros fueron alejados por la cultura tribal, pues sentían una profunda desconfianza hacia los extraños. No obstante, al ser presentada por el hombre que se había criado en esa aldea, a Mai le dieron una calurosa bienvenida. Pronto se plantó una iglesia que comenzó a crecer. El hombre le dio repetidamente las gracias a Mai por llevar a Jesús a su aldea.

“Cuando ven a Cristo en nosotros –explicaba ella más tarde– entonces lo aceptan fácilmente”.

Sentía un amor especial por la gente de la tribu Mong y empezó a planear un viaje adicional de un mes de duración para ministrar entre ellos. Los viajes eran espantosos. Comenzaban con una jornada de toda una noche en tren, seguida por un día completo a bordo de un bus mal oliente y sobrecargado de pasajeros, luego otro medio día en bus, para terminar el viaje caminando. Los caminos en las montañas son empinados y durante la estación lluviosa son

realmente traicioneros. Un paso en falso y corría el peligro de caer abajo al río. A veces se veía obligada a gatear literalmente en las montañas utilizando las rodillas y las manos, esforzándose por afianzar cada mano y cada pie.

La policía se dio por vencida en su esfuerzo por impedir las reuniones de cristianos en estos poblados remotos, en donde las vías eran demasiado peligrosas. En un poblado a donde sí *pudieron* llegar, golpearon severamente a las cincuenta familias cristianas y las obligaron a mudarse a otra área del país.

Mientras Mai compartía el evangelio con los Mong, fue testigo una y otra vez del poder transformador de la Palabra de Dios. Muchos eran alcohólicos antes de aceptar a Cristo, mientras que otros practicaban extraños rituales de hechicería que incluían el acto de beber la sangre de animales. Sin embargo, tras aceptar a Cristo, renunciaban a esas prácticas y estaban dispuestos a sufrir persecución por sus creencias. Creen que Cristo regresará pronto y quieren estar listos.

Mai notó su hambre espiritual por lo cual empezó a entrenar algunos de los creyentes Mong para el liderazgo. Muchos de ellos caminaban hasta dos días para llegar al sitio donde recibirían el entrenamiento. En algunos poblados no había Biblias en otros los creyentes se sentían muy bendecidos por tener una Biblia para compartirla entre más de cuarenta familias. Algunas familias vendían todo lo que tenían para viajar a Hanoi a adquirir aunque fuera un copia de las Escrituras. Pero aún allí no podían encontrarlas en su propio idioma Mong. En cada visita, Mai llevaba más Biblias en lengua Mong impresas por los amigos de la misión. Se sentía emocionada cada vez que veía el agradecimiento y las lágrimas de alegría en los ojos de los creyentes Mong al tener la Palabra de Dios en sus manos por primera vez.

Los largos viajes diezmaban las fuerzas de Mai. Todavía sufría de mareos, tal como le ocurrió en el barco que la llevó a Hong Kong. En ocasiones, cuando luchaba contra

las náuseas, se preguntaba porqué Dios la llamó a un ministerio en el cual tenía que viajar y no la sanaba de ese problema de los mareos. En los trenes procuraba sentarse cerca de los baños porque sabía que se sentiría mal. Pasaba incontables horas conservando el equilibrio en la motocicleta con bolsas llenas de Biblias mientras viajaba por caminos pantanosos. También caminaba muchos kilómetros, siempre cargada con Biblias. Cosía en los pliegues de su vestido los nombres de las personas que eran sus contactos para que la policía no los encontrara en caso de ser arrestada.

Un tipo de libertad diferente

La mayoría de las veces sus viajes transcurrían sin problemas, pero Mai no le era extraña a la policía. La habían arrestado diez veces y generalmente sus arrestos duraban entre algunas horas, hasta quince días de detención. Cada vez que le confiscaban las Biblias que transportaba, más creyentes se quedaban sin la Palabra de Dios. A menudo recordaba las palabras que su hermano le dijo cuando salió del campo de refugiados en Hong Kong. Que enfrentaría muchos sufrimientos cuando regresara, y ¡cuán ciertas fueron esas palabras!

“¡Usted está predicando ilegalmente! –le decía la policía–. La constitución de Vietnam garantiza la libertad religiosa pero sólo en los locales para adoración y en los momentos aprobados por el gobierno”.

Una vez la policía le pasó una confesión para que la firmara, la cual decía que en efecto ella había estado predicando ilegalmente.

“Este informe es inválido”, escribió Mai al final de la página sin hablar ni una sola palabra.

El comandante de la policía se acercó pensando que había doblegado a la cristiana y que ésta había firmado. Cuando leyó la frase, rompió el papel en pedazos.

“¿Cree que somos tontos? –le gritó.

Después de otro arresto la policía trató de obligarla a firmar una confesión aceptando haber impreso ilegalmente las Escrituras y literatura "prohibida".

"Dios me da este derecho -les dijo ella-. Ustedes no pueden quitarlo. En Vietnam tenemos libertad religiosa, de modo que puedo creer lo que quiera, cualquiera que sea mi religión. Cuando ando con mi Biblia, esa es mi creencia. Cuando le hablo a esta gente (los líderes cristianos en las sesiones de entrenamiento), ellos ya son creyentes, de manera que esto no es predicación. Sencillamente compartimos juntos nuestra fe".

"Hay libertad -le dijo la policía-, pero en Vietnam nosotros la guardamos en una caja. Nosotros decidimos quién es libre y quien no".

La policía le pidió posteriormente que escribiera un informe sobre su trabajo y que luego firmara un compromiso de no predicar más. Accedió a escribir el informe y entonces comenzó a escribir su testimonio. En él describía la manera en que había crecido adorando a sus antepasados, cómo encontró a Dios en un campo de refugiados en Hong Kong y luego regresó a Vietnam, y cómo cambió Él su vida. Escribió su testimonio completo. Cuando llegó el momento de hacer su promesa de no predicar más, escribió algo muy diferente:

"La Biblia es un libro que el gobierno permite imprimir (en cantidades limitadas) y distribuir. En la Biblia leemos que debemos adorar a Dios, leer las Escrituras y difundir el evangelio. Yo hago lo que la Biblia dice".

La policía leyó su "confesión" y milagrosamente decidió liberarla.

Cada vez que Mai iba a algún lugar para ministrar, pasaba muchas horas en oración preparándose para el viaje. Una mañana temprano, mientras oraba en las horas previas de un viaje, tuvo la impresión de que habría problemas. Les dijo a sus compañeros de labor lo que sentía, pero les aseguró que se movía en la voluntad de Dios, así estu-

viera en la cárcel o afuera. Una compañera de labor que, según el plan, debía acompañarla, lloró cuando Mai expresó sus sentimientos.

“El Señor conoce esta situación –le dijo Mai para animarla–. Él permitió esto y que puedas venir conmigo esta vez y darnos ánimo la una a la otra. No te preocupes, soy quien organizó la reunión, no tienes que responder por nada. Seré la responsable”.

Iban las dos mujeres, un varón misionero y el conductor del vehículo. Tal como el Señor le había mostrado a Mai, el grupo tuvo problemas. La policía los arrestó; en la estación llevaron a los dos hombres a una celda y a las mujeres a otra. Al fondo de la celda de las mujeres había un hoyo inmundo en el piso que hacía las veces de retrete. Enjambres de moscas cubrían la superficie de la habitación. Todas las Biblias y el material cristiano fueron confiscados.

Pasado el fin de semana, llevaron a Mai a la prisión llamada Lan Catorce. Cuando entró a la celda encontró a varias mujeres chinas allí. Habían escapado de China y pretendían viajar a Malasia cuando las arrestó la policía vietnamita.

Las mujeres querían practicar Inglés, así que Mai conversaba con ellas en el poco Inglés que sabía. El grupo compartía una taza de arroz en las horas de comida, cada persona lo sacaba con su cuchara de un mismo recipiente. Mai y su amiga cristiana pasaban mucho de su tiempo en la celda en oración. Oraban por las personas que estaban con ellas.

Cada mañana, a las ocho en punto, un guardia sacaba a Mai para interrogarla. La interrogaban por tres horas. La habían catalogado como “prisionera política” y los interrogatorios eran intensos.

“¿Por qué odia usted al gobierno? –le preguntó un oficial.

“No odio a nuestro gobierno –le respondió tratando siempre de permanecer calmada y hablar con voz suave–. Soy una seguidora de Jesús y Él nos enseñó a honrar a nuestros líderes. Yo oro por ellos”.

“¿Usted ora por ellos? –dijo el oficial con un tono de desprecio-. ¿De dónde vienen estas Biblias? Usted se ha estado reuniendo con espías extranjeros, ¿no es cierto? ¡Diga la verdad!”

“Yo recibí las Biblias en Hanoi y en Ciudad Ho Chi Min (Saigón) –respondió-. Y no conozco tales espías extranjeros”.

“Usted no solamente los *conoce*” –dijo el oficial levantando la voz-, sino que *trabaja* para ellos! ¡Trabaja para extranjeros en contra de su propio país!”

“Amo a mi país –insistió Mai-. Por eso es que regresé a él, porque amo a la gente de aquí”.

“¿Quién es su superior? ¿Quiénes son los otros cristianos con los cuales trabaja, los líderes?”.

Mai se negó a nombrar a otros creyentes.

“Si quieren información sobre ellos, deben preguntarle a ellos” –respondió. Y le dio gracias a Dios que no habían descubierto los nombres cocidos en los pliegues de sus vestidos.

Las preguntas seguían este curso hasta que la devolvían a la celda para un receso. Por la tarde volvían las sesiones de interrogación por otras tres horas. El mismo patrón se repitió durante diez días con un nuevo interrogador cada día. Algunos probaban con tácticas duras gritándola y golpeando la mesa. Otros hablaban suavemente y le decían que lo sabían todo respecto a las reuniones cristianas, de modo que debía decir la verdad.

En el décimo día le dijeron que empacara sus pertenencias porque iba a ser remitida a otra celda, pero, en vez de eso, la llevaron a firmar sus documentos de salida. Le parecía que había pasado mucho tiempo desde su salida de Hong Kong. Cuando los guardias la fotografiaron para su documento de liberación, ella estaba sonriente. No había cometido ningún crimen y el tiempo pasado en prisión sólo con-

firmó la fidelidad de Dios con ella y con el ministerio entre los que estaban "fuera de la puerta".

Soy libre, se dijo a sí misma al salir de la prisión. *Realmente libre*. Pensó en su padre y en sus muchos discursos sobre el tema de ir a occidente y obtener libertad. *Pero yo he encontrado un tipo diferente de libertad. No la libertad que mi padre pensó que encontraría, sino una libertad más grande.*

Epílogo

A pesar de su próspero ministerio, Mai anhelaba compañía. Le recordó a Dios que él le había prometido un guerrero quien caminaría a su lado en las batallas de la vida. Otros creyentes oraron con ella para que les revelara quién era este "guerrero", y Él lo hizo.

Nam era un compañero de labor que anteriormente había sido policía comunista. Dios lo había hecho enamorarse de Mai, pero durante muchos meses él no se lo dijo. Sencillamente oraba para que Dios le revelara sus sentimientos a Mai cuando fuera el tiempo correcto. Y pronto Dios hizo evidente para ella y para los otros líderes en la iglesia que eran el uno para el otro. Se casaron y continuaron su ministerio viajando juntos a las áreas rurales para predicar y entrenar líderes cristianos.

El padre de Nam era un miembro de alto rango del gobierno comunista y no es necesario decir que no estaba contento con la elección de esposa que había hecho su hijo. Al principio se negó a hablarle a Mai, incluso a estar en la misma habitación con ella. Cuando ella y su esposo invitaban a otros cristianos a reunirse en su hogar, su suegro se estacionaba en frente de la casa para atrapar a los invitados que llegaban. Al fin Nam y Mai tuvieron que construir un muro alrededor de la casa para que el padre no pudiera ver cuando se reunían con los compañeros creyentes.

Mai perdió su primer hijo durante uno de los viajes ministeriales a la jungla. Los médicos predijeron que nunca podría tener un hijo después de eso, pero los persistentes recién casados le pidieron a Dios que les diera una fami-

lia. Mai quedó encinta otra vez pero el embarazo fue muy difícil. Los médicos le aconsejaron que abortara el bebé pero ella se negó. Cuando llegó el tiempo del parto, ella trataba de dar a luz pero no lo lograba. Los médicos le dijeron a Nam que tenía que escoger entre salvar al bebé o a la esposa. Cúal de los dos quería él que sobreviviera. La pareja oró pidiendo que Dios salvara la vida del bebé.

Dios salvó ambas vidas. Mai dio a luz una niña sana y saludable y pronto recuperó su propia salud.

Con el nacimiento de su hija, el enfoque del ministerio de Mai ha cambiado un poco pues ahora no está en capacidad de viajar a lugares remotos de Vietnam. Pero en cambio trabaja activamente con las iglesias locales cerca de su hogar y entrenando líderes cristianos rurales que vienen a la ciudad para las sesiones de discipulado. Nam continúa el trabajo rural de la pareja, viajando a las aldeas en la jungla por lo menos una vez al mes.

Dios ha infundido en el corazón de Mai el deseo de alcanzar a los huérfanos y a los niños sin hogar. Ella está echando los cimientos para este ministerio y visualiza el día cuando su hija trabaje hombro a hombro para contarle a estos niños que están "fuera de la puerta" sobre el Dios que ama al mundo, que expulsa los demonios y que es el único Dios que nos puede hacer libres.

Notas

Adela:

Esperanza en medio del horror

1. Filipenses 4: 13
2. *Yjad* es una palabra árabe que significa: "Guerra Santa"
3. "¡Alá es grande! ¡Alá es grande!"

Púrnima:

Una niña encarcelada, un alma liberada

1. Mateo 10: 28
2. Ver Mateo 5: 10

Aída:

Una voz para los que no tienen voz

1. Estas revistas cristianas ilegales fueron publicadas por las Iglesias Bautistas clandestinas en la Unión Soviética. Los comunistas permitían la publicación de una sola revista cristiana "aprobada". Ésta contenía artículos favorables al gobierno soviético. Los cristianos clandestinos querían la historia real de la iglesia y corrían el riesgo de ser encarcelados por imprimir y distribuir sus propias publicaciones.
2. Ver Filipenses 3: 10
3. Para información adicional sobre Aida y su juicio, ver el trabajo de Michael Bourdeaux *The Evidence That Convicted Aida Skripnikova* (Las pruebas que condenaron a Aida Skripnikova). Inglaterra: Centro Para el Estudio de la Religión y el Comunismo, 1972.

Sabina:

Una testigo del amor de Cristo

1. "¡El Pastor! ¡El Pastor!"
2. Génesis 19: 17 RVR
3. Mateo 16: 25 RVR

Corazones de Fuego

Ling:

En la escuela del sufrimiento

1. Lucas 10: 2-3 NVI
2. Mateo 25: 1-13

Gladys:

Toda una vida de perdón

1. Salmo 37:4 NVI
2. Lucas 23: 34 RVR y Romanos 8:28 NVI
3. Hebreos 13: 5 RVR
4. Romanos 12: 14-18 NVI
5. Romanos 8: 28 NVI

Si quieres más información escribanos:

Alas de Esperanza

Apdo. Aéreo 54582
Bogotá, Colombia
febajofuego@yahoo.com

**"O TE CASAS O TE MUERES...
SI ERES CRISTIANA
NO HAY LUGAR PARA TI EN ESTA CIUDAD...
MORIRÁS AQUÍ SOLA".**

Las desgarradoras palabras del padre de Tara provocan sólo un pensamiento en la mente de la chica de dieciséis años de edad: tiene que escapar para salvar su vida. Después de recibir una paliza, que casi le causa la muerte, Tara, la hija de un prominente musulmán pakistani es encerrada en su alcoba como una prisionera, sin alimentos ni atención médica.

Todo porque la descubren con una Biblia en sus manos.

La historia de Tara no es única entre estas ocho mujeres de extraordinario coraje de Corazones de Fuego. Desde la jovencita vietnamita que rehusa la libertad con el fin de evangelizar a la gente de su patria comunista, a la misionera australiana que difunde el mensaje de perdón y sanidad a través de la India después que su esposo y sus dos hijos son quemados vivos por fanáticos aldeanos, estas mujeres han superado la adversidad extrema para surgir como líderes y ministras en la iglesia clandestina en todo el mundo.

Los escritores de La Voz de los Mártires, coautores de los éxitos de librería "Locos por Jesús" y "Devoción Extrema" nos traen la historia verdadera de valerosas mujeres, heroínas de fe representativas de un inmenso número de mujeres que enfrentan situaciones similares en todo el mundo. Estos modelos de fe y amor le inspirarán a buscar a Cristo con un corazón ardiente, sin importar cuál pueda ser el costo.

"Las mujeres siempre han sido importantes en la causa de Cristo. Con emoción y conmoción, Corazones de Fuego describe el trabajo de ocho mujeres cuya misión sigue siendo contarle al mundo que Jesús resucitó y que esa resurrección nos trae amor, gracia y perdón.
¡Léalo!"

Mary Graham,
Presidente de Mujeres de Fe

La Voz de los Mártires es una organización internacional no lucrativa, dedicada a ayudar a la iglesia perseguida en todo el mundo. Fue fundada en 1967 por el pastor Richard Wurmbrand quien estuvo en prisión en la Rumania comunista durante catorce años por causa de su fe en Jesucristo. Hoy Tom White, su actual director, difunde el mensaje de la iglesia perseguida y le envía ayuda a través de una red de oficinas internacionales. La Voz de los Mártires tiene su sede en Bartlesville, Oklahoma. Se puede Navegar en la Internet en la página www.persecution.com.



LA VOZ DE LOS MÁRTIRES